20 ptas.

LA GUERRA EN LA HISTORIA

RELATOS ABREVIADOS DE HISTORIA MILITAR

POR EL GENERAL F. GARCÍA RIVERA

PRIMERAS GUERRAS CARLISTAS

ZUMALACÁRREGUI

EDITORIAL JUVENTUD

LA GUERRA EN LA HISTORIA

RELATOS ABREVIADOS DE HISTORIA MILITAR

por

FEDERICO GARCÍA RIVERA

Obra declarada de utilidad para el Ejército, recompensada con la Gran Cruz del Mérito Militar con distintivo blanco, pensionada; mandada publicar por cuenta del Ministerio de la Guerra en el año 1936, y empezada a publicar en 1942 por cuenta de EDITORIAL JUVENTUD, S. A.

FEDERICO GARCÍA RIVERA
General de Brigada, procedente del Cuerpo de Estado Mayor del Ejército
y antiguo oficial de Caballería

PRIMERAS GUERRAS CARLISTAS

ZUMALACÁRREGUI

(1814-1849)

SEGUNDA SERIE
TOMO VII

EDITORIAL JUVENTUD, S. A.
PROVENZA, 101. - BARCELONA

Capítulo Primero

ANTECEDENTES DE LA GUERRA CARLISTA

Fernando VII

(1814-1833)

El partido liberal se atribuye la salvación del trono en la guerra de la Independencia. — La Constitución de 1812. — Fernando el Deseado. — Ingratitud de éste. — Los liberales entran en la masonería. — Sublevación de Riego. — El rey jura la Constitución de 1812. — Liberales exaltados. — El 7 de julio de 1822. — Los 100.000 hijos de San Luis. — Reacción absolutista. — Muerte de Riego. — El Infante don Carlos. — Levantamientos en Cataluña. — María Cristina. — Leyes de sucesión a la corona. — Intentonas carlistas. — Amnistía. — Portugal. — Isabel II. — Sublevación carlista.

La nación española, que durante su lucha con los franceses había asombrado al mundo engrandeciéndose a los ojos de Europa, no sólo había defendido su independencia en aquella tremenda guerra, sino que había conquistado al mismo tiempo su libertad, aquella libertad a que, en la embriaguez de democracia producida por la Revolución francesa, aspiraban por entonces las naciones de Europa. Las Cortes de Cádiz habían hecho y publicado la Constitución del año 1812, y aunque todos los españoles sin distinción de matices habían contribuído a la defensa del territorio, lo cual había sido una consagración brillante y heroica de nuestra unidad nacional, el partido liberal se atribuía la honra de haberlo sacado incólume de la guerra de la Independencia, pues que este partido es el que estuvo gobernando durante aquel período. A su tiempo dijimos que mientras el pueblo consiguió con su esfuerzo formidable sacudir el peligro extranjero, había visto malograr su objetivo principal por la incapacidad de sus gobernantes, a los que se les sedujo en Cádiz con el señuelo de la Constitución de 1812 en la que algunos traidores, una porción de ilusos, y otra de ingenuos y candorosos, admitieron como un bien providencial para la Patria lo que el pueblo acababa de rechazar a tiros. Era una Constitución revolucionaria que si no proclamó la república fué porque

debilitado, cambió el itinerario y, a instancias de los aragoneses, se fué a Zaragoza y, al llegar a Valencia el grueso de la representación nacional, le invitó a restablecer el régimen absolutista, por lo que y contando con el ejército, derogó en 1814 cuantas reformas se habían implantado, restableció la Inquisición y los monasterios, negando a los compradores la devolución del dinero que habían entregado en la compra, y por último envió a presidio a los hombres del partido liberal que se habían distinguido en las Constituyentes de Cádiz. Hasta entonces los dos partidos, liberal y realista, no se habían combatido, pues aunque numeroso éste, no se había opuesto a las reformas del primero; pero en cuanto Fernando se mostró dispuesto a gobernar como rey absoluto, los enemigos de la Constitución, que eran muchos, se desbordaron e incitaron al rey, "que no lo necesitaba", a exterminar a los liberales, cual si se tratase de una raza proscrita.

Hay que repetir que, aunque inteligente, pero de gustos muy plebeyos, los mayores defectos de Fernando VII eran su doblez y cobardía. Se propuso no ser dirigido ni dominado por liberales ni realistas y se hizo odioso a unos y a otros, sin aprovechar las ocasiones en las que, con un rasgo de valor, podía haber favorecido al país. Así, pues, al hacer desaparecer la Constitución de 1812 se produjo una gran agitación liberal, a la que contestó Fernando VII con medidas de excepción, suprimiendo la Prensa, casi el teatro, y enviando a los sospechosos a los presidios y a las colonias de América donde llevaban nuevos gérmenes de rebeldía.

Error grande era éste, que iba a traer funestas consecuencias e iba a costar mucha sangre a España; pudo muy bien Fernando, si no se conformaba del todo con la Constitución, haberla aceptado a condición de modificarla para robustecer su autoridad real, pero enemigo en absoluto de ella y aconsejado por el zar de Rusia, del que parecía muy amigo, prescindió de las mejoras implantadas por aquellos hombres que habían defendido el trono, a los que castigó por el delito de haber hecho aquella Constitución, pues decía que habían conspirado para suprimir la monarquía.

No hay por qué decir el sentimiento que produjo esta conducta en los liberales, algunos de los cuales empezaron a conspirar, si bien estas conspiraciones fueron ahogadas en sangre. Viéndose tan perseguidos, entraron en la masonería, lo cual les permitía entenderse con algún sigilo, y tantos progresos hizo esta sociedad secreta que hasta llegaron a formar parte de ella muchos jefes y oficiales del Ejército, resentidos, como estaban, al verse desatendidos por el rey y menospreciados los servicios que habían prestado en

la guerra, ya que muchos jefes de alta categoría estaban perseguidos por sus ideas liberales.

Así pasaron seis años de reacción absolutista; una reacción semejante sólo habría tenido posibilidad de sostenerse estando compensada con éxitos patentes en la gobernación del Estado; pero la incapacidad era tan abrumadora, la bancarrota tan general, que, como consecuencia, empezaron en la Península las conspiraciones políticas, y en Ultramar, los levantamientos separatistas y la pérdida de las posesiones de América, de las que baste decir que no la había semejante, pues que de 30 partes del territorio se iban a perder 29; llegado el 1820 se había preparado un ejército de 20.000 hombres, que se envió a Andalucía para que se embarcase con rumbo a América a fin de sofocar la rebelión de las colonias; estas tropas no iban de muy buena gana, pues comprendían lo estéril del sacrificio, ya que las libertades que se ofrecían a América serían ilusorias, y mal habían de creer en ellas los americanos si veían lo que ocurría en la Península; en una palabra, se sublevaron el 1.º de enero de 1820 en Cabezas de San Juan, a la voz de un comandante masón llamado Riego. La Coruña respondió al movimiento, siguiendo Aragón, Cataluña y Navarra, e incluso finalmente el conde de la Bisbal, general O'Donnell, designado por el soberano para mandar las tropas fieles; por lo que, asustado el rey y sin tratar de defender aquellas prerrogativas con las que parecía no poder reinar, accedió a jurar la Constitución de 1812. La revolución se hizo sin derramar una gota de sangre, y no se comprende que, dado su modo de pensar y contando con un partido tan numeroso como el realista, fuera tan cobarde el rey y cediese al menor movimiento serio de los liberales, sin tratar de luchar con ellos, lanzando aquellas palabras: "Marchemos todos, y yo el primero, por la senda constitucional."

Falta indicar que en las fuerzas expedicionarias que sublevó Riego estaba la oficialidad, desde capitán para arriba, casi entera afiliada a la masonería de Andalucía, y que el rey cometió un grave error al ascender de golpe al comandante Riego y al coronel Quiroga, que se le adhirió, a generales, porque con ello dió pábulo a los pronunciamientos, o sea al movimiento militar en favor de un partido político, iniciado por los liberales del elemento civil, que necesitaban una espada para imponerse al contrario, y no dudaron en utilizar los militares, ellos que defendían la soberanía absoluta del pueblo y se declaraban antimilitaristas.

Esta fácil victoria de los liberales los enloqueció de gozo, se desencadenó el terror, se mandó jurar la Constitución bajo pena de

muerte al que no lo hiciera, y a los soldados se les ordenó que desobedecieran a sus jefes si éstos se demostraban desafectos al régimen; se asaltaron las cárceles y asesinó a los presos; se abolió la Inquisición y se expulsó a los jesuítas; era una reproducción, en pequeño, del 1793 francés.

Del presidio salieron las altas personalidades que iban a formar el ministerio, y no hay para qué decir el compromiso en que se iba a ver un gobierno, que por una parte tenía que sostener al rey, y por otra no descontentar a los liberales, a quienes debían el puesto que ocupaban. Esto era más difícil de lo que parecía, porque los liberales que habían hecho la revolución eran más exagerados que los de la Constitución, y pronto se distinguieron dos bandos; uno el de los liberales templados (que es el que había subido al poder) en donde había hombres tan eminentes como Martínez de la Rosa y Argüelles, el cual partido se consideraba como el fundador de la libertad; y otro el de los liberales exaltados que, aunque no tenía hombres de tanto talento como el anterior, en cambio los tenía más enérgicos y resueltos, como Alcalá Galiáno, el general San Miguel, y Riego. Este partido, con sus exageraciones de placer y sus provocaciones a los realistas, hizo más daño a los liberales que sus naturales enemigos. Sin traba de ninguna clase empezaron su propaganda haciendo alarde de ser masones, y esto, en una nación como España, no sólo religiosa, sino fanática en aquella época, había de quitar muchos partidarios a la libertad, pues que los timoratos consideraban, no sin fundamento, como herejes a los masones. No teniendo los exaltados participación en el gobierno, obraban como los jacobinos en Francia, pues tenían su club, que era "La Fontana de Oro", y allí se peroraba y se vertían los nuevas ideas. El gobierno, que no podía estar a merced de este partido que reclamaba el precio de haber reconquistado la libertad, pero que la estaba comprometiendo, disolvió el ejército de Andalucía y esto los exasperó, manifestándolo claramente en el recibimiento que se hizo a Riego en Madrid, pues no se recordaba nada tan entusiasta y ruidoso; el gobierno, entonces, desterró a los generales Riego y San Miguel, y los exaltados, resentidos con esta conducta, cerraron "La Fontana de Oro".

Los liberales templados quisieron transigir y se aliaron con los exaltados, algunos de los cuales subieron al poder, pero aún este gobierno se consideró moderado; bien es verdad que ya había una secta: la de "Los Comuneros", más avanzada que la de "La Fontana de Oro". Por fin, el partido exaltado consiguió tener unas Cortes suyas, presididas por Riego, y estas Cortes hicieron tanto

daño al gobierno como a los realistas, pues la oposición fué violenta.

A todo esto, el gobierno se veía sin apoyo, pues el rey, no hay para qué decir que, a pesar de haber dicho "Marchemos francamente, y yo el primero, por la senda constitucional", no había pensado un momento en ello y sólo esperaba la ocasión de volver a su absolutismo y vengarse de los liberales (hasta no dejar rastro de ellos). Obra suya fué el levantamiento absolutista en Cataluña y la revolución del 7 de julio de 1822 en Madrid.

La Santa Alianza, formada por Francia, Austria, Prusia y Rusia, exigía para intervenir en los asuntos de España, como querían los realistas, que éstos se apoderasen de una plaza fuerte, y la plaza de que se apoderaron en Cataluña fué la de Seo de Urgel; el general Mina, el esforzado campeón de la libertad, que tanto se había distinguido como guerrillero en la guerra de la Independencia, y que estaba de capitán general en Cataluña, se encargó de sofocar aquel levantamiento, que revistió verdadera gravedad. Respecto a la revolución de Madrid, fué ocasionada por los regimientos de la Guardia real, que quisieron restablecer el régimen absoluto; pero lo hicieron tan mal, que en vez de apoderarse desde luego de los puntos que les convenían en la capital, salieron de Madrid, y a los tres o cuatro días trataron de entrar para apoderarse de la plaza, dando tiempo con ello a la milicia para prepararse y evitarlo; la lucha que se entabló en las calles fué muy sangrienta, y el resultado, el que menos se esperaba, pues resultaron vencidas unas tropas tan acreditadas como las de la Guardia, por otras que les eran muy inferiores moralmente, como sucedía con la milicia nacional. Para comprender la conducta del rey, su doblez y su carácter, baste saber que en esta ocasión y cuando las tropas de su Guardia salían a toda rienda de Madrid perseguidas por los milicianos, se asomó a los balcones de palacio para animar a los últimos diciéndoles "¡A ellos, a ellos!", como si se tratase de enemigos y no de tropas a las que él mismo había inspirado aquel levantamiento. Tal fué la revolución del 7 de julio de 1822.

Consecuencia de estos trastornos, fué la formación de un gobierno exaltado que acabó con el levantamiento de Cataluña, pero con medidas tan extremas que fueron terribles, pues hubo pueblo, como el de Castellfullit, que fué arrasado hasta sus cimientos, poniendo Mina en uno de los muros: "Aquí existió Castellfullit. Pueblos, tomad ejemplo; no abriguéis a los enemigos de la Patria."

Terminó toda esta aventura el año 1823. La Santa Alianza, que estaba preocupada con el incremento que tomaba el régimen constitucional en Italia, Portugal y España, después de sofocarlo

en el primer punto, decidió intervenir en España y, a dicho efecto, encargó a Francia la intervención armada; es decir, que la nación que había lanzado con tanto empuje las ideas de libertad en Europa hacía pocos años, ahora era la destinada a apoyar el régimen absoluto.

Un ejército de cerca de 100.000 hombres, a las órdenes del duque de Angulema, entró en España; aquí todo el mundo creía que venía a modificar la Constitución en sentido más favorable a la corona y establecer un gobierno sólido; por este motivo nadie pensó en resistir la invasión; además, aunque hubieran pensado en esto, la circunstancia de haberse retirado el gobierno con el rey a Sevilla, y la ninguna resistencia que hizo el ejército, hubieran enfriado los ánimos más exaltados. Era el año 1823; asombrados quedaron los mismos franceses, los 100.000 hijos de San Luis, como se los llamaba, cuando vieron que nadie les hacía resistencia en España y establecían el gobierno absoluto en Madrid. A todo esto, encontrándose el rey en Sevilla, quiso el gobierno trasladarle a Cádiz, a lo cual se negó rotundamente; para salir del apuro, el gobierno le declaró loco y nombró una regencia el 11 de junio de 1823, sacándole poco menos que a la fuerza para llevárselo a Cádiz, donde los liberales pensaban extremar la resistencia, como en tiempos anteriores.

Pero la salida del rey produjo en Sevilla un motín espantoso, pues el pueblo bajo (que en su mayoría era realista porque no entendía nada de Constituciones, de democracias ni de ideas de libertad) se levantó furioso contra los liberales al grito de "¡Muera la nación y vivan las cadenas!", cometiendo los mayores desmanes, pues empezó el asesinato de cuantos estuvieron señalados como liberales, a los que se perseguía como si fueran bestias dañinas.

En tanto, los franceses llegaron a la vista de Cádiz, y el rey, para terminar de una vez, prometió olvidarlo todo y perdonar lo pasado, con tal que libremente le dejaran pasar al campo francés para entenderse con Angulema. Era el 30 de septiembre de 1823; al día siguiente Fernando se olvidó de su real palabra, y dió por nulo y sin valor cuanto había ocurrido desde 1820, es decir, desde que los liberales estaban en el poder; pero no fué esto sólo, sino que el canónigo don Víctor Sáez, que era su confidente, publicó un decreto de proscripción contra los liberales que dejaba muy atrás los de la anterior época de absolutismo, pues se quería exterminarlos formalmente hasta la cuarta generación.

La reacción fué espantosa. Para comprender hasta dónde llegaría, baste saber que los franceses aconsejaron al rey más tem-

planza y moderación, y con el tiempo, el mismo zar de Rusia tuvo que pedir a Fernando que separase del poder al funesto canónigo Sáez, principal autor de aquella furiosa persecución.

Mucha culpa de lo que ocurría le cabía a Francia por su debilidad, porque si la intervención armada obedecía al deseo de terminar con la especie de anarquía que reinaba con los liberales, no se comprende que ocupando la nación con 100.000 hombres consintiese aquella situación, mucho más anárquica que la anterior, y, ya que Fernando no atendió a sus ruegos, que no se le impusieran por la fuerza para terminar con aquella especie de cacería a que se habían dedicado los realistas.

El partido liberal había caído, por sus propios errores, y por la fuerza de las bayonetas; el ídolo de este partido, el general Riego, que intentó hacer alguna resistencia, fué hecho prisionero y murió en el patíbulo en Madrid.

Se estaba otra vez en España en pleno absolutismo.

Al partido realista le pasaba ahora lo que le había pasado antes al partido liberal; esto es, que aparecía dividido en dos campos: uno el de los realistas moderados, que acaudillaba Cea Bermúdez; y otro el de los realistas exaltados, que dirigía Calomarde; y aunque el rey tratase de mantener el equilibrio entre los dos, tendiendo más bien al exaltado que al otro, es lo cierto que el partido extremo no estaba muy satisfecho, porque, aun a pesar de los atropellos que cometía Fernando, todavía lo encontraban, a su juicio, tolerante y tibio, llegando al extremo de decir que Fernando no sabía ser rey absoluto; en estas circunstancias, y enfriadas hasta cierto punto las relaciones que mantenían con el rey, pensaron en elegir como su jefe al infante don Carlos, hermano de Fernando VII y presunto heredero de la corona, porque el rey no había tenido sucesión de ninguna de las tres mujeres con quien había estado casado.

A modificar las ideas y el carácter de Fernando VII hubiera podido contribuir el influjo que ejercían sobre él sus esposas, pero ninguna de las tres anteriores tenía condiciones para ello.

La primera, María Antonia de Borbón, calificada por la reina María Luisa en sus cartas de "diabólica sierpe y víbora ponzoñosa", fué en los cuatro años de su matrimonio, cuando Fernando sólo era príncipe de Austurias, la que por odio a Godoy constituyó el partido fernandino, que con el tiempo dió origen a la conspiración del Escorial y motín de Aranjuez. Su superioridad intelectual, belleza atractiva y gracia espiritual, las utilizó sólo para fomentar intrigas.

La segunda, Isabel de Portugal, ya reina de España, por lo insignificante de su persona y breve de su matrimonio, no ejerció influencia alguna.

Y la tercera, María Josefa Amalia de Sajonia, era una tímida criatura de 16 años, que no tenía más vocación que la del claustro, por lo que durante los 10 años de su matrimonio no se ocupó de otra cosa que de ejercicios de devoción y visitas a conventos.

Hay que advertir que el infante don Carlos, por su carácter pacífico y tranquilo, no había pensado en tales jefaturas, pues no intentaba hacer nada en contra de su hermano, con el que vivía; pero no ocurría lo propio con su esposa doña Francisca, que era muy ambiciosa y soñaba con verse en el trono algún día.

En estas condiciones, aparecieron en Cataluña las primeras partidas carlistas en abierta rebelión con el rey, pero Bessieres, que las acaudillaba, fué muerto por el conde de España, y esto llenó de furor a los carlistas. Sin embargo, Fernando no sólo les perdonó esta tentativa, sino hasta la publicación de un Manifiesto en que declaraban si ambajes sus deseos; pero, tenaces y tercos, volvieron a levantarse en Cataluña, siendo de tal importancia el levantamiento, que el mismo Fernando tuvo que ir a dicha región en 1827, a apaciguarla. Mucho se extrañaron los carlistas de los castigos crueles que les impuso el feroz conde de España, que gobernaba en Cataluña, porque muchos de ellos creían que el mismo rey deseaba aquel levantamiento para proceder con más energía contra los liberales; así que se quedaron muy sorprendidos cuando se vieron abandonados por Calomarde, que dirigía el ministerio, al que atribuían el movimiento.

A todo esto, los liberales se bañaban en agua de rosas con lo que le pasaba a los carlistas; no habían cesado por esto las persecuciones de aquéllos, pero es lo cierto que ahora notaban algún respiro, que se iba bien pronto a convertir en una esperanza fundada de salir de la situación extrema en que se encontraban.

El año 1829 murió la tercera mujer de Fernando, la reina Amalia, y cuando los carlistas se creían más seguros de su triunfo, pues el heredero de la corona era el infante don Carlos, ya estaba la infanta Luisa Carlota sugiriendo al rey la idea de casarse con su hermana, dos años más joven, María Cristina de Borbón Sicilia.

Esta Luisa Carlota era sobrina de Fernando por ser hija de su hermana menor María Isabel, casada con el rey de Nápoles. Luisa Carlota estaba casada con el infante Francisco de Paula, hermano del rey, del que se decía que era hijo de Godoy, el cual hermano era un furioso masón, y su hija, una empedernida liberal

que a toda costa buscaba una sucesión en el trono para impedir que don Carlos se llevara la corona.

Se le ocurrió, pues, a Fernando VII casarse por cuarta vez, eligiendo para esposa a María Cristina de Borbón Nápoles o Sicilia, su sobrina. Esta princesa se inclinaba a los liberales, que pusieron los ojos en ella como su tabla de salvación; el partido carlista, que había querido impedir este casamiento sin conseguirlo, se consolaba con la idea de que el rey, por su edad y por sus achaques, no tendría sucesión; sin embargo, María Cristina, por si acaso, consiguió del rey restableciese las leyes de sucesión de Castilla.

Y puesto que ha llegado la ocasión de explicar el fundamento en que apoyaba y apoya el partido carlista sus derechos, tendremos que repetir algo de lo ya dicho anteriormente respecto de las leyes de sucesión a la corona.

En España, desde tiempos muy antiguos, las leyes de sucesión eran de que, a falta de varón, heredaran la corona las hembras; esto, que presentaba los inconvenientes de que tenían éstas que elegir esposo a veces en casas extranjeras (como le ocurrió a doña Juana la Loca, que se unió con la casa de Austria, que estuvo gobernando a España en los siglos XVI al XVIII); era lo vigente en nuestra nación, según las leyes de sucesión de Castilla. En Francia pasaba lo contrario; el varón, cuando no lo había en la rama directa, se le buscaba en cualquiera secundaria, en perjuicio de las hembras de la rama directa. Tenía este sistema le ventaja de que las casas reinantes de Francia eran siempre nacionales y no tenían que recurrir al extranjero para surtirse de reyes, lo cual redundaba en beneficio de la nación.

Tal era la Ley sálica.

Cuando la casa de Borbón, que era francesa, como sabemos, vino a reinar en España con Felipe V, este rey modificó las leyes de sucesión de Castilla en el sentido francés; es decir, dando la preferencia a los varones de las ramas secundarias en perjuicio de las hembras de la rama directa; aunque esto tuviera sus ventajas, no tenía derecho a hacer aquella modificación por la razón de ser francés él, pues tampoco hubiera sido razonable que por usar él la lengua francesa la hubiera querido imponer a los españoles; venía a España, y debía amoldarse a los usos y costumbres de Castilla respetando sus leyes, pues España no era una dependencia de Francia, sino una nación independiente; pero tuviera o no tuviera razón, lo cierto es que lo hizo, y lo más curioso es que lo hizo legalmente, aprobando esta ley, que se llamó Sálica, las Cortes reunidas en Madrid. Y si hasta el presente no se había presentado

dificultad para resolver el problema, era porque todos los reyes de la casa de Borbón habían tenido varones entre sus hijos, o no habían tenido hijos, como Fernando VI, a quien sucedió su hermano Carlos III. Claro que si Fernando VII no llegaba a tener hijos de María Cristina, la corona correspondía de derecho al infante don Carlos; pero así como aquélla se preparaba para el caso de que tuviera hembras, así también los carlistas se preparaban por todos los medios a que el rey restableciese la ley Sálica, pues era la única esperanza que ya les quedaba: la de que fuera hija le descendencia del rey.

En efecto, en el año 1830 la reina dió a luz a la que había de ser Isabel II, y esto alentó a los carlistas, que no perdían la esperanza de alcanzar el fin que se proponían.

Los tres años que duró la vida de Fernando VII fueron de intrigas y preparativos.

Los liberales, impacientes, no teniendo calma para que se les despejase la situación, hicieron algunas intentonas, pues Mina, que estaba en Francia, entró en Cataluña, y Torrijos, que había ido a Gibraltar, desembarcó en las playas de Málaga atraído por la felonía del general Moreno, que era gobernador de aquí y que lo engañó miserablemente. Le había dicho que toda la guarnición de Málaga secundaría el movimiento, y al frente de 52 hombres, algunos de calidad notoria y otros que habían sido diputados de las Cortes de Cádiz, desembarcó en Fuengirola, 30 kilómetros al oeste de Málaga, en donde las tropas de Moreno le acometieron y cercaron. Tras una resistencia de cinco días, fué cogido prisionero con todos los suyos.

Para llevar la noticia a Madrid buscó González Moreno un oficial que pudiera salvar con mayor rapidez las largas jornadas, y éste fué un teniente del ejército que, reventando caballos y sin un momento de descanso, lo realizó. Se llamaba Francisco Serrano Domínguez, destinado con el tiempo a ser duque de la Torre y una relevante figura política.

A rienda suelta salió de Málaga otro joven para tratar de salvar la vida de Torrijos. Se llamaba José Salamanca y Mayol, y como estaba destinado con el tiempo a ser el primer hombre de negocios de España, el de fortuna más acaudalada y el fundador del barrio de Salamanca de Madrid, lo consignamos a título de curiosidad.

Llevaba un memorial de una hermana de Torrijos que residía en Málaga y del que el rey no hizo caso, limitándose a ordenar que los fusilasen a todos. Torrijos, pues, con todos los de

su expedición, incluso los marineros, fué fusilado en la misma playa donde había efectuado el desembarco; resultado de todo fué que apareció de nuevo la reacción, siendo una de las víctimas Mariana Pineda, que murió en el patíbulo, en Granada, por delito de estar bordando una bandera para los liberales. Mina tuvo que retirarse.

En esto, Fernando VII cayó enfermo en 1832 y se puso tan grave que todos creyeron que iba a morir; los carlistas, y Calomarde que gobernaba, no perdieron tiempo y le arrancaron con un codicilo la revocación de la ley y restablecimiento de la Sálica, hecho lo cual y creyendo ya muerto al rey, empezaron a felicitarse y a saludar como rey a sus monarcas; a Carlos V y a su esposa Francisca; pero el rey no había muerto; María Cristina, que había quedado abandonada de todos en la cámara real, comprobó que Fernando vivía, y a poco tuvo la satisfacción de verse acompañada de su hermana la feroz infanta Carlota, que a toda prisa vino de Andalucía llena de ira a defender los derechos de su sobrina Isabel. Es fama que aquella infanta era de carácter muy violento, y en la entrevista que tuvo con Calomarde, al recriminarle como una furia por su conducta le dió un bofetón, que recibió el ministro limitándose a decir: "Manos blancas no ofenden."

El rey se puso mejor, y al enterarse de la partida que le habían jugado los carlistas, echó al ministerio y eligió a Cea Bermúdez, encargando a María Cristina, cuyo mentor era su hermana Carlota, de los asuntos del Estado como gobernadora mientras durase su enfermedad.

Los primeros actos políticos de María Cristina, echada en brazos del elemento liberal, fueron abrir las Universidades y decretar una amnistía, tan amplia, que parecía mentira que Fernando VII hubiera accedido a ello; bien es verdad que estaba tan cambiado éste que no se le conocía, pues los liberales podían no sólo mostrar sus opiniones, sino hasta discutir en público. En realidad, quien gobernó en este período hasta la muerte del rey no fueron ni el rey, ni la reina, ni Cea Bermúdez, sino la infanta Luisa Carlota y las logias masónicas, a las que se debió el que fuesen separados de sus cargos cuantos funcionarios fueran sospechosos de servilismo, entre los que se encontraba en el Ferrol el coronel Zumalacárregui, del que luego nos ocuparemos.

Las simpatías personales de María Cristina hicieron se formase un nuevo partido muy poderoso: el de los cristinos, en donde estaban no sólo los liberales templados, sino también los realistas tolerantes; el otro partido que quedaba era el carlista, donde esta-

ban todos los absolutistas furibundos o los serviles, como se los llamaba. El gobierno de Cea Bermúdez, que quería inaugurar un despotismo ilustrado, disgustó a los liberales, como se puede comprender, sin satisfacer a los carlistas, los cuales, desesperados con lo que les pasaba, se echaron al campo, pero sin resultado, porque, aunque fuerte este partido por el número, ya hemos dicho que le faltaba lo principal, que era dirección.

Fernando VII ya no quiso aguantar más y desterró a su hermano Carlos a Portugal, indicándole a poco la conveniencia de que se trasladara a Italia; pero a esto se negó Carlos, declarado ya jefe del partido carlista, pues le convenía estar en la Península para sus fines políticos. Fernando VII había hecho reconocer a su hija Isabel como heredera de la corona, lo cual no quiso verificar el infante don Carlos, declarando en una protesta oficial sus legítimos derechos al trono.

En Portugal ocurrían cosas análogas a las de España. Era rey de aquella nación Juan VI, el que siendo regente y con motivo de la invasión francesa, es retiró al Brasil, de donde volvió en 1820 dejando allí a su hijo don Pedro, de ideas liberales, que cuando se declaró independiente el Brasil fué nombrado emperador. A la muerte de Juan VI en 1826, le correspondía la corona a don Pedro, quien cedió los derechos a su hermano don Miguel a condición de que se casase con su hija doña María de la Gloria y adoptase un gobierno constitucional; pero don Miguel, que encarnaba las ideas absolutistas, ni se casó con su sobrina ni adoptó gobierno liberal, sino que, dueño del poder, empezó a ejercer la más odiosa tiranía.

En esto, don Pedro, depuesto, por una revolución, de su imperio del Brasil, se presentó en Portugal dispuesto a sostener los derechos de su hija, en lo que fué ayudado por una expedición de liberales españoles, a cuyo frente se puso Mendizábal, consiguiendo poner en el trono a doña María de la Gloria.

Pero por el año 1833, al que nos venimos refiriendo, todavía estaba don Miguel en Portugal, y a la sombra de éste se fué el infante don Carlos.

Así las cosas, ocurrió la muerte de Fernando VII a fines de septiembre de 1833. María Cristina pidió ayuda a los capitanes generales de Castilla la Vieja y Cataluña, que eran Quesada y Llauder, y prometiéndosela, como Sarsfield, que mandaba el ejército de observación de Portugal, quedaba dueña de la situación contando con el ejército. Cierto que la Iglesia se iba con don Carlos, pero ella tenía más medios para defenderse así, pues quedó

como regente del reino durante la menor edad de la reina Isabel II, que entonces contaba tres años de edad.

Las esperanzas de los liberales quedaron defraudadas al ver que la regente continuaba con Cea Bermúdez, empeñado en implantar su despotismo ilustrado, que no tenía un solo partidario y a nadie satisfacía. Era un error de María Cristina prescindir de los liberales, que era el único partido que podía sostener y defender el trono de su hija; entendiéndolo así, prescindió de los servicios de Cea Bermúdez y llamó al poder a Martínez de la Rosa, que representaba a los liberales templados.

Por fin los liberales habían vencido y el absolutismo, según decían, pasaba a la Historia como régimen anticuado e incompatible con el progreso de los tiempos, sin pensar que, como dice un escritor, en el liberalismo afrancesado no había la libertad de la tradición española, sino tanto absolutismo como en el campo contrario, ya que el Estado francés nunca fué verdaderamente democrático, sino uniformista y autoritario.

Pero al mismo tiempo que ocurría la muerte del rey, estallaba la sublevación carlista; mejor dicho, la guerra carlista, que iba a costar mucha sangre a España.

El primer grito se dió en Talavera de la Reina el 3 de octubre de 1833, y si bien fué fusilado a poco el jefe de la intentona don Manuel González con dos hijos y otros cuantos, no impidio que se desarrollase la rebelión en Guipúzcoa, Álava, Vizcaya y Navarra, al extremo de que la escasísima guarnición de Vitoria, siguiendo los consejos del alcalde, tuvo que desalojar la capital en donde entraron los carlistas proclamando inmediatamente a Carlos V.

Contaban los carlistas con una porción de jefes y oficiales procedentes de la Guardia real, absolutistas furibundos, que se avenían mal con las ideas de libertad que representaba doña María Cristina, con voluntarios realistas, y por último con casi todo el clero.

Era el primer jefe en las provincias Vascongadas don Santos Ladrón, natural de Lumbier, que se había distinguido en la guerra de la Independencia a las órdenes de Mina y más tarde peleando contra el régimen constitucional. Recorriendo el curso del Ebro, había conseguido apoderarse de Calahorra, y esta ventaja le envaneció al punto de comunicar al general Lorenzo, que venía de Pamplona en su persecución, que le esperaba a pie firme en los Arcos, donde, efectivamente, se trabó combate el 11 de octubre de 1833, quedando los carlistas deshechos y don Santos en poder de Lorenzo, así como treinta y tantos de la partida, los que todos fueron

fusilados en la ciudadela de Pamplona el 14 de octubre de 1833.

Sin jefe principal la insurrección, se echaron a buscar uno que sustituyese a don Santos Ladrón, y que no anduvieron muy torpes en la elección, lo prueba la adquisición que hicieron de Zumalacárregui que iba a ser el militar más glorioso del siglo XIX, la figura más saliente del carlismo, el que iba a dar vida a la insurrección, y el que en lo sucesivo no iba a tener figura digna que le sucediera.

El 14 de noviembre de 1833 fué nombrado por unanimidad jefe de las fuerzas de Navarra, y suerte fué para la insurrección contar con jefe tan hábil antes de los dos meses de haberse iniciado; porque se dedicó con afán a organizar las huestes, y lo que consiguió e hizo, lo veremos en el capítulo siguiente, no sin antes hacer algunas consideraciones sobre este nuevo partido carlista que iba a sostener en España tres guerras civiles.

El problema que se presentaba aquí no era, como a primera vista pudiera parecer, el de resolver si el país lo había de regir una mujer o un hombre; esto era lo superficial, lo exterior, lo secundario, como también lo de creer los cristianos que los carlistas eran una pura antigualla compuesta de fanáticos, más o menos pintorescos, empeñados en sostener ideas obscurantistas mandadas ya recoger por el progreso de los tiempos y despreciadas por los liberales, deslumbrados con los poderosos destellos de democracia y libertad que inundaban el mundo.

El desacreditado carlista, que perdió el pleito en las tres guerras civiles, como veremos a su tiempo, no desapareció políticamente, como parecía natural de no haber tenido sus ideas arraigo entre nosotros; subsistió hasta nuestros días, muy posteriores al término de aquellas guerras, nutriéndose y vigorizándose con la savia que le daba el país, con lo que demostró palpablemente que en su fondo había algo desconcertante que escapaba a la visión, y este algo era el que aquéllas fueron guerras civiles entre "españoles y españolistas, partidarios los primeros de mantener la tradición patria, y los segundos de substituirla por las nuevas ideas y prácticas de una revolución exótica".

Claro que el carlismo fué algo muy complicado en sus aspectos de religión, dinástico y aristocrático; pero lo que en efecto latió en su fondo fué "la instintiva aspiración de extirpar y sacudir de España las malas hierbas cuyas semillas nos trajeron los vendavales revolucionarios extranjeros, y de restaurar, en cambio, las más auténticas y sagradas esencias del espíritu patrio".

Su lema "Dios, Patria y Rey", tan distinto y opuesto al desprestigiado "Libertad, Igualdad y Fraternidad" de los liberales, lo muestra de un modo indiscutible.

El carlismo condensaba "todos los anhelos acumulados en la profunda conciencia tradicional del país". Se repetía en la Península el caso ya resuelto de América, en donde "unos pretendían hacer tabla rasa del pasado para lanzarse, bajo las influencias extranjeras, hacia un quimérico porvenir, mientras los otros se agarraban desesperadamente a un pretexto cualquiera, que tal fué el pleito dinástico, con el propósito de retroceder hacia los más hondos manantiales históricos de la tradición, incluso de los ya cegados o anacrónicos".

Bueno es indicar, sin embargo, que para acreditar su derecho a la corona se apoyaron en la ley Sálica y no en las clásicas leyes de Castilla como les correspondía, ya que tan ausentes eran de la tradición.

Como tendremos ocasión de observar, hubo un hecho curioso, cual fué que el carlismo "se concentó siempre y sólo pudo dominar entre la masa campesina española". Las ciudades, por el contrario, más abiertas a las corrientes de la novedad, fueron por excelencia foco del liberalismo. Jamás los carlistas consiguieron instalarse sólidamente en una sola población de importancia. Los liberales, en cambio, se sentían en su natural elemento en las aglomeraciones urbanas de mayor densidad, y sus posibilidades de vencer iban disminuyendo a medida que se alejaban de los poblados, llegando a su mayor debilidad cuando se encontraban en comarcas desérticas o montañosas."

Las causas que motivaron la pérdida del pleito carlista las veremos a su tiempo; no murió a manos de su enemigo, pues como dice un escritor, ningún régimen político español muere a manos de su contrario, sino que se suicida; pero es conveniente tener en cuenta todo lo anterior para poder juzgar con acierto y sin apasionamientos los incidentes de estas guerras, en las cuales la ferocidad de unos y otros llegó a su colmo, siendo lo verdaderamente curioso el que, pasados los años, borrados los recuerdos de los odios políticos y amortiguadas las ideas liberales por no haber logrado ser, como se creía, la panacea para redimir al mundo, se vino en conclusión a reconocer desapasionadamente que el partido que representaba a la España Imperial de los mejores tiempos no era el liberal que ganó la guerra y trajo ideas de la nación inglesa que tanto nos había perjudicado, sino el odiado carlista que las perdió y se nutrió con ideas exclusiva y genuinamente españolas, lo cual

hubiera sido incomprensible y herético reconocer en aquellos tiempos de pasión y de odios.

Un dato que conviene consignar es el que, como veremos a su tiempo, vinieron a ayudar al bando liberal tropas inglesas y francesas. Éstas, por consiguiente, fueron las primeras brigadas que precedieron a las internacionales que, con el tiempo y pasados muchos años, habían de venir a España sólo con ideas de destrucción, y ahora se presentaban dirigidas contra el carlismo. Este dato es lo suficientemente significativo para comprender que si los ingleses, y nada añadimos de los franceses que dócilmente iban a su rastra, venían contra los carlistas era porque veían en ellos lo que no descubrió el pueblo español, un partido que, bien dirigido, podía reanudar los derroteros de la España Imperial de los mejores tiempos, y como no les convenía que ésta levantase cabeza de nuevo, de ahí que, halagando a las ideas liberales que tanto enardecían a los pueblos de Europa en plena borrachera de democracia, no hiciera más que seguir su táctica de evitar con aquella ayuda el posible resurgimiento de España. Era un maniobra política fruto de una alianza de dos naciones tan poderosas como Inglaterra y Francia contra una tan débil como entonces era España.

Capítulo II

PRIMERA GUERRA CARLISTA

Zumalacárregui

(1833)

El resentimiento le llevó a las filas carlistas. — Cualidades sobresalientes de organizador. — Teatro de la guerra. — Su descripción. — El valle de las Améscoas. — El cura Merino llega a El Escorial. — Sarsfield. — Bate a los carlistas en Peñacerrada. — Entra en Vitoria. — Entra en Bilbao. — Los carlistas se apoderan de Oñate. — Lorenzo los desaloja. — Desaliento de los carlistas. — Zumalacárregui es nombrado General en jefe.

Era don Tomás Zumalacárregui coronel del Regimiento de Extremadura por el año 1831 (descendiente de una hidalga familia guipuzcoana que contaba once hijos), y se encontraba de guarnición en La Coruña cuando fué mandado al Ferrol como Comandante militar, con instrucciones para extirpar una poderosa asociación de bandidos que traía amedrentados a los habitantes. Con tacto y perseverancia y, sobre todo, con ejemplares castigos, llegó a destruir la asociación, devolviendo la calma al país; pero, apenas verificado esto, nuevos robos en cuadrilla y en despoblado trajeron la intranquilidad de antes; Zumalacárregui, que no sabía a quién atribuirlos, llegó a descubrir que dirigía la nueva sociedad una persona a quien todos tenían como modelo de honradez, y él mismo había depositado en ella toda su confianza para perseguir la anterior asociación. Adquirir la certidumbre y presenciar el Ferrol la ejecución de aquel funcionario, todo fué uno.

Pero, a poco, Zumalacárregui, sospechoso de realismo, fué relevado y llamado a Madrid para explicar su conducta. Esperó en vano tres días, haciendo largas antesalas aquel militar honrado y pundonoroso; y viéndose olvidado, marchó a Pamplona, en donde fijó su residencia después de haber tomado el retiro.

Lleno de resentimientos por la injusticia que, como pago a sus relevantes servicios, con él se había cometido, pues se encontró en la defensa de Zaragoza en 1808 y se había distinguido como gue-

rrillero a las órdenes de Jáuregui "el Pastor", era terreno abonado para que sus paisanos, pues era natural de Ormáiztegui (Guipúzcoa) pensasen en aprovechar sus servicios y al efecto, cuando aquéllos le brindaron con la jefatura, ofreció su espada al nuevo soberano, sin soñar siquiera que, a la postre, le había de pagar con otra injusticia análoga a la de que se quejaba.

No impulsaron, pues, a Zumalacárregui sus ideas absolutistas para pasarse al campo de don Carlos; le arrastró a sus filas el menosprecio en que se habían tenido sus servicios y el resentimiento que abrigaba contra aquellos que le habían obligado a retirarse del ejército cuando estaba todavía en edad de hacer progresos en su carrera, pues sólo tenía 43 años.

Lástima grande que sus talentos militares, que habían de hacer de él un guerrero ilustre, fueran empleados en una causa que por entonces se consideraba poco noble.

Se necesitaba toda la inteligencia superior de que estaba dotado Zumalacárregui, para salir airoso de la empresa que se impuso, de organizar el ejército de don Carlos. Componían éste una masa informe de artesanos y labriegos, sin equipo, instrucción, ni disciplina, y esto había que organizarlo a toda prisa; sin recursos, que no facilitaba don Carlos, y al frente del enemigo, que no permitía la tranquilidad que requería la empresa. Toda su actividad y la entereza de su carácter la puso al servicio de ésta, consiguiendo al cabo de ocho meses, esto es, en julio de 1834, presentar un ejército que podía competir en movilidad con los más maniobreros de Europa, y el cual, perfectamente equipado e instruído, se componía de 35 batallones, 5 escuadrones, y 8 piezas; lo cual superaba a cuantas esperanzas se tenían de sus dotes militares como organizador.

Claro que le favorecía en su empresa el apoyo que daban los habitantes de las provincias Vascongadas y Navarra a la causa de don Carlos, y el perfecto conocimiento que tenía Zumalacárregui no sólo de la índole y costumbre de aquellos habitantes, sino también de las condiciones topográficas de aquel suelo, que iba a convertir en foco y nido inexpugnable de la insurrección.

"De ordinario — dice un escritor, — un oficial carlista no tiene más que entregar un papel al alcalde, y aun un mensaje verbal, para que sea enviado a cualquier dirección: éste, inmediatamente, escoge un vecino que tiene que ir, o contrata un mensajero, y cada uno de los habitantes está sujeto a esto por turno. Al llegar al siguiente pueblo puede, si está cansado, entregarlo a otro; pero si encuentra sobre él escritas las palabras "luego, luego, luego", repetidas tres veces, si está cansado lo entregará en manos del primer individuo que encuentre y, en este caso, el pastor debe dejar su rebaño y el labrador su arado para llevarlo, pues cualquier hombre que rehusare trasladar el mensaje o hiciere traición, sería denunciado por los vecinos sus amigos y aun por su propia familia."

El teatro de la guerra puede considerarse formado por un cuadrilátero, dos de cuyos lados lo forman la costa y el Ebro; otro, la línea que partiendo de Bilbao va al Ebro por el Zadorra, y el último, la que desde la frontera de los Pirineos va también al Ebro por el Arga.

Este imperfecto rectángulo está atravesado en su parte media, y paralelamente a la costa, por la cadena de los Pirineos; la cual, con sus ramales y estribaciones al N. y al S. hacen de todo esto una región extraordinariamente montañosa, y uno de los países más fragosos de Europa. Cruzado por estrechos y hondísimos valles, cubierto de espesos montes y surcado por infinidad de insignificantes corrientes, tiene su población repartida en multitud de caseríos que se comunican entre sí, por trochas y senderos, en crecido número, abundando el terreno en excelentes posiciones para la guerra en pequeño, que era lo que le convenía a los carlistas.

Las condiciones excepcionales de este terreno como foco de resistencia para la guerra en pequeño, donde se ponen extraordinariamente de manifiesto es en el nudo montañoso que hay entre Vitoria y Pamplona, por debajo del Pirineo. Parece colocado ex profeso por la Naturaleza para amenazar por el flanco a cualquier invasor de la Península que, habiendo penetrado por los Pirineos occidentales, quisiera bajar al Ebro, bien por Pamplona, bien por Vitoria, y lástima grande que las condiciones especiales de este foco de resistencia, que lo hacen muy importante en su clase, haya servido de apoyo poderoso a guerras civiles, que han encontrado allí lugar a propósito para construir un nido de águilas, a cubierto de las amenazas del enemigo.

Este nudo montañoso lo forman principalmente las sierras de Urbasa y Andía, que iban a servir de base de operaciones a los carlistas; las cuales, corriendo paralelas a los Pirineos y al S. de ellos, forman con éstos el estrecho y largo valle de la Burunda, regado por el Araquil; mientras que por el S. se encuentra el valle de las Améscoas, y más abajo, y paralelo a él, el valle del Ega, extraordinariamente montañoso, como aquéllos. La única población de alguna importancia que se encuentra aquí, es Estella, motivo por el cual a este nudo montañoso se le conoce con el nombre de macizo o foco de resistencia de Estella.

Siendo el valle de las Améscoas la verdadera cueva de este nudo, está defendido al N. por los Pirineos y las sierras de Urbasa, de fácil defensa; al S. y por la parte de la Rioja, por la sierra de Codes, el valle del Ega y las sierras de las Améscoas; al E., por la parte de Pamplona, hay que pasar tres cordilleras para llegar a las Améscoas, y aunque al O., por la parte de Vitoria, sólo hay que pasar una, que son los altos de la Encía, es tan fácil su defensa que puede considerarse el valle de las Améscoas como inexpugnable.

En este sentido, y estando esta base de operaciones de los carlistas en el centro del territorio, podía considerarse como que eran dueños de un círculo que el enemigo no podía cruzar, teniendo éste que recorrer su circunferencia con pérdida de tiempo cuando las necesidades de la campaña le obligaban a presentarse en el extremo opuesto al que se encontraba, mientras los carlistas, aprovechando estas ausencias, se salían del círculo haciendo excursiones, las más de las veces impunemente.

Por lo dicho se comprenderá las dificultades con que se iba a tropezar en esta guerra, en que todo parecía favorecer a los carlistas, pues si bien la disciplina de las tropas podía considerarse como superior a la de ellos, ni el número de éstas fué nunca el que se necesitó, dado el incremento que tomó la insurrección, ni estaban atendidas como requería el caso, ni podían igualar en movilidad a los carlistas, ya que no teniendo nada sobre el terreno tenían que llevarlo todo, recargando las columnas con una impedimenta que no necesitaban los últimos para nada.

Estaba, pues, como decimos, Zumalacárregui como jefe de las fuerzas de Navarra; podía calcularse que en las tres provincias Vascongadas había como unos 20.000 hombres alzados en armas, al frente de los cuales estaba Veráztegui, dueño de Vitoria, como hemos dicho.

Al célebre cura Merino, que tanto se distinguiera en la guerra de la Independencia y que llegó a brigadier, le brindaron los carlistas con el mando de Castilla, y, puesto al frente de las tropas, pudo reunir 11.000 hombres con los que tomó el camino de Madrid, llegando hasta El Escorial y pudiendo ser rechazado por escasas fuerzas, pues no tenía ni noción de disciplina.

Temeroso el Gobierno del incremento que tomaba la insurrección, ordenó al general Sarsfield, que estaba en la raya de Portugal con un ejército de observación, segregase lo que pudiera de él y, con estas fuerzas, marchase a las provincias Vascongadas, dejando el mando del ejército de observación a Rodil.

Llegó Sarsfield a Haro, sobre el Ebro, y se encontró en com-

prometida situación, pues quedó cercado por las fuerzas de Veráztegui, y suerte fué para él que, llegando el cura Merino, sobreviniesen diferencias entre estos dos jefes carlistas. El 19 de noviembre de 1833 pudo Sarsfield pasar el Ebro y, encontrando a los carlistas en número de 1.500 hombres queriéndole cerrar el paso en las gargantas de Peñacerrada, los batió por completo, entrando inmediatamente en Vitoria, que abandonaron los carlistas. Siguiendo su marcha Sarsfield, consiguió que la dispersión de los carlistas fuera completa en Elgóibar y en Eibar, en donde se detuvieron para esperarle. En su avance había limpiado por completo el camino de carlistas, los cuales dejaron libres Álava y Guipúzcoa, echándose a derecha e izquierda; unos, en Navarra; otros, en Vizcaya, y los que no pudieron, retirándose a Francia.

Conseguido esto, se encaminó Sarsfield contra Bilbao, que ocupaban los carlistas. Un cuerpo de los que se habían refugiado en Vizcaya, mandado por Zavala, quiso detenerle; pero los carlistas, que eran bisoños, huyeron despavoridos como habían hecho en Álava y Guipúzcoa, y Sarsfield entró sin dificultad en Bilbao, pérdida que lamentaron después mucho los carlistas, cuando vieron fracasar sus intentos para ocupar esta plaza.

Concluída esta corta y brillante campaña, Sarsfield fué recompensado con un título de Castilla, a pesar de lo cual presentó su dimisión, porque entendía que, para pacificar las provincias, se hacía preciso ocupar militarmente el territorio; y, como no tenía fuerzas para ello y tampoco se las daban, se abstuvo de apoyar medidas de rigor contra los habitantes y prisioneros, publicando, por el contrario, un indulto tan lato, que en él entraban todos los carlistas, lo cual sentó muy mal a la opinión, que exigía a todo trance inexorabilidad con los vencidos, motivo por el cual se le aceptó la dimisión, pero nombrándole capitán general de Navarra.

Los carlistas de Bilbao, mejor dicho, de Vizcaya, viéndose dispersos acordaron retirarse a Navarra para unirse con Zumalacárregui, que en estas batidas había permanecido intacto, y en su marcha desde Vizcaya a la Burunda se encontraron con un refuerzo de 1.800 guipuzcoanos que les sirvió para apoderarse de Oñate, conceptuada como buena posición estratégica. Pero apenas verificado esto, el comandante general de Guipúzcoa mandó al general Lorenzo, que tanto se había de distinguir por su bravura, los desalojase de Oñate y los echase a Navarra, como en efecto ocurrió.

Hallábase Zumalacárregui por este tiempo en Villatuerta, cerca de Estella, y pensaba descender a la Ribera del Ebro, cuando fué llamado a toda prisa para socorrer a los carlistas de Vizcaya, me-

tidos en la empresa de Oñate; torció, pues, a la derecha y fué a pernoctar en Alsasua, en el valle de la Burunda, encontrando a poco los primeros fugitivos, que le dieron cuenta del desastre de Oñate. Había tal desmoralización y abatimiento, que los mismos navarros se contagiaron del desaliento general, y en aquel punto y hora se hubiera consumado la gran catástrofe del partido carlista, de no contar con la gran figura de Zumalacárregui, que fué a quien debió su salvación.

Allí fué en donde por primera vez dió a conocer las condiciones relevantes de su carácter. Sin amilanarse por los recientes desastres ni por el abatimiento general, levantó el espíritu, hizo ver la necesidad de recoger a los dispersos, organizarlos y repartir el armamento que tenía allí reunido; en una palabra, tales pruebas de firmeza dió, que las juntas de las tres provincias vascongadas que allí estaban, le nombraron general en jefe de aquellas provincias, con lo que resultaba el generalísimo de toda la insurrección.

Consecuencia de esto fué que la junta de Vizcaya se trasladó de nuevo a su país, escoltada por un batallón navarro.

Capítulo III

PRIMERA GUERRA CARLISTA

Zumalacárregui. Mandos de Valdés y Quesada

(1833-1834)

Valdés penetra en la Burunda. — Entra en Bilbao. — Combate del puente de Arquijas. — Zumalacárregui se apodera de Orbaiceta. — Combate de Güesa. — Zumalacárregui eclipsa a los generales de la reina. — Sorpresa de Zubiri. — Espartero entra en Guernica. — Combate de Portugalete. — Quesada. — Zumalacárregui se le escapa. — Combate de Muro. — Sorpresa de Muez. — Combate de Dallo. — Relevo de Quesada.

Don Jerónimo Valdés, nombrado para substituir a Sarsfield, procedía del ejército de América, como sabemos, y era general que gozaba de gran prestigio; la circunstancia de encontrarse las provincias vascongadas libres de carlistas cuando se encargó del mando, le hicieron suponer que era cosa fácil extirpar las facciones, que había únicamente en Navarra, haciéndolo entender así al Gobierno.

Lo primero que hizo cuando llegó a Vitoria fué meterse de rondón en el valle de la Burunda, creyendo que allí acabaría con el carlismo. Zumalacárregui tomó posiciones para recibirlo; pero, pensándolo mejor, y considerando que era gran atrevimiento aquello, empezó a retirarse poco a poco por la falda del monte Aralar, o sea de los Pirineos, a medida que avanzaba Valdés.

Viendo éste que Zumalacárregui se le escapaba de las manos, concertó con Sarsfield un movimiento combinado para cortar la retirada a aquél.

Salió Sarsfield de Pamplona en busca de Zumalacárregui, y vino a encontrarlo en Dicastillo, esto es, en el río Ega por bajo de Estella, en el territorio llamado la Solana. Sarsfield no se atrevió a atacarlo por lo fuerte de las posiciones que tenía, y, en consecuencia, empezó a maniobrar, con objeto de atraerle a terreno más a propósito; pero Zumalacárregui, mostrándose maestro en aquel arte, condujo a Sarsfield, en su seguimiento, de la Solana a la

Ribera, en marchas y contramarchas, sin dejarlo descansar, para encontrarse a la postre a la misma distancia de los carlistas que cuando empezó la expedición.

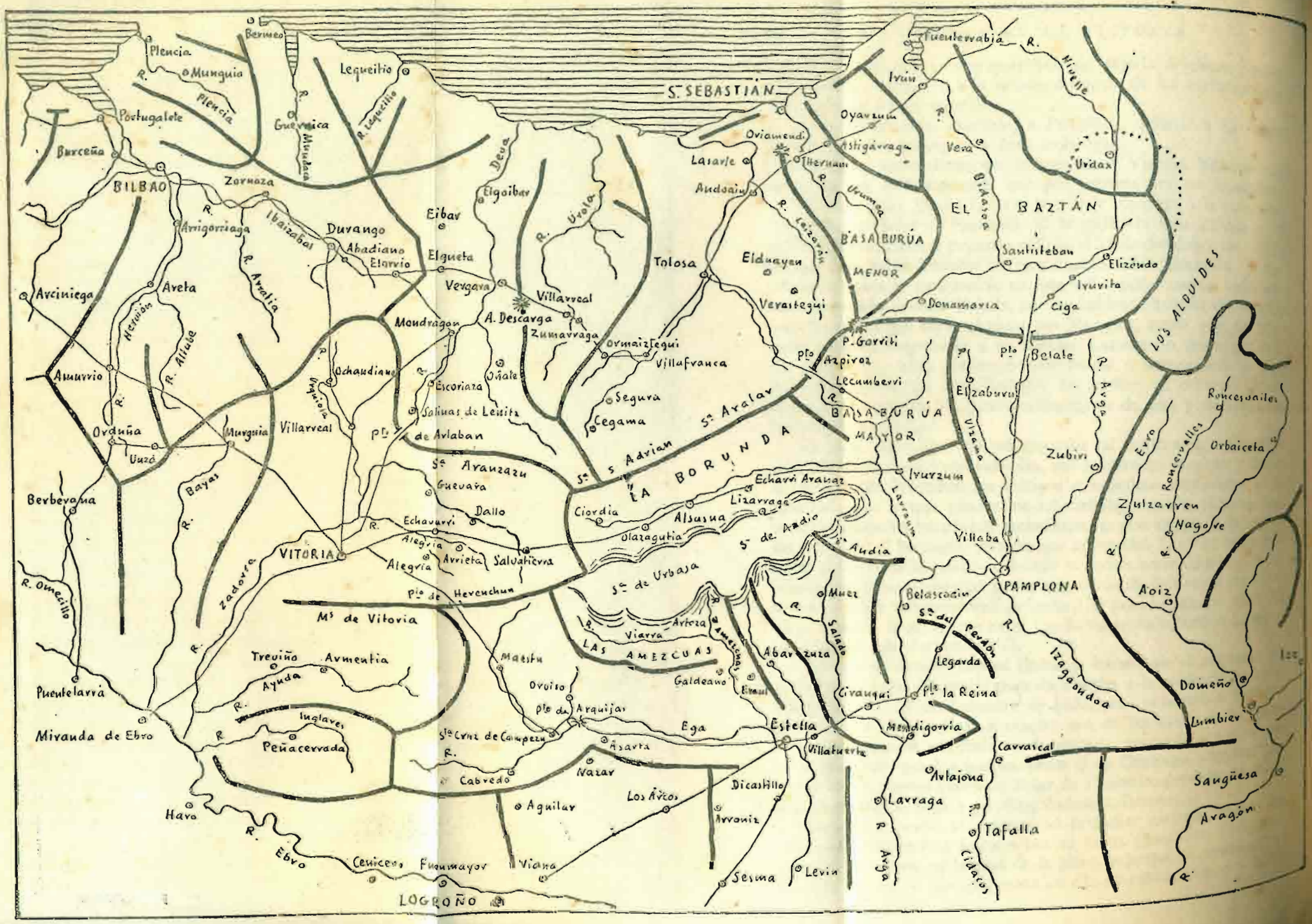
Retiróse Sarsfield, aburrido, a Pamplona, dejando a Lorenzo la columna para perseguir a Zumalacárregui.

En tanto, los carlistas que habían ido a Vizcaya hicieron su aparición tan brillantemente, que por primera vez en Guernica, al NE. de Bilbao, Simón Latorre batió por completo a la columna del barón del Solar de Espinosa. El brigadier carlista Zabala y el coronel Simón Latorre tuvieron noticia, el 21 de diciembre de 1833, de que éste había iniciado un movimiento sobre Guernica, y resolvieron atacarle esperándole en esta villa; pero cuando todo estaba preparado desistió Zabala, porque habiendo cogido el general isabelino dos hijas suyas al pasar por Munguía, temía que, de atacarle, pudiera exterminar a su familia. Latorre no quiso desistir del plan en que tanta confianza tenía puesta, y aconsejando a Zabala esperase en las inmediaciones del pueblo, se encargó de la operación, ocupando los puntos estratégicos de éste y dejando en las afueras el grueso.

El barón del Solar, que no esperaba tal resistencia, avanzó, a pesar de lo lluvioso y malo del día, por un terreno fangoso y lleno de zanjas que limitaban los cultivos e impedían maniobrar a la caballería, por lo que, guarecidos los carlistas tras los pajares que se hallaban en las heredades, rechazaron las dos cargas a la bayoneta que dió el enemigo, ventaja que aprovechó Latorre para ponerse al frente de la reserva y decidir la acción amenazando al enemigo por el flanco izquierdo, por lo que, temiendo éste verse cortado, se retiró sobre el camino real dejando 150 prisioneros, de ellos 50 de la Guardia Real, cuerpo en el que había servido Simón Latorre en el reinado de Fernando VII.

Este revés decidió más al Barón a insistir en el proyecto de tomar a Guernica. Rompió, pues, la marcha a la caída de la tarde del mismo día 21 de diciembre de 1833, pero encontró a Latorre prevenido, y aunque llegó a ocupar una de las casas de la plaza tuvo que retirarse en distintas direcciones, tomando unos el camino de Bilbao por los montes, otros el de Durango, algunos por la costa, y el mismo barón de Solar de Espinosa, perdido su caballo, emprendió la fuga a pie dirigiéndose a Bermeo.

Llegada la noche se presentó el brigadier carlista Zabala en Guernica, felicitando a Latorre por su éxito. Quedaban 150 hombres defendiéndose en la casa de la plaza, a la que se pensó prender fuego, y no se hizo por estar en ella en rehenes las dos hijas


S. SEBASTIAN
Fuenterrabía
Irún
Oyarzun
Oviamendi
Astigárraga
Lasarte
Hernani
Audosain
Vera
Urdax
EL BAZTÁN
BASABURÚA MENOR
Santisteban
Elizondo
Ivurita
Ciga
Donamaría
LOS ALDUIDES
P. Gorriti
Pto Azpiroz
Lecumberri
Pto Belate
Elzaburu
BASABURÚA MAYOR
Zubiri
Roncesvalles
Orbaiceta
Ivurzun
Echavri Aranaz
Lizarraga
Alsusua
Olazagutia
Ciordia
LA BORUNDA
Sa Aralar
Sa Aivian
Sa de Andio
Audia
Villaba
PAMPLONA
Belascoain
Sa del Perdón
Legarda
Pla la Reina
Muez
Abarzuza
Civauqui
Mendigorría
Estella
Villatuerta
Ega
Asarta
Nazar
Los Arcos
Dicastillo
Arroniz
Sesma
Levin
Lavraga
Avlajona
Tafalla
Cavrarcal
Sangüesa
Aragón
Aoiz
Zulzarren
Nagore
Domeño
Lumbier
Izagaondoa
Cidacos
Arga
Lerín
Viana
Fuenmayor
Cenicero
LOGROÑO
Haro
Ebro
Cabredo
Aguilar
Sta Cruz de Campezo
Pto de Arquijas
Ovulso
Maestu
LAS AMEZCUAS
Galdeano
Ameskoa
Eraul
Artoza
Viarra
Sa de Urbasa
Pto de Herrenchun
Ms de Vitoria
VITORIA
Salvatierra
Arrieta
Alegría
Echavarri
Dallo
Guevara
Sa Aranzazu
Murguía
Villarreal
Pto de Arlaban
Salinas de Leniz
Escoriaza
Ochandiano
Oñate
Segura
Cegama
Villafranca
Ormaiztegui
Zumarraga
A. Descarga
Villarreal
Vergara
Elgueta
Eibar
Elgoibar
Durango
Abadiano
Elorrio
Zornoza
Arrigorriaga
BILBAO
Portugalete
Barcena
Plencia
Munguía
Lequeitio
Guernica
Bermeo
Mundaca
Deva
Urola
Ibaizabal
Arratia
Nervión
Altube
Arciniega
Areta
Amurrio
Orduña
Urcá
Bayas
Zadorra
Berberana
Puentelarrá
Miranda de Ebro
Peñacerrada
Inglares
Treviño
Ayuda
Armentia
Oja
Omecillo
Tolosa
Eldunayen
Veraitegui
Urumea
Oria
Leizarán
Oyarzun
Bidasoa
Ulzama
Larraun
Arga
Aranguren
Erro
Roncesvalles
Zidacos
Ebro

de Zabala. La pérdida de los isabelinos fué de 13 muertos, 39 heridos y 195 prisioneros: los carlistas, 8 muertos y 20 heridos.

Este desastre obligó a Valdés a encaminarse con 3.000 hombres desde Vitoria a Bilbao, logrando entrar en esta capital despues de haber arrollado a los carlistas que querían oponerse a su paso en las inmediaciones de Durango. Esto ocurría el 26 de diciembre de 1833.

A los pocos días sostenía Zumalacárregui el primer encuentro con la columna del general Lorenzo, a quien se le había agregado el coronel Oraá que, procedente de Aragón, le llevaba un refuerzo de 1.100 hombres.

Había ganas de combatir por ambas partes; Lorenzo quería alcanzar un triunfo considerado imposible por su antecesor; Zumalacárregui quería satisfacer el ansia de sus voluntarios, que así se lo pedían, y al mismo tiempo experimentarlos, pues no sabía lo que podía esperar de ellos.

Eligió, pues, Zumalacárregui, la posición que juzgó más ventajosa, la cual se encontraba en el valle de la Berrueza, que es un ensanchamiento del valle de Ega, muy encajonado por la derecha, desde el nacimiento de este río hasta el puente de Arquijas, pasado el cual, se despeja lo suficiente para formar el valle de la Berrueza, en donde se encuentran hoy los pueblos de Acedo, Mendaza, Nazar y Asarta. En las inmediaciones de estos dos últimos situó Zumalacárregui su fuerza el 28 de diciembre de 1833, publicando un bando severísimo relativo a la conducta que debía seguirse en el combate.

Al día siguiente, 29 de diciembre de 1833, arengó a su gente y, electrizados por el espíritu que les había infundido su jefe, resistieron a pie firme el empuje de las tropas de Lorenzo y Oraá, que atacaron las posiciones con denuedo, terminando con cargas a la bayoneta.

Cuando le faltaron municiones a Zumalacárregui, ordenó la retirada, que se hizo con orden, por el puente de Arquijas, por donde pasa la carretera el río Ega, yendo a guarecerse en Oteo.

El triunfo había sido de Lorenzo, que había obligado a retirarse al enemigo; pero Zumalacárregui se retiró satisfechísimo por el triunfo moral alcanzado, porque aquel combate, que sólo lo había sostenido a título de prueba, le demostraba que podía tener confianza en la disciplina de su gente. Metióse, pues, en las Amézcuas para dar descanso a sus tropas.

No atreviéndose Lorenzo a seguirle por aquel terreno imposible, que se encuentra pasando el Ega, retrocedió camino de Pam-

plona, deteniéndose en Puente la Reina, sobre el Arga, para fortificar este punto (por donde pasa la carretera que del puente de Arquijas y Estella va a Pamplona) y cortar a los carlistas el libre paso del río.

Mientras Lorenzo se entretenía en esto, Zumalacárregui, que no podía permanecer mucho tiempo ocioso, partiendo de la sierra

de Urbasa y Andía, su base de operaciones, y pegado a las faldas meridionales del Pirineo, verificó una marcha describiendo un semicírculo por encima de Pamplona, y vino a caer en Roncesvalles, con el propósito de atraerse a la causa a los habitantes de aquellas comarcas, que habían permanecido indiferentes hasta aquel momento, en que, gracias a la habilidad de Zumalacárregui, se decidieron por don Carlos.

Era el año 1834, y el caudillo carlista había bajado a Lumbier, o mejor dicho, venía en camino de esta plaza, cuando Lorenzo, temiendo se le metiera por tierra de Aragón, como parecía indicarlo por su marcha, salió de Puente la Reina para cortarle el paso; pero Zumalacárregui, que se enteró a tiempo, dividió sus fuerzas en dos grupos, uno de los cuales hizo que siguiera a Sangüesa, y el

otro que se remontase al N. hacia Zubiri, sobre el Arga, lo cual obligó a Lorenzo a dividir sus tropas en dos partes para perseguir a estos dos grupos. Zumalacárregui, que se había quedado en Nagore con escasa fuerza, viéndose libre de enemigos, concibió el proyecto de apoderarse de Orbaiceta, cerca de Roncesvalles, donde había una fábrica de armas, y, tal como lo pensó, quedó realizado el 27 de enero de 1834, en que aquella guarnición de 200 hombres capituló sin hacer ninguna defensa. Allí cogió buena presa, pues se apoderó de fusiles, municiones, y de un cañón, el primero que tuvieron los carlistas.

Excusado es decir el asombro que causó la audacia de Zumalacárregui y la noticia de tal rendición. Valdés reunió una columna de 6.000 hombres y, saliendo de Vitoria, vino en busca de aquél, que estaba en Lumbier al frente de unos 1.500 hombres. Sin amilanarse por la aproximación del enemigo, Zumalacárregui se retiró hacia Navascués en busca de una posición en donde esperar a Valdés, y ésta la encontró por cima de aquel pueblo y cerca de Güesa. Allí resistió la superioridad numérica de Valdés en el combate que sostuvo el 3 de febrero de 1834, en el que defendieron los carlistas con tenacidad las posiciones, y sólo se retiraron cuando la falta de municiones les obligó a ello.

Zumalacárregui, a pesar de estas derrotas materiales, llegaba al apogeo de su gloria, pues su pericia eclipsaba a los generales de la reina; entonces fué cuando, después de este combate, para demostrar su entereza de carácter, que nunca se abatía, publicó el 9 de febrero de 1834 una terrible circular en la que imponía pena de muerte a las autoridades que no obedeciesen las órdenes de don Carlos, la cual fué altamente provechosa para la causa de éste, y también el principio de los horrores que habían de registrarse en esta guerra civil.

Desde Güesa se encaminó Valdés al valle del Baztán para socorrer a Elizondo, sitiada por los carlistas, que no quería sufriera la suerte de Orbaiceta, lo cual consiguió gracias a que forzó la marcha y llegó a tiempo. Después de esto regresó a Pamplona pasando por Irurzun, desde donde destacó la caballería al valle de la Borunda, por saber que los carlistas estaban en Echarri-Aranaz, continuando él desde Pamplona, por la Rioja, a Vitoria, en donde presentó su dimisión por considerarse fracasado en el mando.

En tanto, Zumalacárregui, a quien dejamos en Güesa, pensó volver a su base de operaciones de las sierras de Urbasa y las Amézcuas, para lo cual tenía que describir en su marcha un semicírculo por encima de Pamplona. Antes de llegar a Zubiri se en-

teró, por los espías, de las posiciones que ocupaba en este punto Oraá, el cual estaba bien lejos de suponer se le venía encima Zumalacárregui.

Éste aprovechó la ocasión para dar un atrevido golpe de mano y, en efecto, llegada la noche, atacó a Zubiri y Urdániz, pueblo inmediato en que había parte de las tropas de Oraá. La sorpresa fué completa, y Zumalacárregui, que en esta sorpresa usó de las encamisadas, se llevó todos los caballos de la columna. Oraá, cuando pudo reponerse, salió en persecución, pero lo encontró a corta distancia tan perfectamente atrincherado, que tuvo el buen acuerdo de no atacarle para no empeorar su situación, con lo cual Zumalacárregui pudo restituirse libremente a su guarida de la sierra de Urbasa.

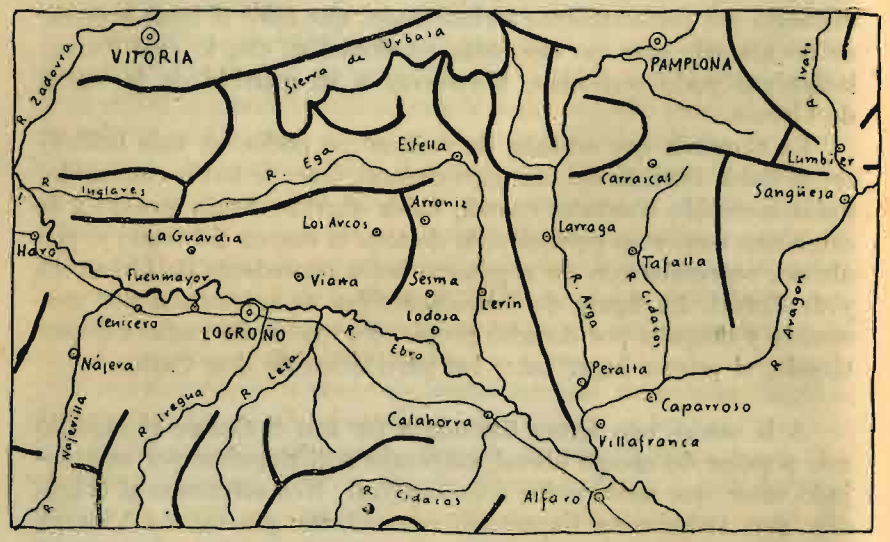
La campaña que acababa de realizar no podía ser más brillante; se había burlado del enemigo cuantas veces le había convenido, había sostenido combates cuando había querido, había atraído a la causa una numerosa población, la de toda la cuenca del Irati; y, por último, regresaba con un riquísimo botín procedente de Orbaiceta y de Zubiri. La figura de Zumalacárregui se agigantaba por momentos y ocupaba por derecho propio, sin que nadie pudiera disputárselo, el primer lugar entre los partidarios de don Carlos.

A la sazón, una figura llamada a ser con el tiempo el caudillo más popular del campo liberal, empezaba a distinguirse por su arrojado valor, que tanto le iba a caracterizar. Nos referimos al brigadier don Baldomero Espartero, comandante general de Vizcaya en la ocasión presente.

Ya hemos dicho que los carlistas de Vizcaya habían hecho su brillante aparición en Guernica a fines de diciembre de 1833. En el mes de febrero volvieron a presentarse en Guernica mandados por Simón Latorre, intimando la rendición a la plaza. Espartero, con sólo 1,300 hombres que pudo reunir, salió de Bilbao en socorro de la plaza, y con tal furia arremetió contra los carlistas, muy superiores en número, que los arrolló, penetrando en el pueblo; pero al día siguiente se encontró encerrado, pues los carlistas le tenían cercado completamente. La situación era muy crítica, y así se lo hizo saber a Valdés para que, desde Vitoria, acudiera en su auxilio; lo cual no necesitó, porque en la noche del 23 de febrero de 1834, y después de cinco días de combate, pudo burlar la vigilancia del enemigo y salir de la plaza, llevándose no sólo los enfermos, sino hasta el material de la guarnición; pero aún no había terminado Espartero, pues al llegar a Bermeo, que es por

donde hizo la retirada, atacó a un batallón carlista que allí había, causándole 70 muertos y cogiéndole 32 prisioneros, con cuyo trofeo entró en Bilbao.

Pasado el tiempo, y encontrándose Espartero en Durango el 22 de abril de 1834, se enteró de que los carlistas amenazaban a Portugalete; marchó rápidamente a aquel punto y, sin detenerse en Bilbao, atacó el puente de Burceña, en donde los carlistas querían impedirle el paso, y, después de sostener un brillante hecho de



armas en el que salió herido, libertó a la plaza del peligro que le amenazaba. Por este hecho ascendió a mariscal de campo.

Don Jenaro Quesada, que substituyó a Valdés como general en jefe, tuvo el primer pensamiento de acabar la guerra por medio de negociaciones, que entabló desde luego con Zumalacárregui, quien no hizo más que dar largas al asunto sin resolver nada. Irritado grandemente Quesada, publicó en 11 de marzo de 1834 un bando que vino a ser como la inmediata ruptura de hostilidades.

Habíase acercado Zumalacárregui el 16 de marzo de 1834 a Vitoria con el intento de apoderarse de la ciudad, de donde fué rechazado, teniendo que retirarse a Salvatierra porque sabía se aproximaba Espartero, pero llevándose prisioneros a 120 tiradores de Álava que cogió en Gamarra Mayor.

La circunstancia de haber fusilado el comandante general de Álava a tres paisanos que dijo Zumalacárregui eran oficiales suyos,

impulsó a éste a fusilar a los 120 tiradores prisioneros, de los que sólo se salvaron dos: era el límite de la venganza que podía tomar.

Pasemos a las primeras operaciones realizadas por Quesada, y veamos cómo se le escapó Zumalacárregui.

Estaba éste el 23 de marzo de 1834 por la parte de Lumbier, cuando salió Quesada de Pamplona en aquella dirección, a cuya aproximación dividió Zumalacárregui sus fuerzas, dejando a Eraso en el río Salazar mientras él se quedaba en el valle del Urrault. Quesada dividió sus fuerzas, mandando al barón de Meer que se dirigiese desde Domeño a Izo contra Eraso, mientras que él marchaba en dirección de Aoiz contra Zumalacárregui. Éste, atravesando la cordillera que le separaba del Irati, y vadeando este río, marchó a Zulzarren y, de allí, salvando la divisoria del Arga, vino a caer por debajo de Pamplona, descendiendo a Tafalla y dejando burlado a Quesada, que quedaba en la cuenca del Irati.

El general Lorenzo, que estaba en los Arcos, cuando supo los primeros movimientos de Zumalacárregui, que le indujeron a suponer entraría en la Sierra de Andía por encima de Pamplona, vino a situarse en el boquete de Estella para impedir que Eraso se le uniese, suponiendo que pretendería hacerlo por aquí. No fué así, sin embargo, pues quien entró por este boquete fué el propio Zumalacárregui, que venía de Tafalla, el cual sostuvo con Lorenzo el 29 de marzo de 1834 el rudo combate de Muro, como resultado del cual éste tuvo que encerrarse en Estella, quedando aquél en libertad para bajar el Ebro con 3.000 hombres y entrar en Calahorra, que abandonó en seguida, retirándose a Lerín el 9 de abril de 1834.

Mientras tanto, Quesada quedaba por Lumbier maniobrando contra Eraso.

A los pocos días estaba Quesada en Vitoria y pensaba conducir un convoy a Navarra. Saberlo Zumalacárregui y situarse en Ciordia y Olazagoitia para defender el paso de los puertos de la Borunda, todo fué uno; pero Quesada mandó el convoy con la artillería por la izquierda hacia Segura, para de allí caer en Alsasua. Quedó así desembarazado para el combate que sostuvo en este punto el 22 de abril de 1834.

Quesada envió una carta a Zumalacárregui aconsejándole evitara el derramamiento de sangre y depusiera las armas, pero como cometiera la torpeza de dirigírsela al "jefe de los bandidos", se la devolvió diciéndole que como no podía ser dirigida a nadie del ejército carlista, nadie se había atrevido a abrirla.

Quesada trató de esperar el ataque en vez de tomar la ofen-

siva, pero Zumalacárregui logró cambiar de posición y, quedando a la defensiva, rechazó al enemigo con grandes pérdidas, pues algunos batallones de la Guardia Real perdieron más de la mitad de su gente. La victoria de Zumalacárregui quedó incompleta por la llegada de Jáuregui "el Pastor", que vino de Salvatierra a sacar a Quesada de su mal paso.

El convoy llegó felizmente a Segura y, por Villafranca, dando un rodeo, entró en Pamplona el 28 de abril de 1834.

En esta acción de Alsasua, el capitán don Leopoldo O'Donnell, que no era el que iba a ser general de alto renombre, no quiso abandonar a un alférez de la Compañía que cayó herido, pues no se daba cuartel, y se sentó a su lado, siguiendo su ejemplo diez soldados que no quisieron abandonar a su capitán. Cogidos por el enemigo, los llevaron a Echarri Aranaz, donde los fusilaron; pero, pernoctando a los pocos días en este pueblo la Guardia Real, que volvía al valle de la Burunda, y entonces los soldados del triste fin de aquéllos, entraron con el mayor sigilo y durante la noche en el cementerio, y, descubriendo los cadáveres, honraron a sus compañeros poniendo en el pecho de cada uno de ellos la cinta de la orden de S. Fernando, la más preciada del ejército, reintegrándoles con el mayor respeto a su sepultura.

Se cuenta que este capitán iba a Pamplona a casarse con una rica heredera y no pertenecía a la columna de Quesada, sino que iba acompañándole en su escolta y que se sacrificó con una compañía de la Guardia Real. Se añade que ofreció a Zumalacárregui, si le perdonaba la vida, un rescate capaz para equipar a todos los batallones de Navarra; pero Zumalacárregui, que se veía en la necesidad de hacer un escarmiento, se negó y fué inexorable, ocasionando con ello la muerte del conde de La Bisbal, padre del capitán, que había alcanzado el título en la guerra de la Independencia introduciendo un fuerte convoy en el sitio de Gerona y que murió de tristeza en Montpellier, al S. de Francia, donde vivía.

Al mes siguiente, el 24 de mayo de 1834, salió Quesada de Pamplona en busca del enemigo, llegando a Muez, mientras Zumalacárregui se ocultaba en la sierra de Andía. Había hecho éste correr la voz de que estaba en la Burunda, reducido a la inacción por falta de municiones y necesidad de perfeccionar su organización. Con la confianza que daban estas noticias, descansaba tranquilamente Quesada con sus tropas en Muez, cuando, saliendo Zumalacárregui de la Burunda con seis batallones y toda la caballería, llegó

a la vista de Muez, tropezando con dos compañías isabelinas que, con su resistencia, dieron la voz de alarma, salvando a la división de la completa derrota que le esperaba. En medio de una espantosa confusión, mientras se tocaba generala, y oficiales y soldados salían a medio vestir de sus alojamientos, sólo a la serenidad y sangre fría de los generales Linares, barón de Meer y Moscoso, jefe de Estado Mayor, se contuvo el primer empuje de los carlistas y pudieron los isabelinos emplazar las piezas y organizar la defensa. Claro que el objetivo principal de la sorpresa, que era coger prisionero al general Quesada, no se consiguió; pero iniciando Zumalacárregui un ataque con sus seis batallones al grito de ¡a ellos!, Quesada tuvo que ordenar la retirada, que fué cubierta por la caballería y artillería, regresando nuevamente a Pamplona, a donde llegó a toda prisa el 27 de mayo de 1834. En poder del enemigo quedaron armas, municiones, cajas de los regimientos, prendas militares, incluso el equipaje de Quesada. Desde entonces las tropas isabelinas aprendieron a tomar precauciones cuando hacían noche, no siendo en una plaza de guerra. Se preparaban como para recibir un asalto, cruzando maderos en las calles, atrancando las puertas, colocando centinelas en las ventanas y apurando todas las precauciones extraordinarias.

De nuevo salió Quesada a operaciones, dirigiéndose ahora al valle del Baztán con intención de apoderarse de las juntas carlistas que estaban en Elizondo, lo cual no consiguió por haber recibido éstas a tiempo el oportuno aviso; en cambio, apenas hubo entrado en el Baztán, Zumalacárregui se colocó en el puerto de Belate para taparle la única salida que tenía. Al saberlo Quesada se trasladó a Tolosa, pero Zumalacárregui siguió un movimiento paralelo por la falda meridional del Pirineo, y se colocó en el puerto de Azpiroz cerrándole el paso. Desesperado Quesada al ver que no podía regresar a Pamplona, continuó su marcha hasta Vitoria; pero deseoso de vengarse de la partida que le había jugado Zumalacárregui, a quien suponía ahora en el valle de la Burunda, concibió el proyecto de cogerlo entre dos fuegos, para lo cual dió las oportunas órdenes al objeto de que fuerzas de la parte de Pamplona entrasen por aquel punto en el valle, mientras él lo hacía con las suyas desde Vitoria.

Quesada avanzó hasta Echarri Aranaz, mortificado por no encontrar al enemigo en todo el valle; y, dando por terminada la operación, ordenó a la columna que había sacado de Vitoria regresase a dicha plaza, mientras él, con la otra fuerza, se retiraba a Pamplona. No bien había pasado de Salvatierra aquella columna y se

encontraba en Dallo, cuando los carlistas cayeron con fuerzas superiores sobre ella, salvándose milagrosamente gracias al heroísmo que se desplegó en el combate.

Desacreditado Quesada, como antes lo fuera Valdés, el Gobierno pensó en relevarlo, ya que la opinión así lo deseaba, en vista de que, a pesar de la actividad que había desplegado en su corta campaña, no había conseguido acabar con la guerra, que era lo que se deseaba.

CAPÍTULO IV

PRIMERA GUERRA CARLISTA

Zumalacárregui. Mando de Rodil

(1834)

Cuádruple alianza. — Rodil organiza el ejército. — Entra don Carlos en España. — Plan de ocupación. — Rodil penetra en el valle de la Burunda. — Infructuosa persecución de don Carlos. — Sorpresa de las Peñas de San Fausto. — Desastre de Viana. — Trata de pasar el Ebro Zumalacárregui y tiene que repasarlo. — Defensa heroica de Cenicero. — Desastrosas jornadas de Alegría y Arrieta.

ERA el general Rodil uno de los más acreditados, pues no sólo se había distinguido en la guerra de la Independencia, sino en el Perú, defendiendo heroicamente el Callao, cuando sólo era coronel. Estaba al frente del ejército de observación de Portugal desde que Sarsfield lo abandonara, y con él había penetrado en dicho reino el 6 de abril de 1834 para apoderarse de don Carlos; lo cual no pudo realizar por oponerse a ello Inglaterra, aunque logró que aquél se retirase a dicha nación, consiguiendo que el pretendiente don Miguel abandonase igualmente el territorio de Portugal.

En este mes se formó la cuádruple alianza, en la que tomaron parte Inglaterra, Francia, Portugal y España, decididas a combatir el absolutismo.

Como el ejército de Portugal ya no tenía objeto, se nombró a Rodil como substituto de Quesada, ordenándole que, con los 10.000 hombres de que disponía, fuera a Logroño a tomar el mando del ejército del Norte, que, de este modo, ascendería a unos 30.000 hombres.

Mucho se esperaba de este refuerzo que recibía el ejército, y mucho también de las condiciones que tenía Rodil; pero esta guerra del N. parecía destinada a acabar con el prestigio de todas nuestras figuras militares, de las que sólo se iba a salvar una, aquella a quien la fortuna siempre sonrió: Espartero, que recogió el fruto de sistemas planteados por sus antecesores y estaba destinado a terminar la guerra.

Respecto a Rodil, baste decir que, para desacreditarse, le bastaron tres meses, el tiempo que estuvo al frente del ejército.

Había llegado el 9 de julio de 1834 a Logroño, y desde este punto se encaminó a Pamplona, organizando su ejército en cuatro divisiones, en la forma siguiente:

1.ª División. . . .	Figueras
2.ª "	Lorenzo
3.ª "	Córdova
4.ª "	Espartero (Vizcaya)

El ejército era brillante; tanto, que el mismo Zumalacárregui llegó a preocuparse, pero sin amilanarse por eso, y lo prueba el que lo primero que pensó fué en prepararle una de las sorpresas que tan bien sabía concebir, a fin de hacerle experimentar una derrota en los desfiladeros que tenía que atravesar. Suerte fué para Rodil que Zumalacárregui no pudiera realizar su propósito, porque antes de moverse de la sierra de Urbasa tuvo noticia de que don Carlos había penetrado en España por Urdax y se encontraba en Elizondo, en el valle de Baztán. Tuvo que suspender la operación y marchar a presentarse a don Carlos, el cual le promovió inmediatamente al empleo de teniente general, dándole el mando de todas las fuerzas, lo cual era de grandísima importancia para la causa, porque así se evitaban las ambiciones personales.

Zumalacárregui, dejando a Eraso encargado de la custodia de don Carlos, marchó al frente de sus tropas contra Rodil.

El plan que se proponía desarrollar éste en la campaña era un plan que se llamó de ocupación, porque consistía en ocupar y guarnecer cuantos puntos fueran susceptibles de ello, para formar líneas, que pensaba ir estrechando, a fin de que el radio de acción de los carlistas, encerrados en estos círculos, fuera cada vez menor. La base de operaciones hasta ahora estaba determinada por la línea Logroño-Pamplona, y pensó Rodil en crearse otra entre Vitoria y Pamplona, para lo cual tenían que fortificarse Irurzun, Echarri-Aranaz y Olazagoitia, del valle de la Burunda.

Metióse, pues, en este valle con el ejército, y allí es donde empezó a molestarle Zumalacárregui, el cual, situado en las Améscoas, atravesaba la sierra de Urbasa y caía de repente en la llanura, como hizo dos veces, a pesar de estar ocupada por Espartero con 12.000 hombres. Estos dos encuentros de Bacaicoa y Artaza, en 30 de julio de 1834, demostraban la audacia de los carlistas.

El plan de Rodil, que no era bueno, vino a desacreditarlo él mismo con una modificación que introdujo, pues se obstinó en hacer

prisionero a don Carlos; y a este pensamiento supeditó el fin principal que se había propuesto. Pensaba que, derribada la cabeza principal de la insurrección, las demás caerían por sí solas; y en esta inteligencia, dejando 12.000 hombres en las Améscoas y la Burunda, se puso al frente de los otros 12.000 y empezó aquella persecución de don Carlos que tan infructuosa iba a resultar.

En efecto; después de marchas y contramarchas penosísimas por el valle del Baztán, a donde se había retirado don Carlos, éste, que seguido de una reducida escolta, sólo estuvo una vez a punto de caer, se escapó, como no tenía más remedio que suceder, viéndose Rodil en la necesidad de regresar a Pamplona.

De nuevo, sabiendo que don Carlos estaba en el Baztán, ordenó a las fuerzas de las Améscoas y la Burunda entretuvieran a Zumalacárregui, mientras iba él en busca de don Carlos. Noticioso en su marcha por el Baztán de que éste se encontraba en Lecumberri, torció a la izquierda y se encaminó a Tolosa, seguro de tenerle ya en su poder; pero no contó con la previsión de Zumalacárregui, el cual, viendo a su señor en peligro, con una rápida marcha vino a interponerse entre ambos, colocándose entre Tolosa y Lecumberri, y dando tiempo para que don Carlos se retirase tranquilamente, por Lizárraga, a Oñate, en donde se consideraba seguro. Las tropas que perseguían a Zumalacárregui vinieron a unirse a las de Rodil, pero aquél ya se había quitado de en medio, y Rodil entonces continuó por la Burunda la persecución de don Carlos, que no le dió ningún resultado, como sabemos.

Mientras Rodil se entretenía en la Burunda, en aquella infructuosa persecución, las fuerzas encargadas de perseguir a Zumalacárregui operaban en combinación para envolverle. Los liberales se hallaban en Galdeano y querían atraer al enemigo a los valles de Lerin, es decir al S. de Estella, donde les cargaría la caballería de Carondelet, pero no se dejó alucinar Zumalacárregui, quien al ver que se movían las tropas para volver a Estella concibió el proyecto de emboscarse en las Peñas de S. Fausto para caer sobre la columna.

El sitio no podía ser más a propósito para una emboscada; el camino, que sale de Estella, remonta por la orilla izquierda del río Améscoa, teniendo a la derecha las Peñas de S. Fausto, que son unos montes altísimos que se precipitan en el río, dejando apenas sitio para la carretera. En este punto es donde Zumalacárregui encontró la más ventajosa posición para una brusca acometida, y allí emboscó su gente y esperó a Carondelet.

Este general había sido tan desgraciado en todos sus encuen-

tros con Zumalacárregui que su nombre se había hecho famoso entre los carlistas por su torpeza o mala suerte, y en esta ocasión entre algunos oficiales distinguidos que iban a unirse al ejército del N., entre ellos el conde de Vía Manuel, que era grande de España.

Caminaba Carondelet con las debidas precauciones, con 700 infantes y 150 caballos, cuando al avistar las Peñas de S. Fausto hizo que una compañía flanqueara la altura, pero el capitán, que no vió al enemigo, se retiró ante las dificultades de la montaña, y se dirigió a la retaguardia sin orden para ello, y lo que fué peor, sin avisar que no había cumplido su misión.

Zumalacárregui había tenido la fortuna de que, durante un fuerte aguacero, se parase la columna isabelina, dándole tiempo para ocupar todos los boquetes de la cordillera, con tal arte y tal silencio que parecía que allí reinaba sólo la soledad. Cesó el aguacero y continuaron la marcha los soldados isabelinos tan contentos, que lo hacían cantando "Muera don Carlos", "Viva la Reina", sin temor alguno, cuando al llegar al sitio en que se estrecha la garganta que forma el río con las aguas, una descarga a quema ropa y un impetuoso ataque de los carlistas introdujeron la más espantosa confusión. Vanguardia, centro y retaguardia fueron envueltas, y no encontrando salida por parte alguna, mandó Carondelet atravesar el río, protegiendo con la caballería el paso del resto de la columna. Por espacio de algunas horas los carlistas no hicieron otra cosa que coger prisioneros y armamento: su botín, que fué inmenso, excedió a sus esperanzas. Aquellas tropas isabelinas llevaban buenas prendas y mucho dinero. La pérdida fué de 300 muertos, otros tantos prisioneros y muchos heridos, así como de toda la impedimenta, entre la que se encontraban las cajas de los cuerpos, algunas de las cuales tenía más de 6.000 duros.

Entre los prisioneros figuraba el conde de Vía Manuel, que causó tan buena impresión en Zumalacárregui cuando lo interrogó, que lo invitó a su mesa, tratándole con distinción y escribiendo a Rodil para ofrecerle el canje con otros prisioneros en la seguridad de que aceptaría. Estaban cenando en Lecumberri cuando se recibió la contestación, que decía: "Los rebeldes prisioneros han muerto ya." Ésta, que era la sentencia de muerte del conde, se la pasó Zumalacárregui con la mayor sangre fría; pero, a su ruego, se retrasó la ejecución porque se imploró la clemencia del rey, quien dijo era imposible perdonar a un grande de España cuando tantos de categoría inferior, cogidos con las armas en la mano, habían sido ejecutados, por lo que fué fusilado en Lecumberri.

El general Córdova acudió al sitio del desastre cuando ya se había retirado Zumalacárregui en dirección de Lumbier.

No fué éste el último desastre que sufrió Carondelet; a los pocos días, el 4 de septiembre de 1834, se encontraba en Viana, casi a las puertas de Logroño, con una columna de 850 hombres, escasa en verdad para resistir un ataque, caso de que lo verificasen, cuando se presentó de repente Zumalacárregui con fuerzas superiores.

Noticioso de ello Carondelet, mandó una partida de caballería a reconocerlas, y habiendo hecho, entretanto, tocar generala y formar las tropas, púsose a su cabeza. Considerando arriesgado sostenerse en la población, dispuso la retirada por escalones a Logroño, ordenando que toda la caballería se situase en la llanura detrás del pueblo, con un regimiento de infantería para sostener la retirada de la infantería colocada, en parte, en batalla delante del pueblo al abrigo de las murallas, y con un escabroso derrumbadero en el frente a propósito para la defensa. Zumalacárregui dispuso que un batallón atacase por el frente; otro, dividido en dos partes iguales, lo hiciese por los flancos del pueblo, y otro, con la caballería, quedara en reserva.

Sucedió que un regimiento de infantería isabelino, sin cumplimentar lo ordenado, se entretuvo haciendo fuego en los muros de la ciudad, no sólo comprometiendo a la partida de caballería que se retiraba, sino a los otros cuerpos de infantería que tenían que hacer lo propio, con lo que el éxito de la operación quedaba comprometido.

Cuando los defensores isabelinos vieron que los carlistas amenazaban envolver toda la línea, abandonaron la ciudad y fueron a buscar en el llano el amparo de la caballería. Ésta, en número de 400 caballos de la Guardia Real, estaba con el regimiento de Castilla, que la sostenía.

Zumalacárregui, aprovechando el momento oportuno, dispuso que los tres escuadrones de lanceros, tomando uno por la izquierda, otro por la derecha, y el postrero por el centro de la población a trote largo, fueran a buscar el enemigo en la llanura, ordenando al batallón de reserva que, dejando Viana a la espalda, pasase a servir de apoyo a la caballería.

Animada con este primer éxito, decidióse a pasar la caballería carlista un puente, con lo que tuvo que disminuir su frente, momento que aprovechó Carondelet para ordenar la carga a la caballería, previniendo a la infantería que la apoyaba se mantuviese firme en su puesto.

Pero, con gran sorpresa, la caballería, después de cargar, volvió

a su posición, en donde se mantuvo firme esperando la carga en vez de darla. Repitió Carondelet, asombrado, la orden de cargar, pero era ya tarde: Zumalacárregui aprovechó instantáneamente aquella indecisión, rompió la línea y, desordenándola, sembró el espanto entre los atropellados infantes, que emprendieron la huída haciendo una retirada desastrosísima a Logroño, distante sólo una legua, después de perder 200 hombres y una bandera.

Era la primera vez que la caballería carlista se batía y dió una brillante prueba de lo que valía.

Hay que advertir que, por este tiempo, los lanceros navarros, que más parecían cosacos que tropas de línea, sin abrigo, con pañuelos a la cabeza algunos, otros con alpargatas, y el que iba descalzo, con la espuela atada al talón, pero todos con una lanza de enorme tamaño poco manejable, más que infundía pánico por su salvaje apariencia, habían triunfado en su primer encuentro y se habían hecho terribles infundiendo en lo sucesivo terror infinito.

El barón de Carondelet, más tarde duque de Bailén por ser sobrino de Castaños, presentó la dimisión, suplicando se sometiese su conducta a un Consejo de guerra; pero, aunque se aceptó aquélla, el Consejo lo absolvió declarando que tal causa no podía irrogar el menor perjuicio a tan benemérito general.

El carácter de la guerra había variado por completo, porque el enemigo había pasado a una ofensiva enérgica y decidida. Prueba de ello, además de lo ocurrido en Viana, fueron los ataques a Vergara y puertos de la costa, Lequeitio, Plencia y Bermeo, de cuyos sitios pudo alejarlos Espartero, que operaba en Vizcaya; y lo mismo ocurrió en Villarcayo, de donde se retiraron los carlistas después de incendiar parte de la población.

Esta circunstancia del nuevo carácter de la guerra desacreditó a Rodil, ya que él mismo había desacreditado sus planes de campaña, posponiéndolos a aquella persecución tenaz de la que tan pocos resultados había obtenido.

El Gobierno dispuso relevar a Rodil y formar dos ejércitos; uno, en Navarra, al mando de Mina; y otro, en las Vascongadas, al mando del general Osma. Pero, antes de que le viniera el relevo a Rodil, se había retirado a Pamplona, encomendando las operaciones al general Córdova en Navarra, y a Espartero en Vizcaya.

Soldados ambos de fortuna fueron indudablemente los caudillos de la causa liberal que por sus dotes militares se distinguieron más en aquella guerra.

Estaba por este tiempo Córdova frente a Elizondo, en el valle del Baztán, a donde había acudido para libertar a aquella plaza sitiada por el enemigo, al que obligó a retirarse después de derrotarle. Tras de regresar con gran éxito a Pamplona, se encargó del mando sólo unas horas, pues lo entregó en seguida a Lorenzo, que es a quien le correspondía.

En tanto, Zumalacárregui intentó apoderarse de Echarri-Aranaz, contando con la cooperación de un oficial que se había ofrecido a facilitar la entrada del enemigo. La cosa se malogró, y furioso Zumalacárregui, atribuyó el mal éxito a que sus tropas no habían ejecutado bien sus órdenes, por lo cual las sorteó, fusilando a los que designó la suerte, pues les dijo que así como les había prometido el premio, también les amenazó con el castigo.

A poco de esto, necesitando Zumalacárregui equipos para sus batallones, pensó en dirigirse a Ezcaray, cerca de Santo Domingo de la Calzada, en donde había fábrica de paños y grandes existencias de estos géneros; pero, al pasar el Ebro, le salió al encuentro un cuerpo de caballería y tuvo que repasarlo a toda prisa. Persistiendo, sin embargo, en su idea, volvió a pasar de nuevo el Ebro el 21 de octubre de 1834, y en Fuenmayor, a las puertas de Logroño, se encontró con un convoy de armas y pertrechos, que copó por completo, apoderándose nada menos que de 2.000 fusiles, que aquella misma noche envió a la otra orilla del Ebro. No contento con esto, avanzó Zumalacárregui a Cenicero, cuyos urbanos hicieron una defensa heroica, pues se refugiaron en la torre de la iglesia, sin rendirse, a pesar de que los carlistas la prendieron fuego.

Después de esto, con aquella actividad incesante que distinguía a Zumalacárregui, pensó en sorprender las fuerzas que, al mando de O'Doyle, estaban en la llanura de Álava. Estas fuerzas habían salido de Vitoria el 22 de octubre de 1834 y después de una marcha por Peñacerrada y Maeztu regresaban pernoctando parte de la fuerza con O'Doyle el 26 de octubre de 1834 en Alegría y el resto de la división en dos pueblecillos inmediatos a la capital. Las divisiones de Lorenzo y Oraá destinadas a la persecución de Zumalacárregui estaban aquel día en Los Arcos y otros pueblos del valle a dos jornadas de distancia. Para sorprenderlas se trasladó Zumalacárregui a la Berrueza, estableciéndose en Santa Cruz de Campezu; había calculado el tiempo que Lorenzo y Oraá tardarían en socorrer a las fuerzas de Álava, y resultaba que llevaba doce horas de ventaja. En este concepto, preparó la operación del siguiente modo:

Estaba en la llanada de Álava el general Osma con O'Doyle, acantonado en el pueblo de Alegría; Lorenzo y Oraá, en Los Arcos; y Zumalacárregui, establecido en Santa Cruz de Campezu, con

cerca de 5.000 hombres. Dividió esta fuerza en dos cuerpos; uno de los cuales puso a las órdenes de Iturralde, con orden de mantenerse en el puerto de Herenchun (que es por donde atraviesa los montes de Iturrieta la carretera de Estella a Vitoria) para detener a Lorenzo y Oraá, en caso de que acudiesen a la llamada de Álava, y él, con otro cuerpo, vino a colocarse en Echevarri, desde donde dominaba no sólo al pueblo de Alegría, sino a toda la llanada de Álava.

Observando que un destacamento con el gobernador de Salvatierra volvía de Vitoria, lo cual hacía conduciendo unos prisioneros políticos, dióle una acometida obligándole a encerrarse en aquella plaza; pero, volviendo Zumalacárregui hacia Echevarri, simuló con disparos al aire un combate para poner en cuidado a la división Osma en Alegría, haciéndole suponer un ataque sobre Salvatierra o sobre fuerzas que de Vitoria se dirigiesen a aquella plaza. En efecto, suponiendo esto, Osma dispuso que el brigadier O'Doyle, con 4.000 infantes, 200 caballos y 4 piezas, marchase en auxilio de los atacados. Ni Osma ni O'Doyle sentían la menor inquietud, pues suponían a Zumalacárregui lejos de aquel campo: no fué poca la sorpresa del segundo cuando lo encontró en el llano con sus tropas formadas en batalla, y sospechando alguna emboscada resolvió esperar el ataque. No atreviéndose a atacarle, detuvo su marcha el general isabelino, situó la artillería y esperó el ataque cerca de Arrieta. Zumalacárregui no vaciló un momento; atacó de frente en masa, protegido en los flancos por la caballería, y a poco, aunque se adelantó O'Doyle con dos batallones a recibirle, fué completa la dispersión de su columna; en tan crítico momento apareció Iturralde con la caballería carlista, que atacando por la espalda acabó con aquella brillante división liberal, de la que sólo 600 hombres pudieron refugiarse en Arrieta, figurando entre los prisioneros el brigadier O'Doyle, que fué fusilado al día siguiente. Se asegura que Zumalacárregui estaba inclinado a perdonarle, pero entre los documentos que no habían sido destruídos se encontró un acta de un juicio sumarísimo en que O'Doyle había dado un voto para que fusilasen a unos prisioneros heridos, y no hubo otro remedio que fusilarlo; por cierto que, así como se portó como un héroe en el campo de batalla, en el momento de la ejecución perdió la serenidad, llegando a implorar con las manos cruzadas que se le perdonase.

Osma, desde Alegría, se refugió apresuradamente en Vitoria; pero como supiera que Zumalacárregui quería apoderarse de los refugiados en Arrieta, tuvo que acudir en su auxilio con unos

5.000 hombres, toda la caballería y 10 piezas; mas antes de que se preparase para el ataque recibió el de los carlistas, que, con ímpetu irresistible, lo verificaron por derecha e izquierda. Fué más rápida la dispersión de los soldados de Osma que la de los de O'Doyle. Salváronse, sin embargo, las piezas de artillería y la caballería, que protegió la retirada a Vitoria. Es fama que el mismo caudillo carlista tuvo que contener las primeras filas, gritando: "Muchachos, basta, basta; dad cuartel a los rendidos." Aquella desastrosa jornada costó unos 2.000 hombres a los liberales; unos pocos pudieron refugiarse en Maeztu, que estaba fortificado. Ocurrió todo esto el 28 de octubre de 1834.

El único estandarte que llevaban las tropas fué tomado por el enemigo, adoptando en lo sucesivo la resolución de no sacarlos a campaña, con lo que pregonaban que, excepto aquél, nunca habían perdido otro.

La derrota debió ser muy mortificante para Osma, que siempre había criticado a los demás generales alardeando de lo que él haría cuando tuviera ocasión.

Unos 80 ó 100 prisioneros que se capturaron a última hora después de enviar los otros a retaguardia, se le dieron a un capitán, con 30 hombres de escolta, para que los condujera a través de las montañas; pero, echándosele la noche encima y habiéndosele escapado dos, informó a Zumalacárregui de que no podía responder de ellos. "Busque cuerdas", le dijo el general. "No se han encontrado", respondió. "Pues páselos por las armas"; pero, a poco, fué un ayudante para advertirle que no podía alarmar con los disparos. Entonces ordenó a un sargento que, con 15 lanceros y a sangre fría, cargase con las desgraciadas víctimas, que quedaron en el campo.

Al día siguiente aún no se habían presentado los generales Lorenzo y Oraá, porque, aunque salidos de los Arcos, habían dado un largo rodeo para evitar el país montañoso, donde eran de temer los golpes carlistas.

Zumalacárregui pasó revista en Salvatierra a sus once batallones y les hizo tomar distintas direcciones para poder subsistir, y él fué a Oñate a recibir, de manos de don Carlos, la gran cruz y banda de la orden de San Fernando, con muestras de la mayor distinción, pudiendo asegurarse que aquel día fué el más satisfactorio que tuvo.

Capítulo V

PRIMERA GUERRA CARLISTA

Zumalacárregui. Mando de Mina

(1835)

Reputación de Mina. — Organiza el ejército. — ¡Heroicas defensas de Peralta y Villafranca. — Combate de la Peña de Onzué o del Carrascal. — Victoria de Mendaza. — Combate de Arquijas. — Situación comprometida de Oraá. — Equivocación de Córdova. — Plan de campaña de Mina. — Sitio de Elizondo y operaciones del Baztán. — Los Arcos. — Situación comprometida de Mina en Elizondo. — Zumalacárregui se apodera de la Burunda. — Combate de Arróniz. — Córdova regresa a Vitoria después de destruir el campo atrincherado de Orbiso. — Mina presenta la dimisión.

Tres meses le bastaron a Rodil para desacreditarse en la guerra; y seis habían de sobrar para echar por tierra la reputación más sólida que podía oponerse a los carlistas; nos referimos a la de Mina.

De él dijeron los mismos carlistas que era el único que podía balancear la victoria y detener sobre los bordes del abismo el trono vacilante de Isabel II; pues a la energía, actividad y talentos militares, reunía una reputación colosal, además de la circunstancia favorable de ser navarro.

Había sido Espoz y Mina uno de los guerrilleros de fama más cimentada en la guerra de la Independencia, que terminó con el empleo de mariscal de campo; adorado por los navarros, que le habían ayudado en sus triunfos, tenía la esperanza de que ahora le ayudarían en la empresa de pacificar el territorio; y en esta inteligencia se encargó del mando, cuando estaba ya viejo y achacoso.

Llegó a Pamplona el 4 de noviembre de 1834 y pudo comprobar que el ejército, ni estaba atendido, ni contaba con la fuerza que se necesitaba, pues si bien es verdad que tenía unos 30 batallones, no es menos cierto que sólo podía contar con dos columnas para operar, lo cual era insuficiente. En cambio, Zumalacárregui disponía de 25 batallones, contaba con caballería y empezaba a tener artillería, pues disponía de la pieza cogida en Orbaiceta y dos que

había tomado a O'Doyle en Arrieta; en una palabra, contaba con un verdadero ejército.

Mina organizó el suyo en cuatro divisiones que mandaban los generales siguientes:

1.ª División. . . .	Oraá, en el Baztán
2.ª "	Lorenzo, en Pamplona
3.ª "	Córdova, en Estella
4.ª "	Espartero, en Vizcaya

Chasco se llevó Mina cuando les dirigió la palabra a los navarros, pues se convenció de que ahora era Zumalacárregui para ellos lo que antes fuera Mina, esto es, su ídolo; las cosas habían cambiado, y Mina se encontraba en Navarra, aun siendo navarro, tan aislado como sus antecesores.

Por este tiempo, Zumalacárregui, de vuelta de su expedición a la llanura de Álava, pasó por Sesma, en donde se encerró el general don Narciso López, al mando de un brillante cuerpo de caballería, que no se atrevió a presentar en campo raso, a pesar de la superioridad que le daba el terreno; sin duda influía en esta censurable determinación el recuerdo de los recientes desastres de Alegría y Arrieta. Zumalacárregui, sin detenerse en un sitio que no le convenía, continuó su marcha paralela al Ebro, llegando a Peralta, sobre el Arga, el 8 de noviembre de 1834, intimó la rendición a los urbanos refugiados en la torre. La defensa que éstos hicieron fué heroica; el comandante don Fermín Iracheta se inmortalizó, repitiendo el hecho de Guzmán el Bueno, pues le presentaron su esposa y le dijo que si no se retiraba mandaría hacerle fuego.

Zumalacárregui, no pudiendo apoderarse de los urbanos, incendió el pueblo y descendió a Villafranca, donde los de aquí repitieron la misma defensa llevada al heroísmo, pues incendiada la torre y cuando estaba calcinado el piso y no podían resistir más la estancia allí, se entregaron, siendo fusilados en el acto.

Estas defensas de Peralta y Villafranca, como antes la de Cenicero, fueron de lo más heroico que puede presentar la historia.

Zumalacárregui, después de esto, avanzó por Caparroso a Carcastillo, donde estaba don Carlos, y juntos subieron por Lumbier y Aoiz, y por el N. de Pamplona, a su refugio de la sierra de Urbasa y Andía.

Veamos, en tanto, qué hacía Mina. Por el pronto, hizo saber al Gobierno la necesidad urgente de que enviara refuerzos, pues no tenía ni los hombres necesarios ni el dinero suficiente para em-

prender ninguna operación. Por no permanecer en la inacción hizo que Oraá fuera al Baztán y Córdova a Estella, para vigilar éste, con la brigada de don Narciso López que estaba en Lerín, los movimientos de Zumalacárregui. Lorenzo estaba en Pamplona, pero tuvo que salir a Tafalla para custodiar un convoy el cual fué atacado en la Peña de Onzué por Eraso y, gracias que acudió oportunamente una columna en su auxilio, que si no, se pierde por completo. Al saberlo, salió Mina solo con una escolta de Pamplona a reunirse con Lorenzo, pero ya éste venía vencedor de una jornada que costó a los carlistas 200 muertos. Este combate de la Peña de Onzué o de Carrascal, fué el 11 de diciembre de 1834.

Había encomendado Mina la dirección de las operaciones a Córdova, prescribiendo a los demás jefes que obrasen en combinación con él, ya que el delicado estado de su salud no le permitía ponerse al frente de sus tropas.

Córdova estaba deseoso de sostener un combate con Zumalacárregui, y éste no tenía menos deseo, así que eligió una posición en el valle de la Berrueza, en el mismo sitio en que peleara con Lorenzo hacía precisamente un año, con intento ahora de pasar el Ebro y penetrar en Castilla si la suerte de las armas le era favorable.

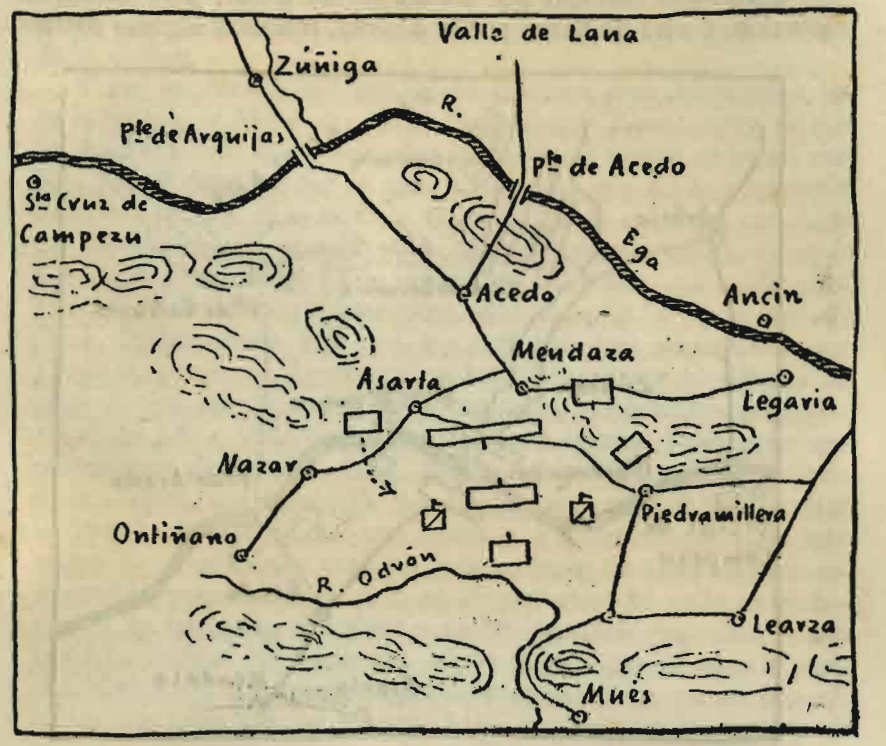
El plan de Zumalacárregui era situar su línea de batalla por delante de Mendaza colocando 4 batallones en Asarta, otros 4 en Mendaza escondidos detrás de una altura, y en el llano, entre estos dos pueblos, 3 batallones y la caballería, consistente en 700 caballos, a modo de cebo para llamar la atención del ataque y dar tiempo a que los batallones escondidos en Mendaza cayesen de flanco sobre el enemigo.

Era el 12 de diciembre de 1834; las divisiones de Córdova y Oraá, que habían partido respectivamente de Viana y de los Arcos, llegaron a eso de las cuatro de la tarde a avistarse con el enemigo.

Oraá, que iba en vanguardia, se dirigía contra las tropas del centro o la llanura, mandadas por Villarreal, cuando la impaciencia de Iturralde, que estaba en Mendaza, descubrió su presencia, obligando a Oraá a torcer a la derecha para apoderarse de las alturas de Mendaza. El plan de Zumalacárregui había caído por tierra.

El combate se sostuvo en la izquierda por Córdova y en la derecha por Oraá, en las alturas de Piedramillera para dominar las posiciones de la izquierda carlista y caer por los altos de Mendaza. El ataque del centro no dió resultado, complicando la situación el inesperado movimiento de los cuatro batallones ocultos en los bosques entre Nazar y Asarta, que aparecieron amenazando envolver el flanco izquierdo liberal; pero, afortunadamente, se sos-

tuvo la agresión, dando tiempo a que Oraá terminase su movimiento envolvente por la derecha dominando al pueblo de Mendaza, como consecuencia de lo cual, Zumalacárregui, después de sostenerse admirablemente, tuvo que retirarse perseguido por Oraá hasta cerca de Acedo, y de allí, pasando el Ega por Arquijas, fué



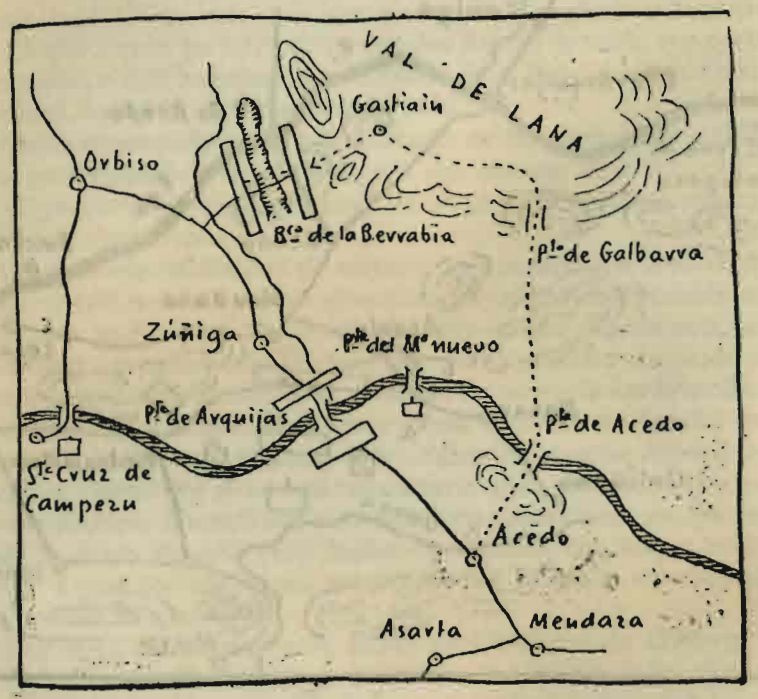
a establecerse en Zúñiga. Las pérdidas entre ambos fueron de 700 bajas.

Córdova y Oraá quedaron en Asarta y Mendaza; la victoria había sido de éstos, pero Zumalacárregui se preparó a recibirlos en Arquijas, pues no dudaba que le acometerían de nuevo. A dicho efecto, dispuso que don Carlos, que estaba en Orbiso, se retirase a San Vicente de Arana para mayor seguridad, pues desde allí le sería fácil pasar a la llanura de Álava. En la posición de Zúñiga que ocupaba Zumalacárregui podía ser atacado por tres puntos; bien por el frente, en donde había cortado el puente; bien por los flancos desde Santa Cruz de Campezu, o desde el valle de Lana.

El caudal del Ega, por estos sitios, no ofrece dificultad; pero

su curso entre rocas y la aspereza de las orillas presentan fácil defensa. Destruído el puente de Arquijas, que era de madera y poco sólido, colocó Zumalacárregui tres batallones frente a él, y la restante fuerza la puso en escalones por la parte de Zúñiga como reserva.

Córdova se decidió por un ataque de frente, para llamar la atención, y otro de flanco por la derecha, mientras algunas fuerzas



guardaban los puertos de Santa Cruz de Campezu y Molino nuevo. Al efecto dispuso que Oraá, con su división, pasara el Ega por el puente de Acedo, y torciese a dicho lado para caer sobre la izquierda enemiga.

Ahora bien, Oraá sostuvo que la orden que recibió fué la de subir al valle de Lana para caer sobre la retaguardia del enemigo, y Córdova, por el contrario, la de volver a la izquierda al pasar el puente de Acedo, y en esta confusión sucedió que el día 15 de diciembre de 1834 se encaminó Córdova con su división al puente de Arquijas, en donde encontró una tenaz resistencia.

En esta ocasión perdió su caballo en medio del puente don Manuel Pavía, que entonces era ayudante del barón de Meer y des-

pués había de ser marqués de Novaliches, el que, con una sangre fría extraordinaria y el mayor aplomo, retiró de su caballo silla, brida y maleta, que no quiso abandonar a los carlistas, que le hicieron un intenso fuego a quema ropa sin consecuencias.

A eso de las tres de la tarde Oraá, que había llegado a Gastiain atravesando el puerto de Galbarra, oyendo el fuego del puente ordenó se tomasen las alturas que tenía en frente, que era la Peña de la Gallina.

Como las fuerzas que presentaba Córdova eran inferiores a las de la batalla de Mendaza, dedujo lógicamente Zumalacárregui que las demás habían sido destinadas a auxiliar el ataque de frente con otro por el flanco o por la retaguardia; así que no le sorprendió cuando a las dos de la tarde le avisaron que el enemigo, con fuerzas considerables, avanzaba sobre su izquierda con intento de amenazarle la retaguardia. Libre del peligro del frente, que podía contrarrestar, envió cinco batallones, que salieran al encuentro de Oraá. Había creído éste que los carlistas iban perseguidos por Córdova, porque se figuró ver un batallón enemigo en dispersión, pero no era así, porque, por el contrario, Zumalacárregui había mandado allí a Villarreal e Iturralde con fuerzas superiores, que contuvieron el avance de Oraá. Éste se había apoderado de la Peña de la Gallina, que dominaba el valle de Lana, pero el batallón que la ocupaba interpretó mal una orden y la abandonó, en cuyo momento la ocuparon los carlistas y la posición de Oraá se hizo insostenible, pues estaba metido en lo profundo del valle en el barranco de Barravia, sin poder avanzar, por serle imposible, y con la noche encima. No había que pensar en acampar en aquella posición dominada por completo por el enemigo, y menos en una retirada que tenía que ser funesta; había a toda costa que atacar de nuevo al enemigo, y esto es lo que hizo Oraá concentrando sus tropas y cargando a la bayoneta, con lo que consiguió recuperar las alturas y, abriéndose paso a fuerza de valor, entró en Zúñiga a las siete de la noche, cuando ya había sido desalojado por Zumalacárregui, quien al ver amenazada también su derecha desde Santa Cruz de Campezu por fuerzas de infantería y caballería que volvían de escoltar heridos a Los Arcos, se retiró a Orbiso, falto de municiones. La circunstancia de haberse retirado igualmente el general Córdova, lo que no se supo a causa de la espesa niebla, impidió a Zumalacárregui saber la situación crítica en que quedó aquella noche el general Oraá, cuya división pudo haber sido destrozada por los carlistas.

El peso de la jornada lo había llevado Oraá, pues Córdova, en

cuanto vió la resistencia que le oponían en el puente de Arquijas y creyendo que Oraá se había extraviado, retardando cuatro horas el ataque de que estaba encargado, se retiró, lo cual fué una lamentable equivocación, pues con menos motivo Oraá se había abierto el paso hasta Zúñiga, y Córdova pudo hacer lo propio en vez de retirarse a Los Arcos como hizo, abandonando a su suerte a Oraá, lo cual dió posteriormente lugar a quejas entre estos generales.

Zumalacárregui perdió este combate por faltas que cometió Iturralde, y no lo perdió por completo Córdova, porque la que cometió él la reparó con exceso Oraá.

Después de este combate de Arquijas, infructuoso para ambos bandos, terminó el año 1834 con una tácita suspensión de hostilidades por ambas partes.

Ha llegado el momento de dar a conocer el plan de campaña de Mina. Reducíase éste a echar a los carlistas de Navarra y obligarles a pasar el Ebro para que se encontrasen en las llanuras de Castilla, donde decía él que era más fácil exterminarlos que dentro de sus montañas de Navarra; pero el primer adversario que encontraba este plan era el Gobierno, a quien asustaba la idea de ver a un carlista más acá del Ebro.

Fijo en su plan, Mina se dedicó con ahinco a apoderarse del valle del Baztán, adquisición que era de gran importancia para los carlistas, puesto que, perdiendo la frontera de Francia, los recursos sólo podían esperarlos por mar y perdían lo que sacaban en las Aduanas que tenían establecidas. Había la circunstancia de que la mitad de la población del valle era carlista y la otra mitad liberal, y Mina contaba con el apoyo de ésta para conseguir sus propósitos. Veamos, pues, las operaciones del año 1835.

Las verificadas en el mes de enero y principios de febrero se redujeron a combates que nada resolvieron, como los que sostuvo Zumalacárregui en Ormáiztegui y Arquijas.

Había ocurrido que, en los primeros días de enero de 1835, cuatro divisiones de la reina, las de Espartero, Jáuregui, Carratalá y Lorenzo, estaban entre Vergara y Villafranca, mientras Zumalacárregui, con sólo cinco batallones, ocupaba Villarreal. Al tener noticia los generales isabelinos, se reunieron en Mondragón para preparar un ataque con aquellos 12.000 hombres contra Zumalacárregui, cuya pérdida consideraban segura. Éste se encaminó entonces a Ormáiztegui y se colocó en la elevada cumbre de Celandieta, situada entre este pueblo y el río Oria: la montaña estaba pelada, pero cruzada por infinidad de cercas dividiendo las propiedades, y en esta posición, como un reducto de improvisados atrincheramientos, colocó dos batallones, otros dos en la cresta y el último en la falda opuesta, a modo de reserva. La intención de Zumalacárregui era la de entretener el combate hasta que llegase el general Iturralde, que debía aparecer por Ormáiztegui atacando por retaguardia, con lo que la victoria la consideraba segura.

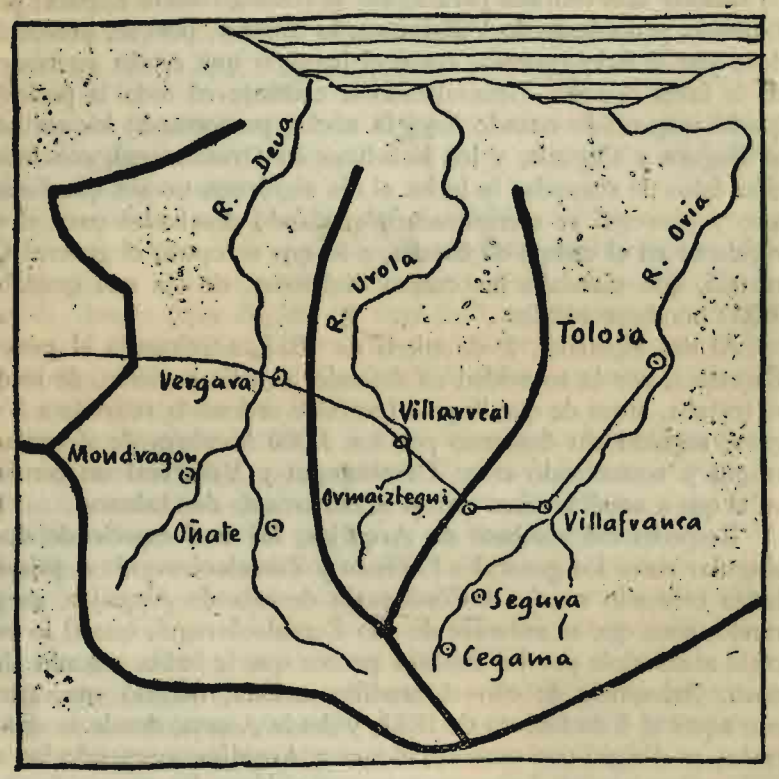
Empezada la lucha el 2 de enero de 1835, trató Zumalacárregui de simular una retirada para atraer al enemigo hacia Segura; pero Lorenzo, procedente de Villafranca, lo impidió, porque, presentándose por el lado opuesto, atacó el batallón que estaba en reserva en la falda opuesta. Generalizado el combate en toda la posición, quedó suspendido cuando llegó la noche, pernoctando los carlistas en Segura y Cegama, y los isabelinos en Ormáiztegui, con intención éstos de reanudar la lucha al día siguiente, no sin que Espartero y Jáuregui se recriminaran, quedando desafiados para el día siguiente en el campo de batalla, a lo que se opuso el general Carratalá, que mandaba las cuatro divisiones, de las que quedaban 9.000 hombres válidos.

Al día siguiente, 3 de enero de 1835, adivinando el general Carratalá, por la tenacidad en defender aquella posición, de lo que se trataba, antes de que llegase Iturralde ordenó la retirada a Vergara, seguido sin descanso por los 3.000 hombres de Zumalacárregui y sosteniendo entre Ormáiztegui y Villarreal un combate en el que a aquél le atravesaron la zamarra de dos balazos.

Respecto del combate de Arquijas, fué una especie de duelo singular entre los generales Lorenzo y Zumalacárregui: el primero había criticado mucho a Córdova la derrota de Arquijas, asegurando, para que se enterase de ello Zumalacárregui, que él lo vencería atacándole por los mismos puntos que le había atacado Córdova. Advertido de ello el caudillo carlista, decidió encontrarse con aquél el 5 de febrero de 1835, y desde Asarta, donde se encontraba, se dirigió con once batallones a Arquijas, ocupando las anteriores posiciones. Lorenzo, con su división y las tropas de Oraá y del general Narciso López, en total 10.000 hombres, salió de Los Arcos y llegó al puente de Arquijas, atacando por este punto, por Santa Cruz de Campezu y por frente de Zúñiga. La lucha en el puente fué terrible; de una y otra parte intervinieron personalmente Lorenzo y Zumalacárregui, pero, a lo último, éste obligó a los isabelinos a retirarse a la orilla opuesta al río, con más de 300 heridos y otos tantos muertos. El general Oraá, encargado de ejecutar el movimiento de flanco, lo hizo ahora por la derecha enemiga, pero reservas prevenidas con acierto le hicieron detenerse en el río Ega.

Lorenzo se vió en la necesidad de dejar el mando, y el pretendiente don Carlos, sin residencia fija por no encontrar lugar bastante seguro, se estableció en Zúñiga, sin más custodia que los cien hombres que le servían de guardia.

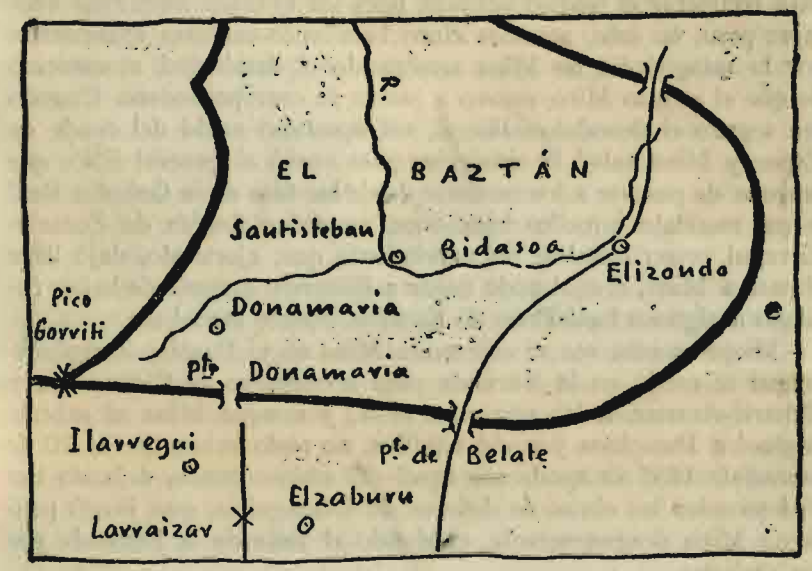
Después de esto, los carlistas sitiaron a Elizondo en el valle del Baztán, y como Mina no quería de ningún modo que cayera



en poder del enemigo, dispuso que la división Oraá, que estaba en Pamplona, saliera en su socorro, para lo cual mandó por delante la brigada que mandaba el coronel Ocaña. Cuando Zumalacárregui se enteró de esta separación de fuerzas, mandó que Sagastibelza se interpusiera entre las dos brigadas, y en efecto, así lo hizo, obligando a la segunda, que mandaba Oraá, a retirarse a Pamplona. Quedaba, por tanto, la de Ocaña sola y contra ella se revolvió Sagastibelza, encontrándola en el puerto de Belate y obligándola a replegarse sobre Ciga, pueblo insignificante, en el que Ocaña se resistió tres días. Sagastibelza pidió socorro a Zumalacárregui, el

cual se presentó con ellos; pero noticioso de que Mina había salido de Pamplona con una fuerte columna, a pesar de lo crudo del temporal, levantó el cerco y dejó libre el camino a Mina, el cual, saliendo el 12 de febrero de 1835 de Pamplona, llegó a Elizondo después de haber perdido más gente que si hubiera sostenido un combate.

Cuando Zumalacárregui vió entretenido a Mina en el Baztán, se trasladó rápidamente a la ribera del Ebro y atacó a Los Arcos,



importante posición que hacía tiempo ambicionaba; los sitiados aprovecharon la noche para escapar, pero Zumalacárregui les lanzó la caballería, haciendo algunos prisioneros, que fusiló, consiguiendo con esto que los restantes se pasasen a los carlistas, que era lo que buscaba.

A los pocos días estaban en Cirauqui, no lejos de Estella, cuando tuvo noticias de que el general Carrera, que estaba en Larraga, se proponía, en unión de López y Gurrea, caer sobre él.

Antes de que esto se realizase, el 8 de marzo de 1835, Zumalacárregui marchó contra Carrera, sosteniendo en Larraga un combate, que hubiera ganado de no presentarse de pronto López y Gurrea, que le obligaron a emprender la retirada.

A poco se trasladó al Baztán, porque sabía que Mina volvía de nuevo a socorrer a Elizondo, y con este motivo se sostuvo el combate de Donamaría o Larrainzar el día 10 de marzo de 1835. Este

día, lluvioso y frío, había pernoctado Zumalacárregui en Ilarregui, y Mina, en Elzaburu. Para impedirle el paso por el puerto de Donamaría, situó aquí, para cerrárselo, dos batallones, se quedó con tres para atacarle por la izquierda, y dispuso que cinco, establecidos en el monte Larrainzar, se opusiesen a la retirada a Pamplona, si es que trataba de emprenderla. Al verle Mina en aquellas posiciones dudó en atacar a los carlistas, aprovechándose Zumalacárregui de esta indecisión para hacerlo él, teniendo que intervenir para recuperar el tiempo perdido, pues los liberales adquirían ventaja; pero, en esto, aquellos cinco batallones carlistas aparecieron por la retaguardia de Mina sembrando el desaliento, al extremo de que el mismo Mina estuvo a punto de caer prisionero. Cuando era seguro el descalabro liberal, un oportuno ardid del conde de Espoz y Mina salvó la situación, pues envió al general Elio, que acababa de pasarse a los carlistas desde las filas de la Guardia Real y que mandaba aquellos batallones, un orden fingida de Zumalacárregui prescribiéndole un movimiento que, ejecutado, dejó libre el paso a Mina, el cual pudo llegar a Elizondo después de haber fusilado a algunos habitantes de Escaroz, pueblo inmediato.

Mientras otra vez se entretenía Mina en el Baztán, Zumalacárregui se metió en la Burunda para apoderarse de Olazagoitia y Echarri-Aranaz, a las que puso sitio; y aunque Mina al saberlo regresó a Pamplona y envió auxilios, no pudo evitar que el 20 de marzo de 1835 se apoderase aquél del último punto, dejando tan mal paradas las obras de defensa de Olazagoitia, que juzgó prudente Mina desguarnecerla, quedando el valle de la Burunda por los carlistas.

A los diez días venía el general Aldama, procedente de Castilla, con siete batallones de refuerzo, que habían pasado el Ebro y venían por Sesma, deseosos de ocultar su marcha y poder llegar a Pamplona; pero Zumalacárregui, que estaba al tanto de los menores movimientos del enemigo, reunió su gente y se colocó en Monte Jurra, para cerrarle el paso de la carretera a Estella. Aldama, que no venía desprevenido, sostuvo el combate sin desventaja en el valle de la Solana, que es donde estaba encerrado; pero, de pronto, recibió un ataque por el flanco de tres batallones que Zumalacárregui tenía en reserva, y se vió muy comprometido, salvándose gracias al socorro de fuerzas que acudieron en su auxilio al ruido del fuego.

Al día siguiente, o sea el 30 de marzo de 1835, los carlistas se guían esperándole en Monte Jurra, y como el combate de Arróniz del día anterior le había embarazado con 300 heridos, no tuvo más

remedio que retirarse a Lerín para continuar por aquí el camino a Pamplona, lo cual, como veremos, no verificó, pues los incidentes de la campaña le llamaron a otro sitio.

En efecto, el general Córdova, que estaba en Madrid con licencia, regresaba también con un contingente de los escasos refuerzos que el Gobierno podía mandar, cuando, al pasar el Ebro, se enteró que la guarnición de Maeztu, compuesta de 500 hombres, estaba muy comprometida, pues aquel punto hallábase bloqueado por el enemigo; acudió sin pérdida en su auxilio, haciendo retirar a los carlistas, pero reforzados éstos, encerraron a Córdova en aquellos barrancos, de los que pudo salir por haber acudido Aldama en su socorro desde Lerín.

Córdova se corrió a los valles de Arana y las Améscoas, y después se retiró a Vitoria por Santa Cruz de Campezu, Cabredo y Aguilar, habiendo quemado a los carlistas todos los depósitos de víveres que encontró en la comarca, así como el campamento atrincherado de Orbiso.

Con esto puede decirse que acabaron las operaciones en tiempo de Mina; achacoso y sin los recursos que necesitaba para la guerra, presentó la dimisión, siendo una lástima que dejara el mando, pues era el único caudillo terrible para los carlistas. Zumalacárregui dijo a sus soldados en una proclama, que podían felicitarse por ello, pues Mina, por su energía y actividad, así como por su talento militar y reputación colosal, era el único que podía hacer balancear la victoria; pero que acababa de caer, lo mismo que los generales que le habían precedido. Mina entregó el mando el 18 de abril de 1835.

Capítulo VI

PRIMERA GUERRA CARLISTA

Zumalacárregui. Segundo mando de Valdés

(1835)

Valdés se mete con el ejército en la sierra de Urbasa. — Zumalacárregui le espera en el puerto de Artaza. — Espantoso desastre con que terminó la expedición de las Améscoas. — Desastre de Guernica. — Desastre de Larrainzar. — Desastre del alto de la Descarga. — Zumalacárregui llega a la cúspide de su gloria. — Envidias e ingratitud de la corte carlista. — Propone el sitio de Vitoria. — Don Carlos se obstina en que sitien a Bilbao. — Heroica defensa de esta plaza. — Zumalacárregui muere a consecuencia de una herida que recibió frente a Bilbao. — Brillantes dotes militares de este caudillo.

Valdés, que era ministro de la Guerra, se encargó del mando del ejército y todo el mundo creía que iba a realizar una brillante campaña, ya que había prometido empujar a los carlistas al mar o a través de los Pirineos, y disponía de unos 22.000 hombres, o sea 34 batallones, con los que se creía pudiera combinar algún movimiento envolvente sobre el enemigo; pero, como pronto veremos, no hubo nada de esto.

Concentrado el ejército en Vitoria y compuesto de cuatro divisiones mandadas por Córdova, Aldama, Seoane y Méndez Vigo, emprendió la marcha el 19 de abril de 1835 con dirección a Navarra, pernoctando en Salvatierra y entrando en el valle de la Burunda; pero en vez de continuar, como todos creían, por él, torció a la derecha antes de llegar a Alsasua y el ejército subió por los puertos de Olazagutia y Ciordia a la sierra de Urbasa, encaminándose al valle de las Améscoas en varias columnas paralelas; Valdés fué a pasar la noche en Contrasta, que desalojó Villarreal para unirse con Zumalacárregui, que entraba en Eulate. El caudillo carlista, que no podía comprender cómo se atrevía Valdés a meterse con tan numerosas fuerzas por un terreno tan quebrado y tan pobre, en donde le iba a faltar hasta el agua, al comprobar empresa tan descabellada, dijo: "No creí que Valdés fuera tan escaso de

entendimiento: se ha perdido", y, en efecto, llamó a sí todas las fuerzas que pudo y reunió unos diez batallones con los que se dispuso a resistir en el valle de las Améscoas a los 34 que traía Valdés.

"Las Améscoas — dice un escritor — es un valle largo y salvaje que se extiende paralelo a la Burunda, de la cual está separado por una sierra o cadena de montañas elevadas y cubiertas de bosque. Esta cordillera se llama sierra de Andía. En la cumbre hay una meseta, y en el centro de ella un espacio muy ancho perfectamente llano, donde en un inmenso pastizal viven rebaños de ovejas y de yeguas salvajes que pacen en aquellos alrededores. En medio surge una solitaria habitación humana, un antiguo palacio con cuatro torres, convertido ahora por el granjero que lo ocupa en una venta o posada para hospedaje de aquellos que caminan por estos lugares, y como el viajero tiene que atravesar cuatro leguas por la sierra sin encontrar otra casa, se alegra de aceptar el mísero hospedaje que le ofrecen, tanto para él como para sus bestias. El viejo castillo se denomina venta o posada de Urbasa y parece la pintura de la desolación. Las Améscoas, que corren entre esta sierra y otra que las separa del valle de Larra, están flanqueadas en ambos lados por un espeso bosque."

El día 21 de abril de 1835 continuó su movimiento el ejército, bajando de la sierra de Urbasa por los puertos de Anaranache y Eulate para atacar a Zumalacárregui; pero éste había abandonado este último punto, estableciéndose en San Martín, que era mejor posición para impedir el avance del enemigo.

Entonces fué cuando comprendió Valdés la dificultad de la operación proyectada; sin víveres, pues las raciones sacadas de Vitoria se habían consumido y el país no tenía recursos, veía la dificultad de abrirse paso si adelantaba por las Améscoas; así que determinó subir de nuevo a la sierra de Urbasa para descender por el puerto de Artaza y llegar a Estella, una jornada distante y punto fortificado, donde encontraría raciones en abundancia.

Subió, pues, de nuevo el ejército a la alta y desamparada meseta de la sierra de Urbasa acampando en la elevada planicie sin agua y sin raciones, en los alrededores de la venta de aquel nombre, mientras Zumalacárregui tenía sus tropas repartidas por San Martín, Barindano, Zudaire, Baquedano, Gollano y Artaza, esperando el ataque por el O., pero al ver que Valdés subía de nuevo a la sierra comprendió que no era otro el motivo que el de retirarse a Estella por el camino de Artaza; envió, pues, cuatro de sus mejores batallones a este punto y llegaron precisamente cuando Valdés aparecía por el N. con su ejército camino de Estella, marchando

en cabeza el general en jefe y cubriendo la retaguardia la división de Córdova. Era el 22 de abril de 1835; los carlistas, que dominaban el puerto de Artaza, rompieron el fuego cuando las tropas iban desfilando por él, lo cual introdujo entre ellas el pánico y el desorden consiguiente. El general Córdova, que cubría la retaguar-

dia, logró con un batallón contener el ímpetu de los carlistas, pues empuñando un fusil y colocándose a pie delante de sus soldados, se dirigió contra el enemigo diciendo a aquéllos: "Allí es donde se conocen los valientes", logrando obligar a los contrarios a retirarse a posiciones más lejanas. Pero, en esto, fué atacado por el mismo Zumalacárregui, que acababa de llegar con otros dos batallones, y a pesar del valor desplegado en esta ocasión, no pudo impedir se le desordenasen también sus fuerzas. La noche se había echado encima y las tropas, en el mayor desorden, corrían hacia Estella haciéndose fuego unos a otros, pues se tomaban por enemigos; muchos se extraviaron por aquellas montañas tomando por atajos

para llegar antes a Estella; otros quedaron prisioneros, pero la mayor parte consiguió entrar en Estella a hora bien avanzada de la noche. Una brigada, sin embargo, la de Buerens, no pudo llegar y se quedó en Abarzuza, y a la mañana siguiente tuvo que salir Córdova para proteger su incorporación, pues ya Zumalacárregui trataba de interponerse entre los dos pueblos para cerrar el camino a aquella tropa.

En resumen; la expedición a las Améscoas había sido un desastre, que costó 2.000 bajas y la pérdida de 300 caballos y mulos, así como la de los bagajes, incluso el del general en jefe.

Pero, desgraciadamente, no iba a ser éste el único desastre durante el mando de Valdés. Por la parte de Bilbao, el brigadier Iriarte había salido con 3.000 hombres para hacer una expedición por la costa, dirigiéndose a Lequeito, plaza fortificada de la que se habían apoderado los carlistas el 12 de abril de 1835, cuando le sobrevino un fuerte temporal acompañado de densa niebla que le obligó a suspender su marcha y retirarse a Guernica. El cabecilla carlista Sarasa, que, con fuerzas superiores, le seguía, ocupó a Guernica poco antes de que llegase Iriarte, así que cuando se presentó éste tuvo que atacar a los carlistas, que se defendieron con mucho vigor. Iriarte no tuvo más remedio que replegarse, pero como se había obcecado en pernoctar en Guernica, apenas hubo anochecido volvió a atacar con ímpetu, consiguiendo arrollar a los carlistas y penetrar hasta la plaza del pueblo; pero apenas había alcanzado este resultado se le echaron encima los carlistas a la bayoneta y le arrojaron del pueblo, ocasionándole 800 bajas y cogiéndole 200 prisioneros, así como las piezas, municiones y bagajes. Doscientos hombres que consiguieron refugiarse en el convento de Rentería, no lejos del pueblo, se defendieron heroicamente desde el día 1.° de mayo de 1835, que ocurrió el anterior desastre, hasta el día 3, que acudió Espartero desde Vitoria y pudo salvarlos.

Consecuencia del desastre de las Améscoas fué el no menos sensible de Larraizar, que vamos a referir.

Temiendo Valdés que Zumalacárregui reuniera sus fuerzas y emprendiera un movimiento sobre Castilla, decidióse a reunir sus tropas retirando las guarniciones de los puntos fortificados del interior que no podían ser atendidos, y llamando también las tropas que ocupaban el Baztán. Ya hemos dicho, que una de las disposiciones de Mina había sido la ocupación del valle del Baztán, que venía a ser como la base de operaciones de los carlistas, ya que por la frontera francesa recibían la mayor parte de sus recursos. Había la circunstancia de que la mitad de la población del valle era libe-

ral, lo cual era una ventaja, y otra la de que de este modo se evitaba se aprovechasen los carlistas de los grandes rendimientos que les proporcionaban las aduanas que tenían establecidas. Pues bien, Valdés determinó evacuar el Baztán, ocupado por la división de Oraá respetada y temida del enemigo, que no se atrevía nunca a atacar, y aunque al principio no lo dijo por el gran clamoreo que levantó la población liberal, que se iba a encontrar a merced de los carlistas, ordenó que la división que guarnecía el valle, que era la de Oraá, se pusiese en marcha para Guipúzcoa, como si se tratase no de una evacuación, sino de un movimiento militar impuesto por las circunstancias para socorrer al S. de Tolosa a Villafranca, sitiada por Zumalacárregui.

Reunió, pues, Oraá sus fuerzas en Irurita el 29 de mayo de 1835, y se puso en marcha hacia Donamaría por Santisteban, racionándose en aquel punto donde se dejaron las mochilas; avanzó Oraá por los puertos de Vidarchico y Odolaga para caer sobre Elzaburu, sobre el Ulzama, pero al llegar a las alturas de Larrainzar, despues de trece horas de marcha, descalzos y en medio de un temporal espantoso y una lluvia continua, se presentaron por el flanco derecho cuatro batallones carlistas al mando de Sagastibelza, dispuesto a impedirles el paso. La división Oraá se batió con denuedo, consiguiendo rechazar a los carlistas; pero como iban bajando por terreno fangoso, y los carlistas no cejaban en su ataque, se produjo una confusión espantosa que no terminó en completa catástrofe, porque se sacrificó la retaguardia para salvar al resto de la fuerza. Así llegó la división a Elzaburu cuando era de noche, pero como había que atravesar el río Ulzama, que se había salido de madre a causa de las lluvias, en la confusión del paso se ahogaron más de 100 hombres y un número considerable de caballos y acémilas. Este desastre de Larrainzar no causó muchas pérdidas, pues apenas llegaron a 100, si bien los prisioneros ascendieron a cerca de 400 hombres; sin embargo, era digno *pendant* del desastre de las Améscoas, al que se le parecía como si fuera una reproducción de las faltas cometidas por Valdés, porque Oraá no tenía culpa en lo ocurrido y sólo Valdés era el responsable de lo que acababa de suceder, por haber ordenado aquel movimiento tan intempestivo con un tiempo tan revuelto como el que hacía. Oraá, no pudiendo aventurar ya nada, tuvo que retirarse a Villalba.

Y vamos al último desastre de la infausta época de Valdés.

Hemos dicho que Villafranca de Guipúzcoa estaba sitiada por Zumalacárregui; este punto puede decirse que estaba equidistante de Vitoria, de Pamplona y de San Sebastián, y Valdés dispuso que

Espartero saliera de la primera mientras él salía de la segunda y Jáuregui de la tercera, para hacer levantar el sitio.

Espartero avanzó por Mondragón y Vergara, y se detuvo el 2 de junio de 1835 en el alto de Descarga, mientras Jáuregui, a su vez, se detenía en Tolosa, porque Zumalacárregui había destacado en observación al cabecilla Gómez. No esperaba Espartero para avanzar más que noticias de Valdés, pero cuando supo el desastre de Larraínzar juzgó fracasada la operación y, comprendiendo el peligro en que se encontraba si por acaso Zumalacárregui le cortaba la retirada a Vitoria o Bilbao, levantó el campo en la noche del 8 de junio de 1835 y emprendió la retirada en medio de un furioso temporal. Ahora bien; no lejos de la posición que ocupaba Espartero, estaba el cabecilla Eraso en Villarreal y Zumárraga, pero tenía orden de Zumalacárregui de no atacar a Espartero; antes bien, dejarle avanzar a Villafranca para caer después por retaguardia. A título, pues, de reconocimiento, había enviado Eraso algunos exploradores para reconocer la carretera hasta el alto de la Descarga, mientras quedaban prevenidos los batallones por lo que pudiera ocurrir. Los exploradores carlistas, en cuanto tropezaron con las avanzadas de Espartero arremetieron contra ellas, produciendo un gran pánico en la división de retaguardia, que aún no había emprendido la marcha. La confusión fué espantosa, pues como era de noche y no se sabía la importancia de la fuerza carlista, se creían poco menos que copados; emprendiendo las tropas la fuga por la carretera sin que pudieran contenerla los jefes y, enterado entonces Eraso de lo que ocurría, avanzó con sus batallones, que desde la altura diezmaron a las tropas de Espartero. Éste estaba furioso con lo que ocurría, y a pesar de las pruebas de valor que dió metiéndose entre los mismos enemigos para cargarlos, no pudo disminuir el desastre. Sus tropas entraron en Vergara a las diez de la noche en el más lamentable estado, después de dejar en poder de los carlistas unos 2.000 prisioneros.

Las consecuencias de este desastre fueron de mucha importancia, porque Jáuregui se retiró de Tolosa, que ocuparon los carlistas; Villafranca capituló en seguida, y los carlistas se apoderaron de Vergara, Eibar, Durango y Ochandiano, pudiendo trasladarse la corte, que estaba en Segura, a Vergara, en donde entró don Carlos con todo el aparato regio que requerían las circunstancias. Las tropas liberales tuvieron que buscar el apoyo del Ebro y se replegaron a Miranda, dejando libre al enemigo para emprender el sitio de Bilbao.

Esta serie de triunfos eran debidos a Zumalacárregui, al hom-

bre extraordinario que había sacado de la nada un ejército, cargado ahora de trofeos que atestiguaban sus victorias. Zumalacárregui había llegado a la cúspide de su gloria; los soldados de su ejército sentían por él un entusiasmo y una veneración análoga a la que sentían los pueblos por el caudillo carlista. Debido a esto, los cortesanos envidiosos empezaron a minarle el terreno, e influyeron lo suficiente con don Carlos para que éste enfriase las relaciones, al extremo de censurarle de oficio la generosidad que había demostrado con los capitulados de Villafranca. Zumalacárregui, cuando visitó al rey en Segura, se convenció de que la envidia había hecho presa en la corte, y lleno de amargura, se decidió a presentar su dimisión por motivos de salud; sin embargo, don Carlos le ordenó le acompañase a Vergara, y, una vez allí, le colmó de atenciones, consiguiendo retirase su dimisión.

Pero, desde este momento, Zumalacárregui ya sabía a qué atenerse; aquella ingratitud del Gobierno liberal que le había lanzado al campo carlista, era la que iba a encontrar ahora como recompensa de sus valiosos servicios, cuya importancia desconocía la corte cuando tan mal los pagaba.

Continuando las operaciones, Zumalacárregui propuso caer sobre Vitoria para apoderarse de esta capital, en donde encontrarían recursos materiales proporcionados al incremento que había tomado el ejército carlista, y además la ventaja de invadir Castilla cuando llegase el caso; pero don Carlos se opuso tenazmente a ello y, en cambio, determinó poner sitio a Bilbao, de la que quería apoderarse, porque así se lo exigían las naciones a quienes había pedido recursos para continuar la guerra. De poco sirvió que Zumalacárregui le hiciera presente las grandes ventajas que a la causa que defendían proporcionaría la ocupación de Vitoria; no se le hizo caso, ni a Villarreal y otros buenos militares, y es más; se le encargó a él mismo realizase la empresa que tanto le repugnaba.

Zumalacárregui se presentó delante de Bilbao el 10 de junio de 1835, con trece batallones y ocho piezas, intimando la rendición a la guarnición, que ni siquiera contestó; al día siguiente empezó el fuego desde la parte de Begoña, donde estableció el cuartel general, continuándolo después sin interrupción, hasta el día 15 de junio de 1835 en que Zumalacárregui fué herido por una bala de fusil en la pierna derecha. Aunque la herida no parecía de gravedad, tuvo que entregar el mando y retirarse de Bilbao.

Valdés, que estaba en Pamplona, se dirigió por el Ebro a Vitoria, ordenando a los generales Latre y Espartero que, desde Valmaseda, acudieran a Portugalete para socorrer a Bilbao; pero eran

tales las órdenes contradictorias que les enviaba, y tal el empeño de que no entablaran combate, que, más que socorro, parecía que sólo tenía empeño en hacer demostraciones frente a la plaza para ver si levantaban el sitio los carlistas. El día 21 de junio de 1835 salieron de Valmaseda y llegaron a Portugalete, desde donde avanzaron a Burceña para practicar algunos reconocimientos; el 24 de junio de 1835 los carlistas, que estaban frente al puente de Castrejana, atacaron las posiciones de una de las brigadas del ejército, la cual se defendió, dando tiempo para que acudiera Espartero desde Burceña; pero las tropas, que obligaron a repasar el río a los carlistas, se empeñaron con demasiado ardor; y una compañía, que pasó el puente, quedó toda tendida frente a las trincheras carlistas. Al día siguiente las tropas liberales se retiraron a Portugalete. El día 26 de junio de 1835 llegó don Carlos frente a Bilbao, y con este motivo se apretó el cerco, pero los defensores no por eso desmayaron, y continuaron la heroica defensa.

En tanto, comprendiendo Latre y Espartero que no había más remedio que socorrer a Bilbao, a pesar de la oposición de Valdés, acordaron hacerlo por cuenta propia, y en cuanto empezaron a acercarse a la plaza los carlistas se retiraron, abandonando el sitio el 1.° de julio de 1835.

Por este tiempo ya había muerto Zumalacárregui. Conducido a Cegama, donde tenía familia, tuvo la debilidad de ponerse en manos de un curandero llamado Petriquillo, en el que el general tenía gran confianza y del que había dicho "era un sujeto que entiende mucho de males de esta clase y que me ha curado en muchas otras ocasiones. Éste me sanará o echará al otro mundo". ¡Qué ajeno estaba Zumalacárregui de que iba a hacer lo último! Porque, asistido en el sitio de Bilbao por el médico inglés Mr. Burgen, que era del Escuadrón Sagrado, tan pronto como llegó a Cegama el curandero le quitó el apósito que llevaba, le dió con una fuerte untura bruscas fricciones de la cadera al pie y le envolvió la pierna con un vendaje particular que hizo de una sábana, ante el inglés, que no salía de su asombro por el singular método de curación empleado por Petriquillo.

Incorporado a su cuerpo el inglés, se encargaron dos médicos, con el curandero, de seguir el tratamiento, que consistió en hacer un reconocimiento de la herida, a lo que se oponía un médico llamado Grediaga, que asistió también a la consulta. Verificado aquél no se consiguió más que agravar al enfermo y aumentar sus dolores, decidiéndose por último a extraer el proyectil después de causar grandes destrozos en la pierna con tratamiento tan absurdo.

Al día siguiente, y a pesar de las seguridades de que el General volvería a mandar el ejército, moría Zumalacárregui, no sin que antes desapareciera por el foro Petriquillo sin decir palabra, en cuanto se dió cuenta de que el herido iba a fallecer.

Se había practicado con tan escasa habilidad la extracción de la bala, que según opinión de los médicos, una herida que a lo sumo hubiera requerido tres semanas, costó la vida al gran Zumalacárregui, que murió el 24 de junio de 1835, a los 46 años de edad. Su integridad y desinterés quedaron demostrados con la circunstancia de tener que ser amortajado de paisano por no haber tenido nunca uniforme de general y la cláusula de su testamento, que decía: "Dejo mi mujer y tres hijas, únicos bienes que poseo: nada más tengo que poder dejar."

Los carlistas no supieron lo que perdían, pues Zumalacárregui era la primera figura del partido, y no logró nadie substituirle; lástima que emplease tan brillantes dotes militares en una causa que no se lo había de agradecer; los cortesanos se alegraron de la desaparición de aquel hombre que tanta superioridad tenía sobre ellos, y el titulado Carlos V se limitó a decir cuando supo su muerte: "Son cosas que Dios hace."

Así acabó el primer caudillo carlista, la figura militar española más grande del siglo XIX, y el único quizás que pudiera haber hecho vencer la causa de don Carlos.

De no elevada estatura, fuerte de cuerpo y angulosa fisonomía, grandes patillas unidas al bigote, y ojos que sólo brillaban cuando revistaba sus tropas o combatía, pues en los demás casos parecía sumido en hondas reflexiones fuera del mundo real; con su roja boina y característica zamarra de piel ribeteada de rojo y oro, "parecía — como dice un escritor — más un jefe oriental que un general europeo; viéndole, imaginábase uno a Scanderberg al frente de un ejército albano, y de cierto, los semibárbaros partidarios de éste no podían tener un aspecto mucho más salvaje en vestidos y apariencia que los carlistas de la primera campaña".

Breve y áspero en la conversación, duro y severo en sus modales, era muy raro verle alegre en sus dos últimos años, que cambió mucho de carácter, con repentinos accesos de pasión y una inflexible severidad. Se cuenta que más de un oficial carlista debía su ascenso a haber sido reprendido en términos demasiado violentos en momentos de cólera.

Un rasgo típico de su carácter era el desprecio al oro. Su generosidad era tan proverbial que daba el dinero a puñados a los soldados o al primer mendigo que le importunara, sin que le contuviese ni el reproche de su mujer ni las risas de sus íntimos cuando le decían que por aquel camino iba seguro de hacer fortuna. Parecía dotado de un extraordinario poder para ganarse el aprecio de sus compañeros, y así como era rígido y altivo con los de categoría superior, lo que le granjeó muchos enemigos, se ganaba el aprecio de sus inferiores, pues todo lo que podía él hacer por un soldado lo hacía, por lo que no sólo era querido, sino que era el ídolo de sus soldados, a los que, sin embargo, tenía siempre dominados con mano dura.

Se cuenta que, en una ocasión en que un batallón no pudo alojarse porque el aposentador, que estaba cenando, no quiso molestarse, a pesar de estar lloviendo a torrentes, lo mandó llevar a la plaza donde estaban las tropas formadas al cesar la lluvia, y cuando creyó, por aquel aparato, que lo iba a fusilar, porque lo hizo arrodillar después de degradado, ordenó que le echaran encima varios enormes cubos de agua, con gran alegría de los soldados, mientras el general decía: "¿Conque estabas cenando mientras las tropas se estaban mojando en la calle?"

En poco más de año y medio que estuvo al frente de las tropas carlistas, pues tomó el mando en Navarra en 14 de noviembre de 1833 y murió en 15 de junio de 1835, se reveló como un verdadero genio militar, digno de parangonarse con un Alejandro Farnesio, con un duque de Alba y hasta con figura de talla tan alta como la del Gran Capitán Gonzalo de Córdoba, ya que alguien le ha calificado como el Cid moderno.

Como conductor de hombres, el prestigio entre sus soldados era ilimitado, por la prodigiosa confianza que les merecía y no por su benevolencia ni benignidad, pues rígido hasta la exageración, era ordenancista severísimo como el duque de Alba; pero su inmaculada honradez, su espíritu justiciero, y el amor que ponía en cuanto beneficiaba al soldado, le hacía el ídolo de aquellos rudos montañeses, que le adoraban designándole con el apodo cariñoso del "tío Tomás", o simplemente "el tío", como habían llamado los franceses a Napoleón el "petit caporal", el cabito, y los del Tercio de Flandes con sólo decir "el duque" se referían al de Alba, por no haber para ellos más que éste.

Como organizador era insuperable; baste saber cómo estaban los carlistas cuando se encargó del mando y cómo los presentó a los ocho meses. Sólo disponía de 1.500 hombres, de ellos 500 sin armas, cuando empezó. "¡Y qué tropa! — como dice un escritor, — descalzos, sin recursos de guerra de ninguna clase, desarrapados, sin municiones, sin disciplina, deprimida su moral por los reveses

sufridos y por su constante huir ante las columnas liberales. En diecinueve meses de continuas y victoriosas campañas, Zumalacárregui aguerría, organizaba y disciplinaba sus fuerzas, forjando un instrumento militar magnífico; se adueñaba del territorio vasconavarro (excepto las cuatro capitales) y presentaba en los combates una masa de 35 batallones, 5 escuadrones, 8 piezas y batallón y medio de zapadores: unos 30.000 excelentes soldados. Y esta labor organizadora hubo el general carlista de desarrollarla venciendo dificultades insuperables: sin dinero, ni vestuario, ni pólvora; bloqueado por los franceses en el Pirineo y por la escuadra británica en el Cantábrico, en lucha ininterrumpida con los liberales, muy superiores en número y gobernados por jefes que, si algunos eran medianos, otros eran discretos y valerosos. Zumalacárregui "tuvo que vestir a sus soldados con los despojos de los enemigos, improvisar una caballería fantástica y crear una rudimentaria artillería con piezas tomadas al enemigo o con las construídas aprovechando los braseros, sartenes y cacerolas de Navarra... Era portentosa la actividad de Zumalacárregui, de puro hierro su voluntad, de viva lumbre su inteligencia, imparejable y multiforme su capacidad de trabajo".

Como estratega no hay que recordar más que las operaciones contra Quesada en junio de 1834, cuando metido éste en el valle del Baztán, al querer retroceder a Pamplona le fué cerrando el paso en los puertos de Belate y de Azpiroz, batiéndole cerca de Vitoria, y tantas otras en que se reveló como guerrillero maravilloso.

En cambio, aseguran algunos escritores que como táctico rayaba a menor altura, porque presentaba los combates con extraordinaria prudencia, guardando las mayores tropas en reserva, como si atendiese, más que a derrotar, a no ser vencido; pero estos mismos escritores reconocen la enorme diferencia que existía entre ambos bandos, y que no se podía pensar en "batir en campo raso a las fuerzas isabelinas, más numerosas que las suyas, con mejor armamento y mandadas por oficiales tan avezados al combate regular como inexpertos en la guerra de guerrillas". Y si así era, ¿se puede calificar de timidez en Zumalacárregui el preferir al combate de masas el de guerrillas, emboscadas y estratagemas, en lo que aventajaban sus hombres al enemigo, por el mejor conocimiento del terreno y medio de aprovechar sus accidentes?

Si fué guerrillero, no por incapacidad en el mando de masas, sino porque supo dar a la guerra de guerrillas su verdadero valor, hay que reconocer que fué un general completo de tipo hispano, una gloria nacional al que la España liberal de entonces tenía, sin embargo, que hacer responsable de que la primera guerra carlista, que sin él se hubiera hundido en sus comienzos, durase siete años; pero esto en manera alguna disminuye sus prestigios militares, que le colocaron en la cumbre de la gloria.

¿Quién en menos tiempo y con tan escasos elementos ha alcanzado los éxitos que él consiguió?

No sin motivo, pues, se considera a Zumalacárregui como la figura militar española más grande del siglo XIX.

Capítulo VII

PRIMERA GUERRA CARLISTA

El general Córdova. Mendigorria

(1835)

Descrédito de Valdés. — Le substituye el general Córdova. — Su personalidad. — Substituye a Zumalacárregui el general González Moreno. — Levanta el sitio de Bilbao. — Córdova se sitúa en Miranda de Ebro. — González Moreno sitia a Puente la Reina. — Batalla de Mendigorría. — Líneas del general Córdova. — Inconvenientes del plan de este general. — Combate de Espartero en Arrigorriaga. — Defensa del puente de Bolueta. —Córdova acude en socorro de Ezpeleta.

El mando de Valdés no había podido ser más funesto; vencedores los carlistas por todas partes, había ido abandonándoles todo el territorio, teniendo que retirarse las tropas a la otra parte del Ebro, mientras el 7 de julio de 1835 el brigadier Oraá evacuaba, por orden de Valdés, todo el valle de Baztán, operación que realizó con el acierto que era de esperar en tan entendido general.

Desacreditado Valdés con tanto descalabro, presentó su dimisión en ocasión en que los carlistas apretaban el sitio de Bilbao; el Gobierno la aceptó, pero no encontraba con quién substituirle, cuando el general Córdova, que se encontraba en Madrid, se brindó a encargarse interinamente del ejército, comprometiéndose a hacer levantar el sitio a los carlistas, pero con la condición de que no aceptaba el mando como definitivo, el cual tampoco le correspondía, por ser entonces mariscal de campo. Acudió presuroso a Bilbao, llegando a esta ciudad cuando ya se habían retirado los carlistas, y encargándose del ejército el 3 de julio de 1835.

El general Córdova era uno de los caudillos liberales más simpáticos por su juventud y valentía; había nacido en América y era hijo de aquel capitán de fragata que, defendiendo la bandera española, había sido cogido prisionero y fusilado por los insurrectos en Potosí, el año 1810. Su madre, viuda y con ocho hijos, de los que el mayor tenía 11 años, había vuelto a la patria, buscando refugio en medio de la familia de su esposo, establecida en Cádiz. El que

se iba a destacar entre todos, Luis, que es el que nos ocupa, comenzó su carrera, entrando muy joven en el colegio de Guardias reales, y paso a paso la había seguido, ganando sus empleos en los campos de batalla.

De extraordinario mérito, lo reunía todo: gallardía en su persona, indomable valor, arrojo temerario y claridad de talento, así como madurez de juicio en los momentos difíciles. Tenía entonces 38 años, y en sus primeros tiempos había sido realista furibundo; tanto, que cuando el levantamiento de Riego el año 1820, en que era oficial y mandaba el fuerte de la Cortadura de Cádiz, impidió que los sublevados entrasen en esta capital; más tarde, cuando el movimiento del 7 de julio de 1822, Córdova, que pertenecía a los regimientos de la Guardia, entró con ellos en Madrid, para derribar a los liberales, y como no tuvo éxito la intentona, tuvo que emigrar a Francia, como hicieron otros, volviendo a España cuando la invadieron los franceses al mando del duque de Angulema.

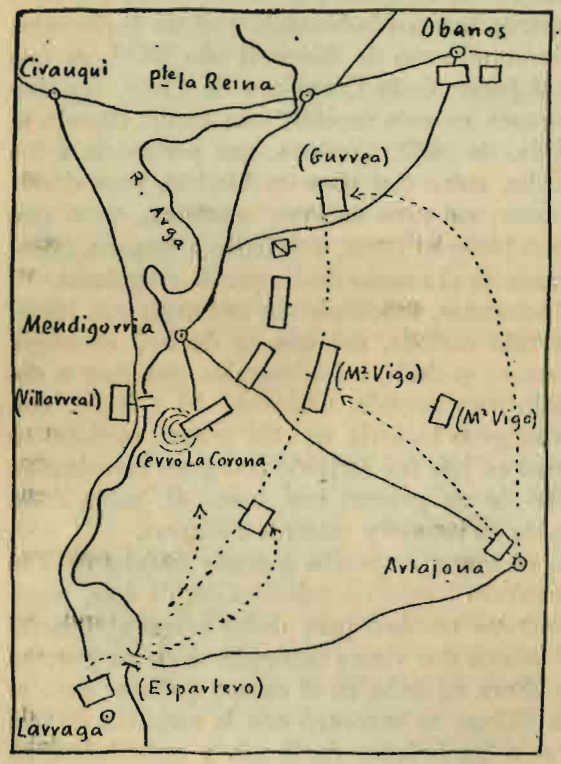
De antecedentes absolutistas, modificó, sin embargo, sus ideas, cuando apareció el partido carlista, del que se declaró enemigo, inclinándose a los cristinos; es decir, a los liberales, que iban a encontrar en él un caudillo muy notable. Conocido del ejército, con el que había peleado con gran bizarría en esta guerra carlista, su nombramiento de general en jefe fué recibido con gran entusiasmo, pues se esperaba mucho de un general que, como él, había dado tan gallardas muestras de su arrojo y talentos militares.

El partido carlista, en tanto, empezaba a sentir la falta de Zumalacárregui; había quedado Eraso en substitución de éste, mandando el ejército, cuando se nombró para dicho cargo al general don Rafael Maroto; el mismo que vimos distinguirse en las guerras de Chile y del Perú, y ahora militaba en el campo carlista; pero al llegar Maroto frente a Bilbao, se encontró con la sorpresa de que se le encargaba ponerse a las órdenes de Eraso y constituirse en su espía, pues se dudaba de la lealtad del último. No queriendo don Carlos que ni uno ni otro siguieran con el mando del ejército, lo confió al general González Moreno, que era el tristemente célebre gobernador de Málaga que había engañado a Torrijos, siendo causa del fusilamiento de este general y de sus compañeros de expedición. González Moreno se encargó del ejército, pero, como pronto veremos, no tenía la talla suficiente para compararse con Zumalacárregui.

Por el pronto se vió obligado a levantar el sitio de Bilbao, lo cual era un fracaso para los carlistas, que tenían decidido empeño en apoderarse de esta plaza. Córdova, después de reorganizar el

ejército, lo sacó de Bilbao para dirigirse a Miranda de Ebro, y aunque González Moreno quiso detenerle en la Peña de Orduña, no lo consiguió, y Córdova entró en Miranda de Ebro el 7 de julio de 1835, desde donde podía emprender con ventaja las operaciones.

El nombramiento de González Moreno había producido disgusto en el campo carlista; disgusto que ahora se aumentaba, al ver que no había sabido detener la marcha del ejército liberal; así que, deseando desquitarse de este fracaso y justificar su elección, decidió poner sitio a Puente la Reina, y el 13 de julio de 1835 ya estaban los carlistas frente a esta plaza, que es por donde pasa la carretera de Pamplona a Estella.



En cuanto lo supo Córdova, acudió presuroso por Peñacerrada y Logroño, llegando a Larraga el 14 de julio de 1835, pero ya se adelantaba González Moreno a cortarle el paso con el grueso del ejército, y Erasmo, que sitiaba a Puente la Reina, levantaba el sitio para incorporarse al grueso principal.

González Moreno había pasado el Arga por Mendigorría, y tomando posiciones en las alturas que dominan a este pueblo, quedaba interpuesto entre Larraga, que ocupaba Córdova, y Puente la Reina, que trataba de socorrer. Si persistía éste en avanzar, no tendría más remedio que sostener una batalla verdadera con los carlistas; la primera campal que se jugaría en esta guerra, pues como hemos visto, hasta ahora no se habían tenido más que sorpresas y combates que no eran decisivos.

Precisamente en esta batalla (si llegaba a sostenerse) Córdova se jugaba la suerte de la guerra, porque si resultaba vencido, los carlistas tendrían libre el camino de Madrid y podrían avanzar con su ejército hasta el corazón de la Península. Comprendiendo la responsabilidad en que incurriría, si por acaso perdía la batalla, Córdova consultó con sus generales, y convencido del buen espíritu que animaba a sus tropas, se determinó, en lugar de esperarle, como en un principio había pensado, avanzar sobre el enemigo, siguiendo la opinión de su jefe de E. M., el veterano brigadier Oraá, que la fundaba en la defectuosa posición de su contrario.

Era el 16 de julio de 1835; González Moreno tenía distribuídas sus tropas en la siguiente forma: la derecha, apoyada en el cerro de la Corona; el centro, apoyado en el pueblo de Mendigorría, donde estaba don Carlos, y la izquierda en las alturas que hay cerca del camino de Puente la Reina. Villarreal quedó en la orilla derecha del Arga, defendiendo el único puente que había en el río, y Eraso quedó en Obanos con tres batallones y tres escuadrones.

González Moreno no había olvidado que iba a aceptar la batalla con un río a la espalda; lo cual era una falta, tanto más digna de tenerse en cuenta si se considera que sólo había un puente para todo el ejército; pero estaba tan seguro del éxito, que había dicho de Córdova que no le daba cuidado, porque era un general improvisado y que precisamente tenía deseos de dar la batalla para enseñarle que era tan torpe militar como diplomático, añadiendo que, si tenía la misma fortuna que el 7 de julio, podía darse por perdida la causa de los liberales.

Desde muy temprano avanzó Córdova a Artajona, dejando en Larraga la división de Espartero, que iba a formar la izquierda del ejército; la derecha la formaba la brigada Gurrea, encargada de rebasar la izquierda carlista; el centro lo formaban la división de la Guardia, al mando de Méndez Vigo, y una brigada que mandaba el hermano de éste, quedó en reserva para contener a Eraso, si avanzaba desde Obanos. La caballería se situó entre Larraga y Artajona, y en este último punto quedó un batallón para custodiar hospital de sangre, bagajes y caballos.

A las doce del día empezó la batalla de Mendigorría; avanzaron las tropas de Córdova y se empeñó el combate en toda la línea, pero como los carlistas no podían maniobrar y se habían limitado a una defensa pasiva, empezaron a cejar, perdiendo el cerro de la Corona, del que se apoderó Espartero con su brigada, pues la otra la había dejado custodiando el puente de Larraga; y empujados sobre Mendigorría, corrieron apresuradamente a los vados y al puente

para repasar el río. Don Carlos, que estaba comiendo tranquilamente en el pueblo, tuvo que salir a escape para no caer prisionero. En tan críticos momentos, en que la caballería debió haber entrado en acción, para impedir a los fugitivos llegar al puente, el brigadier don Narciso López, que la mandaba, permaneció en una inacción inexplicable, pues cuando fué llamado a toda prisa por Córdova, se le ocurrió acudir solo, sin comprender que no era a él, sino a su caballería a la que se necesitaba. Este brigadier tuvo la culpa de que no se alcanzasen los frutos de esta victoria, pues los carlistas pudieron pasar el puente defendido valerosamente por Villarreal, el cual se retiró cuando se presentó Espartero, pues se le habían acabado ya las municiones. Espartero persiguió a Villarreal, con un batallón, hasta Cirauqui, donde González Moreno se dispuso a hacer frente de nuevo, por lo que Espartero volvió a Mendigorría y los carlistas continuaron la retirada tranquilamente.

Córdova no quiso proceder contra don Narciso López, que le había estropeado la jornada, porque siendo éste un brigadier mimado por los liberales, y tratando Córdova de ganarse la simpatía de este partido, no le convenía mostrarse severo en esta ocasión; pero motivos, y muy sobrados, tenía para haberlo hecho.

Después del bello triunfo, el entusiasmo del ejército llegó al frenesí, pues los soldados salían de filas para vitorear y hasta besar a Córdova, que dijo al siguiente día en una alocución: "Feliz el general que no puede elogiar a ninguno sin ofender a todos."

Las pérdidas de los carlistas fueron de 1.500 muertos y 400 prisioneros; las de los liberales, 1.000.

Tal fué la batalla de Mendigorría, que justificó la fama que ya tenía el general Córdova; por este hecho fué ascendido a teniente general, y recibió en propiedad el mando del ejército; más tarde, en 1846, se creó el marquesado de Mendigorría en favor de su madre, pues él ya había muerto, para conmemorar la batalla en que acababa de cubrirse de gloria.

Retiráronse los carlistas a Estella, y Córdova a Pamplona para preparar su célebre plan de campaña, que consistía en la construcción de varias líneas defensivas, que recibieron su nombre; las que si en un principio fueron elogiadas como si fueran el desiderátum de la guerra, más tarde fueron criticadas más de lo que en verdad se merecían.

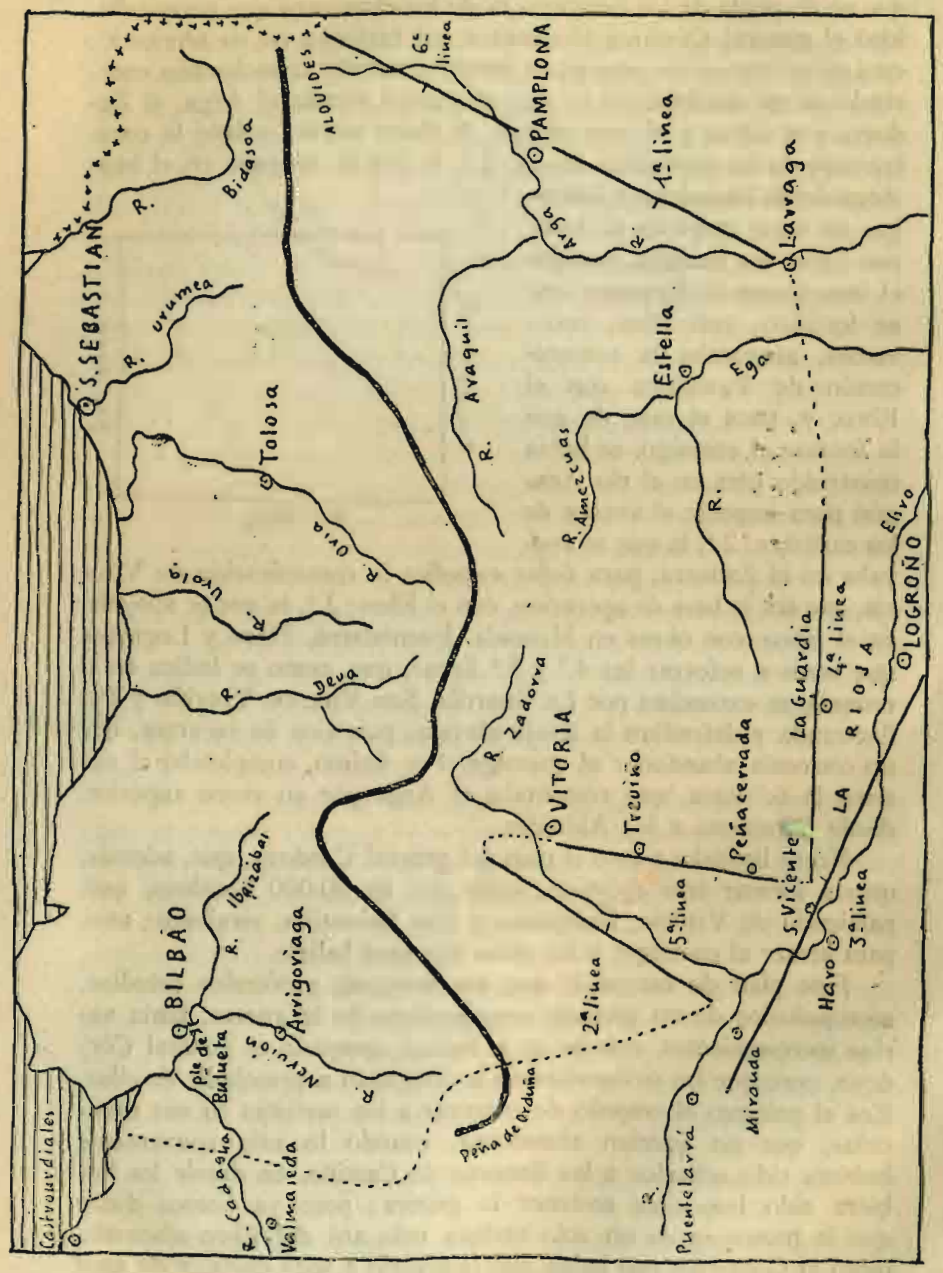
Las célebres "líneas del general Córdova" consistían en lo siguiente:

Partiendo de la base de que se trataba de una guerra lenta (puesto que el enemigo no se batía más que cuando quería y casi

siempre con ventaja) y de la falta de recursos del ejército liberal, que no disponía de los hombres, ni de los elementos que necesitaba, ideó el general Córdova bloquear a los carlistas en su territorio, cual si se tratase de una plaza fuerte o campo atrincherado encerrado en un cuadrilátero en que tres lados fueran el Arga, el Zadorra y el Ebro, y el otro el mar. A dicho efecto, ordenó la construcción de las siguientes líneas: 1.ª, la que se apoyaba en el bajo Arga desde Pamplona a Larraga, en cuyo trayecto se volaron todos los puentes, excepto el importante de Larraga, que se fortificó; esta línea, como vemos, aseguraba la comunicación de Pamplona con el Ebro, y, para el caso de que la forzase el enemigo, se había construído otra en el río Aragón para impedir el avance de los carlistas; 2.ª, la que se apoyaba en el Zadorra, para dejar expedita la comunicación de Vitoria, que era la base de operación, con el Ebro; 3.ª, la que se apoyaba en el Ebro, con obras en Miranda, Puentelarrá, Haro y Logroño, que venía a reforzar las 4.ª y 5.ª líneas, que, como se indica en el croquis, se extendían por La Guardia, San Vicente, Treviño y Peñacerrada y defendían la Rioja alavesa, país rico de recursos, que no convenía abandonar al enemigo. Por último, completaba el sistema la 6.ª línea, que remontaba el Arga por su curso superior, desde Pamplona a los Alduides.

No se limitaba a esto el plan del general Córdova, que, además, quería formar tres ejércitos, cada uno de 20.000 hombres, que, partiendo de Vitoria, Pamplona y San Sebastián, sirviesen: uno, para atraer al enemigo, y los otros dos para batirle.

Este plan de campaña, que era fruto de profundos estudios, acompañados de un perfecto conocimiento de la guerra, tenía varios inconvenientes, que no se le habían escapado al general Córdova, pero que las circunstancias le obligaban a prescindir de ellos. Era el primero el empeño de encerrar a los carlistas en sus montañas, que no querían abandonar, cuando lo más conveniente hubiera sido echarlos a las llanuras de Castilla, en donde les hubiera sido imposible sostener la guerra; pero ya hemos dicho que la presencia de un solo carlista más acá del Ebro alarmaba tanto al Gobierno, que había que impedirlo a toda costa, y de aquí



que se fortificasen las orillas de este río; otro de los inconvenientes era que la extensión de las líneas fortificadas llegaba a cerca de 500 kilómetros, lo cual las hacía demasiado débiles y las podían romper los carlistas cuando quisieran; y, por último, como éstos eran superiores a cada uno de los tres ejércitos que se formaban, y ocupaban el centro, estaban en disposición, aprovechando su posición central, de batirlos por separado cuando trataran de penetrar. Además, si se trataba de someterlos por falta de recursos, la cosa iba para largo; porque teniendo la frontera y el mar libres, por allí recibirían, como ocurría, todo lo que necesitasen.

El general Córdova empezó a luchar desde el primer momento con grandes dificultades; de los 120.000 hombres de que se componía el ejército, apenas disponía de 30.000 para operar, así que se limitó al principio a dar paseos militares desde Pamplona a Logroño y Vitoria; pero, llegado el mes de agosto de 1835, los carlistas intentaron poner otra vez sitio a Bilbao, y Córdova envió por mar, para reforzar aquella guarnición, a la división inglesa de 5.000 hombres, que acababa de desembarcar en San Sebastián, así como al general Ezpeleta, que estaba en Miranda, reforzado con la división Espartero, esta última con encargo de abastecer a la plaza y retirarse luego a Vitoria. La cosa se hizo sin dificultad, y el día 11 de septiembre de 1835, Espartero y Ezpeleta salieron de Bilbao para regresar a Vitoria, escoltados por los ingleses de

Lacy Evans, que iban a retaguardia y sólo les debían acompañar un corto trayecto. Espartero, que iba en cabeza, salió de Bilbao, arrollando a los carlistas, que quisieron disputarle el paso del río, y llegando hasta Arrigorriaga; pero aquí se enteró de que don Carlos, con fuerzas numerosas, se le venía encima, y no tuvo más que el tiempo para defenderse, sosteniéndose en este pueblo hasta que recibió de Ezpeleta, que iba en el centro, la orden de retirarse sobre Bilbao, pues este general no tenía confianza en los ingleses, y no quiso empeñarse con los carlistas; convertida ahora la vanguardia en retaguardia, continuó Espartero la retirada en escalones; pero como tanto Ezpeleta como los ingleses, no se ocuparon de guarnecer el puente de Bolueta, cuando Espartero llegó allí se lo encontró ocupado por los carlistas. En tan apurado trance, Espartero no vaciló y, seguido únicamente por un cabo y tres ordenanzas, se lanzó al puente sable en mano, arremetiendo con verdadera furia a la multitud que le rodeaba, y a pesar de haber resultado herido en el brazo izquierdo, de un golpe de lanza, allí permaneció hasta que lo pasó el último soldado; algunos batallones tuvieron que atravesar el río por los vados, perdiéndose ahogados bastantes hombres. La jornada había durado todo el día, y Espartero, a consecuencia de ella, había perdido cerca de 1.000 hombres Quedaban, pues, encerrados en Bilbao por los carlistas.

Comprendiendo Córdova la necesidad de acudir en auxilio de estos generales, se trasladó a la Peña de Orduña para llamar la atención y atraer al caudillo carlista González Moreno; y, en efecto, éste se dirigió hacia él, que lo llevó entretenido hasta Puentelarrá, mientras Ezpeleta salía de Bilbao y, por Valmaseda, se encaminba a Medina de Pomar. Comprendiendo el engaño González Moreno, abandonó a Córdova y se fué sobre Ezpeleta, a quien rodeó en este último pueblo con fuerzas muy superiores y caballería numerosa de que carecía el contrario, precisamente en terreno llano; pudo muy bien, interpuesto como estaba entre Ezpeleta y Córdova, haberlos batido por separado; pero no supo aprovechar su posición central, y, en cambio, Córdova acudió velozmente a socorrer a Ezpeleta, sobre Oña, ganando de noche los pasos de la Horadada y librándole de un verdadero compromiso.

Capítulo VIII

PRIMERA GUERRA CARLISTA

El general Córdova. Arlabán

(1835-1836)

Eguía se encarga del ejército carlista. — Ocupa el puesto de Arlabán. — Córdova se apodera del castillo de Guevara. — Se apodera igualmente de Estella. — Combate de Monte Jurra. — Sitio y bombardeo de San Sebastián. — Líneas de Arlabán. — Córdova se dispone a atacar estas líneas. — Espartero, con los húsares, alcanza la victoria de Orduña. — Últimas operaciones de Córdova. — Ocupa todas las obras de las célebres líneas de Arlabán. — Córdova entrega el mando y se retira a Francia. — Muere, a poco, en Lisboa.

Tanto a causa de este fracaso como de las rivalidades que existían entre González Moreno y Maroto, que operaba con él, el primero fué separado del mando, y al segundo se le envió a Francia, siendo reemplazado aquél por Eguía, que había sido capitán general de Galicia y valía mucho más que ellos.

Había ordenado el Gobierno que la división inglesa que estaba en Bilbao se trasladase a Vitoria, operación difícil, si se considera que estando Eguía con el grueso de los carlistas por Mondragón, podía cortarle el paso, cayéndole por el flanco. Por el pronto, dispuso Córdova que saliese también de Bilbao, acompañando a los ingleses, el general Espartero, a quien ordenó tomase el camino de Durango, pues él con sus fuerzas, que saldrían a la llanura de Álava, se encargaría de proteger la marcha de estas tropas.

Córdova, en efecto, salió de Vitoria el 27 de octubre de 1835, mientras Eguía se adelantaba al puerto de Arlabán, para caer sobre el flanco de Espartero y los ingleses, pero Córdova se dirigió hacia Salvatierra, donde los carlistas tenían sus hospitales y almacenes, y entonces Eguía empezó a marchar paralelamente, tomando posiciones en las alturas del castillo de Guevara; Córdova, más por satisfacer un capricho de amor propio que por otra causa, mandó atacar este pueblo, del que se apoderó, así como de su castillo, aunque a costa de grandes pérdidas; y como su objeto no era mantenerse allí, después de conseguirlo, concentró sus tropas y continuó

su marcha a Salvatierra, en donde pernoctó. Al día siguiente, 28 de octubre de 1835, había que regresar a Vitoria, y como los carlistas ocupaban las posiciones del día anterior, esto es, las de Guevara, la operación era difícil, pues Córdova se los iba a encontrar en el flanco derecho durante la marcha, que fué dirigida con sumo acierto, esquivando el combate y haciendo una retirada por escalones, que los mismos enemigos llegaron a elogiar. En estas operaciones se habían perdido unos 500 hombres por ambas partes, pero Córdova había conseguido lo que quería, esto es, distraer a Eguía para que dejase libre el camino de Vitoria a Espartero y los ingleses, que, de este modo, se incorporaron sin percance.

Reunido el ejército en Vitoria, salió Córdova el 2 de octubre de 1835 para asegurar la línea del Arga y distraer al enemigo del bloqueo de Bilbao, con dirección a Puente La Reina, que pensaban sitiar los carlistas; la marcha la verificó por Haro, Logroño, Lerín, Larraga y Puente la Reina, adonde llegó antes que pudiera intentar nada el enemigo; hecho lo cual, y para hacer un alarde de lo que podía, cayó sobre Estella el 15 de octubre de 1835, apoderándose a viva fuerza de esta plaza; pero como no entraba en sus cálculos permanecer allí, la abandonó al día siguiente; entonces Eguía, que espiaba sus movimientos, cayó sobre él, empeñando un rudo combate en las cumbres del monte Jurra, retirándose Córdova con toda tranquilidad, por Dicastillo, a Lerín.

El acontecimiento más importante a fines del año 1835, fué el sitio y bombardeo de San Sebastián por parte de los carlistas. Ya

hemos dicho, que tanto Bilbao como San Sebastián, eran puntos de los que no habían podido apoderarse los carlistas, que, ya que nada habían logrado respecto de Bilbao, intentaban apoderarse de San Sebastián. El bloqueo y bombardeo produjo mucho efecto moral en la opinión pública, que reclamaba de Córdova fuera en su socorro; pero entendiendo éste que ni podía ni debía ir allí, trató de realizar algo que distrajera a los carlistas y calmara la opinión, y, a dicho efecto, dispuso atacar las líneas de Arlabán.

Los carlistas tenían, como sabemos, la corte en Vergara, pero por entonces estaba en Oñate, y la mayor parte de sus fuerzas, por Mondragón, Oñate y la parte alta de la cuenca del Deva hasta el alto de Salinas, por lo que no era posible fortificar Villarreal de Álava. Los separaba, pues, de la llanada de Álava el gran macizo del Pirineo, determinado aquí por las cumbres de Arlabán y la sierra de Aranzazu, que ocupaban. Estas posiciones de Arlabán fueron las que determinó Córdova atacar, aprovechando la ocasión para fortificar Villarreal de Álava, que importaba dominar para tener expedito el camino de Bilbao.

Se proponía, según se asegura, cumplir una promesa que había hecho de penetrar en la villa de Oñate, convertida en corte de Carlos V, y tomar y destruir en estas cumbres unas fortificaciones que decían poseían los carlistas y que realmente no existían. Para ello lo primero que había que hacer era posesionarse de Villarreal de Álava; y como el general carlista Eguía, que mandaba el ejército, estaba situado en la cordillera, podía posesionarse fácilmente de este pueblo en cuanto viera el movimiento isabelino, Córdova dispuso atacar de frente la posición carlista, flanqueándola al propio tiempo para distraer y evitar obstáculos a las tropas destinadas contra Villarreal de Álava.

El día 16 de enero de 1836 salió Córdova de Vitoria, encargando a Espartero, que formaba la izquierda, se apoderase del pueblo de Villarreal de Álava; a los ingleses con el general Evans, que formaban la derecha, se dirigiesen contra Guevara, defendida por el general carlista Villarreal, mientras él, con el centro y la legión francesa atacaba el puerto de Arlabán.

Los ataques a las posiciones carlistas debían ser simultáneos el día 17 de enero de 1836, pero el mismo Córdova se adelantó, porque habiendo divisado el enemigo desde lo alto de la sierra el movimiento de las tropas, empeñó el combate y el día 16 atacó la posición, acabando por acampar el centro liberal en las ventas de Arlabán, o sea en el mismo puerto, a la expectativa del resultado que tuviesen los movimientos por los flancos. Espartero llegó fácil-

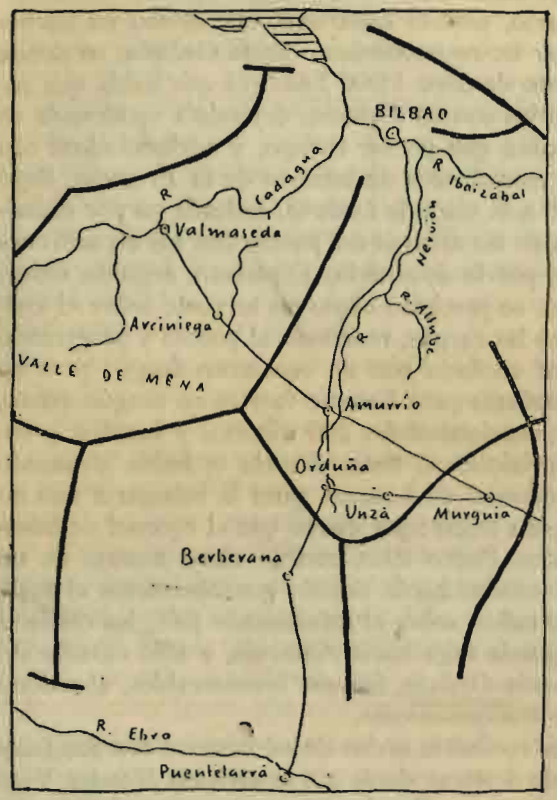
mente a Villarreal de Álava, apoderándose del pueblo; pero los ingleses no llegaron más que a Luviano y Arbulo y, comprendiendo el cabecilla carlista Villarreal que lo que éstos trataban era de impedir su unión con Eguía, se dirigió con sus fuerzas por el puerto de Elguea a los altos de Salinas, por lo que los ingleses se establecieron en Zuazo. Quedaron, pues, en la noche del 16 de enero de 1836: Córdova, en el puerto de Arlabán, vivaqueando en aquellas abruptas cimas coronadas de nieve, vistiendo muchos de ellos el pantalón blanco de verano; Erasu, en Zuazo, y Espartero, en Villarreal; pero considerando éste imposible fortificar aquel punto y que no podía permanecer en él, al día siguiente torció a la derecha para ayudar a Córdova, sobre el que cayeron en imponente masa las fuerzas de Eguía, que quería hacer retroceder a sus contrarios a Vitoria. La lucha fué tenaz, quedando el suelo cubierto de cadáveres y el general Córdova en Ulibarri Gamboa, el general carlista Eguía, en Salinas, y el inglés Evans, en Zuazo. Ordenada la retirada a Vitoria, se realizó durante la noche, dejando encendidas fogatas para engañar al enemigo y eludir su persecución. Los ingleses quedaron en Zuazo, pero al regresar Villarreal a Elguea mandó atacarlos en la noche del 19 de enero de 1836, introduciendo tal pánico que salieron huyendo para Vitoria dejando en poder de los carlistas 500 morriones, que no tuvieron tiempo de ponerse. El total de bajas en estas operaciones fué de unos 1.500 hombres, y Córdova no consiguió lo que se proponía respecto de Villarreal de Álava, que quedó en poder del enemigo.

Como detalle del combate en las ventas de Arlabán, se cuenta que don Ramón María Narváez, que con el tiempo había de ser capitán general de ejército, primer duque de Valencia y político de renombre, pero que entonces mandaba como coronel el regimiento de la Princesa, fué herido gravemente en la cabeza, y cuando era conducido, vendado y en una camilla, a lugar más seguro, se hizo transportar en aquélla al sitio de las guerrillas, no sirviendo las protestas del médico, que le decía que en ello iba su vida: "Eso a usted no le importa — le contestó; — sálvese la honra del regimiento y muera después su coronel. Las cosas no se dejan a medio hacer". Y como le reconviniese de nuevo por las voces que daba, que aumentaban el peligro de la herida, le dijo: "¡Más valiera que los malditos parches que me ha puesto me dejaran ver bien lo que hace el batallón!" Pero cuando éste se apoderó de las ventas, se volvió cariñoso al médico y, abrazándole, le dijo: "Perdóneme: lo de que me importaba poco la vida no fué más que guasa; haga lo posible por que no me muera." El general francés Beruell, que mandaba la legión francesa, al dar cuenta al ministro de la Guerra francés de este hecho de armas, decía: "Nada más hermoso que el coronel Narváez a la cabeza de su regimiento en un día de batalla."

Llegado el mes de marzo, y estando Eguía con 20 batallones por la parte de Amurrio, recibió Espartero, que estaba en Berberana, la orden de hacer un reconocimiento hacia Orduña, en donde existía un destacamento de unos 1.000 hombres que había que socorrer; salió a toda prisa con su división, dejándola escalonada en el camino, pues no había que perder tiempo, y adelantándose con dos batallones y dos escuadrones de húsares de la Princesa, llegó el 5 de marzo de 1836 a la vista de Orduña, rodeada ya por el enemigo, que le esperaba en las afueras del pueblo con los escuadrones formados y apoyados por la infantería. Espartero, seguido únicamente por los húsares, se precipitó como un torrente sobre el enemigo, al que arrolló en las cargas, rodeando al pueblo y penetrando en la plaza, donde fué recibido con un espantoso fuego; pero no dando tiempo a los carlistas para hacerse fuertes en ningún punto, los acuchilló a placer, ocasionándoles 200 muertos y heridos, y cogiéndoles unos 170 prisioneros. Esta victoria la había alcanzado sólo con los dos escuadrones de húsares, pues la infantería aún no había tenido tiempo para llegar; por cierto que el coronel de húsares de la Princesa, don Pedro Elio, recibió aleve muerte de un prisionero a quien él mismo había dejado generosamente el fusil, que disparó a boca de cañón sobre el infortunado jefe; los carlistas se retiraron en precipitada fuga hacia Amurrio, y sólo cuando vió Espartero dirigirse hacia Orduña fuerzas considerables, abandonó el pueblo, retirándose tranquilamente.

Pocos días después recibió la orden de adelantarse con sus fuerzas a Amurrio, a fin de destacar desde allí la división Méndez Vigo a Valmaseda, para reforzar a Ezpeleta, que se encontraba en este punto. La brigada de vanguardia la tenía Espartero en Murguia y había recibido orden de no moverla, pero cuando llegó a Amurrio el 13 de marzo de 1836 consideró prudente ordenarle se colocase en Unzá para que le protegiese la retirada. Envió la división Méndez Vigo a Valmaseda, sabiendo que no había en Arciniega fuerzas suficientes para detenerle, y él se retiró hacia Orduña, en donde se enteró de que los carlistas se habían interpuesto entre la brigada de vanguardia y su columna, es decir, que estaban entre Orduña y Unzá; hubo, pues, que sostener un porfiado combate para desalojar a los carlistas de aquellas alturas y rechazarlos hacia Orduña y Amurrio, mientras Espartero se unía a la brigada de vanguardia, que, por su parte, también había tenido que pelear

con los carlistas. En esta acción de Unzá, de 19 de marzo de 1836, ascendió a brigadier el coronel del regimiento de Gerona don Leopoldo O'Donnell, que tanto se había de distinguir como general posteriormente.

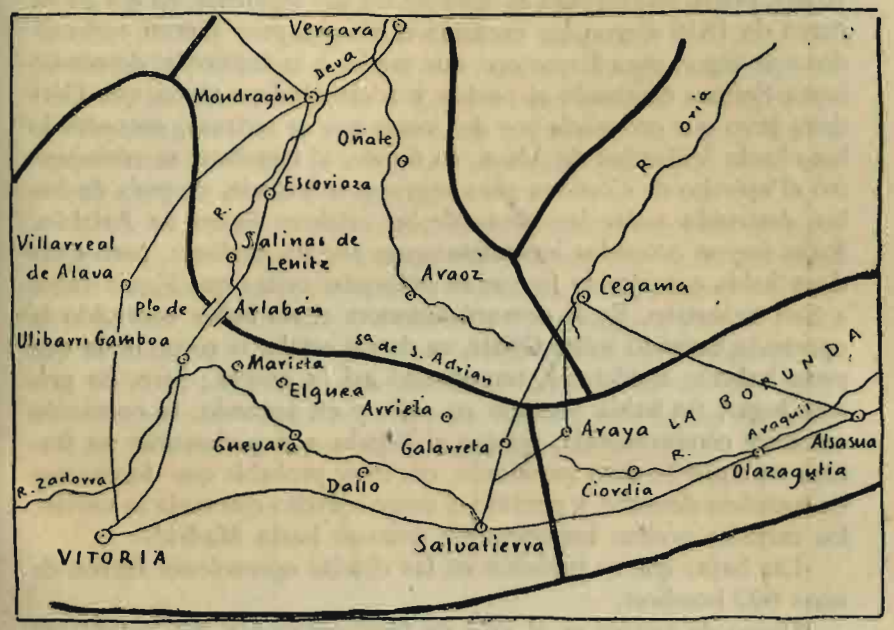


Y vamos a ocuparnos de las últimas operaciones, tanto de Córdova como de Eguía. Este último había llevado la campaña durante su mando con bastante gloria, pues se había apoderado en dicho tiempo de muchos puntos, tales como Guetaria, Valmaseda, Plencia y Mercadillo, haciendo más de 3.000 prisioneros y apoderándose de cañones, armas y municiones en abundancia, sin que lo pudiera evitar Córdova, que difícilmente podía operar falto de hombres y recursos, que a pesar de pedirlos con insistencia no le mandaba el Gobierno. Resultaba, pues, que mientras las tropas de la reina estaban poco menos que desatendidas, los carlistas estaban pujantes, bien pagados y orgullosos con sus triunfos, pues también se apoderaron de Lequeitio, lo cual había producido penosa impresión.

En estas condiciones, Córdova había enviado a la legión inglesa a San Sebastián para ver el modo de restablecer las comunicaciones con Francia, perdidas hacía tiempo, lo cual consiguió Lacy Evans, y eso que los carlistas se defendieron con desesperación. Ante tal percance, creyendo Eguía que su prestigio pudiera sufrir menoscabo, decidió acudir a San Sebastián para tomar el desquite; pero Córdova, que lo supo, se preparó a impedirlo, anun-

ciando al Gobierno que pensaba atacar las líneas de Arlabán, que suponía fuertemente fortificadas.

El día 13 de mayo de 1836 pensaba emprender el movimiento atacando de frente, pero tuvo que diferirlo por falta de víveres, y, enterados los carlistas, concentraron sus fuerzas en la cordillera. El día 20 de mayo de 1836 empezó las operaciones, pero modificando el plan, que consistía ahora en dirigirse hacia Salvatierra, como si tomase el camino de Navarra hacia Pamplona.



Cuando Eguía vió que el ejército de Córdova pernoctaba en Salvatierra y continuaba hacia el valle de la Burunda, siguió el movimiento por las cumbres de la cordillera; pero dividiendo su fuerza en pequeñas columnas para que se le adelantasen a la boca del valle, disponiendo que el cabecilla Villarreal marchase lo más cerca posible del flanco izquierdo enemigo en observación suya.

Cuando Córdova vió acentuado el movimiento del enemigo, ordenó que sus divisiones torcieran rápidamente a la izquierda y atacasen por el flanco a los carlistas, que, sorprendidos, no pudieron resistir, pues sólo Villarreal se defendía entre Arriola y Galarreta, ocupando por lo tanto los liberales la sierra de San Adrián e interponiéndose entre el enemigo, la mayor parte del cual estaba por la parte de Alsasua, y se retiró a Cegama. Córdova pernoctó en la

sierra de San Adrián, pero aquella noche los carlistas, con Eguía, se concentraron en Oñate. El día 23 de mayo de 1836, Córdova avanzó por las cumbres hasta las célebres líneas de Arlabán, que estaban fortificadas con obras de escasa importancia, y los carlistas, siguiendo el movimiento, dieron la vuelta por Mondragón y se colocaron en Escoriaza y Salinas, mientras Villarreal lo hacía en Araoz, preparándose para el combate del día siguiente. El día 24 de mayo de 1836 dieron los carlistas el ataque, pero fueron rechazados con vigor, pues Espartero, que estaba a la izquierda, descendió hasta Salinas ocupando el pueblo y adelantándose tanto, que Córdova tuvo que ordenarle por dos veces que se retirase; entonces lo hizo hacia Villarreal de Álava, en donde, al terminar, se reconcentró el ejército de Córdova para regresar a Vitoria, después de haber destruído todas las obras de las célebres líneas de Arlabán. Éstas fueron ocupadas inmediatamente por los carlistas, pero Córdova había conseguido lo que se proponía, evitar que Eguía fuera a San Sebastián. Se le censuró entonces el no haber concluído la operación cayendo sobre Oñate, en donde estaba la corte, de la que pudo haberse apoderado, terminando así la guerra; pero, en primer lugar, no había pensado en esto, y en segundo, la operación era muy comprometida, porque si llegaba a experimentar un fracaso en aquel terreno intrincado, era muy probable que degenerase en completo desastre, y perdido el único ejército que tenía la nación, los carlistas podían impunemente avanzar hasta Madrid.

Las bajas que se tuvieron en las citadas operaciones fueron de unos 600 hombres.

Digno de citarse es el acto de insubordinación del regimiento de Gerona por no haber obtenido el puesto de extrema vanguardia que creía corresponderle. Cuando el coronel Córdova, hermano del general en jefe, fué a restablecer la disciplina, les dijo en una arenga: "Hace dos días habéis perdido a vuestro coronel (había sido herido en un brazo) y ya le habéis olvidado. ¿Qué dirá cuando conozca vuestra conducta, y qué dirá el ejército de vosotros? El general en jefe me envía para que os reúna, os forme y os lleve a pelear, que en todas las posiciones y en cualquier puesto GERONA sabe recoger laureles." Y en efecto, así lo hicieron con la mayor bravura y gran entusiasmo.

Consecuencia del fracaso experimentado por los carlistas, fué el relevo de Eguía del mando del ejército, que se confió a Villarreal, caudillo que gozaba de alguna notoriedad.

Córdova no tardó mucho en abandonar no sólo el ejército, sino a España.

Los Gobiernos liberales que en tiempo de María Cristina habían estado en el poder, habían sido los de Martínez de la Rosa y el conde de Toreno; pero, combatidos por los liberales exaltados, que ahora se llamaban progresistas, no tuvieron más remedio que ceder el puesto a un Gobierno no ya progresista, sino radical, presidido por Mendizábal, que prometió muchas cosas, entre ellas acabar la guerra en el plazo de seis meses, lo que no consiguió. El año 1836 le substituyó un Gabinete moderado con Istúriz y, continuando los progresistas con el sistema de pronunciamientos que estaban ensangrentando a España, consiguieron se pronunciasen los sargentos de la guarnición de la Granja, los cuales obligaron a María Cristina a jurar la Constitución del año 1812, que a toda costa se quería restablecer.

Córdova, cuando tuvo noticia de aquel motín ocurrido en agosto de 1836, no quiso aprobar un movimiento que venía impuesto por la fuerza, y como algunos cuerpos del ejército habían secundado el movimiento dando vivas a la Constitución, juzgó lo más oportuno entregar el mando del ejército y retirarse a Francia, lo cual verificó seguido de sus ayudantes, terminando de este modo su vida política, y muriendo a poco tiempo en Lisboa, en 1840, cuando todavía era joven: a los 42 años de edad.

Capítulo IX

PRIMERA GUERRA CARLISTA

Expedición de Guergué y Gómez

(1835-1836)

Sale Guergué, con una expedición, para Cataluña. — Llega a Tremp. — Determina volver a Navarra. — Repasa el Segre. — Gómez sale con una expedición para Asturias y Galicia. — Avanza a Castilla. — Atraviesa Somosierra. — Rinde a don Narciso López cerca de Sigüenza. — Entra en el reino de Valencia. — Combate de Villarrobledo. — Entra en Andalucía. — Llega a Algeciras. — Regresa sin percance notable.

Vamos a ocuparnos ahora de las expediciones realizadas por los carlistas, con el propósito de propagar el levantamiento por distintos puntos de España, y entre ellas sólo citaremos las que tuvieron verdadera importancia, empezando por la de Guergué.

Expedición de Guergué

(1835)

Guergué era un brigadier carlista de quien se esperaba mucho, motivo por el cual se le confió el mando de una expedición que, compuesta de cerca de 3.000 hombres, había de dirigirse a Cataluña, donde los carlistas obraban sin orden ni concierto, en partidas sueltas e independientes que no hacían gran cosa.

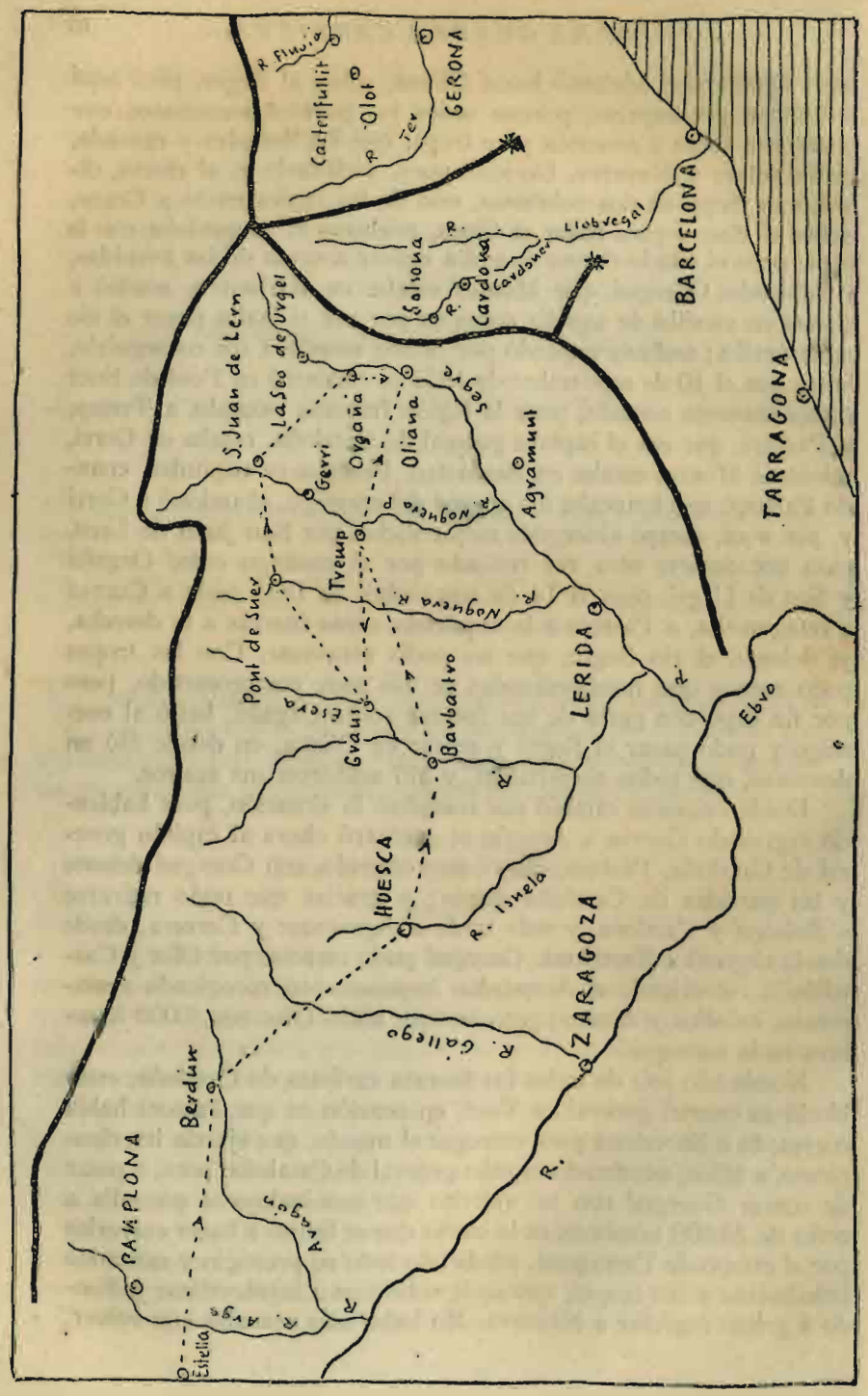
Salió la expedición de Estella el 8 de agosto de 1835, y sin que lo pudiera evitar Córdova, que tenía conocimiento de lo que se proyectaba, se metió en Aragón por el canal de Berdún, llegando a Huesca el 16 de agosto de 1835.

Córdova envió en su persecución la columna de Gurrea, y el general Montes, que mandaba en Aragón, salió de Zaragoza para detenerle; pero Guergué eludió la persecución por Barbastro y llegó a Tremp, aumentando su fuerza con cerca de 4.000 hombres que

se le agregaron; adelantó hasta Oliana, sobre el Segre, pero aquí empezó a preocuparse, porque todos los pueblos inmediatos empezaron a tocar a somatén y su tropa, que iba descalza y cansada, pedía volver a Navarra. Decidió, pues, verificarlo y, al efecto, dividió su tropa en dos columnas, una de las cuales envió a Graus, sobre el Esera, para pasar el Cinca, mientras él se quedaba con la otra; pero el citado río no se podía vadear a causa de las avenidas, y sabiendo Guergué que Montes estaba en Barbastro, acudió a Graus en auxilio de aquella columna por ver si podía pasar el río agua arriba; anduvo vagando por la alta montaña sin conseguirlo, hasta que el 10 de septiembre de 1835 se encontró en Pont de Suer completamente cercado, pues la legión francesa ocupaba a Tremp, y Pastors, que era el capitán general de Cataluña, estaba en Gerri, mientras Montes estaba en Barbastro. Pensaba en capitular, cuando Pastors, que ignoraba los apuros del enemigo, abandonó a Gerri y, por aquí, escapó Guergué; mejor dicho, por San Juan de Lern, para encontrarse otra vez rodeado por el enemigo entre Orgañá y Seo de Urgel, pues el 14 de septiembre de 1835 tenía a Gurrea a retaguardia, a Pastors a la izquierda, otras fuerzas a la derecha, y, delante, el río Segre, que no podía atravesar. Con las tropas poco menos que insubordinadas se vió muy comprometido, pero por fin cayó con parte de sus fuerzas sobre Orgañá, batió al enemigo y pudo pasar el Segre y entrar en Oliana, en donde dió un descanso, que todos necesitaban, y allí acabaron sus apuros.

Desde entonces cambió por completo la situación, pues habiendo regresado Gurrea a Aragón se encontró ahora al capitán general de Cataluña, Pastors, muy comprometido, con Guergué delante y las partidas de Cataluña detrás; y gracias que pudo retirarse a Solsona y Cardona, y más tarde a Agramunt y Cervera, desde donde regresó a Barcelona. Guergué pudo meterse por Olot y Castellfullit recorriendo el Ampurdán impunemente, recogiendo armamento, caballos y dinero; pero aunque atacó Olot con 5.000 hombres nada consiguió.

Nombrado jefe de todas las fuerzas carlistas de Cataluña, estableció su cuartel general en Tora, en ocasión en que Pastors había regresado a Barcelona para entregar el mando, que ejercía interinamente, a Mina, nombrado capitán general de Cataluña, pero, a pesar de contar Guergué con un ejército que nominalmente ascendía a cerca de 23.000 hombres, es lo cierto que se limitó a hacer correrías por el campo de Tarragona, perdiendo todo su prestigio y cansando inútilmente a sus tropas, que se le volvieron a insubordinar pidiendo a gritos regresar a Navarra. No hubo más remedio que volver,



y el regreso lo hizo sin percances que lamentar, entrando en Elizondo el 3 de diciembre de 1835.

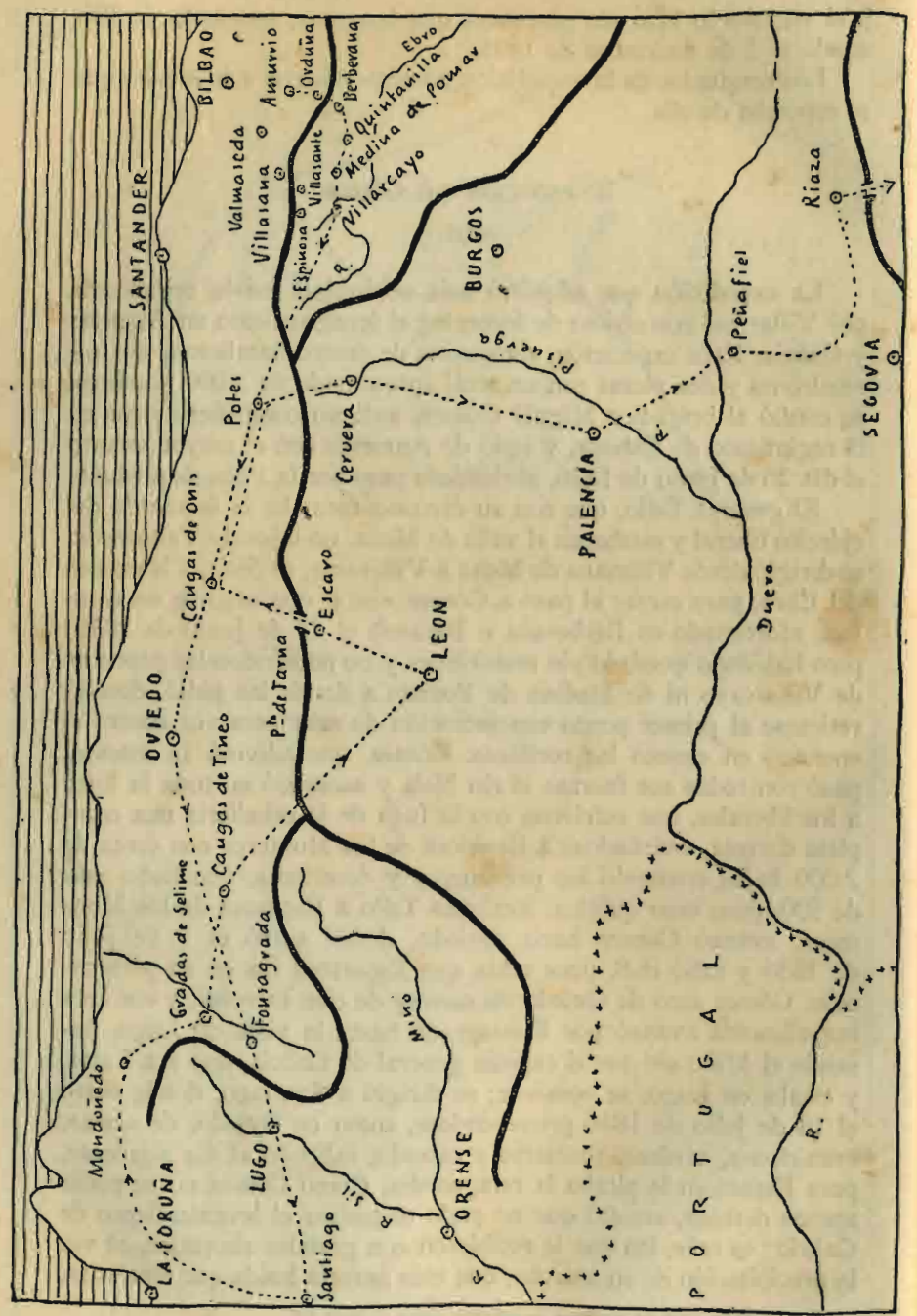
Los resultados de la expedición no respondieron a lo mucho que se esperaba de ella.

Expedición de Gómez

(1836)

La expedición que adquirió más celebridad fué la organizada por Villarreal con objeto de fomentar el levantamiento en Asturias y Galicia. Esta expedición, compuesta de cuatro batallones, dos escuadrones y dos piezas con un total aproximado de 3.000 hombres, se confió al brigadier Miguel Gómez, antiguo compañero suyo en el regimiento de Saboya, y salió de Amurrio con el mayor secreto el día 26 de junio de 1836, abriéndose paso por la Peña de Orduña.

El general Tello, que con su división formaba la izquierda del ejército liberal y estaba en el valle de Mena, no lejos de Valmaseda, se dirigió desde Villasana de Mena a Villasante, es decir, a la cuenca del Ebro, para cerrar el paso a Gómez, con el que sostuvo un combate afortunado en Berberana o Baranda el 27 de junio de 1836; pero habiendo quedado sin municiones y no pudiéndoselas procurar de Villarcayo ni de Medina de Pomar, a donde las pidió, decidió retirarse al primer punto con intención de salir otra vez contra el enemigo en cuanto las recibiese. Gómez, que adivinó su intento, pasó con todas sus fuerzas el río Nela y acometió en toda la línea a los liberales, que sufrieron con la fuga de la caballería una completa derrota, retirándose a Espinosa de los Monteros con cerca de 2.000 bajas contando los prisioneros y desertores, que hubo más de 500, pues eran quintos. Retirado Tello a Espinosa de los Monteros, avanzó Gómez hacia Oviedo, donde entró el 5 de julio de 1836 y salió el 8, pues sabía que Espartero iba en su persecución. Gómez sacó de Oviedo un convoy de cien carretas, y con esta impedimenta avanzó por Fonsagrada hasta la vista de Lugo, pasando el Miño sin que el capitán general de Galicia, que era Latre, y estaba en Lugo, se opusiese; se dirigió a Santiago, donde entró el 18 de julio de 1836 proveyéndose, como en Oviedo, de armas, municiones, víveres, vestuario y calzado, saliendo al día siguiente, pues Espartero le picaba la retaguardia. Como Gómez no se podía apenas detener, resultó que no pudo organizar el levantamiento de Galicia; es más, los que le recibieron con grandes simpatías, al ver la precipitación de su marcha, que más parecía huída que otra cosa,



se enfriaron mucho en su entusiasmo, y los que se le agregaron como voluntarios, bien pronto le abandonaron.

Muy expuesto estuvo Gómez a quedar encerrado en Galicia, en donde hubiera sido destrozado por sus perseguidores; porque marchando por la carretera de La Coruña a Mondoñedo y Grandas, no quedándole más salida que el puente de Salinas, se dirigió Latre a este punto para cerrarle el paso; pero sabida por Gómez la intención de aquél, en una marcha forzada que hizo se colocó en el puente una hora antes de que llegase Latre.

Continuando su marcha llegó a Cangas de Tineo el 27 de julio de 1836, y allí pudo dar un descanso de tres días a sus tropas; pero, siendo el país muy pobre, bajó a León, en donde entró el 1.º de agosto de 1836, saliendo el 7 para volver a Asturias. Comprendiendo que no podía continuar perseguido tan vivamente por Espartero, quiso ocupar las posiciones del puerto de Tarna para esperarle allí y sostener un combate con ventaja, pero aquél no le dió tiempo, pues le atacó cuando aún no había llegado a ocuparlas y estaba trepando por aquellas alturas. Las pérdidas que experimentó Gómez en este combate, que se llamó de Escaro, y se dió el 8 de agosto de 1836, fueron de unos 500 hombres, mientras las de Espartero apenas llegaron a 100.

Gómez se retiró a Cangas de Onís y, volviendo a pasar la cordillera por cerca de Potes, cayó sobre Cervera del Río Pisuerga y Prádanos, en donde celebró junta de jefes para ver si convenía volver a Galicia o retirarse a Navarra. Contra el parecer de Gómez y de las instrucciones recibidas, determinaron los jefes avanzar hacia el interior de Castilla, y, en consecuencia, se continuó la marcha, entrando en Palencia el 20 de agosto de 1836. Por este tiempo, Espartero había tenido que abandonar el ejército por encontrarse enfermo en Cervera, substituyéndole en el mando definitivo el brigadier Alaix.

Gómez, metiendo su infantería en carros de mulas, salió de Palencia el 23 de agosto de 1836 y en el mismo día llegó a Peñafiel, continuando hacia Segovia para amenazar la capital del reino; pero como supiera que había sido ya reforzada la guarnición, torció a la izquierda, hacia Riaza y, atravesando Somosierra, siguió por Atienza hacia Jadraque, causando un gran pánico en Madrid, que se veía ya al enemigo encima. Echando mano de las tropas que se pudo, se formó una columna de dos batallones de la Guardia, un escuadrón y dos piezas, que se confió al brigadier don Narciso López, el que, como recordaremos, mandaba la caballería en Mendigorría, el cual, el 30 de agosto de 1836 fué completamente envuelto por

cinco batallones de Gómez en Matillas, cerca de Sigüenza, rindiéndose vergonzosamente con toda su fuerza, que apenas hizo defensa

de ninguna clase, por tener relajado el espíritu militar con los pronunciamientos y sediciones. A poco de ocurrir esto, llegó al campo

de la acción Alaix, quien, como es natural, se indignó de la cobardía de su compañero, pues de haberse sostenido éste algo, hubiera llegado a tiempo de poder batir, juntos, a Gómez.

Éste quiso entonces dirigirse a Cantavieja que, como veremos, era el cuartel general de Cabrera, de quien nos ocuparemos por separado; pero sabiendo que fuerzas de Aragón le iban a impedir el paso, tomó la dirección de Cuenca y, dando varios rodeos, llegó a Utiel, en el reino de Valencia, donde se le incorporaron, el 11 de septiembre de 1836, los cabecillas de esta región con más de 3.000 hombres, verificándolo también Cabrera, que para ello tuvo que venir desde La Cenia, o sea cerca de Ulldecona, recorriendo en 20 horas más de 50 leguas.

Con tan imponentes fuerzas atacaron a Requena el día 14 de septiembre de 1836; pero, a pesar de no contar con más guarnición que los milicianos y una compañía de enfermos, fueron rechazados, teniendo que retirarse a Utiel; entonces decidieron marchar sobre Madrid y, para no descubrir sus intenciones, se dirigieron a Albacete el 16 de septiembre de 1836, continuaron por la Roda, llegando a Villarrobledo, en donde Gómez se entregó tranquilamente al descanso creyendo que las fuerzas que le perseguían estaban más distantes. No era así, porque Alaix le seguía muy de cerca, y en la mañana del 20 de septiembre de 1836 estaba frente a Villarrobledo, en donde los carlistas dormían sin ninguna precaución.

Llevaba cerca de 5.000 hombres, aunque sólo unos 300 caballos. Con parte de sus fuerzas penetró en el pueblo al amanecer, sorprendiendo al enemigo, que empezó a defenderse desde los alojamientos. Cabrera pudo, sin embargo, reunir sus tropas en las afueras del pueblo; pero Alaix se dirigió contra ellas al frente de cuatro batallones y 200 húsares de la Princesa, que mandaba el coronel don Diego de León, y aunque esta caballería era inferior a la carlista y fué atacada impetuosamente por ella, la rechazó victoriosamente, arrojándola en confusión sobre la infantería de Cabrera, y gracias que éste, haciendo verdaderos esfuerzos, consiguió sostener la retirada con sus batallones escalonados, pues el resto de la infantería, esto es, la que se encontraba en el pueblo, fué acuchillada y envueltos dos de sus batallones, y a no ser por Cabrera el desastre hubiera sido mayor. Las bajas de los carlistas ascendieron a cerca de 2.000 hombres, de los cuales sólo 300 eran muertos y heridos; además perdieron 2.000 fusiles, las dos piezas y toda la impedimenta. Por este hecho el coronel León ascendió a brigadier.

Los carlistas, después del desastre, se retiraron a Osa de Montiel, desistiendo de dirigirse a Madrid, como pensaban; pero de-

terminando, en cambio, avanzar hacia Andalucía, sin que Alaix pudiera perseguirlos por el gran número de prisioneros que le em-

barazaban. Hay que advertir que Gómez y Cabrera no andaban muy avenidos a causa de los fracasos de Requena y Villarrobledo,

que Cabrera atribuía a impericia de Gómez; además Cabrera no tenía condiciones para obedecer y sí para mandar, y el puesto secundario que ocupaba al lado de Gómez, que era el jefe, no le satisfacía mucho, a pesar de lo cual estaba dispuesto a seguir obedeciéndole en interés de la causa.

Continuaron la marcha por Úbeda y Baeza, a Córdoba, en donde entraron el 1.° de octubre de 1836, después de una breve defensa que hicieron los nacionales. En esta capital se apoderaron de un rico botín y agregaron a sus fuerzas más de 2.000 hombres, con los que se organizaron algunos batallones y dos escuadrones que se montaron en los caballos cogidos de la yeguada del infante don Francisco.

Estando en Córdoba supieron que, por un lado, se adelantaban fuerzas de Sevilla, y por otro, de Málaga; salieron contra éstas y las acorralaron en Martos, haciéndoles 400 prisioneros. Se habían pronunciado a favor de don Carlos, Baena, Cabra, Lucena y Montilla, y cuando Gómez se retiraba a Córdoba se encontró en Montilla a todos los carlistas que había dejado en Córdoba, los cuales, temerosos de la aproximación de Alaix, iban a reunírsele. Temiendo, pues, no poder llegar a tiempo a Córdoba, Gómez se estableció en Priego; pero Alaix, en vez de dirigirse a aquella capital, como creían, se había dirigido a Alcalá la Real, mientras el ministro de la Guerra, que era Rodil, reunía en la orillas del Tajo cerca de 10.000 hombres.

Volvió, pues, Gómez a Córdoba; pero no para quedarse, sino para salvar el rico botín que allí tenía y ver si podía escapar, lo cual fué causa de las lamentaciones de los partidarios que se quedaban abandonados; salió, pues, primero el convoy y, desembarazado de esta impedimenta, salió Gómez el 13 de octubre de 1836 con más de 10.000 hombres, siendo tal la oportunidad de la evacuación que, al día siguiente, entraban los liberales en número de 16.000. Se retiró por Pozo Blanco y Fuencaliente, pero al llegar aquí se enteró de que tenía a Rodil en Almodóvar del Campo y retrocedió hasta Almadén, a la que intimó a la rendición. Esta ciudad, ni tenía guarnición ni condiciones suficientes para resistir, así se lo hizo presente el gobernador Puente a Rodil, para que le enviara refuerzos; pero éste no sólo no se los envió, sino que le ordenó se defendiese a toda costa, mientras él, que estaba en Almodóvar y podía haber caído sobre los carlistas, se retiraba a Santa Cruz de Mudela.

Hay que advertir que Rodil estaba obsesionado por la manía estratégica y no hacía otra cosa que estudiar sobre el mapa líneas

defensivas en las que irremisiblemente tenía que caer Gómez, el cual se reía de aquel general que le dejaba campar por sus respetos y no se le venía encima estando tan cerca.

Sucedió lo que tenía que suceder; Almadén, aunque se defendió a toda costa, tuvo que capitular el 24 de octubre de 1836, mientras Rodil, que estaba en Santa Cruz de Mudela, sólo se preocupaba de que Gómez pudiera contramarchar a Granada o al condado de Niebla; a fuerza de ocuparse de sus planes estratégicos olvidaba lo principal, que era el enemigo que tenía a dos pasos. El efecto de la capitulación de Almadén fué muy penoso, y la indignación del público, muy grande.

Gómez se dirigió a Extremadura, la única salida que tenía, avanzando por Guadalupe al Puente del Arzobispo para pasar el Tajo, lo cual no pudo verificar por estar ocupado éste por el capitán general del distrito, Carratalá, con 2.000 hombres; retrocedió, por Logrosán y Trujillo, a Cáceres, deshaciéndose en este último punto de la mayor parte de los prisioneros. Acorralado en dicha capital, tenía forzosamente que abrirse paso por el Tajo, intentando verificarlo por Alcántara, sin conseguirlo tampoco, a pesar de haberlo ocupado un destacamento suyo que había enviado por convenirle retroceder otra vez a Cáceres para estar a la mira de los movimientos de sus perseguidores. Entonces determinó deshacerse de Cabrera y de Quílez que le estorbaban, ordenándole al primero que con sólo una pequeña escolta se retirase al Maestrazgo, pues los batallones aragoneses y valencianos que estaban a sus órdenes no se los quiso dar. Hay quien dice que, dado el resentimiento que existía entre estos jefes, Gómez le marcó un itinerario para que cayese Cabrera en poder del enemigo; pero este entendido cabecilla lo varió, organizó gente en su marcha y, en vez de dirigirse a Cantavieja, que había ya caído en poder del enemigo, se dirigió al Ebro para dar cuenta a don Carlos de lo sucedido.

Gómez, en tanto, no pudiendo pasar el Tajo, decidió volver a Andalucía y, por Villanueva, se dirigió a Guadalcanal, a donde llegó el 8 de noviembre de 1836, avanzando por Palma y Osuna a Ronda, en donde pernoctó el 16 de noviembre de 1836. A todo esto, sus perseguidores, desorientados con aquellos movimientos, no sabían qué hacer; pero al fin se pusieron sobre sus alcances y tuvo que abandonar Ronda, permitiéndose el capricho y la osadía de avanzar a San Roque y Algeciras para decir que había llevado el pendón de don Carlos hasta los muros de Gibraltar.

Pudo costarle caro aquel atrevimiento, de haberse detenido por allí, pero retrocedió en seguida por Alcalá de los Gazules y Arcos.

Antes de llegar a este punto se encontró con la división Narváez, que le cerraba el paso en el río Majaceite.

Gómez extendió sus 10.000 hombres en una sola línea, en las alturas cubiertas de bosque que hay frente al río, sin dejar reserva. Narváez ordenó que sus 4.000 hombres dieran un ataque de frente mientras el coronel Ros de Olano envolvía la izquierda carlista; el enemigo no resistió mucho tiempo y se desbandó, temiendo que apareciesen por su retaguardia las fuerzas que venían persiguiéndole. En este combate de Majaceite, librado el 25 de noviembre de 1836, experimentó unas 500 bajas, contando los prisioneros, que fueron 150.

Gómez se retiró por Morón, Osuna y Cabra, a Alcaudete, a donde llegó el 29 de noviembre de 1836, y, como iba muy rendida, su tropa se entregó al descanso sin tomar precauciones. Alaix, que iba a sus alcances, se presentó a medianoche y los carlistas tuvieron que salir, en desorden y precipitadamente, hacia Martos, abandonando al enemigo todo el material, equipaje, efectos y caudales, así como los prisioneros que llevaba y más de 100 de los suyos.

Desde este momento puede decirse que Gómez no pensó más que en salvarse y ganar cuanto antes las provincias vascongadas; pasó el Guadalquivir por Menjíbar, atravesó la Mancha y, torciendo a la derecha, pasó por Villarrobledo y, por el O. de Guadalajara, avanzó, pasando Somosierra entre Riaza y Atienza, alcanzando el Ebro el 18 de diciembre de 1836, atravesándolo por Peña Horadada y entrando en Orduña el 20 de dicho mes con alguna más fuerza de la que había sacado y con triple caballería.

Esta notable expedición había durado menos de seis meses, y en ellos había recorrido Gómez más de 4.200 kilómetros, o sea más de 800 leguas, entrando en más de 500 poblaciones, muchas de ellas tan importantes como Oviedo, Santiago de Compostela, León, Palencia, Albacete, Córdoba, Cáceres, Andújar, Ronda y Algeciras: paseando triunfante la bandera tradicionalista por todos los ámbitos de España, desde el teatro de operaciones en el norte hasta el Atlántico, desde las fronteras de Portugal hasta el Mediterráneo. El que había salido con cuatro batallones y dos escuadrones, se vió cercado por 30 batallones y 2.000 caballos, pero supo burlarse de las combinaciones, marchas y contramarchas de sus enemigos, a los que hizo prisioneros más de 4.000 hombres, entre ellos tres generales, cogiendo gran número de caballos, fusiles, municiones y varias piezas de artillería, que tuvo que despeñar por los barrancos por no poderlas transportar por los terrenos difíciles que recorría, y volviendo al N. con más de 3.000 hombres y 600 caba-

llos, o sea con una división mayor que la que sacó, y además un rico botín en dinero, pertrechos y efectos de todas clases; fué una correría atrevida y muy bien dirigida, una especie de *raid*, como se llamaron después estas expediciones cuando se componían principalmente de caballería, cosa que no le ocurría a la de Gómez, que, sin embargo, superó a las más notables que habían de realizarse en campañas posteriores, y que se consideran como el desiderátum de la audacia.

A pesar del brillante desarrollo que tuvo esta operación militar, el éxito no respondió a tamaño esfuerzo, por la razón sencilla de que la expedición era demasiado débil para conquistar provincias y, en cambio, muy numerosa para hacer prosélitos; así que la causa de don Carlos, en realidad, nada ganó.

Capítulo X

PRIMERA GUERRA CARLISTA

Expediciones de don Carlos y Zaratiegui

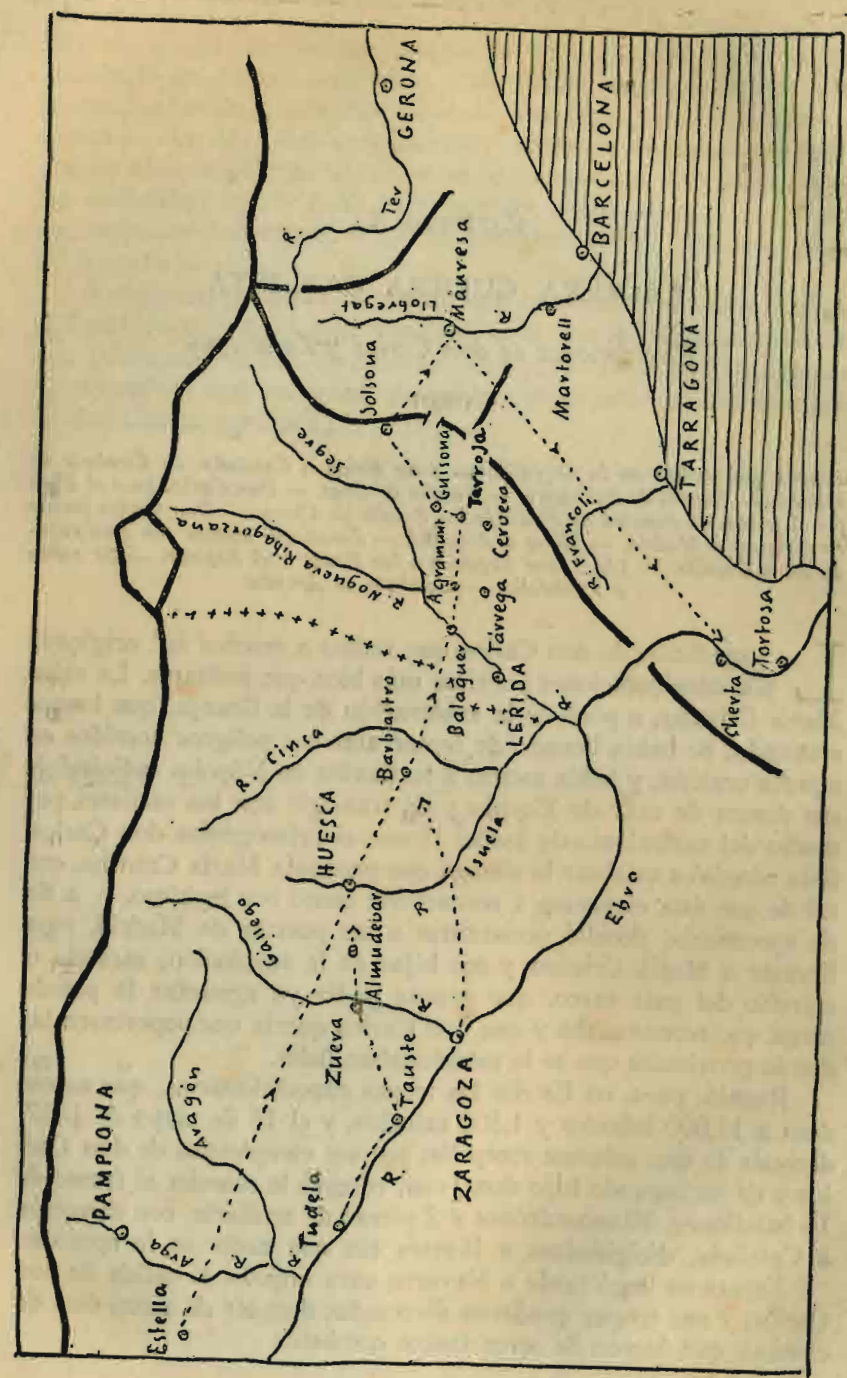
(1837)

Causas que motivaron la expedición. — Se dirige a Cataluña. — Combate de Huesca. — Batalla de Barbastro. — Batalla de Graa. — Don Carlos pasa el Ebro por Tortosa. — Penetra en Valencia. — Batalla de Chiva. — Don Carlos insiste en dirigirse a Madrid. — Llega a Arganda. — Zaratiegui avanza con otra expedición a Castilla. — Llega, por Segovia, a las Rozas y el Espinar. — Se retira a Valladolid. — Combate de Aranda.

La expedición de don Carlos que vamos a reseñar fué originada por consideraciones políticas más bien que militares. La reina María Cristina, a poco de la sublevación de la Granja, que hemos apuntado, se había llenado de temor ante los peligros corridos en aquella ocasión, y había escrito a su familia de Nápoles indicándole sus deseos de salir de España y de transigir con los carlistas por medio del casamiento de Isabel II con el primogénito don Carlos. Éste accedió a celebrar la alianza que proponía María Cristina, con tal de que ésta empezase a reconocerle como rey legítimo, y, a fin de apremiarla, decidió presentarse a las puertas de Madrid, para libertar a María Cristina y sus hijas de la revolución, sacando el ejército del país vasco, que apenas podía ya aguantar la pesada carga que representaba y que don Carlos quería que soportasen las demás provincias que se le manifestaban fieles.

Reunió, pues, en Estella las tropas expedicionarias, que ascendían a 13.000 infantes y 1.500 caballos, y el 15 de mayo de 1837, después de una solemne recepción por ser cumpleaños de don Carlos y de su segundo hijo don Juan, rompió la marcha al frente de 16 batallones, 10 escuadrones y 2 piezas de artillería, con dirección a Cataluña, dirigiéndose a Huesca sin que nadie se le opusiese.

Espartero llegó tarde a Navarra para impedir la salida de don Carlos, y sus tropas quedaron diezmadas después de cinco días de camino, que fueron de otros tantos combates.



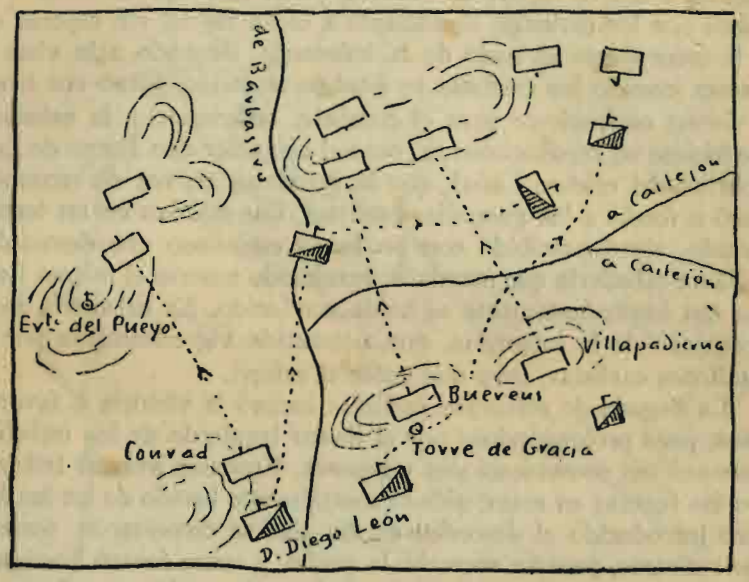
La división de la ribera del Ebro, que mandaba Iribarren, había maniobrado por Tudela y por el bajo Gállego para impedir el paso de dicho río, creyendo que por aquí vendría la expedición; pero apenas supo la dirección que llevaba, se encaminó apresuradamente por Tauste, Zuera y Almudévar, a Huesca, en donde los carlistas habían entrado el 24 de mayo de 1837. Iribarren estaba este día a cuatro leguas de Huesca, y, en su deseo de venir a las manos con los carlistas, se adelantó a dicha capital sin esperar que se le incorporase el resto de la infantería, llegando a la vista de Huesca cuando los carlistas se estaban alojando. Situó sus tropas en forma conveniente para el combate, ordenando a la caballería que hiciese un reconocimiento; pero el brigadier don Diego de León (sobrino del célebre León), que la mandaba, en vez de reconocer, atacó a fondo a las guerrillas carlistas, que estaban en un terreno cortado, siendo recibido con un fuego espantoso que destrozó la brillante caballería que mandaba, resultando muerto el mismo León, que tan imprudentemente se había conducido. La caballería buscó el amparo de la infantería, que, acometida vigorosamente por los batallones carlistas, tuvo que ceder el campo.

La llegada de refuerzos carlistas inclinó la victoria a favor de éstos, pues prolongándose por el flanco izquierdo de los isabelinos amenazó sus comunicaciones y reserva. Entonces avanzó Iribarren con las fuerzas en masa, siendo mortalmente herido de un lanzazo, pero introducido el desorden en las alas se dispersaron, teniendo que retirarse, pues se acercaba la noche, y como fueran hostigados continuamente por la caballería carlista, lo verificaron formando tres cuadros ajedrezados, a los que debió su salvación el ejército. Pasado el peligro, se deshizo esta formación y los vencidos entraron en Almudévar, con el valiente Iribarren sin esperanzas de vida. Ascendieron las bajas en uno y otro campo a 2.000 hombres; los carlistas celebraron su triunfo, pero no se atrevieron a perseguir a los liberales.

El Gobierno ordenó al general Oraá tomase el mando de las fuerzas que se pudieran reunir en Zaragoza, y el barón de Meer, capitán general de Cataluña, que se adelantase para impedir que la expedición entrase en el Principado. Adelantó, pues, Oraá hacia Barbastro, en donde ya estaba don Carlos; la fuerza de ambos contendientes era la misma y, sin embargo, la batalla de Barbastro del 2 de junio de 1837 no fué decisiva.

Oraá se dirigió contra los carlistas, que lo recibieron con nutrido fuego que hizo retroceder el centro de la línea liberal, terminando por replegarse en desorden la derecha al amparo de su re-

serva. Entonces Oraá avanzó con la segunda línea tratando de envolver la derecha enemiga, que tuvo que retroceder mientras el centro y derecha liberal ganaban terreno. Pero, de pronto, la izquierda isabelina, falta de la protección de su reserva, que, dominada por el pánico, abandonó su posición, tuvo que retroceder y, desde entonces, la victoria se pronunció a favor de los carlistas,



porque Oraá, que, no muy convencido del espíritu de su tropa, no había atacado a fondo, ordenó a tiempo la retirada después de perder unos 1.200 hombres.

Había formado a las once de la mañana, en la cordillera de la Torre de Gracia, tres columnas mandadas por el general Buerens y los brigadieres Conrad y Villapadierna; la caballería, al mando de don Diego de León, formaba a retaguardia.

Puestas las columnas en movimiento hasta que las cabezas se colocaron en las cumbres que dominan a Barbastro, sucedió que la de la izquierda ocupó las alturas de la Virgen del Pueyo, pero la del centro, ante el fuego enemigo, se dispersó y huyó, replegándose también en desorden la de la derecha. Comprendiendo Oraá el peligro que amenazaba por este lado, mandó cargar a la caballería de la derecha, que, mal dirigida, fué rechazada. Entonces ordenó que la caballería del centro e izquierda se trasladara al sitio de la derrota y, dirigida por don Diego de León, se restableció el com-

bate, pudiendo el centro y derecha mantenerse ya en sus posiciones.

Entretanto, la izquierda, que había avanzado hasta cerca de Barbastro, no viéndose apoyada por el centro y derecha, algo distantes, comprendió Oraá no era prudente empeñar combate, decidiendo ordenar la retirada general, que se vió comprometida por haberse desbandado sin motivo alguno cuatro compañías de la legión extranjera, encontrando la muerte el brigadier Conrad. También era extranjero.

Estaba libre don Carlos para pasar el Cinca y penetrar en Cataluña, pues el barón de Meer no tenía fuerzas suficientes para oponérsele; a pesar de ello, sólo con que él hubiera retirado las barcas e inutilizado los pasos, como se le había ordenado, y con que el general Oraá, en vez de detenerse, hubiera perseguido a los carlistas, habría sido bastante, quizás, para inutilizar a la expedición, pues cuando este último se puso sobre su alcance, llegó a tiempo de impedir el embarque de un batallón carlista, que se tiró al río para no caer prisionero, perdiendo, ahogada, la mitad de su gente.

El general González Moreno había aconsejado a don Carlos, en Huesca, que desde allí se encaminase al Maestrazgo a reunirse con Cabrera; pero la camarilla civil de don Carlos, compuesta la mayor parte de sacerdotes, se opuso tenazmente a ello, pues querían ir a Cataluña a recoger las adhesiones de los partidarios, y donde todo el clero llamaba a grandes gritos a don Carlos, a fin de resolver la cuestión política, y hacer después una restauración al modo de la verificada por Fernando VII en 1823. En Barbastro volvió a insistir González Moreno en la idea apuntada, sin que se le diese oído, resultando que el partido militar quedó supeditado por la camarilla, y se decidió la marcha a Cataluña. Estos dos partidos, que ahora empezaban a iniciarse, estaban destinados a dar al traste con la causa de don Carlos en la lucha que, con el tiempo, iban a entablar.

El 6 de junio de 1837 entró la expedición en Cataluña, y entonces empezaron los apuros, porque las distribuciones cesaron en Barbastro, y como el país era muy pobre, porque se atravesaban regiones desoladas, llegó a faltar hasta el pan; cruzó el Segre por Balaguer y se adelantó a Grá, en donde, apoyando la derecha en Guisona, esperó al barón de Meer, que con cerca de 12.000 hombres le seguía por el flanco derecho desde que cruzó el Segre. La batalla que se empeñó en este punto el 12 de junio de 1837 se redujo a lo siguiente: los carlistas querían que las tropas de Meer, establecidas en tres empinados cerros, bajasen al llano; pero él se mantuvo inpertérrito en sus posiciones, y cuando los carlistas estu-

vieron quebrantados les lanzó la caballería, que ocupó algunos pueblos del frente, en donde fué a establecerse la infantería; entonces fué cuando combinó un ataque por el frente y flancos del enemigo, que resistió con vigor, pero que no tuvo más remedio que ceder el campo, perseguido por la caballería de Zabala y del bravo León, a los que ordenó se retirasen, lo cual hicieron de muy mala gana; el primero, con los caballos del diestro. Esta retirada, causa de agrias contestaciones por parte de León (que llegó a desafiar a Meer y desde entonces se propuso no volver a servir a sus órdenes), fué debida a la consideración de que la caballería carlista estaba intacta y, habiendo caído la noche, temía Meer que pudieran destrozarle la suya. Las bajas en uno y otro campo fueron de unos 700 hombres, quedando 800 prisioneros en manos de los liberales, que no hicieron más por no haber extremado la persecución, como hemos dicho.

El barón no supo sacar partido de su victoria, pues en vez de continuar a la mira de la expedición, se retiró tranquilamente a Tárrega, Cervera, y Martorell, dejando en libertad a los carlistas para que hicieran lo que quisiesen, por lo que éstos se encaminaron a Solsona, en donde hizo con gran ostentación su entrada triunfal bajo palio don Carlos, el 15 de junio de 1837. De allí avanzó la expedición hasta Sampedor, cerca de Manresa, donde los 100 nacionales que había se defendieron con intrepidez heroica el 21 de junio de 1837. En vista del mal resultado conseguido en Cataluña,

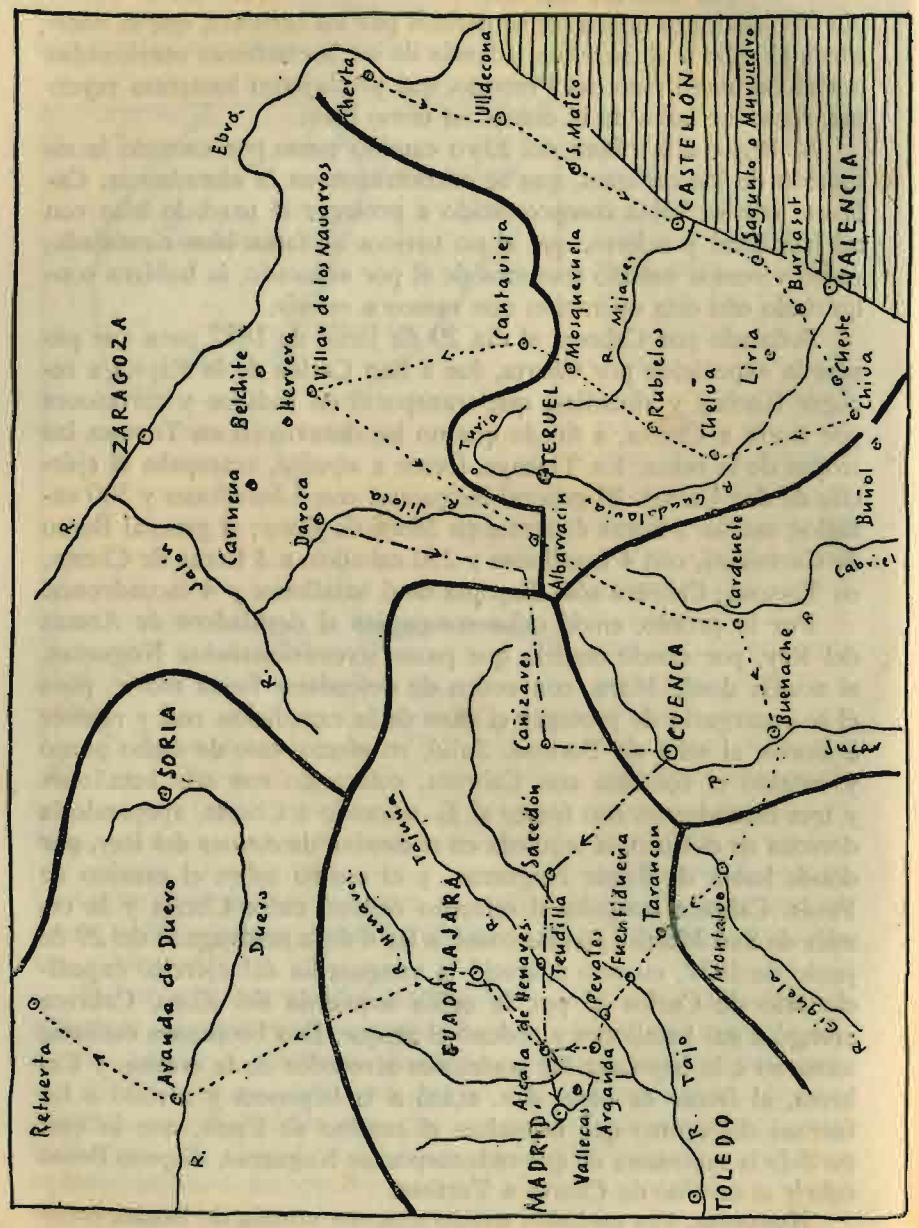
determinó don Carlos dirigirse al Ebro, en donde le esperaba Cabrera cerca de Cherta; esta marcha a través del Priorato se señaló por los continuos desmanes cometidos por los carlistas, que se dedicaron al robo y al merodeo, además de las borracheras ocasionadas por el exquisito vino del Priorato, que produjeron bastantes reyertas, rotos los lazos de la disciplina como iban.

Al llegar a la ribera del Ebro cambió como por encanto la situación de los carlistas, que se encontraron en la abundancia. Cabrera, que se había comprometido a proteger el paso, lo hizo con tal habilidad y acierto, que si no tuviera su fama bien cimentada, como veremos cuando tratemos de él por separado, la hubiera conquistado con esta operación que vamos a referir.

Señalado por Cabrera el día 29 de junio de 1837 para que pasase la expedición por Cherta, fué a San Carlos de la Rápita a recoger lanchas y almadías, que transportó en rodillos y carretones por tierra a Cherta, a fin de que no las detuvieran en Tortosa las tropas de la reina. En Tivenys, frente a aquélla, acampaba el ejército de don Carlos. El general Nogueras, con 5 batallones y 300 caballos, estaba 5 horas distante, en Mora de Ebro; el general Borso de Carminati, con 4 batallones y 250 caballos, a 3 horas de Cherta, en Tortosa; Cabrera sólo disponía de 6 batallones y 4 escuadrones.

Por lo pronto, envió ocho compañías al desfiladero de Armas del Rey, por donde tendría que pasar irremisiblemente Nogueras, si acudía desde Mora, con orden de defenderse hasta morir, pues él se encargaría de proteger el paso de la expedición real y retener a Borso, si salía de Tortosa. Salió, en efecto, éste de dicho punto y entabló el combate con Cabrera, colocando sus seis batallones y tres escuadrones con frente al E. mirando a Cherta, apoyando la derecha en el Ebro, la izquieda en el camino de Armas del Rey, por donde había de llegar Nogueras, y el centro sobre el camino de Pauls. Cabrera ocupaba el estrecho camino entre Cherta y la ermita de San Martín. Así las cosas, a las 4 de la madrugada del 29 de junio de 1837, cuando apareció la vanguardia del ejército expedicionario de Carlos V por la orilla izquierda del Ebro, Cabrera arengó a sus batallones y ordenó el ataque. Dos batallones carlistas tomaron a la bayoneta las posiciones alrededor de la ermita, y Cabrera, al frente de otros dos, atacó a la bayoneta y arrolló a las fuerzas del centro que ocupaban el camino de Pauls, con lo que, perdida la esperanza de que se incorporase Nogueras, dispuso Borso cubrir el camino de Cherta a Tortosa.

Nogueras, que no había tenido ninguna noticia de Borso, creyó que las descargas del combate que se sostenía eran salvas de los



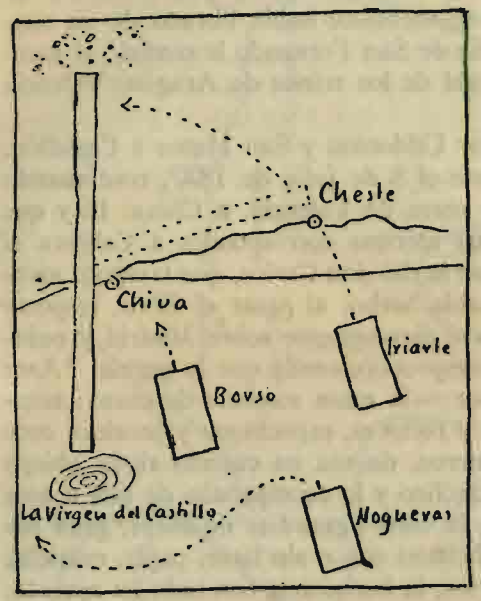
carlistas al recibir a don Carlos en la orilla derecha del Ebro, y en este sentido, no sólo no acudió, sino que se retiró por Gandesa. Borso, cuando vió que no acudía Nogueras y que la mayor parte del ejército carlista había ya pasado el río, se retiró en el mayor orden a Tortosa, después de experimentar unas 100 bajas, que fué también las que tuvo Cabrera. Éste recibió aquel día, el más glorioso y feliz de su vida militar, distinciones muy particulares de su rey Carlos V, al que tan valientemente había librado de un conflicto; además de la gran cruz de San Fernando le confirió el mando de la Comandancia general de los reinos de Aragón, Valencia y Murcia.

La expedición avanzó por Ulldecona y San Mateo a Castellón, al que atacó infructuosamente el 8 de julio de 1837, continuando por Burjasot; es decir, por cerca de Valencia, a Chiva. Hay que advertir que aunque por sus méritos correspondía a Cabrera el mando de la expedición, no se lo dió don Carlos, que tampoco atendió la observación que le había hecho, al pasar el Ebro, respecto de la conveniencia de dirigirse directamente sobre Madrid y reducir la impedimenta inútil y desproporcionada que le seguía. "Ante todo — como dice un escritor — la masa sombría de curas: seculares y regulares, canónigos y rectores, capuchinos y jesuítas, confesores, predicadores, limosneros, de vez en cuando algún obispo que venía a saludar al rey católico y lo acompañaba de una a otra etapa; luego, el personal de la corte: guardias de corps, gran sumiller, gran escudero, chambelanes con o sin llave, pajes, músicos. Los ministros y sus secretarios, la burocracia con todo su aparato. Los agentes extranjeros de ambos sexos, grupo cosmopolita en el que toda Europa tenía representantes... En fin, los equipajes de la corte, la servidumbre, las cocinas. En una palabra, un cortejo interminable y vario "que dificultaba los movimientos rápidos que recomendaba Cabrera, el cual decía: "Para caer sobre Madrid hay que andar noche y día; el que no pueda seguir que se quede en Cantavieja."

El Gobierno, desde que don Carlos pasó el Ebro, ordenó al general Oraá, capitán general de Aragón, que lo persiguiera. Oraá marchó a Teruel, pues quería concentrar las tropas en Sagunto o Murviedro para oponerse al avance de la expedición; pero no habiendo llegado las tropas a tiempo, don Carlos pudo llegar frente a Valencia, que no se atrevió a atacar formalmente, sentando sus reales en Burjasot, y sólo cuando se presentó Oraá en Liria resolvió retirarse a Chiva con cerca de 17.000 hombres, que distribuyó en Cheste, Chiva y Buñol, sin pensar que había de ser atacado

muy pronto; en efecto, el Gobierno apremiaba a Oraá para que tomase la ofensiva, y éste, que no contaba más que con unos 11.000 hombres, se encaminó al enemigo, llegando a su vista el 15 de julio de 1837.

Los carlistas tenían su línea de batalla establecida desde Cheste, donde estaba la izquierda, a Chiva, donde tenía la derecha; Oraá dispuso que Borso atacase a Chiva, e Iriarte atacase a Cheste, quedando Nogueras como reserva del ejército; pero antes de que los liberales terminasen el despliegue, los carlistas se concentraron en Chiva, de modo que el centro lo tenía ahora en este punto; la derecha, en la formidable posición de la Virgen del Castillo, y la izquierda, en un bosque, con frente que resultaba perpendicular a la carretera de Valencia, en vez de paralelo, como era antes. Oraá hubo de hacer un cambio de frente a la izquierda, y como la línea enemiga resultaba más larga que antes, tuvo que entrar en la de combate la división Nogueras, encargada de atacar y envolver la derecha carlista, mientras Borso atacaba el centro, que era Chiva, e Iriarte el bosque de la izquierda enemiga. Oraá quedaba sin reserva, lo cual era comprometido, dada la superioridad del enemigo.



Empezó la batalla por el centro, pues Borso, que se dirigía muy despacio a Chiva, distinguió unos batallones carlistas que se trasladaban desde el bosque de la izquierda a dicho pueblo, y aunque iban protegidos por caballería cayó sobre ellos y los destrozó, haciéndoles cerca de 200 prisioneros; pero como se había adelantado demasiado, se le echaron encima tropas de refuerzo, y mal lo hubiera pasado a no ser por un batallón que le mandó en socorro Iriarte, cuya división ya había empeñado el combate. La batalla la decidió el movimiento envolvente que por la izquierda hizo Nogueras, el cual se apoderó del cerro de la Virgen del Castillo, momento en el que un ataque general en toda la línea, decidió la jornada, pues los carlistas abandonaron las alturas en que estaban situados, retirándose con orden.

Las bajas de éstos se aproximaron a 1.000, incluso los prisioneros; las de Oraá no llegaron a 600.

La batalla de Chiva resultó de mucha importancia, porque fué el principio de la decadencia de la expedición. Don Carlos, en efecto, se retiró con su ejército por Chelva, Rubielos de Mora y Mosqueruela, a Cantavieja, adonde llegó el 30 de julio de 1837, pero a poco consiguieron sus tropas un triunfo que volvió a reanimar el espíritu, algo decaído.

En efecto, los carlistas se habían fraccionado en varias columnas para mejor subsistir, y habían descendido a la cuenca del Jalón; en ésta se hallaba la división Buerens, fuerte de 5.500 hombres, acantonada en Cariñena, cuando el día 23 de agosto de 1837 se encaminó a Belchite para adquirir noticias de la expedición, enterándose de que los carlistas estaban en Herrera. Buerens tenía orden de Oraá de no emprender combate solo, pero sin hacer caso de esta indicación, el día 24 de agosto de 1837, en lugar de retroceder a Cariñena, se encaminó a Herrera para atacar a los carlistas, que estaban en número de 10.000 hombres, sin tener en cuenta que aquel mismo día Oraá se encaminaba a Daroca desde Zaragoza para unirse con él.

Los carlistas, cuando llegó Buerens a Herrera se retiraron a Villar de los Navarros para ocupar ventajosas posiciones. Buerens formó su división en columna cerrada de batallón, sin dejar reserva ni extender tiradores, dejando el bagaje en el pueblo, y a poco de empeñarse el combate, iniciado imprudentemente antes de tiempo por un capitán que no llevaba otra misión que la de reconocimiento, pero que rompió el fuego, la izquierda liberal, que tuvo el desacierto de emplear la caballería antes de tiempo contra infantería no quebrantada, quedó destrozada, el centro se vió detenido por un barranco; la cañada de la Cruz, que no pudo pasar, por lo que fué diezmado a mansalva, y la derecha, a la que se había enviado la orden de retirarse a la ermita de Herrera, orden que por cobardía o descuido no llevó el oficial encargado de ella, agobiada bajo el peso de todas las fuerzas carlistas que le cayeron encima, se sostuvo heroicamente, esperando inútilmente, el brigadier Solano que la mandaba, la orden de retirarse, que no llegó, por cuyo motivo, cuando materialmente era imposible continuar más la resistencia, se retiraron los batallones formados en cuadro, sucum-

biendo al cabo ante la superioridad del enemigo y cuando había entrado la noche. La pérdida de esta infausta jornada, llamada de Herrera o Villar de los Navarros, de 24 de agosto de 1837, fué de unos 2.000 hombres; es decir, la mitad de la gente, sin contar el gran número de pertrechos.

Desde este momento don Carlos insistió en dirigirse sobre Madrid, a pesar de que ya estaba Espartero en Daroca para empezar una activa persecución. La expedición se dirigió recta a la sierra de Albarracín, la atravesó y se metió en la cuenca del Júcar, llegando a Cardenete sobre el Cabriel el 6 de septiembe de 1837, en ocasión de que Espartero, que le había seguido hasta la sierra de Albarracín, torcía a la derecha y se metía en la cuenca del Tajo, llegando a Cañizares. De aquel punto, o sea de Cardenete continuó don Carlos por Buenache de Alarcón, sobre el Júcar, y pasando a la cuenca del Guadiana llegó a Montalvo, sobre el Gigüela, avanzó a Tarancón, y de allí al Tajo, que pasó por Fuentidueña, aprovechando una bajada de pinos con la que construyeron un sólido puente, mientras Espartero, que había ido a Cuenca para procurarse calzado, retrocedía al Tajo, que pasó por Sacedón.

Era una marcha paralela la que iban realizando, y Espartero lo que quería era llegar a Madrid antes que don Carlos. Éste, avanzando por Perales llegó a Arganda el día 12 de septiembre de 1837, enviando algunos batallones a Vallecas, a la misma vista de Madrid. Cabrera es el que libró una escaramuza en Vallecas y tomó posiciones frente a la puerta de Atocha, y cuando esperaba la orden de entrar en la capital recibió la de retroceder a Arganda para unirse al rey, pues aquel día Espartero, avanzando por Tendilla, llegó a Alcalá de Henares, y el día siguiente se metió en Madrid, con 20 batallones y 800 caballos.

Don Carlos se había llevado un chasco si creyó entenderse con María Cristina, pues habían cambiado las circunstancias, y ésta ya no tenía los temores que le inspiraron la idea de entenderse con él. ¿Qué había sucedido? Pues que parte de los oficiales de la división de Espartero, los llamados "moderados", que estaban en Aravaca, hicieron saber a María Cristina que estaban dispuestos a colocar sus tropas ante palacio hasta que cayera el ministerio Mendizábal. Se los calmó diciendo que Espartero iba a formar un nuevo gabinete, pero disgustado éste, se retiró hacia Segovia con pretexto de perseguir a Zaratiegui, arrestando a los oficiales en Alcobendas y prometiendo el ascenso a los sargentos para que le siguieran. Pero sucedió que los oficiales amotinados testimoniaron su arrepentimiento a la regente y ésta los volvió a sus destinos, ya

que habían logrado su objeto, pues el gobierno de Mendizábal presentó la dimisión, entrando Espartero en la presidencia.

En estas condiciones, María Cristina ya se creía apoyada por los moderados y por el país, que estaba exasperado contra Mendizábal y la política de las logias, y si se decidía a pactar con don Carlos no lo haría seguramente Espartero, y como éste tenía superioridad aplastante de artillería, se apoderaría de Madrid y entonces no sólo estaría perdido don Carlos, sino Isabel y la familia real.

No hay para qué decir lo aterrado que quedó don Carlos cuando supo que las puertas de Madrid quedaban cerradas para él; comprendiendo, pues, lo falso de su situación, dió la orden de retirada don Carlos, levantando un grito de indignación entre sus partidarios, que ya se veían dentro de Madrid y seguros del triunfo.

Se encaminó, pues, por Alcalá de Henares y Guadalajara, seguido de Espartero, que alcanzó la retaguardia, haciendo más de 200 prisioneros; y, dando un rodeo por la Alcarria, vino a ganar Aranda de Duero, donde pasó este río el 28 de septiembre de 1837, y continuando la retirada, tuvo que fraccionar los restos del ejército (del que ya se había separado Cabrera con las tropas del centro) para poder entrar en el territorio vascongado, habiendo sido batido antes en Retuerta el 5 de octubre de 1837 por las tropas de Lorenzo, terminando la expedición el 26 de octubre de 1837, después de haber recorrido en ella cerca de 3.000 kilómetros en 160 días, pasando por 353 poblaciones, Aragón, Cataluña, Valencia, las dos Castillas, la Mancha, la Alcarria y Álava, algunas de importancia.

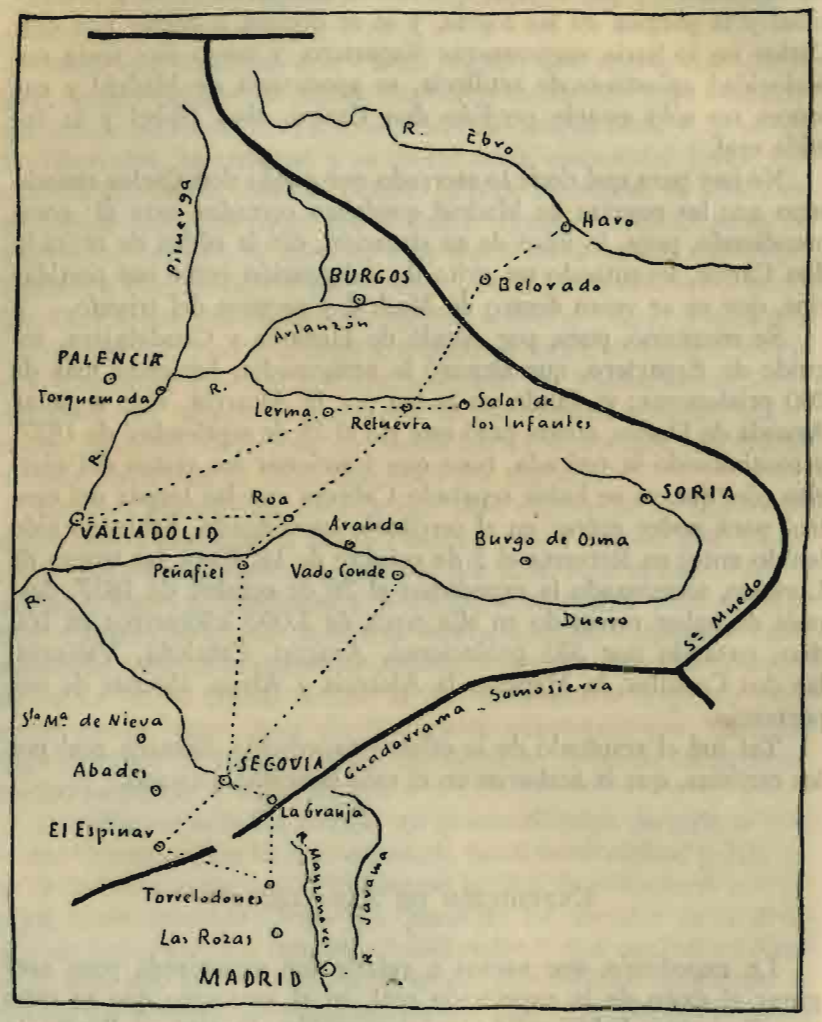
Tal fué el resultado de la célebre expedición, llamada real por los carlistas, que la acabaron en el más lamentable estado.

Expedición de Zaratiegui

La expedición que vamos a referir fué organizada para asegurar el éxito de la expedición real, en el momento que se supo que Espartero había salido en persecución de ésta, y llamar la atención por la parte de Castilla, para atraer a este punto las tropas encargadas de oponerse a la entrada de don Carlos en Madrid.

Al frente de esta expedición se puso Zaratiegui, ayudante que había sido y discípulo, como se llamaba, del gran Zumalacárregui.

Al frente de 6 batallones y 300 caballos, intentó pasar el Ebro por cerca de Haro el 20 de julio de 1837, sin conseguirlo por haber resultado corto el puente que se construyó al efecto; debido a esto,



las tropas portuguesas que había por la ribera del Ebro cayeron sobre él, pero las rechazó ocasionándoles más de 400 bajas. El 23 de julio de 1837 pasó el Ebro por las inmediaciones de Haro, y avanzó a Belorado en donde se le reunieron fuerzas hasta reunir cerca de 5.000 hombres. El capitán general de Castilla la Vieja, Méndez

Vigo, se dirigía a los montes de Oca, pero al saber que venía Zaratiegui, se replegó a Lerma, avanzando los carlistas a Retuerta, desde donde amenazaron aquel punto, y viendo que Méndez Vigo no aceptaba el combate, siguieron a Roa y Peñafiel, para amenazar a Valladolid y alejar a Méndez Vigo, que, en efecto, acudió en su auxilio replegándose a Torquemada; entonces Zaratiegui, libre de este peligro, avanzó rápidamente a Segovia, en la que entró por asalto el 4 de agosto de 1837.

Acudió en seguida Méndez Vigo, pero, como llegó tarde, retrocedió a Santa María de Nieva y, dando un rodeo, atravesó el Guadarrama y vino a situarse en Las Rozas, para defender la capital, que estaba amenazada. Zaratiegui, de Segovia pasó a la Granja, descendió después a Torrelodones y sostuvo el día 11 de agosto de 1837 algún tiroteo con los de las Rozas, pero aquella noche se retiró al Espinar, al otro lado de la cordillera.

El día 12 de agosto de 1837 había llegado Espartero, como sabemos, a Madrid, y entonces estuvo Méndez Vigo en condiciones de salir en persecución de Zaratiegui, que se dirigió a Segovia, en donde descansó el día 15 de agosto de 1837; pero como se viera amenazado por Méndez Vigo desde Abades, y por Espartero desde la Granja, salió a marchas forzadas hacia Vado Conde, por donde atravesó el Duero, mientras Méndez Vigo llegaba a Aranda rendido de fatiga. Quería aconchar a Zaratiegui sobre la sierra y, a dicho efecto, ocupó los puntos de Lerma, Aranda y Vado Conde, por lo que los carlistas se situaron en Salas de los Infantes. Méndez Vigo dimitió, porque Zaratiegui alcanzó ventajas, como la ocupación de Lerma, lo cual le animó a dirigirse a Valladolid por Aranda, entrando en dicha capital el 18 de septiembre de 1837 y permaneciendo hasta el 25 de septiembre de 1837, pues se aproximaban fuerzas por el N. que llegaron a alcanzar la retaguardia carlista.

Zaratiegui se retiró hacia Roa, y allí se enteró de que la expedición real se encontraba en Burgo de Osma, por lo que se adelantó a Aranda para defender el puente, contra las tropas en persecución de aquélla y que mandaba el general Lorenzo.

Lorenzo y Zaratiegui sostuvieron un combate en Aranda, pero como al segundo se le incorporaran las tropas de la expedición real aquel día, que era el 28 de septiembre de 1837, el primero no tuvo más remedio que retirarse, y entonces los carlistas continuaron su camino en busca del Ebro y las provincias vascas.

Zaratiegui, con el combate de Aranda, había librado a don Carlos de un grave peligro, pues ya hemos dicho que sus tropas iban muy desmoralizadas, y, en cambio, las de Zaratiegui eran

brillantes, pues no habían padecido nada durante la expedición, en que recibieron diariamente sus raciones, alojándose cómodamente en los pueblos.

Tales fueron los resultados de las principales expediciones de los carlistas que quedan apuntadas; nada decimos de las otras, como las de Batanero y don Basilio, porque no tuvieron la importancia de éstas y fueron operaciones más secundarias.

Capítulo XI

PRIMERA GUERRA CARLISTA

Espartero

(1836-1837)

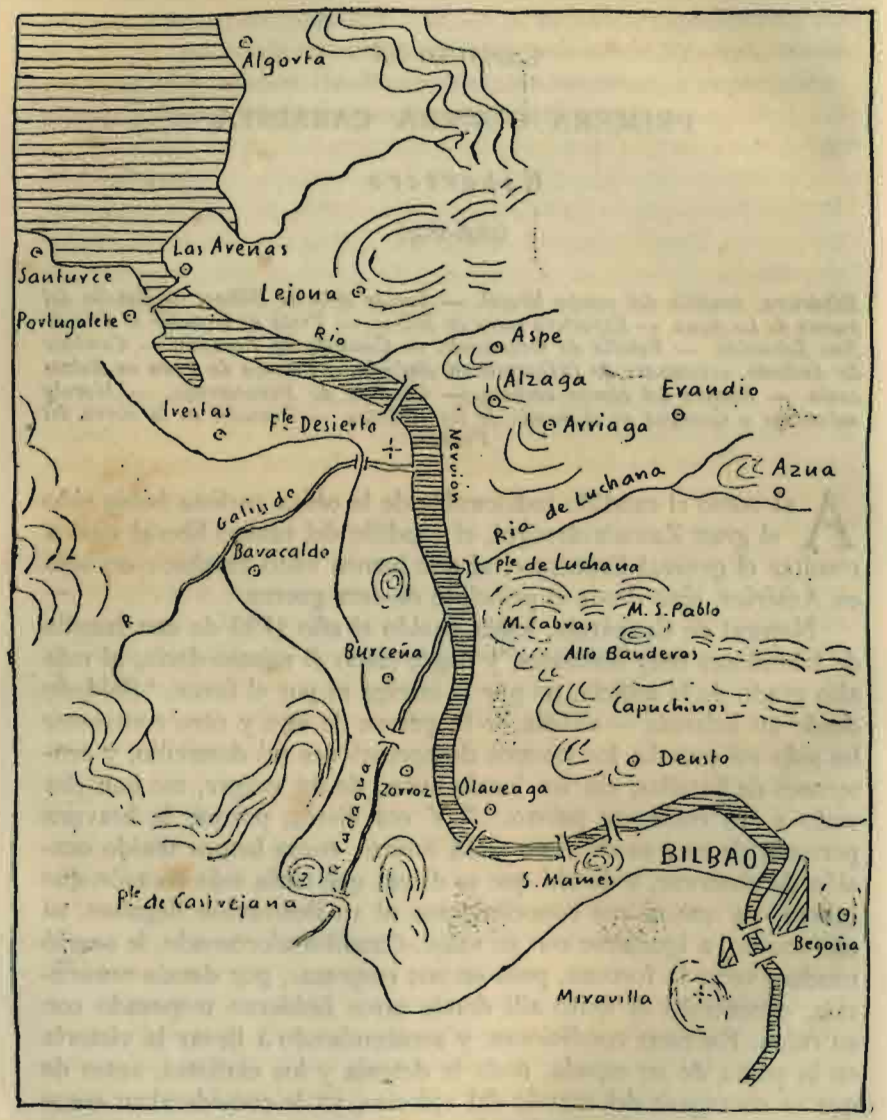
Espartero, caudillo del campo liberal. — Tercer sitio de Bilbao. — Batalla del puente de Luchana. — Espartero entra en Bilbao. — Trata de levantar el sitio de San Sebastián. — Batalla de Oriamendi. — Combate de Zornoza. — Combate de Andoain. — Desastre de O'Donnell en Andoain. — Triunfo de León en Belascoain. — Bandos del campo carlista. — Combate de Peñacerrada. — Maroto substituye a Guergué en el mando de los carlistas. — Desastre en la sierra del Perdón.

Así como el caudillo indiscutible de la causa carlista había sido el gran Zumalacárregui, el caudillo del campo liberal vino a resultar el general Espartero, al que hemos visto combatir no sólo en América, sino desde el principio de esta guerra.

Natural de Granátula, había nacido el año 1793 de una familia de labradores muy humildes, y llegó, como él mismo decía, al más alto grado de la milicia, no por la intriga ni por el favor. "Soldado desde mi infancia — añadía, — la guerra de uno y otro continente ha sido mi escuela, los campos de operaciones mi domicilio, y centenares de batallas, sin ser jamás avaro de mi sangre, me han elevado a tan eminente puesto..." Y era cierto, porque la bravura personal de este caudillo no tenía límites, como hemos tenido ocasión de observar, y de ahí que se dijera que tenía más corazón que cabeza, ya que ni sus conocimientos ni su ilustración llegaban, ni con mucho, a igualarse con su valor. Caudillo afortunado, le sonrió muchas veces la fortuna, pues en sus empresas, por demás temerarias, encontraba el éxito allí donde otros hubieran tropezado con su ruina. En estas condiciones, y acostumbrado a llevar la victoria en la punta de su espada, nada le detenía y los carlistas, antes de que se encargase del mando del ejército, ya le consideraban como caudillo invencible y enemigo de mucho respeto.

Tenemos que retroceder a fines del año 1836, que es cuando, después de Córdova, recayó el mando del ejército en Espartero, a la sazón teniente general, cuando sólo contaba 43 años de edad.

A fines de octubre de 1836, el día 22, los carlistas habían vuelto a poner sitio por segunda vez a Bilbao; pero, abastecida la pla-



za, contando con una guarnición de 6.000 hombres y dispuesta a resistir heroicamente, Villarreal nada consiguió y tuvo que retirarse el 28 de octubre de 1836.

Los carlistas, no por ello habían desistido de sus operaciones contra Bilbao, pues ahora pensaron en bloquearla, encomendando el mando del ejército a Eguía, si bien dejando a Villarreal un cuerpo de tropas para ayudar a la empresa; en una palabra, lo que hicieron fué repartir el mando entre estos dos jefes.

El 5 de noviembre de 1836 se acercó de nuevo Eguía a Bilbao para ponerla sitio por tercera vez, y como quería apoderarse primero de los fuertes que formaban el recinto exterior de la plaza, se apoderó el día 9 del fuerte de Banderas; el 10, del de San Mamés, y el 12, de los de Luchana y Burceña, mientras Villarreal ocupaba las formidables posiciones de Castrejana. En estas condiciones empezó el tercer sitio de Bilbao, plaza que se defendió tan heroicamente que recordó las defensas de Zaragoza y Gerona, a las que quiso emular.

Espartero, que estaba en el valle de Mena, acudió en socorro de la plaza, marchando a Castro Urdiales el 20 de noviembre de 1836 para trasladarse por mar a Portugalete con 10 batallones y dos escuadrones. La expedición quedó dividida a causa del mal estado del mar, y no pudiendo esperar a que mejorase el tiempo, dispuso Espartero que el resto de la fuerza viniera por tierra a incorporársele a Portugalete, lo cual verificó sin obstáculo, porque los carlistas que pudieran oponérsele, como tenían a retaguardia a Espartero, se retiraron, dejando libre el camino.

Reunido el ejército, Espartero avanzó hacia el puente de Castrejana, ocupando las alturas de Baracaldo y Burceña; pero aunque intentó pasar el río, fué rechazado el 27 de noviembre de 1837, teniendo que replegarse a Portugalete, convencido de que por esta parte era imposible acercarse a Bilbao.

El día 29 de noviembre de 1837 tendió un puente frente a Portugalete y pasó a la derecha del Nervión, para ver si por esta orilla era posible acercarse, acantonándose en Algorta y Lejona; al día siguiente avanzó en el reconocimiento hasta Arriaga y Erandio, y pudo comprobar que el puente de Luchana estaba cortado, y que las obras que tenían los carlistas por esta orilla eran tan imponentes como las de la opuesta. Viendo que nada se podía hacer, y temiendo que el puente de Portugalete se destruyese por la fuerza del temporal, con peligro de verse cortado, se retiró a toda prisa a dicha plaza para decidir lo más conveniente.

Por el pronto, con los materiales del puente de Portugalete, que retiró, construyó otro entre el fuerte del Desierto y las canteras de Aspe; pero para proteger la conclusión del puente, ordenó que el ejército ocupase a viva fuerza las alturas de Arriaga y Aspe, de

las que se retiró el día 8 de diciembre de 1837, en que aquél se terminó.

Espartero había llegado a convencerse de que lo esencial para la operación que proyectaba era restablecer el destruído puente de Luchana, porque si llegaba a colocar su ejército en la orilla izquierda de la ría de aquel nombre, aunque difícil, no sería imposible ocupar las formidables posiciones del monte de las Cabras y Alto de Banderas, que eran la llave de la posición de los carlistas.

A dicho efecto, el 17 de diciembre de 1836 trasladó el ejército a las posiciones de Aspe, Alzaga y Arriaga, dejando en la orilla izquierda del Nervión tres batallones, que el día 23 de diciembre de 1836 atravesaron el río Galindo por un puente de pontones, avanzando hasta el fuerte de Luchana, en cuyas alturas se establecieron, construyendo algunas baterías para proteger con sus fuegos el puente de Luchana.

En la célebre noche del 24 de diciembre de 1836, y con un temporal horroroso de nieve, que bien pronto cubrió el campo, pasaron la ría de Luchana ocho compañías, que en lanchas se trasladaron a la orilla opuesta para apoderarse de las primeras posiciones carlistas y proteger la rehabilitación del puente, que en cosa de hora y media quedó restablecido. Conseguido esto, el resto del ejército pasó por el puente y, en medio de una noche espantosa, comenzó un combate terrible, pues los carlistas defendían con tesón sus posiciones. Los liberales se habían hecho dueños del monte de San Pablo, pero llegó un momento en que, extenuados liberales y carlistas, y arreciando el temporal, suspendieron el combate para refugiarse, en donde podían, del viento y de la nieve, que caía en abundancia.

A todo esto, eran las once de la noche y el éxito parecía dudoso; así se lo fueron a indicar a Espartero, que en el Desierto yacía en cama atacado del mal de piedra que padecía, cuando, saltando inmediatamente del lecho, por haber pasado el ataque, pues después de él se encontraba apto para ello, montó a caballo y corrió al campo de batalla; su presencia produjo una reacción favorable; entusiasmados los soldados, reanudaron el combate y, trepando por el Alto de Banderas, obligaron a retirarse a los carlistas precipitadamente por los puentes de Olaveaga y San Mamés, abandonando toda la artillería: unas 26 piezas, y todo el material de guerra.

La sola batalla de Luchana ocasionó unas 1.000 bajas, y el total de las operaciones referidas, cerca de 4.000, siendo las de los carlistas bastante inferiores, pues sólo llegaron a 2.300.

Al día siguiente de la batalla entraron las tropas en Bilbao; por estas operaciones recibió Espartero los títulos de conde de Luchana y vizconde de Banderas.

La victoria de Luchana fué debida más a la fortuna que protegía a Espartero, que al arte, pues no se comprende cómo los carlistas se dejaron tomar aquellas posiciones que parecían inexpugnables.

Después de levantado el sitio de Bilbao, el general Sarsfield, que mandaba las tropas de Pamplona, presentó al gobierno de Madrid un plan de operaciones, de un movimiento simultáneo de tres fuertes divisiones que, partiendo de Bilbao, San Sebastián y Pamplona, realizasen una triple invasión al interior del país ocupado por los carlistas, privando a éstos de su comunicación con Francia. Aunque oponiéndose a ello el general Espartero, el Gobierno aprobó el proyecto por reputar decisivo el triunfo, al punto que llegó a decir que entrarían en Oñate las tropas y en él se colocaría una inscripción que dijera: "Este pueblo, que fué el foco de la guerra que se hizo a la libertad, ya no existe." Enterado de todo esto el infante don Sebastián, que a pesar de su juventud mandaba con gran pericia el ejército carlista, aunque escaso de fuerzas, aprovechando su posición central dió sus órdenes para que los generales que mandaban en Vizcaya, Navarra y Guipúzcoa, se defendieran tras sus atrincheramientos hasta que él, con una columna volante, acudiese sucesivamente a los puntos amenazados.

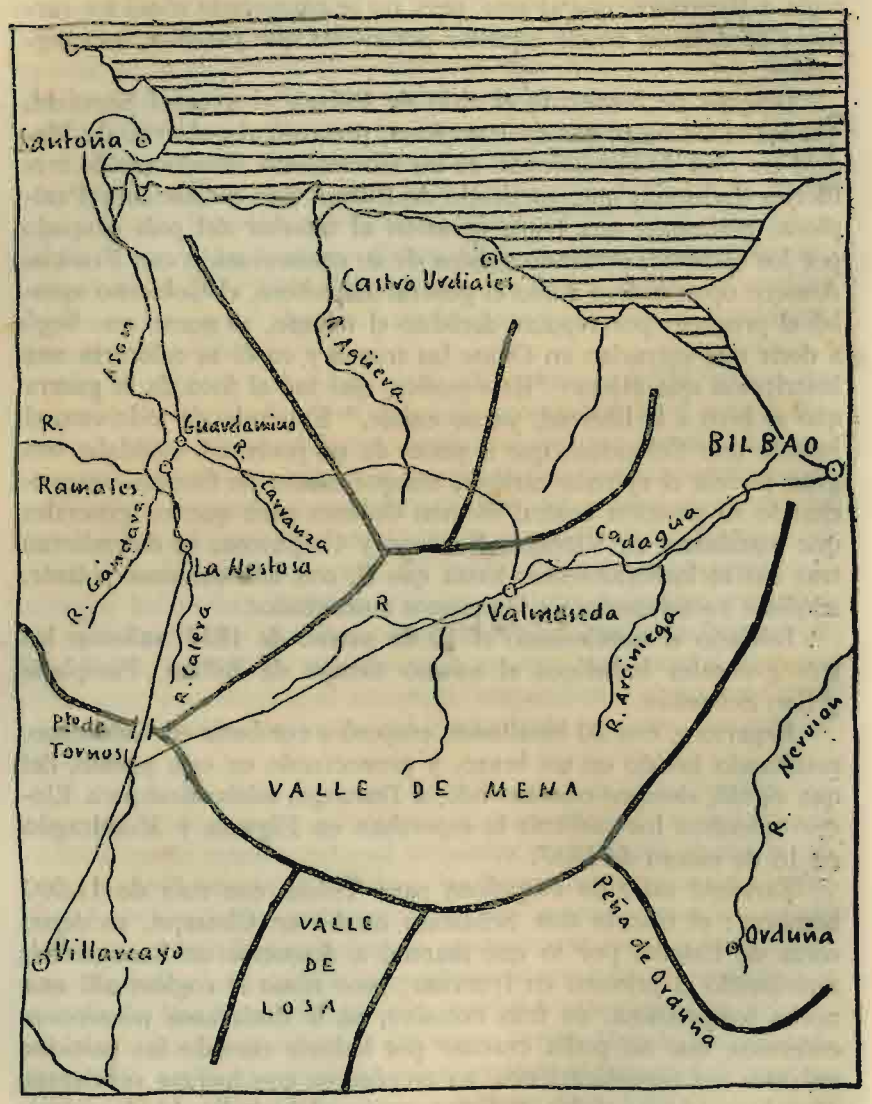
Iniciado el movimiento el 10 de marzo de 1837, salieron los tres generales isabelinos al mismo tiempo de Bilbao, Pamplona y San Sebastián.

Espartero, con 20 batallones, empezó a combatir en Galdácano, resultando herido en un brazo, y pernoctando en este pueblo, del que siguió, siempre combatiendo, a Durango, adelantándose a Elorrio mientras los carlistas le esperaban en Elgueta y Mondragón en 16 de marzo de 1837.

Sarsfield salió de Pamplona para Tolosa con más de 11.000 hombres: el infante don Sebastián estaba en Cirauqui, es decir, cerca de Estella, por lo que marchó a detenerse en Lecumberri, acampando el primero en Irurzum; pero como le cogiese allí una noche tempestuosa, de frío excesivo, se le declarasen numerosos enfermos, que no podía evacuar por haberle cortado las partidas volantes sus comunicaciones, no creyéndose con fuerzas suficientes para hacer frente a los carlistas, emprendió el día 13 de marzo de 1837 su retirada a Pamplona, frustrando con ello toda la combinación general de esta desgraciadísima campaña.

Libre como quedaba el infante don Sebastián, y al frente de

las mejores tropas navarras, aprovechando las ventajas inapreciables de su posición central equidistante de los tres cuerpos invasores, se dirigió con rapidez y en dos marchas sobre Evans.



Los carlistas ocupaban la carretera de Francia desde Hernani a Irún. Evans, al avanzar, lo hizo con ánimo de tomar las alturas de Choritoquieta que hay al N. de Hernani; pero fué tan tenaz la

lucha, que se estuvo combatiendo hasta el día 15 de marzo de 1837, en cuya noche la situación de los carlistas era muy crítica, y eso que, para infundir ánimo y estímulo, se había presentado don Carlos en Andoaín y allí permanecía.

La llegada de las tropas del infante don Sebastián fué saludada con gritos de entusiasmo. La población de Hernani se retiraba con sus ajuares a Tolosa, cuando, en contra de la opinión de su jefe de E. M. y haciéndose responsable de sus consecuencias, resolvió dar la batalla, ordenando que una fuerza, desde Astigarraga, atacase el puente de Hernani para caer a retaguardia de la izquierda liberal; otra fuerza había de atacar por la derecha, y él por el centro, dejando en reserva algunas de ellas.

Fué una suerte que, después de forzado el difícil paso del puente de Hernani, los dos batallones, español e inglés, que había colocado allí Evans en posición dominante, se desbandasen sin motivo; porque, de haber resistido, hubiera sido otro el resultado de la batalla. Contagiado el centro con esta retirada, se desordenaron las tropas y no hubo más remedio que limitarse a las alturas de Oriamendi, que a toda costa se quisieron defender, pero que también ocuparon los carlistas, por lo que hubo de retirarse a San Sebastián. Tal fué el resultado de la batalla de Oriamendi, que costó cerca de 2.000 bajas a los liberales.

Espartero, que había salido de Bilbao camino de Durango, avanzó hasta Elorrio, en donde supo lo ocurrido en San Sebastián, por lo que suspendió el movimiento, retirándose a Bilbao el día 20 de marzo de 1837; pero los carlistas se le echaron encima, y en Zornoza, sobre todo, se sostuvo un empeñado combate, del que salió con bien Espartero gracias a la bizarría de las tropas, que en esta retirada tuvieron cerca de 1.000 bajas.

El plan ideado por Sarsfield, conocido por el Gobierno e impuesto a Espartero, no había dado resultado por falta de cooperación del autor, pues la retirada de Sarsfield fué causa de la derrota de Lacy Evans.

Espartero modificó ahora el plan y, dejando una división en Bilbao, se trasladó por mar a San Sebastián con el resto de sus fuerzas, para apoderarse de las célebres líneas de aquel nombre. El día 11 de mayo de 1837 ya estaba en disposición de empezar las operaciones, pero en el reconocimiento que hizo se pudo convencer de lo imponente que eran aquellas posiciones enemigas, defendidas con reductos, baterías y trincheras que se extendían desde el monte Oriamendi hasta Irún y Fuenterrabía.

Suerte fué para su empresa que don Carlos por este tiempo,

aprovechando la circunstacia de tener concentrado su ejército, emprendiera la expedición real que ya hemos descrito, dejando sólo tres batallones para defender las líneas de San Sebastián, pues Espartero pudo el 14 de mayo de 1837 apoderarse, a costa de muy pocas bajas, de las alturas de Oriamendi, así como de Hernani, mientras los carlistas se retiraban a Andoaín. El día 16 de mayo de 1837 se encaminó hacia Oyarzum, que ocupó sin resistencia; pero al llegar a Irún hubo que atacarlo y, después, asaltarlo, quedando dueño de este punto el 17 de mayo de 1837 y, por último, de toda la línea al día siguiente que se ocupó Fuenterrabía.

Es fama que el defensor de Irún, atacado como había sido por tropas españolas y la división inglesa de Lacy Evans, y contemplado por franceses que acudían diariamente a los cerros de los alrededores para ver el asedio, cuando fué interpelado por su contrario, que le preguntaba: "Diga, compañero, sabiendo usted que la guerra está acabada y que su resistencia era inútil, ¿por qué se ha defendido tan obstinadamente?", le contestó con la mayor naturalidad: "Porque me batía contra ingleses, me miraban los franceses y yo soy español."

Palabras dignas de esculpirse en letras de oro aun siendo de un enemigo, del que es lástima desconozcamos su nombre para dejarlo consignado con la mayor admiración y respeto.

Pero, apenas alcanzado este triunfo, había que salir en persecución de don Carlos, y como si Espartero regresaba por mar a Castro Urdiales, para bajar al Ebro perdería mucho tiempo, decidió encaminarse directamente a Pamplona, lo cual era empresa por demás arriesgada, porque los carlistas estaban concentrados por Andoaín y el terreno era muy a propósito para sufrir un descalabro.

El día 29 de mayo de 1837 emprendió Espartero la marcha desde Hernani, teniendo que vencer la tenaz resistencia que le opusieron los carlistas, no sólo en el puente de Andoaín sobre el río Leizarán, sino sobre las alturas que bordean el camino hasta llegar a este punto; el combate de Andoaín fué muy empeñado, pero Espartero se apoderó del pueblo y pernoctó en él; al día siguiente continuó por Elduayen y Verástegui, hostilizado débilmente por retaguardia; pero al llegar a las inmediaciones de Gorriti fué atacado de nuevo, pudiendo, sin embargo, continuar en su avance, hasta que el 1.° de junio de 1837 llegó a Lecumberri, en donde volvieron a presentarse de nuevo los carlistas, si bien no se atrevieron a atacarle; pero al día siguiente, al descender las cuestas de la cordillera, fué atacada la retaguardia, que tuvo que sostener el

combate durante siete horas, hasta que, desembarazados del enemigo, alcanzaron, sin otro contratiempo, a Pamplona.

Nada diremos de la persecución de la expedición real, puesto que ya queda relatado; falta indicar que, durante la ausencia de Espartero, los carlistas consiguieron algunas ventajas, pues se apoderaron de Lerín y Peñacerrada y, sobre todo, causaron a don Leopoldo O'Donnell, que tan elevado puesto había de ocupar con el tiempo, una sensible derrota en Andoaín.

Corría el mes de septiembre de 1837, y O'Donnell, que contaba 28 años, era brigadier y estaba en San Sebastián, salió con sus tropas y las inglesas el día 8 a desalojar a los carlistas de Hernani y Andoaín, lo cual no le fué difícil, pues llevaba superioridad numérica; pero en esta marcha, los ingleses sobre todo, se dedicaron a quemar los caseríos, hasta el número de 126, atropello que indignó a los carlistas, los cuales, deseando vengarse, prepararon una encerrona a O'Donnell. Al efecto, el cabecilla Uranga, que era jefe del ejército carlista en ausencia de don Carlos, acudió desde Navarra con un refuerzo de dos batallones, y dispuso que, durante la noche del 13 de septiembre de 1837, pasasen el Oria por Lasarte cinco compañías y se ocultaran en el monte, y tres batallones pasaran el Leizarán e hicieran lo propio, para tener ocupadas las alturas que dominan el camino de Andoaín a Hernani; el resto de la fuerza quedó situada frente a Andoaín. En esta disposición, al amanecer del día 14 de septiembre de 1837, las cinco compañías de la izquierda iniciaron el combate para llamar la atención de O'Donnell por aquella parte, a donde acudió, en efecto; pero, en este mismo momento, los batallones carlistas de la defensa cayeron a la bayoneta, y sin disparar un tiro, lo cual introdujo una confusión espantosa, tanto más cuanto que el centro atacaba al mismo tiempo a Andoaín. El brigadier O'Donnell fué impotente para contener la dispersión de su fuerza que, en el mayor desorden, se retiró hacia Hernani; bien es verdad que, furiosos los carlistas, no daban cuartel y causaron más de 600 bajas. Tal fué el desastre de Andoaín.

En cambio, llegado el mes de enero de 1838, los liberales consiguieron un triunfo muy notable en Belascoaín. Estaba encargado de la comandancia de Navarra el valiente general don Diego de León, el cual propuso al capitán general, que lo era Alaix, arrojar a los carlistas de Belascoaín, que tenían muy fortificado e impedían el abastecimiento de Pamplona. Alaix no quiso aprobar aquella empresa, que calificó de temeraria, pero León la tomó por su cuenta y, apoderándose de Leganda el 27 de enero de 1838 para engañar el enemigo y llamarle la atención por otra parte, cayó de repente so-

bre Belascoaín, donde el enemigo había levantado formidables obras de defensa, y se hizo dueño del pueblo a la bayoneta; pero a pesar de haber ocupado tan imponentes posiciones, todas a la izquierda del río, todavía quedaba lo principal, que era el puente del Arga defendido por un reducto en la orilla derecha. Pensar atravesar el puente en estas condiciones era una locura, por lo cual León ordenó al coronel don Manuel de la Concha, que era jefe de E. M. y había de ser un distinguido general, vadease el río con alguna fuerza, para tomar por retaguardia el reducto citado. Este coronel, que en el espacio de pocas horas había recorrido dos veces la distancia entre Belascoaín y Pamplona para requerir la artillería necesaria, que no consiguió, dispuesto a hacer uso sólo de la bayoneta, ordenó que pusieran los soldados la cartuchera en la mochila, se lanzó al agua aguantando un nutrido fuego de cañón y, pasando a la otra orilla, acometió a la bayoneta, desalojando a los carlistas de sus posiciones, que ocuparon los liberales después de una empeñada lucha. Aquella noche las tropas no tuvieron qué comer, y para procurarse víveres hubo que atacar al día siguiente el fuerte de Ciriza, en donde las tenían en abundancia los carlistas, que no quisieron esperar a los liberales y se retiraron en cuanto los vieron acercarse.

Espartero había vuelto al N. después de terminar la expedición real, pero no estuvo mucho tiempo, porque en el mes de marzo de 1838 tuvo que salir en persecución de la expedición del conde Negri, que, como Zaratiegui, se adelantó hasta Segovia y La Granja, teniendo que regresar por Valladolid y Sahagún, camino de León, aunque sin llegar a esta capital, pues se vió obligado a repasar los Pirineos Cantábricos y, completamente destruído por Espartero, entrar en las provincias vascas en abril de 1838. Por estas operaciones fué ascendido Espartero al empleo de capitán general.

Volvamos a los carlistas. Ya dijimos que, cuando la célebre expedición real, iban con don Carlos, en calidad de acompañantes, una porción de personas civiles, entre los que se contaban numerosos curas, que formaban la camarilla del rey. Esta camarilla ejercía tanto influjo sobre el monarca que anuló el partido militar, pues ya vimos que los consejos de González Moreno y Cabrera no fueron atendidos; resultado de todo esto que aparecieron dos bandos en el campo carlista; uno, el intransigente, que llevaba la batuta entonces; y otro, el que, en cierto modo, pudiera llamarse liberal, formado por la gente de ilustración y de saber. El mal resultado que tuvieron las expediciones, hizo que cayeran en desgracia todos los generales que habían tomado parte en ellas, incluso el infante don Sebastián, que era el generalísimo de la expedición. El disfavor en

que cayeron los jefes navarros y vascongados trascendió a los oficiales y la tropa, y, decayendo el espíritu carlista, muchos voluntarios desertaron y se retiraron a sus casas.

El partido clerical o intransigente acusó de traidores a los jefes y generales y les formó causa, encarcelándolos, y en estas circunstancias, no sabiendo de quién echar mano don Carlos, confió, por consejo de sus favoritos, a Guergué el mando del ejército, seguro como estaba de la docilidad de este personaje.

Ahora bien, Espartero, que conocía la descomposición de los carlistas, calculó que si conseguía dar alguna batalla y vencerlos anulando y desprestigiando a Guergué, la situación de don Carlos sería muy comprometida, porque no encontraría ningún general de quien echar mano. Decidió, pues, apoderarse de Peñacerrada.

La plaza de Peñacerrada, que ocupaban los carlistas, era una de las más respetables que poseían, y con un ejército aguerrido como el de don Carlos era poco menos que inasequible; sin embargo, dispuesto, como estaba, Espartero a ocuparla, se preparó a ello avanzando el 18 de junio de 1838 a Treviño y Armentía; al día siguiente se acercó a Peñacerrada ocupando unas alturas, de donde los carlistas quisieron desalojarle, aunque inútilmente, pues después de un combate empeñado, tuvieron que replegarse.

Durante toda la noche estuvieron cañoneando los carlistas las posiciones liberales, ocasionando un gran pánico entre los caballos, que se dispersaron espantados por haber caído algunos proyectiles; pero el coronel de húsares de la Princesa tuvo la ocurrencia de mandar tocar pienso y acudieron todos los caballos, que entonces se recogieron.

El día 20 de junio de 1838 se empezó a cañonear el castillo de Peñacerrada, construcción antigua y maciza en la que era imposible abrir brecha, por lo que se enviaron columnas de asalto para ver si se podía acercar la artillería, que, una vez enfilada en la puerta del castillo, franqueó la entrada de aquella posición inexpugnable.

Tomado el castillo, hubo que atacar el pueblo, lo cual se hizo el 22 de junio de 1838, avanzando la infantería a la bayoneta, mandada por Espartero; el coronel Zabala, con los escuadrones de húsares de la Princesa, decidió la jornada en una brillante carga que dirigió el mismo Espartero, el cual es fama que abrazó al coronel Zabala al terminar el combate, diciéndole que consideraba mayor honor vestir el uniforme de húsar que los entorchados de general, por lo que los húsares le aclamaron por su coronel y, en efecto, se le concedió el título de coronel honorario.

Las consecuencias de la victoria de Peñacerrada fueron de mucha importancia para el partido carlista, pues fué un golpe mortal. Don Carlos no podía conservar a Guergué en el mando del ejército, y no pudiendo echar mano de ninguno de los generales que tenía procesados, tuvo que recurrir a Maroto, a quien se tenía como desterrado en Burdeos. Maroto era antiguo compañero de Espartero, pues habían peleado juntos en las guerras de América; esta circunstancia hizo creer al último que no sería difícil entenderse con él, y, al efecto, empezó sus trabajos que, con el tiempo, habían de ser coronados por el éxito.

En tanto, Espartero, situado en Logroño, preparaba una expedición contra Estella, la cual no llegó a realizar, porque teniendo noticia de los triunfos de Cabrera en el Maestrazgo, pues había derrotado al general Oraá frente a Morella, temió pudiera caerle por retaguardia mientras la realizaba. Los carlistas, en cambio, envalentonados, pasaron el Arga sin que lo pudiera impedir Alaix, capitán general de Navarra, el cual reunió sus fuerzas en Artajona y avanzó al N. en busca de los carlistas; pero éstos hicieron repasar el Arga a todo el convoy y le esperaron en la sierra del Perdón. Allí los atacó Alaix el 19 de septiembre de 1838; pero, resultando herido, sus tropas le creyeron muerto y se desordenaron, retirándose precipitadamente a Puente la Reina, y gracias que un batallón de San Fernando se mantuvo firme, cubriendo la retirada, en la que se distinguió el capitán don Domingo Dulce con la caballería, pues cargó con 15 lanceros y un trompeta a un escuadrón enemigo, y así se evitó un grave desastre. A consecuencia de este desgraciado combate, los carlistas continuaron campando por sus respetos, no sólo por la izquierda del Arga, sino que se atrevieron a pasar el Ebro, hasta que el brigadier León, que había substituído a Alaix, les obligó a repasar el Arga a fines de 1838, batiéndolos en la acción de los Arcos de 3 de diciembre de 1838, en que jugó principalmente la caballería.

Capítulo XII

PRIMERA GUERRA CARLISTA

Maroto

(1839)

Caída del partido clerical o intransigente. — Maroto fusila a varios jefes del partido apostólico. — Don Carlos lo declara traidor. — El ejército carlista apoya a Maroto. — Éste da un golpe de Estado y se hace dueño de la situación. — Combates de Ramales y Guardamino. — Combate de Belascoaín. — Acción de Arróniz. — El ejército carlista, contra Maroto. — Proposiciones de paz. — Célebre convenio de Vergara. — Don Carlos se refugia en Francia.

Ya hemos dicho que don Carlos había tenido necesidad de recurrir a Maroto, iniciado también en la masonería, para entregarle el mando del ejército, lo cual indicaba que el partido clerical e intransigente, aquel partido que, según decían, tenía declarada la guerra a todo el que supiera leer y escribir, había sucumbido. Maroto, inteligente, valiente, pero desmesuradamente ambicioso y tan feroz como Quesada o Cabrera, lo primero que hizo fué atraerse al ejército; pero como era implacablemente combatido por el partido intransigente, que le hacía una guerra atroz, se decidió a jugarse el todo por el todo y, para asegurarse el porvenir, no tuvo inconveniente en admitir los tratos que le proponía Espartero; en estas condiciones nada perdía, porque si llegaba a romper con don Carlos le quedaba abierta la puerta para una transacción con Espartero, transacción que tendría apoyo en el país, cansado de guerra y, más que nada, de tener que aguantar las cargas que pesaban sobre él.

Los dos partidos, tanto el intransigente o apostólico como el marotista, estaban para venir a las manos. Don Carlos, dominado por el primero, no se atrevía a dar su apoyo a Maroto, que le había hablado muy alto amenazándole e intimándole, el cual se encontraba, en cambio, dueño del ejército; en estas circunstancias, como decimos, Maroto se decidió a jugar el todo por el todo; marchó a Estella e hizo fusilar a cinco generales, entre ellos Guergué, y je-

fes del bando cortesano, acusados de conspiración contra él; hecho lo cual, se lo comunicó a don Carlos. Era el mes de febrero de 1839 y la noticia cayó como una bomba entre el rey y su camarilla; el primero publicó en seguida una proclama llamando traidor a Maroto, diciendo que había abusado de la confianza que en él había depositado, y autorizando a las tropas para que le tratasen y castigasen como traidor.

Maroto, seguro de su triunfo, formó sus tropas, leyó la proclama de don Carlos y añadió: "Aquí me tenéis, yo soy el hombre que se os manda asesinar, haced lo que queráis", y lo que hicieron fué aclamarle, como es de suponer, pues la comedia ya estaba ensayada.

No contento con esto, quiso ir a ver a don Carlos acompañado de su ejército, y el partido intransigente quiso resistirle, pero pronto se convenció de que no tenía ninguna tropa de quien echar mano, pues la que había no era suficiente para contenerlo.

Le ordenó don Carlos que detuviese su marcha, pero no hizo caso, y entonces el rey, lleno de miedo, no tuvo más remedio que empezar los tratos con Maroto, el cual llevaba una lista de los personajes que tenía que desterrar don Carlos; eran unas proscripciones como las de Roma con Sila. Satisfecho el rey con que se hubiera contentado con esto, y no los hubiera fusilado, le recibió en Villafranca, no lejos de Tolosa, y no sólo no hizo alusión a las matanzas de Estella (que, en realidad, habían sido un atropello), sino que publicó un manifiesto en el que decía que había quedado muy sorprendido cuando, con nuevos antecedentes y leales informes, se había convencido de que lo hecho por Maroto en Estella estaba bien hecho y, por lo tanto, volvía a su real gracia, pues había obrado en la plenitud de sus atribuciones y guiado de amor y fidelidad a su justa causa.

Como consecuencia de este golpe de Estado, todos los generales encausados fueron llamados al servicio; pero don Carlos se pudo convencer de las pocas simpatías que tenía en el ejército, pues en una revista que pasó en Tolosa le recibió muy fríamente, contrastando esta indiferencia con las aclamaciones de que era objeto Maroto. Se asegura que preguntó a cada batallón: "¿Queréis seguir defendiéndome?" Los castellanos contestaron con vivas entusiastas, pero los navarros y guipuzcoanos permanecieron silenciosos, saliendo algunos gritos afirmativos, y otros más numerosos de "¡Viva Maroto!" Éste, que ya había comunicado a don Carlos las bases de la negociación con Espartero, en cuanto se retiró a escape don Carlos a Vergara después de la revista, sin decirle nada, se dirigió

a su vez, a las tropas y les declaró que estaba dispuesto a hacer la paz, cualquiera que fuese el deseo del rey.

La campaña de 1839, iba a ser la última. Entre Maroto y Espartero, que estaban al habla hacía tiempo, iban y venían recados. A la inacción carlista correspondía otra semejante liberal, siendo curioso que cuando Maroto no se cuidaba de la guerra y sí sólo de realizar su venganza política, no aprovechasen esta ocasión tan admirable las tropas cristinas. Pero como era necesario una ficción, empezó la campaña por una serie de devastaciones en el territorio enemigo para quitar recursos a los carlistas; después de estas algaradas, Espartero, que tenía carta blanca para obrar como mejor le pareciese, determinó atacar la extrema derecha de los carlistas situada en el valle de Carranza, en donde tenía unas posiciones inexpugnables en Ramales y Guardamino; el objeto que se proponía Espartero era: en primer lugar, evitar la comunicación que tenían libre con Santander y Asturias, a donde podían llevar el levantamiento; y en segundo, avanzar por la franja de terreno comprendida entre la cumbre de los Pirineos Cantábricos y el mar, para ir aconchando al enemigo hacia la frontera.

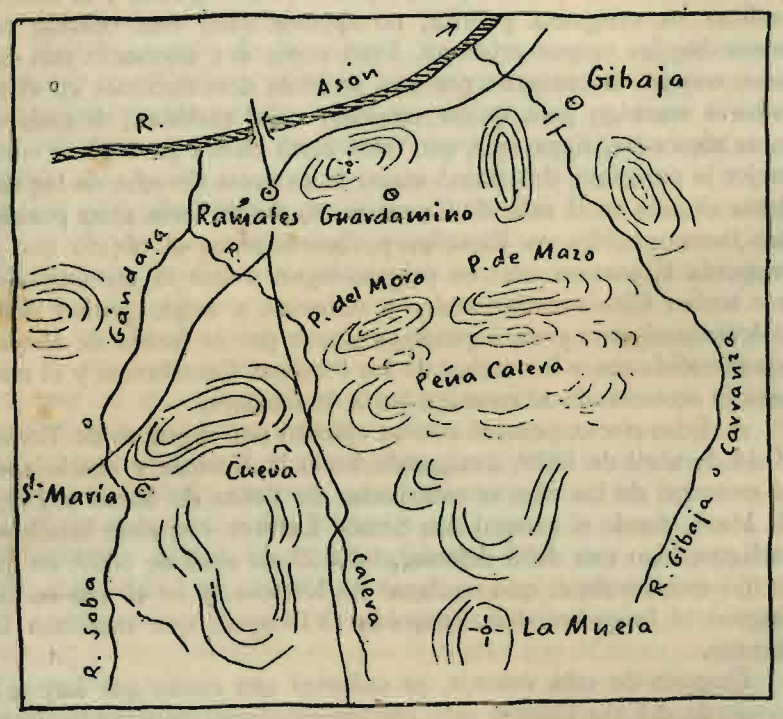
A dicho efecto, penetró con su ejército por el puerto de Tornos el 24 de abril de 1839, avanzando hacia la Nestosa y desalojando al enemigo de las alturas escarpadas de Peñas de Moro y Peñas de Mazo, donde el general don Simón Latorre, con siete batallones carlistas, hizo una débil defensa el día 27 de abril de 1839, en que se dió este combate, que se llamó de Nestosa, y en el que se distinguió el brigadier don Leopoldo O'Donnell, que mandaba las fuerzas.

Después de esta ventaja, se cañoneó una cueva que hay a la izquierda del río Calera, que, convenientemente fortificada, impedía el paso no sólo por la carretera, por donde era imposible avanzar, sino por las alturas de La Muela y Peña Calera, que es por donde tuvo que llevar Espartero a su ejército.

Las posiciones que ocupaban los carlistas en Ramales y Guardamino eran imponentes, y a otro que no fuera Espartero le hubiera arredrado el acometerlas; tanto más, cuanto que había que bajar al llano, dominado por trincheras y reductos, de que estaban plagados aquellas alturas. Maroto disponía de 24 batallones carlistas; Espartero, que tenía 30, hubiera querido que se presentase batalla, pero Maroto no se atrevió y permaneció en sus trincheras.

Construídas con gran trabajo, a causa del temporal de lluvias, las baterías para batir a Ramales, que había que ocupar antes de Guardamino, el día 8 de mayo de 1839, después de quebrantados

los carlistas, avanzó la infantería hacia aquel pueblo; pero, al llegar cerca, salió un batallón de las faldas de Guardamino y obligó a retirarse a las tropas con bastantes pérdidas, siendo contenido y derrotado, sin embargo, por las tropas de Espartero, unos 50 caballos que mandaba el comandante don Domingo Dulce. Ocupado que fué



el pueblo de Ramales, se dedicaron los días 9 y 10 de mayo de 1839 en cañonear el fuerte de Guardamino, que se atacó a pecho descubierto el día 11, siendo rechazadas las tropas; pero, puesto al frente de ellas Espartero, se obligó a retroceder a los carlistas después de un empeñado combate, en el que tuvo muchas bajas su misma escolta. Los carlistas se retiraron por el puente de Gibaja, y entonces quedó circundado el fuerte de Guardamino, al que se intimó la rendición, que fué rechazada valientemente por el gobernador carlista.

Cuando se hacían los preparativos para atacarlo, el general Maroto propuso rendir el fuerte, con tal de que quedasen en libertad sus defensores a cambio de concederla a igual número de prisioneros liberales, a lo que accedió Espartero, que el día 13 de mayo

de 1839 quedó dueño del fuerte con la artillería, armas, municiones y demás efectos.

Por este hecho se le concedió el título de duque de la Victoria.

Todo esto no había sido más que un simulacro de resistencia; Maroto decía que su plan era permitir a Espartero la entrada en el país para mejor deshacerle, pues cuanto más entrase más desastrosa resultaría su retirada, por lo que, con gran golpe de tropas, estuvo Maroto viendo desde los alrededores de Carranza cómo los liberales se apoderaban de Guadarmino y Ramales, sin intentar nada contra Espartero, a pesar de los apuros que hizo pasar a éste la esforzada defensa carlista.

Por la parte de Navarra alcanzaban las armas liberales también un éxito de importancia. La plaza de Belascoaín había caído otra vez en poder de los carlistas, y queriendo el brigadier León recuperarla, acudió frente a ella el 28 de abril de 1839 con todas sus tropas, que empezaron a cañonear las posiciones, hasta que el día 30 llegó la artillería de sitio y empezó a batir el fuerte que había delante del puente.

Abierta brecha, al día siguiente, 1.° de mayo de 1839, se lanzó por ella el bravo León, dándose el caso de que entrara el primero a caballo por una tronera, vestido de gran uniforme de gala y empuñando su invencible lanza. Este héroe legendario de la caballería, que lo consideraba como la mejor lanza del ejército, como el "magister equitum" de su tiempo, se cubrió de gloria en esta jornada. Dueño del reducto y restablecido el puente, volvió a lanzarse contra el otro reducto que había a la orilla opuesta, a la que había pasado por un vado una brigada; entró con los primeros cazadores, sin que pudieran contener los carlistas el terrible empuje con que les atacaban a la bayoneta, y de modo tan gallardo se apoderó de todas las obras enemigas a costa de unas 400 bajas. Por esta acción tan notable, se confirió a León el título de conde de Belascoaín.

Pocos días después volvió a batir a los carlistas en la acción de Arroniz, que, como sabemos, está en el valle de la Solana y cerca de Monte Jurra; en esta acción, librada el 11 de mayo de 1839, se distinguió notablemente el general don Manuel de la Concha, que, teniendo que atacar la izquierda enemiga, se le vinieron encima tres batallones carlistas; siendo muy poca la fuerza que tenía, y comprendiendo que estaba perdido si no ocupaba las posiciones enemigas, mandó adelantar las banderas a la línea de guerrillas y diciendo "¡Allí están nuestras banderas!", consiguió que su tropa, haciendo prodigios de valor, las conquistase, si bien a costa de 200 bajas.

Continuando con Espartero, diremos que las cosas no se podían presentar mejor para él. Batidos los carlistas en la derecha, o sea en Ramales, y en la izquierda, o sea en Navarra, Maroto, que no disponía de fuerzas para hacer frente a la situación, solicitó de don Carlos la reunión de una junta de generales para acordar lo más conveniente, que fué el evitar los combates decisivos en vista de que sólo se disponía de 8.000 hombres, fuerza insuficiente para tomar la ofensiva.

Un detalle muy significativo para Espartero era que se le presentaban muchos desertores carlistas; siguió, pues, avanzando y ocupó Valmaseda y todo el valle de Mena, que no quiso defender Maroto, el cual se estableció en las fuertes posiciones de Areta, dando toda clase de seguridades a don Carlos.

Espartero no quiso atacarle de frente, pues un fracaso en estas condiciones hubiera sido de consecuencias muy lamentables; así que empezó a maniobrar para situarse a sus espaldas y obligarle a desalojar la posición. A dicho efecto, Espartero se dirigió a Orduña, que ocupó el 24 de mayo de 1839, entrando en Amurrio el 1.º de junio; mientras tanto, en Navarra, León extremaba el sistema de guerra que consistía en asolar la comarca incendiendo los campos para no dejar recursos a los carlistas.

A todo esto, Maroto empezaba a ser combatido por el partido intransigente, que decía había vendido el ejército a los cristinos y que era un traidor; a consecuencia de esto, el 8 de agosto de 1839, unos cuantos batallones carlistas se sublevaron al grito de: "¡Viva el rey, mueran Maroto y los traidores!" Maroto, que comprendía que don Carlos tenía parte de culpa en esto, exigió de él se presentase al ejército para reducirlo a la obediencia, pero se negó a ello y Maroto se encontró poco menos que abandonado de todos.

En tanto, Espartero, continuando su movimiento envolvente, bajó por Murguía a Vitoria, de donde salió el 14 de agosto de 1839 para ocupar Villarreal de Álava el día 16, después de desalojar las fuerzas carlistas, y, avanzando por Ochandiano, vino a caer en Durango el 22 de agosto de 1839.

Maroto, al ver el movimiento de Espartero, había tenido que levantar el campo retirándose a Elorrio, que tuvo también que evacuar, pues Espartero siguió avanzando por Elgueta y Vergara a Oñate, a donde llegó el 28 de agosto de 1839, todo con el objeto de apremiar a Maroto a que aceptase las proposiciones de paz que le había enviado.

Habían tenido Espartero y Maroto una conferencia en Abadiano, junto a la ermita de San Antonio, en la casa del guarda, el 25 de agosto de 1839, que fué como los preliminares del célebre convenio de Vergara; pero se rompieron las negociaciones, pues Maroto exigía la conservación de los fueros. Aquel mismo día, don Carlos pasó una revista a su ejército en Elgueta y se pudo convencer de que su causa estaba perdida, pues la mayor parte de los batallones le recibieron con frialdad, negándose a aclamarle.

Para terminar, el día 30 de agosto de 1839, Maroto, impulsado por la energía del general carlista Simón la Torre, a quien correspondía parte de la gloria de este hecho histórico, aceptó el convenio de paz, que al día siguiente se ratificó en Vergara con gran entusiasmo de las tropas de los dos campos, que se abrazaron, lo mismo que Espartero y Maroto, por lo que se conoce en la Historia con el nombre de "El abrazo de Vergara".

La disolución en el campo carlista era un hecho. Por todas partes estallaron desórdenes, llegando a ser puestos en capilla y sacados para fusilarlos el general Basilio García y otro, que se salvaron por milagro, no teniendo esta suerte el general González Moreno, "el de Málaga", que fué cosido y muerto a bayonetazos en Vera, sobre el Bidosa, en presencia de su familia.

Don Carlos no tuvo más remedio que refugiarse en Francia, entrando por la parte de Urdax, el 14 de septiembre de 1839, seguido de unos 3.000 hombres perseguidos vivamente por Espartero, que se trasladó al Baztán con dicho objeto.

Aquí daríamos por terminada la primera guerra carlista si no tuviéramos que ocuparnos de un caudillo muy notable que, en distinto teatro, la sostuvo todavía un año, y que, por haber obrado casi siempre con relativa independencia, no hemos tenido ocasión de ocuparnos de él como se merece; nos referimos a Cabrera, cuyas operaciones requieren capítulo aparte.

Sin embargo, nos parece oportuno indicar lo que dice un autor respecto a esta guerra:

"Nadie consiguió ganarla plenamente; el término lo trajeron el cansancio moral y el agotamiento físico. Los gobiernos cristinos se vieron más de una vez acorralados por las huestes carlistas, que en varias ocasiones estuvieron a punto de ganar la partida. Cuando se examine en detalle la descomposición inaudita de los ministerios de la época, la indisciplina de la oficialidad liberal y la desmoralización completa de las tropas, que, de paso, no conseguían casi nunca cobrar la paga, y se comprueben las sublevaciones continuas, acompañadas de asesinatos de jefes, que se producían en ellas, asombra el comprobar que los carlistas no consiguieran darles el golpe de gracia. Ningún general cristino, como no sea Es-

partero, demostró cualidades profesionales poco comunes, ni consiguió éxitos apreciables."

"¿Por qué la perdieron los carlistas? Sencillamente, porque en sus manos, débiles y pecadoras, el anhelo grande, profundo, que había brotado de las entrañas mismas de la conciencia española, se convirtió en una realidad pequeña y superficial. No fueron las ideas, sino los hombres los que perdieron al carlismo. De una parte, el pretendiente don Carlos no tenía la talla indispensable para encarnar ideal semejante; y de otra, completando esa ausencia de capacidad, los consejeros que rodeaban al aspirante a monarca tenían todavía menos talla de estadistas. Don Carlos era muy distinto de su hermano Fernando VII; estaba muy por encima de éste en cuanto a bondad de carácter, pero bastante por debajo en lo tocante al talento natural y a la viveza de la inteligencia. La camarilla que rodeaba al pretendiente, hermana gemela de la de Fernando VII, era, como todas las segundas partes, al decir de Cervantes, peor que aquélla. Los enredos, intrigas, asechanzas y emboscadas que prepararon entre sí y en torno a don Carlos los que decían ser sus más fieles servidores, llegaron a lo inverosímil y produjeron verdaderas catástrofes. Los propios generales carlistas se mandaban fusilar unos a otros, y las ejecuciones clandestinas sin motivo jurídico alguno ni razón aparente, fruto de puras intrigas, fueron harto frecuentes. De manera que, vista de cerca, lo que extraña de la empresa carlista, más que su incapacidad para triunfar, era que pudiese sostenerse durante tantos años."

Capítulo XIII

PRIMERA GUERRA CARLISTA

Cabrera. Antecedentes

(1833-1835)

Cabrera. — Su vida. — Motivos que le inclinaron al bando carlista. — "El Tigre del Maestrazgo". — Descripción geográfica del Maestrazgo. — Primeros ascensos. — Audacias de Cabrera. — Sorpresa de Abejuela. — Ascenso de Cabrera a coronel.

Don Ramón Cabrera y Griñó, el que después de Zumalacárregui fué la figura más saliente del carlismo, era natural de Tortosa, donde nació el año 1806 de familia bien modesta, pues su padre, José Cabrera, era patrón de barcas. Su madre, María Griñó, de carácter dulce, costumbres piadosas y gran honestidad, quedó viuda en 1812, cuando su hijo tenía seis años; pero demostrando éste ya su carácter díscolo, ella, para asegurarse su educación y porvenir, se casó en 1818 con otro honrado marino llamado Felipe Calderó, del que tuvo otros cuatro hijos, sólo uno de ellos varón.

El travieso huérfano, al que una adivinadora ya le dió el sobrenombre de "Batallador", que el tiempo iba a demostrar era una atinada profecía, fué consagrado por sus padres a la Iglesia porque, habiendo tres beneficios eclesiásticos en la catedral de Tortosa vinculados a nombre de Cabrera, se quería disfrutase de sus rentas abrazando la carrera sacerdotal. Vistió, pues, el negro manteo, y el año 1825, cuando tenía 19 años, recibió la primer tonsura y tomó posesión de sus rentas. Temerosa la madre de las travesuras del hijo, determinó ponerlo como pensionista en el convento de los Trinitarios de Tortosa, en donde, por sus diabluras, cuando iba a recibir órdenes menores hubo de decirle el obispo: "No, tú has nacido para otra cosa... Para militar. No quiero ordenarte."

El año 1833, cuando murió Fernando VII, tenía Cabrera 27 años, y aunque se mostraba liberal, creyó la autoridad tortosina

que era elemento peligroso para el nuevo gobierno de la reina niña y lo desterró, como a otros, á Barcelona. El despecho de aquella medida y la esperanza de que en el campo carlista encontraría más fácil ocasión de llegar a los altos empleos a que por su ambición y atrevimiento aspiraba, le hizo inclinarse a los facciosos cuando sus opiniones políticas apenas le hacían distinguir las diferencias entre uno y otro bando. Colgó, pues, los hábitos y trocó la sotana por la espada, que iba a ilustrar con hechos muy gloriosos, hasta el punto de ser la segunda figura del carlismo.

Se fué, pues, a Morella acompañado de otros dos desterrados, y el 16 de noviembre de 1833 se presentó al gobernador en ocasión en que las fuerzas contrarias llegaban contra la ciudad. Al ser enviado al depósito de reclutas para aprender la instrucción, se negó resueltamente a ello y, cogiendo un fusil, dijo que lo que quería era batirse, con lo que le incorporaron a la tropa que iba a resistir a los liberales.

Era por entonces Cabrera un mocetón más bien alto que bajo, de constitución robusta, ancha frente, inquietos ojos de fascinadora mirada y, sobre todo, semblante pálido y cejas pobladas y casi juntas. Blandía un palo, su arma predilecta, que en sus manos resultaba temible.

Por cierto que en este primer hecho de armas le ocurrió algo parecido a lo que dijimos de Federico el Grande, pues al sentir los primeros disparos, aspirar el humo de la pólvora y ver la sangre de los heridos, el brazo que hacía alardes de temeridad cayó, desmayado; pero al preguntarle con sorna un oficial si es que tenía miedo, se repuso, avergonzado, contestando: "No lo niego, he tenido miedo, pero ya no lo tengo; es la primera vez que he oído el silbido de las balas." Y, en efecto, en la retirada se distinguió por su serenidad y arrojo, por lo que fué ascendido a cabo y, a los pocos días, después del abandono de Morella y derrota de Calanda, a sargento.

Pero no adelantemos los acontecimientos.

Cabrera, como Zumalacárregui, no entró en el campo carlista por convicción, sino por despecho, como éste, y siendo como era intransigente en religión, como lo fué después en lo relativo a los derechos que alegaba don Carlos al trono, conviene señalar la circunstancia de que, andando el tiempo, este hombre que era el puntal más firme de la causa carlista, modificó a tal extremo sus ideas que no tuvo el menor inconveniente en casarse con una señora inglesa protestante, y terminó por reconocer como legítimo monarca al hijo de la reina, a quien tanto había combatido. Es decir que los

dos caudillos que podían envanecer a los carlistas, no son figuras que pudieran presentar como campeones convencidos de su causa; el primero, porque nunca la sintió; el segundo, lo que es más significativo, porque habiéndola sentido después con verdadero fanatismo, mientras estuvo en España, en cuanto respiró los aires liberales del extranjero fué el primero en aconsejar a don Carlos la necesidad de reformas en sentido liberal, si había de insistir en la pretensión de sentarse en el trono de España, pretensión que, por último, no creyó justificada, cuando reconoció solemnemente a Alfonso XII, lo cual era un golpe mortal para el partido.

La figura de Cabrera tuvo el triste privilegio de quedar en la Historia señalada, más que por los hechos brillantes que realizó como militar, por la ferocidad inaudita que desplegó. Es sabido que las guerras civiles se distinguen, por lo general, por la intransigencia de los dos bandos, que hacen se derrame inútilmente más sangre de la precisa; en esta guerra carlista que hemos descrito, se ha podido comprobar que no era, ni mucho menos, la dulzura la característica de ella, pues se hacía las más de las veces sin cuartel, fusilando uno y otro bando los prisioneros que se cogían. Llegó a tal punto la ferocidad con que se hacía, que las naciones extranjeras exigieron que se llevase la guerra con más humanidad. Pues todo esto, con ser mucho, no tenía punto de comparación con la ferocidad que se llegó a atribuir a Cabrera, al que se le conoce en la Historia con el significativo sobrenombre de "Tigre del Maestrazgo", y decimos que se atribuye porque, en honor de la verdad, ni fué el más sanguinario, ni el que inició las represalias, ni el que menos motivo tenía para tomarlas, ya que el inicuo fusilamiento de su inocente madre sin tribunal, fiscal ni defensor y, lo que es más grave, sin motivo racional ni fundado para ello y sólo por el necio capricho de un general, constituyó un crimen inaudito capaz de convertir en una fiera al hijo más templado y tranquilo, cuanto más al de carácter violento y ambicioso como era el de Cabrera que, a pesar de ello, mostró más serenidad y templanza en sus hechos y escritos que los contrarios, que tanto le censuraban.

Se estaba en aquella época en plena borrachera de democracia y libertad, y los historiadores no perdonaban al bando carlista, al que hacían objeto de su parcialidad más odiosa, rodeando la figura de Cabrera con los más negros colores y no habiendo acción indigna ni episodio injurioso que no se le adjudicase. No nos detendremos más en este punto porque tendremos ocasión de comprobar que no era tan justificado el calificativo que le dieron sus contemporáneos.

Pasemos a describir el teatro de operaciones de Cabrera, que hizo del Maestrazgo el foco principal de resistencia. El terreno en que se movió durante sus campañas puede considerarse limitado, al N., por el curso del Jalón y del Ebro, desde la confluencia de aquél hasta la desembocadura; al O., por la cordillera Ibérica hasta los altos de Albacete; al S., por la sierra Palomera, y al E. por el mar. Esta zona de terreno, en su mitad superior, es sumamente

montañosa, y, en cambio, en su mitad inferior es casi completamente llana, motivo por el cual eligió Cabrera con predilección la primera, que es donde se encuentra enclavado el Maestrazgo.

De todos es sabido que la cordillera Ibérica, desde su arranque en el nacimiento del Ebro, marcha sensiblemente paralela a su orilla derecha hasta encontrarse en el Jalón, en que, para dejarle sitio, describe un gran arco de círculo y, por la sierra de Molina, llega al nudo de Albarracín.

Este nudo de Albarracín es de suma importancia geográfica, porque de él arrancan tres ramales principales: uno, la sierra de Molina ya citada, que va al NO.; otro, formado por altos páramos que no son más que la continuación de la cordillera Ibérica al SO.; y el más importante de éstos y que nos conviene considerar, el que, casi paralelo a la costa, corre al NE. En los ángulos que determinan la unión de estas montañas nacen tres ríos importantes: al N. el Jiloca, al O. el Tajo, y al S. el Júcar; mejor dicho, cuatro, puesto que el Turia también nace en el nudo de Albarracín, dirigiéndose al S. y estando separado del Júcar por un fuerte ramal que se desprende del citado nudo.

Pero, volviendo al ramal que más nos interesa, que es el que se dirige al NE. casi paralelo a la costa, diremos que es un imponente macizo que se lanza al Ebro obligándole a describir el gran recodo de Caspe en un continuo desfiladero, pues las montañas que citamos se relacionan con el sistema orográfico de Cataluña que se desprende del Pirineo. Los nombres que recibe, a partir del nudo de Albarracín, son: sierra de Gúdar, sierra de Mosqueruela y Puertos de Beceite en su terminación, y estas montañas son las que forman el núcleo principal de las del Maestrazgo.

Si nos colocáramos en la cumbre de las montañas del Maestrazgo, mirando al Ebro, descubriríamos: a la izquierda, todo el territorio de Aragón; mejor dicho, la feracísima y dilatada cuenca del Jalón, terreno en su mayor parte descubierto y despejado; en cambio, si miramos a la derecha nos encontraríamos con un laberinto de montañas que avanzan hasta la misma costa y hacen de esta estrecha zona uno de los terrenos más fragosos de España. Por la parte de Aragón, y paralelo a la cumbre del Maestrazgo, corre en toda la longitud de éste el río Guadalope, que, después del Jalón, es el más importante de esta zona y confluye en el mismo pueblo de Caspe. Por la parte de la costa o del reino de Valencia, los ríos no merecen este nombre, porque más bien son torrentes por lo corto de su curso, pues especialmente cerca del Ebro las montañas están muy próximas a la costa; para encontrar uno que me-

rezca tal nombre hay que llegar a Castellón de la Plana, cerca de la cual desagua el Mijares. Este río, como todos los de la zona marítima, no corre, como el Guadalope, paralelo a la cumbre del Maestrazgo, sino perpendicular a ella, y como ésta no es precisamente paralela a la costa, sino que a medida que se acerca al nudo de Albarracín se va separando, resulta que el Mijares ya tiene un curso de 72 kilómetros. La cuenca de este río está separada de la del Turia al S. por un enorme contrafuerte que se desprende de la sierra de Gúdar y se llama sierra de Espadán, elevado muro de intrincados montes que lanza ramales en todos sentidos, formando barrancos en donde apenas entra el sol; las alturas de estos montes alcanzan unos 1.400 metros. No lejos de la sierra de Mosqueruela se desprende el ramal que limita a la citada cuenca por el N. y que se llama sierra de Engarcerán, la cual, al encontrarse con la costa, tuerce a la derecha y, paralelamente a ella, estrecha sobre Castellón de la Plana la desembocadura del Mijares. La cuenca, pues, de este río, si bien es muy estrecha en la desembocadura, es, por el contrario, muy espaciosa en su parte superior, pero de tal modo quebrada, que el mismo río y sus afluentes apenas tienen sitio para deslizarse por entre aquellas altas montañas, en las que rara vez se encuentra un valle. En el centro de la cuenca, está la célebre montaña o pico de Peñagolosa, que tiene más de 800 metros de alto y casi siempre está coronado de nubes; es la montaña más alta de toda la región, y desde ella se divisa un panorama inmenso.

La configuración extraña y enmarañada de los montes que forman toda esta zona, unida a la falta de comunicaciones, hacen que el país sea poco poblado y pobre, y esté — dice un escritor — "como colgado sobre los más feraces de Europa, cuales son las orillas del Ebro y litoral del Mediterráneo". En este sentido, se comprenderá la ventaja que proporcionaría a los que, como los carlistas, buscaban lugares o posiciones en donde tuvieran probabilidades de no ser desalojados.

Los datos históricos relativos al Maestrazgo son los siguientes: Maestrazgo se llama a la dignidad de Maestre en las órdenes militares, así como también al territorio de la jurisdicción del maestre.

Ahora bien, en el siglo XIV, el papa Clemente V, de acuerdo con Felipe IV el Hermoso, de Francia, declaró extinguida la Orden del Temple que, fundada en 1118, se había distinguido particularmente en Palestina, adquiriendo importantes riquezas que la hicieron el banquero de papas y príncipes. Felipe IV el Hermoso, deseoso de apoderarse de sus inmensas riquezas y acabar con su enorme poder, detuvo al Gran Maestre, le sometió a un proceso

y, perdido el prestigio de la Orden como defensora de la Cristiandad, logró que el papa Clemente V la declarase extinguida en el año 1312.

Tanto España como Portugal acogieron a los caballeros templarios y les prestaron protección, y al propio tiempo, el rey de Aragón, Jaime II, solicitó del Pontífice Juan XXII que, en substitución de los templarios, concediera la creación en su reino de la nueva Orden de Montesa, que aún subsiste, dotándola con los cuantiosos bienes que tenían aquéllos en Aragón y Valencia, a la última de las cuales pertenece Montesa, pueblo situado al S., cerca de Játiva y Alcira.

Concedido que fué en 1317, se estableció una *mesa maestral* en Cervera y varias otras en los alrededores, llamándose a la primera Maestrazgo viejo, y a las otras Maestrazgo nuevo; pero, a lo último, el territorio perteneciente a cualquiera de ellas se le llamó *Maestrazgo,* que es con el nombre que se conoce en el día.

Pues bien, este Maestrazgo, del que nos vamos a ocupar ahora, está limitado oficialmente por el Ebro desde su desembocadura hasta la confluencia del Guadalope, continuando los límites por este río hasta el nacimiento del Mijares, y siguiendo por éste hasta la desembocadura, en que se separa de él para dejar fuera a Castellón de la Plana e ir a buscar la costa y seguir hasta el Ebro.

El punto más importante de todo el Maestrazgo es Morella, plaza situada en el centro casi de esta región, en la cumbre de la divisoria de aguas y en la misma carretera que la atraviesa, que es la que de N. a S., con algunas inflexiones, va de Alcañiz, sobre el Guadalope, a Castellón de la Plana; hay otra carretera, pero ésta es la de la costa, de Tortosa a Castellón; en cambio, existe un camino de herradura que, desde Alcañiz, va por Cantavieja a la cuenca del Mijares, y aquí concluyen todos los caminos del Maestrazgo, pues no consideramos como tales los tres que afluyen a Teruel desde la cuenca del Jalón, por no pertenecer, en realidad, al Maestrazgo, considerado en sus límites oficiales. Tal era el teatro en donde Cabrera iba a realizar sus hazañas; fácil es comprender que el terreno no se prestaba a hacer una guerra metódica, como la que hemos visto en el N., y, en efecto, la guerra la veremos reducida aquí a guerra de partidarios en que las emboscadas y sorpresas lo hacían todo. En un principio la guerra no tuvo importancia, y como la atención estaba fija en las provincias vascongadas y Navarra, el ejército llamado del centro quedó desatendido y en un abandono lamentable, motivo por el cual los carlistas, dirigidos por un hombre como Cabrera, tomaron un incremento tal, que en poco

tiempo, aquellas indisciplinadas bandas que emprendían la fuga a la vista de un batallón, se convirtieron en un ejército numeroso y aguerrido, que necesitó el convenio de Vergara y la marcha de todo el ejército del N. para desalojarlo de aquellas inexpugnables posiciones, en la que sostuvo la causa de don Carlos un año después del abrazo de Vergara.

Pero, dejando aparte estas consideraciones y entrando en materia, diremos que el primer grito que se dió en esta zona a favor de don Carlos, fué dado por el coronel Victoria, gobernador de Morella, el 13 de noviembre de 1833, con el barón de Hervás, que se reservó el cargo de comandante general del Maestrazgo, pero con tan poco éxito que, acudiendo fuerzas de Tortosa, recuperaron la plaza, cogieron al gobernador y lo fusilaron, así como a Hervás y algunos de sus secuaces. En esta ocasión es cuando se presentó Cabrera, ascendió a cabo y, poco después, a sargento.

Fugitivos y ocultos algunos carlistas en Vistabella, próximo al pico de Peñagolosa, hubo, a falta del coronel Victoria y Hervás, que nombrar un jefe de la partida; pero, habiéndose desperdigado los soldados con el mayor desaliento, corrió Cabrera a reducirlos y convencerlos, logrando volverlos a la obediencia sólo con su fuerza persuasiva, por lo que en el acto fué nombrado subteniente, el 20 de diciembre de 1833.

Para justificar su elevación a la categoría de oficial, concibió el atrevido proyecto de sorprender a la guarnición de San Mateo, y con sólo siete hombres la obligó a encerrarse en el fuerte; pero cuando más descuidado estaba se le echó encima aquélla, quedó abandonado y se salvó de milagro, por lo que, al avistarse con los suyos, los puso de cobardes e ineptos por no haber ayudado a los siete infelices que le habían acompañado.

Para evitar traiciones o infamias, la partida se disgregó, y Cabrera, con los de Marcoval, que era el jefe, se ocultó en el barranco de Vallivana, recibiendo el 16 de enero de 1934 el nombramiento de teniente.

Desde allí, con sólo nueve hombres armados de palos y escopetas, recorrió los pueblos inmediatos en busca de reclutas, y a los pocos días contaba 140, con los que se abrió paso al ser cercado por la guarnición de Morella, que venía en su persecución.

El 27 de enero de 1834 era ya capitán.

Ordenada la dispersión de la partida y señalado Beceite como puesto de concentración, cuando con sólo 60 hombres se disponía a ocupar el pueblo en busca de víveres, le salieron al paso dos compañías de milicias a las que batió, entrando en el pueblo, en el que

se aprovisionó; pero al tratar de reunirse con Marcoval supo que había sido preso y fusilado en San Mateo, por lo que cuando sus tropas lo divisaron lo recibieron llenas de entusiasmo al grito, que oía por primera vez, de "¡Viva Cabrera!"

Pero en esta ocasión, a causa de los fusilamientos y castigos, había entrado el pánico y el desaliento en las filas y, falto de voluntarios, Cabrera tuvo que pasar a Aragón en busca de hombres, logrando reclutar 150.

Entre los cabecillas que se incorporaron estaba Manuel Carnicer, antiguo coronel de Guardias Valonas, que había oído hablar de Cabrera y quería conocerle. Como era más antiguo y de mayor empleo, quiso cederle el mando a Cabrera, pero éste no lo consintió, quedando a lo último aquél como director, y éste como jefe de las partidas. Así, pues, aunque cada uno obraba por su cuenta y sin unidad de acción, bien pronto se vino a reconocer como jefe de todas a Carnicer, siendo Cabrera el segundo del ejército, pues ya se había distinguido por su audacia haciendo que su nombre fuera bastante conocido. A los pocos días, y teniendo noticias de que el nuevo gobernador de Morella iba a llegar a la plaza, acometió a la guarnición cuando lo esperaba formada, la obligó a encerrarse en la plaza e hizo prisionera a la escolta del gobernador, que huyó a lomos de una yegua que le prestaron.

Entre uno de sus hechos se cuenta el siguiente: vestido, así como unos cuantos de los suyos, con los uniformes de estos prisioneros, se presentó en Villafranca del Cid, y ordenó al alcalde reuniera a los nacionales para salir en persecución de los carlistas; cuando estuvieron todos armados en la plaza, les dijo: "No les he engañado al decir que iban a perseguir a los carlistas. Aquí estamos; yo soy Cabrera, pero, si a ustedes les conviene, mejor será que me entreguen las armas y vuelvan a sus ocupaciones", y así lo hicieron, volviendo a reunirse con Carnicer y dando "no sólo libertad a los prisioneros, sino dinero para ayudarse", lo cual conviene no olvidar para comprender que la crueldad no era innata en nuestro caudillo.

Los carlistas se atrevían, el año 1834, a recorrer con toda impunidad la cuenca del Jalón, llegando hasta Daroca, donde sorprendió a la guarnición el 28 de marzo de 1834, huyendo parte de ella y encerrándose la restante en los fuertes. Intimada la rendición, se ocupó sin contratiempos la plaza, poniendo en libertad inmediata a todos los prisioneros.

Por este tiempo, el gobernador de Castellón, conde de Mirasol, tuvo noticias de que la facción tenía 500 infantes y 50 caballos,

y salió con otros tantos, encontrándolos en las inmediaciones de Alarba en ocasión que tomaban el rancho. Carnicer era partidario de retirarse, pero Cabrera le convenció de lo contrario, y mientras el primero sostenía sus posiciones en una colina inmediata, fué de pronto rodeado por las fuerzas liberales, y hubiera quedado prisionero si no es por Cabrera, que, seguido por una veintena de hombres y empuñando su terrible garrote, introdujo la confusión y el desorden en la retaguardia cristina. El desorden fué espantoso, el gobernador pudo huir con la caballería, pero la infantería en masa cayó prisionera. Toda ella quedó en libertad menos diez que, habiéndose encerrado en una casa y ofrecido rendirse, hicieron fuego contra Cabrera y cuatro soldados que le acompañaban cuando se acercaron, matando a uno y agujereando la levita y el sombrero de Cabrera, que los fusiló en el acto.

Carnicer, por este combate de Alarba, hizo a Cabrera comandante, el 31 de marzo de 1834.

Hay que advertir que casi todos los oficiales, incluso Carnicer, habían votado por la muerte de los prisioneros, y sólo Cabrera impuso la libertad. En los primeros días de abril de 1834 peleaban bajo las banderas de Cabrera unos 2.000 hombres.

Jefe Carnicer de las fuerzas que operaban en el Bajo Aragón, entró con importante columna en Caspe y, como los catalanes le aconsejaran el paso al Principado, levantó el sitio de Batea y empezó a cruzar el Ebro el 6 de abril de 1834, contra la opinión de Cabrera, que sabiendo venían dos columnas liberales en su persecución, creía lo más procedente hacer frente a una y, si salían con bien, enfrentarse con la otra. Carnicer no hizo caso y se internó en Cataluña.

Con cerca de 4.000 infantes y 200 jinetes liberales se le echaron encima las brigadas Bretón y Carratalá, cerca del pueblo de Mayals, y aunque Carnicer quiso rehuir el combate tuvo que aceptarlo. Ni Carnicer ni Quílez supieron resistir y huyeron a la desbandada, viéndose Cabrera envuelto, luchando como un héroe, y gracias al arrojo de un oficial carlista pudo salvarse, pues lo montó a la fuerza en la grupa de su caballo, huyendo a campo traviesa. Cuatrocientas bajas costó a los carlistas la imprudencia de Carnicer.

Un mes empleó el infatigable guerrillero en recorrer montes y bosques para reunir a los ocultos fugitivos, pero pronto se encontró a la cabeza de numerosa hueste.

En 1.° de julio de 1834 volvieron a reunirse Cabrera y Carnicer, y el 3 se dió la acción de Aviñó, que amortiguó la pena de

la derrota de Mayals. La población estaba ocupada por las tropas cristinas, y Cabrera quiso hostilizarlas, por lo que, quedándose Carnicer con el grueso en los montes bajó Cabrera con 30 hombres a la llanura para llamar la atención, y al salir los liberales en su persecución descendió rápidamente Carnicer y aniquiló al destacamento liberal, dejando 120 muertos en el campo.

Hallándose desmontado Cabrera y seguramente con el palo en la mano, se agarró con la izquierda a la cola del caballo del comandante liberal, no soltándola hasta que pudo arrojar al jinete herido de muerte, y, apoderándose del caballo, se retiró.

Enfermo Cabrera de la dolencia que ya le había atormentado años antes, buscó refugio en los montes de Horta, sabido lo cual por los contrarios enviaron a explorar la masía en que se encontraba, donde no hallaron más que a dos oficiales carlistas enfermos, llamados Monteverde y Matamoros, a los que se llevaron presos. Cabrera, para librarlos de la muerte, tomó 40 hombres decididos, entró en Alfara y, desde el oficial al último soldado, que estaban oyendo misa, por ser domingo, sin la menor precaución, se rindieron como prisioneros.

Con la mayor urgencia propuso el general Nogueras, que estaba en Tortosa, un canje de todos ellos por sus dos camaradas, y la contestación fué hacerle saber verbalmente que había prendido a su madre María Griñó y que esta vida le respondía de los rendidos de Alfara. En cuanto a Monteverde y Matamoros, los fusiló en el acto, y Cabrera no sólo no tomó venganza, sino que fué lo suficientemente generoso para poner inmediatamente en libertad a sus prisioneros, en la esperanza de que Nogueras pusiera en libertad a su inocente madre, que era una anciana digna de consideración, pues nada tenía que ver con las ideas de su hijo; pero en esto se engañó, pues Nogueras la retuvo en rehenes, y en esta conducta y en la sucesiva, es donde hay que buscar el origen de la ferocidad de Cabrera, que si era natural, se encargó Nogueras con sus desaciertos de aumentarla, siendo causa de que se derramaran torrentes de sangre inocente, de la que está empapada el Maestrazgo.

En cuanto a los cristinos, apremiados desde Madrid los generales para acabar con aquel puñado de hombres mal armados que los tenían en jaque, intensificaron la persecución y, alcanzando a los facciosos en unos pinares entre Alloza y Berge, los deshicieron en una impetuosa carga de caballería, haciendo fusilar sobre el campo de batalla a 30 soldados de Carnicer que quedaron prisioneros, no perdonando ni siquiera a los heridos.

Hay que tener en cuenta estos contrastes de demencia e inhumanidad para poder más tarde censurar a los verdaderos culpables de la ferocidad de la guerra. De Madrid, la orden era terminante: "Ni heridos ni prisioneros."

A fines de septiembre de 1834, considerándose con fuerza, atacaron Carnicer y Cabrera, el día 30, a la villa de Beceite, que se resistió con tenacidad, pues por tres veces ganaron los liberales una altura y la perdieron, agotando las municiones los carlistas, que tuvieron que combatir con piedras, retirándose a lo último a Pauls y Valderrobles.

Durante el año 1834 las facciones carlistas tomaron tal incremento que, preocupados, los jefes liberales se dedicaron con empeño a perseguirlas, y tal maña se dieron, que la causa carlista empezó a ser poco lisonjera.

La división del general Jerónimo Valdés tenía empeño en destruir las huestes de Cabrera, y en bien poco estuvo que lo lograse, pues habiendo entrado los carlistas en el reino de Valencia, marchando desde Cantavieja por Mosqueruela y Rubielos de Mora, a donde llegaron el 12 de octubre de 1834, se adelantó Cabrera con unos cuantos hombres a Abejuela, ignorando que Valdés estaba cerca, y cuando hablaba con el alcalde sobre raciones fué sorprendido por los cristinos. Sin tener tiempo de montar a caballo, Cabrera huyó a campo traviesa seguido de cerca por un soldado cristino que le cogió por los faldones, haciéndole caer a tierra; pero antes de levantarse se agarró a las piernas del contrario, lo derribó y, con la celeridad del rayo, reanudó su huída, precipitándose por un derrumbadero en cuyo fondo quedó sin sentido unas cuantas horas, hasta que, vuelto en sí, pudo alcanzar a Carnicer a la una de la madrugada.

Con este hecho coincidió el ascenso a brigadier y comandante general de Aragón y Valencia de Carnicer, que el mismo día 25 de noviembre de 1834 confirió a Cabrera el empleo de coronel.

Dejemos ya el año 1834, en que las huestes del famoso coronel habían quedado tan reducidas que tuvo que dispersar su gente para que encontrase refugio donde pudiera, mas no sin consignar antes que el 12 de noviembre de 1834, en una masía de Fontanete, pensó reproducir la estratagema de los toros empleada por los españoles contra los cartagineses en Ilicis, pues encontrándose sin municiones y sin poder atacar a la bayoneta por el temporal de nieve que reinaba, preparó los toros, construyó aguijones y esperó el ataque, que no llegó a realizarse por haber descubierto la trama algún espía.

Aspirando Cabrera a la jefatura, que tenía Carnicer, se le atribuye el siguiente hecho para conseguirla y deshacerse de su jefe.

Pretextando la necesidad de que supiera don Carlos el estado de la insurrección en el Maestrazgo, para que enviase auxilios, decidió trasladarse a Navarra para conferenciar con el rey, pero sin comunicarle nada a Carnicer, porque, según decía, el asunto no daba tregua. A dicho efecto, acompañado por un comandante, emprendió la marcha el 20 de diciembre de 1834 y, convenientemente disfrazados de arrieros, lograron pasar el Ebro el 28 de enero de 1835, y llegar al real de don Carlos sin percance que lamentar. Allí le expuso la situación de las cosas, aconsejándole llamase a Carnicer, para que él, como jefe, le diera más cumplida cuenta de lo que ocurría; esto era precisamente lo que, por lo visto, según algunos, deseaba, pues no se comprende, en primer lugar, que fuera a buscar recursos allí donde le constaba que no los había ni se los podían facilitar, y menos, haber hecho aquella expedición prescindiendo de lo más elemental, cual era el contar con la aquiescencia de su jefe.

Sea lo que fuere, es lo cierto que Cabrera volvió al Maestrazgo sólo con buenas palabras y vagas promesas, mientras se ordenaba a Carnicer se presentara a don Carlos, entregando interinamente el mando al primero. Carnicer emprendió la marcha convenientemente disfrazado, pero al llegar a Miranda ya tenía el jefe liberal el soplo de que iba a pasar; conocía el disfraz y el nombre supuesto con que viajaba, por lo que fué descubierto, siendo fusilado el 5 de abril de 1835.

Los que atribuyen el hecho a Cabrera dicen que nadie como él tenía interés en que desapareciera Carnicer, y nadie más que él sabía las señas precisas que se daban en la denuncia; claro que pudo ser obra de algún enemigo personal de Carnicer, pero — dicen — hay que reconocer que los datos expuestos constituyen, hasta cierto punto, una acusación contra Cabrera, a quien se atribuye haberse valido de este medio para conseguir la jefatura tan ardientemente deseada. Sin embargo, los escritores imparciales no le hacen responsable de esta muerte.

Tenemos ya a Cabrera jefe indiscutible de las tropas del Maestrazgo; como no es posible seguirle en todas las peripecias de la lucha, desde luego indicamos que sólo relataremos los hechos más culminantes, y lo absolutamente indispensable para darnos cuenta de sus campañas.

Capítulo XIV

PRIMERA GUERRA CARLISTA

Cabrera. Fusilamiento de su madre

(1835-1836)

Cabrera, jefe en el Maestrazgo. — Combate de Allora. — Don Carlos le quita el mando. — Combate de Yeza. — Defensa de Albocácer. — Los prisioneros de Rubielos. — Antecedentes y fusilamiento de la madre de Cabrera. — Cinta Foz. — Desastre de Bañón. — El "vencedor de Chiva". — Pérdida de Cantavieja.

Ya tenemos a Cabrera de coronel a los 28 años y jefe de todas las fuerzas del Maestrazgo en ausencia de Carnicer.

No demoró la organización del ejército, y en 18 de marzo de 1835 ya disponía de 300 infantes y 40 caballos.

Por cierto que en los desfiladeros de la Hoz estuvo expuesto, víctima de su temerario arrojo, a ser cogido prisionero.

Bajaba al frente de 14 jinetes por una montaña inaccesible, cuando de pronto fueron atacados por 80 contrarios. Para salvar a los suyos hizo que escapasen, y él solo se detuvo a esperar a los cristinos. En un instante el capitán, sable en mano, se le echó encima intimándole a la rendición, y no teniendo el célebre garrote en la mano y sí sólo un ligero látigo, no se le ocurrió otra cosa, cuando iba a recibir el sablazo, que arrojarle la capa, que cubriendo las cabezas de caballo y caballero los hizo rodar por tierra hasta el fondo del barranco, con lo que pudo salvarse Cabrera burlando la persecución.

La primera vez que midió sus fuerzas en combate de alguna importancia fué el 26 de abril de 1835, que se encontró en Alloza frente a frente con las fuerzas, superiores en número, del brigadier Nogueras, el más cruel y expedito de los jefes cristinos.

Sorprendió al brigadier Nogueras en el laberinto de los frondosos pinares de Alloza, al frente de 1.600 infantes y 200 caballos, cuando Cabrera sólo disponía de 400, muchos sin armas, y 40 caballos.

Sin arredrarse por ello, bajó a la llanura.

Nogueras cargó con la caballería, pero fué recibido con una descarga a quema ropa, que le obligó a retroceder; repetidas por tres veces las cargas, la infantería carlista volvió a rechazar a la caballería, impidiendo que se le acercase. Entonces Cabrera ordenó la retirada, que se hizo sin precipitación y rechazando siempre al enemigo durante las cuatro horas que duró; así recorrieron el llano hasta llegar a la sierra de Arcos, en donde, bastante rendidos, trataron de descansar sin conseguirlo, pues las tropas liberales se echaron encima, siendo rechazados de nuevo, hasta que la caída de la noche puso término a la jornada.

Por cierto que al ver Cabrera la caballería al pie del cerro, descendió con una bandera blanca hasta cuarenta pasos de Nogueras, su odiado enemigo, a quien dijo: "Si tanto deseas mi destrucción, ven a buscar esta bandera. Aquí te aguardo." Pero el general no aceptó y mandó al coronel Zabala que atacase con la infantería, sin resultado, aunque perdiendo la vida.

En tan reiterado combate, el más importante de los primeros tiempos de la guerra en el Maestrazgo, no había vencido Cabrera, pero moralmente el triunfo le correspondía, pues había conseguido que sus tropas esperasen, a pie firme y en el llano, a sus enemigos superiores, lo cual era bastante para envanecerle. El combate de Alloza era para Cabrera lo que había sido para Zumalacárregui el de Mendaza, una especie de prueba de la que había salido altamente satisfecho.

Tuvo la satisfacción de leer en el parte de Nogueras, que interceptó, lo siguiente: "El día más a propósito para concluir con la facción ha sido éste, pero no es creíble que Cabrera y los suyos sean hombres; jamás he visto más decisión, valor ni serenidad; no es posible que las tropas de Napoleón hayan hecho nunca una retirada por un llano de cuatro horas con tanto orden. Lejos de obtener ninguna ventaja, no he observado sino el desmayo de mi tropa en vista de la resistencia que ha opuesto un puñado de hombres dignos de defender mejor causa." Y añadía: "Si a Cabrera no se le corta el vuelo, este cabecilla dará mucho que hacer a la causa de la libertad."

Ya veremos cómo trató Nogueras de "cortarle el vuelo".

Motivos tenía para estarlo también en otro sentido, pues los voluntarios acudían a alistarse en sus filas en tal número que, no teniendo fusiles, se veía precisado a armar a sus reclutas con picas y palos; la fama de Cabrera llegó a molestar a la camarilla de don Carlos, que, envidiosa de la superioridad de este caudillo, consiguió

del rey le quitara el mando en jefe, disponiendo que cada partida obrase con independencia, lo cual era un disparate; y gracias que los cabecillas del Maestrazgo, obrando con más prudencia, se negaron a separarse de su jefe en que reconocían una superioridad indiscutible. Hay que advertir que Cabrera había obedecido, sin comentario, la orden recibida, que no tardó mucho don Carlos en revocar.

Como la persecución que sufría Cabrera no era muy tenaz, principalmente por falta de fuerzas, el verano lo dedicó a la instrucción de sus reclutas y a realizar expediciones para saquear los pueblos y recoger armas, víveres y caballos, que tanto necesitaba.

En esta ocasión, yendo por la serranía de Cuenca en busca de armas y municiones, sostuvo el combate de Yesa en 16 de julio de 1835, en el que hizo prodigios de valor. Una columna cristina se le apareció de pronto coronando las cimas que le rodeaban, con amenaza de envolverlos. Reservándose el puesto de mayor peligro, ordenó la retirada, poniéndose al frente de la retaguardia con 200 hombres.

Acometido por las fuerzas cristinas, verificó la retirada con serenidad y, cuando se lanzó contra él la caballería contraria, desenvainó el sable, la atacó, la deshizo y dispersó al enemigo, que dejó en el campo 300 muertos y todo el material, entre el que se contaban más de 400 fusiles.

La importancia de este combate fué inmensa. Sus mismos enemigos dijeron: "Se propuso jugar con la vida y parece un prodigio que la salvase no sólo en la acción, sino mientras perseguía a los fugitivos." Como vemos, aquí no hizo uso del palo, sino del sable.

Consecuencia de esta victoria fué que multitud de jóvenes acudieron a alistarse en sus filas y varias guarniciones se entregaron sin disparar un tiro.

Envalentonado con sus triunfos, se atrevió a presentarse delante de Albocácer el 6 de agosto de 1835, pero los pocos defensores de este pueblo hicieron una resistencia heroica, pues aunque los carlistas prendieron fuego al reducto en que se defendían, no se acobardaron, y gracias a que llegó la noticia de que se aproximaba Nogueras, y Cabrera, no queriendo esperarle, levantó el campo. Esta heroica defensa tuvo mucha trascendencia, pues enseñó a los pueblos que con resistencias de esta naturaleza se podía hacer frente al temible Cabrera.

Tenía éste empeño en apoderarse de Rubielos, situado en la cuenca del Mijares, porque le facilitaría sus excursiones al interior del país, y allí se presentó el 11 de septiembre de 1835, entrando

en el pueblo mientras la escasa guarnición se refugiaba en un convento, en el que hizo una heroica defensa; siguiendo la costumbre, los carlistas prendieron fuego al reducto, y cuando era imposible continuar la resistencia, se rindió la guarnición.

Se asegura que Cabrera les prometió conservar sus vidas y que, sin embargo, no lo cumplió y, en cambio, los fusiló. Ahora bien, lo que además le atribuyen en esta ocasión, que es cuando empezaron a motejarle con el sobrenombre de "Tigre del Maestrazgo", ni está comprobado por la crítica imparcial ni se cree a Cabrera capaz de tan feroz crueldad en oposición a la clemencia demostrada en otras ocasiones y sólo explicable, si acaso, después del fusilamiento de su madre.

Lo que se le atribuye es que, apenas tuvo en su poder a aquellos heroicos defensores, fusiló a unos cuantos, a los que le merecían, por lo visto, más consideración, y que a los restantes los condujo a un campo llamado de la Dehesa, término de Nogueruela, en donde hizo alto para que su tropa comiera el rancho; verificado lo cual, formó un círculo con su gente, colocó en el centro a los desgraciados prisioneros, a los que mandó ponerse en cueros, e invitándoles a que se salvasen, cayeron sobre ellos los carlistas, alanceándolos y acuchillándolos a mansalva. De los 65 prisioneros, ninguno se salvó; alguno murió con veintiséis heridas. Tal es la monstruosa invención de la Nogueruela, no comprobada y difícil de creer.

Desde Rubielos se dirigió al S., entrando en Requena sin conseguir apoderarse del fuerte, porque se acercaron tropas liberales y tuvo que levantar el sitio. En el extremo opuesto, hacia la parte de Gandesa, las partidas carlistas fueron batidas por Nogueras, que, en número inferior, las atacó, haciéndoles nada menos que 600 prisioneros, la mayoría de los cuales se escaparon porque Nogueras no había esperado que se le uniese la infantería; a pesar de ello, Nogueras persiguió a los carlistas hasta Horta, mientras aquéllos se refugiaban en Beceite.

Allí permanecieron en la inacción los carlistas, hasta que Cabrera decidió bajar a las llanuras de Aragón, avanzando por Alcoriza y Alloza a Muniesa, con dirección a Cariñena; pero en Muniesa fueron alcanzados por Nogueras, que sostuvo un combate en que resultó herido, lo que facilitó a los carlistas el poder continuar su excursión con la mayor tranquilidad, recogiendo armas, caballos y dinero.

Quería Cabrera apoderarse de las salinas de San Carlos de la Rápita, y tener un punto de la costa por donde poder introducir municiones y víveres, y, a dicho efecto, el 18 de octubre de 1835 se

presentó delante de Alcanar, no lejos de Vinaroz. Retirada, como siempre, la guarnición al fuerte, empezó la resistencia, que fué enérgica en la esperanza, que no se vió defraudada, de que acudirían en su auxilio fuerzas de Vinaroz; en efecto, acudieron en número de 400 hombres, pero Cabrera, que era superior en número y sabía se trataba de voluntarios y nacionales, les salió al encuentro y, a la vista de los sitiados, los destrozó tan completamente que quedaron en el campo más de 100 cadáveres. Concluído esto, la guarnición no tuvo más remedio que rendirse, y, por esta vez, Cabrera no sólo les perdonó la vida, sino que les acompañó personalmente a Vinaroz, donde se refugiaron.

Cabrera había realizado una buena campaña, pues se había apoderado de casi todos los pueblos comprendidos entre Cherta y Peñíscola; es decir, de casi todo el término de Tortosa.

Queriendo intentar algo sobre Alcañiz, acudió a esta plaza, en la que ya se encontraba Nogueras, aunque no restablecido de sus heridas; Cabrera la atacó, si bien infructuosamente, pues los soldados le dijeron que se les había hecho creer que Nogueras había muerto, y lo habían visto a caballo; y así era, pues a pesar de sus dolencias, había montado a caballo para sostener la defensa.

Retiróse, pues, a Cantavieja, en donde reunió cerca de 4.000 hombres, y como necesitaba caballos, pues sólo llegaban a 200 los que tenía, hizo una correría hacia el Jalón, con intento de adquirirlos; pero el capitán general de Valencia, el antiguo guerrillero Palarea, estaba en Calatayud con fuerzas respetables.

Se le había hecho presente desde Madrid la necesidad de "exterminar al cabecilla carlista, cuya importancia crecía y cuyo nombre se pronunciaba demasiado". Se le remitían 4.000 infantes y 600 caballos, que, con los que tenía, componían un respetable ejército de 10.000 peones y numerosos jinetes.

No disponiendo Cabrera ni de la cuarta parte del contrario, vió la necesidad de emprender la retirada en busca de un terreno montañoso que le librase de la quintuplicada caballería y de igual proporción de la infantería.

Se dirigió, pues, a la sierra de Cuenca, haciendo el día 14 de diciembre de 1835 una marcha de 16 leguas, y cuando ya se creía a salvo en Molina de Aragón, al pie de los montes se encontró con que Palarea le pisaba ya la retaguardia el 15 de diciembre de 1835, y decidió resistir; atacado que fué por Palarea, sostuvo el empuje, pero habiéndole lanzado éste la caballería al centro, que es donde estaba Cabrera, se desordenaron los carlistas, cuya caballería volvió grupas, no se sabe si por miedo o por orden de Cabrera para

que se salvase, pues tenía interés en no perder ningún caballo. Tanto es así que, cuando vió a los liberales persiguiendo a su caballería, les salió al encuentro diciéndoles: "Aquí debéis venir. Dejad a los que huyen; yo soy Cabrera", para llamarles la atención. A consecuencia de este combate, Cabrera perdió 300 hombres, 1.500 fusiles y muchos efectos; las pruebas de valor que dió Cabrera se comprenderán cuando, después, decía a sus soldados: "De buena me he librado por salvaros: ved mi capa acribillada por siete balazos; aún no habrá llegado mi hora".

Retirado a la sierra del Albarracín, después de alguna que otra correría, fué a refugiarse en los Puertos de Beceite, que era su base de operaciones, mientras Nogueras se establecía en Daroca, terminando así el año 1835.

Ahora bien; como las tropas de la reina ocupasen militarmente todo el país a fin de desmembrarlos, se valió Cabrera de una estratagema felicísima, cual fué la de licenciar por cinco días a su ejército para "mudarse de camisa", como decía, citándole para el 21 de enero de 1836 en los puertos de Beceite.

Cuando los generales isabelinos creyeron en la disolución del ejército de Cabrera lo dijeron al Gobierno, el cual, necesitando tropas en el Norte, sacó del Maestrazgo la mitad de las que había, por lo que el éxito para aquél fué venturoso.

Preocupado Cabrera con el desaliento que se notaba en las filas carlistas, a fin de levantar el ánimo intentó apoderarse de Peñíscola, sin conseguirlo; entonces trató de copar una columna liberal que estaba en Torrecilla, cerca de Alcañiz; expidió las órdenes oportunas, pero el alcalde de Valdealgorfa, a quien confió una de las comunicaciones, sacó una copia y la mandó a Calaceite avisando de lo que ocurría para que fueran sobre los carlistas, que iban a caer en Torrecilla. Esta copia fué a parar a manos de Cabrera, el cual, enterarse, batir a la columna enemiga, entrar en Torrecilla y Valdealgorfa el 6 de febrero de 1836 y fusilar a los dos alcaldes, todo fué uno; el primero, porque ni obedecía sus órdenes ni le suministraba raciones y, por el contrario, comunicaba al enemigo todos sus movimientos, como había comprobado en correspondencia caída en sus manos.

Ciego de rabia Nogueras con lo hecho por Cabrera, no pensó en otra cosa que en tomar sangrienta represalia, cual fué remitir el 8 de febrero de 1836 un escrito al gobernador militar de Tortosa en que le decía, al terminar, que "de resultar al mejor servicio de la Reina Nuestra Señora, mande V. S. fusilar a la madre del rebelde Cabrera".

El gobernador militar don Antonio G. Blanco, espantado con tal orden, trasladó el escrito al capitán general Espoz y Mina, el cual, con una ligereza imperdonable, contestó inmediatamente "que se cumpliesen los deseos del brigadier Nogueras", que eran, además, la prisión de las hermanas de Cabrera, con lo que autorizaba un crimen que había de levantar gritos de indignación y de espanto, e iba a convertir al feroz Cabrera en una fiera salvaje más temible que las de las selvas.

María Griñó, la desgraciada madre de Cabrera, mujer modesta, de apacible corazón y costumbres piadosas, estaba presa desde agosto de 1834. En tan largo tiempo, o sea en 19 meses, no se le había permitido oír misa y comulgar más de una vez, a pesar de sus fervientes deseos de ello.

El alcalde de Tortosa, con tan incomprensible orden, aconsejó al gobernador que no la cumpliera, poniendo al margen de ella: "Se obedece; pero no se cumple"; mas el gobernador, como es lógico, no se conformó, y si hasta el presente se había mostrado más humanitario que Nogueras y Espoz y Mina, a lo último se hizo digno de ellos, pues a la desgraciada anciana, a la que no se le dieron más que tres horas de plazo ni se le permitió confesarse, le negó cuatro peticiones: 1.ª, la de hacer testamento; 2.ª, la de ver a sus hijas, que estaban ya en la cárcel; 3.ª, la de comulgar, y 4.ª, la de cubrir la cabeza en el fusilamiento con una mantilla. Hay que advertir que la ferocidad con tan desgraciada y santa mujer llegó al extremo de tener que hacer la confesión sentada en un cepo y con grillos en los pies.

Aquella inocente madre, al recibir la descarga el 16 de febrero de 1836 de improviso y antes de empezar el Credo, había ya encargado dijeran a su hijo que no tomase venganza, ya que Dios lo había dispuesto así.

Éste, creyendo que sería una salvaguardia para la vida de su madre tener en rehenes madres o hijas de los que luchaban en el campo, en una correría que había hecho por la Plana se había apoderado de doña María Roqui, esposa del coronel Fontiveros, comandante militar de Chelva; de Cinta Foz, joven de 19 años, y de Mariana Guardia y Francisca Urbiuzu, mujeres de más edad, de familias isabelinas destacadas.

A estas señoras les dijo que no temieran nada, que irían siempre a su lado y las guardaría y haría guardar las consideraciones debidas a las damas, y que cuando se admitiera el canje las volvería a su domicilio.

Más que como prisioneras las trataba como de la familia, las

llenaba de atenciones, las sentaba a la mesa, y con Cinta Foz, llena de juventud y gracia, se quedaba encantado y subyugado cuando, al son de la guitarra que ella misma rasgueaba, le oía canciones quejumbrosas durante la noche o la veía, con soltura de consumada amazona, lanzar su caballo al galope para que el joven coronel la siguiera, en rivalidad ecuestre, a la vista de sus soldados por collados y puertos cuando marchaba la columna.

Claro es que en los campamentos se hablaba de próxima boda y quizá el mismo Cabrera pensara en ella, y si no era así, no se podía dudar de la atracción que ejercían sobre él los encantos de aquella distinguida señorita, a la que trataba con la corrección de un cumplido caballero español.

Pero aunque les había dicho, cuando las aprehendió: "Si mi pobre madre fuese fusilada — ¡no lo permita el Cielo!, — también lo serán ustedes", como creía improbable aquella represalia, no dejó de alimentar esperanzas de que no se vería obligado a cumplir su palabra.

El 16 de febrero de 1836, fué fusilada, como decimos, la anciana madre de Cabrera en Tortosa, por el solo delito de ser la madre de aquel caudillo.

Éste, que se encontraba en Valderrobles, dispuso inmediatamente que saliera la división para Aguaviva para reponerse allí del dolor que le producía el fusilamiento de aquellas desgraciadas mujeres, entre las que se encontraba la que, sin llegar a ser novia, había sido para él una dulce esperanza, y a las que, en cumplimiento de su palabra, ordenaba fusilar como represalia. Huía de Valderrobles para no oír la mortal descarga, y al darle cuenta en un pueblo inmediato de que sus órdenes estaban ejecutadas, exclamó: "¡Infelices! ¿Y era preciso? ¿Por qué? Hasta la tumba me atormentarán estos recuerdos."

Cabrera está disculpado por la señora de Fontiveros, que, en el momento de la muerte, dijo: "No me mata Cabrera. Otros son los que me matan", y su marido: "Justicia para los que asesinaron a la inocente María Griñó."

Realmente, desde el asesinato de su madre, Cabrera, que ya era brigadier desde el 8 de febrero de 1836, quedaba disculpado de todos los horrores.

Así, pues, publicó un bando en el que disponía que desde aquel momento no daría cuartel a nadie y por cada uno que fusilaran fusilaría él a veinte, ascendiendo a 30 el número de las mujeres que pensaba sacrificar para vengar el injustificado castigo que había sufrido su madre. "He de hacer temblar al orbe", exclamaba

empuñando un sable y dirigiéndose a sus ayudantes. "¿Ven ustedes esas elevadas montañas y cómo las aguas del río corren hacia allí? Pues yo haré que la sangre corra hasta pasar por encima de esas montañas; el sepulcro de mi madre ha de nadar en sangre; he de ver impasible la desolación del mundo convertido en un lago de sangre, aunque después me ahogue yo mismo en ese lago." La guerra empezó a tomar, con este motivo, un carácter mucho más feroz del que ya tenía.

La primera operación de importancia que realizaron los carlistas el 7 de marzo de 1836, fué por tercera vez el sitio de Gandesa, a donde acudió el brigadier Iriarte, que mandaba la provincia de Tarragona, obligándoles a levantarlo después de una defensa muy enérgica. Iriarte, no contento con esto, quiso atacar a los carlistas en su misma guarida de los Puertos de Beceite, a donde penetró de noche, sorprendiendo los hospitales y almacenes, que destruyó por medio del incendio.

Falta consignar que en esta expedición, a la ida, hallándose en Rubielos, se enteró de que en el pueblo de Alcotas había un destacamento, que quiso sorprender, por lo que se dirigió allí, en ocasión que la fuerza salía del pueblo; la atacó en campo raso y, como se les acabaran las municiones, tuvieron que rendirse a condición de que les respetara la vida. Cabrera quedó conforme, pero en cuanto tuvo en su poder a los prisioneros, los fusiló sin compasión. Al día siguiente, precisamente, publicó una orden severísima para castigar el robo, pues en ella condenaba a muerte a todo aquel que robaba más de una peseta; el primero que sufrió el castigo fué un sargento. Cabrera, dirigiéndose a sus soldados, les dijo: "Hace pocos días condecoré a este desgraciado con la cruz de San Fernando, por valiente; hoy se le fusila por ladrón. Aprended y escarmentad."

Ahora bien, necesitando Cabrera armas, caballos, víveres y metálico, y no pudiendo sacarlos del bajo Aragón y del Maestrazgo, ya muy castigados, pretendía invadir la huerta de Valencia y aparecer como por ensalmo en la rica villa de Liria, distante unas cuatro leguas de Valencia en un valle pintoresco, entre fértiles colinas, cuando se le creía en Puertos de Beceite, a donde esperaba volver con rico y abundante botín.

Salió, pues, de este punto el 24 de marzo de 1836; pernoctó en Rubielos el 26, descansó el 27 y el 28 de un tirón y, con el mayor secreto, sin comunicar a nadie su propósito, hizo una marcha de 24 horas sin más descanso que una hora en Alcubierre; y, al amanecer del 29 de marzo de 1836, se presentó ante la villa fortificada

de Liria, defendida por los milicianos, que habían dicho se bastaban a sí mismos para ello y que lo harían hasta el último extremo.

Pues bien, mientras el coronel Añón invadía y requisaba en los pueblos de Villamarchante, Benaguacil y otros inmediatos, el comandante Pertegaz, aprovechando el momento de abrir una de las puertas de la muralla, sorprendió a la plaza, saqueó la ciudad, se apoderó de los urbanos y, por la tarde, se unió con Cabrera, siendo el resultado de la jornada 67 prisioneros, más de 1.000 fusiles y 200 caballos, monturas, armas de todas clases y más de 10.000 duros. Desde allí pasaron a Chiva, donde fusilaron a los urbanos de Liria; después, a Cheste, y estando en Buñol, mejor dicho, en Sieteaguas, supo que Palarea, procedente de Onda y reforzado con fuerzas de Valencia, avanzaba desde Manises. A pesar de estar enfermo, Cabrera montó a caballo y caminó sobre Buñol, al encuentro de Palarea.

Esto dió lugar a la jornada de Chiva, en la que, como tratase Cabrera de salvar el rico botín, hizo que se pusiese a retaguardia, que tropas escogidas ocuparan las alturas del puerto de las Cabrillas y que el resto de las fuerzas protegieran el movimiento de ellas.

Palarea lanzó la infantería a la bayoneta, pero los carlistas se defendieron hasta la cumbre, desde la que emprendieron la retirada con bastante desorden, que Cabrera pudo contener infundiéndoles ánimo y colocando a retaguardia su caballería para contener a los contrarios.

Palarea, llamado desde entonces "el Vencedor de Chiva", comunicó haber alcanzado una victoria; pero Cabrera había conseguido el objeto que se había propuesto al emprender la expedición a Liria, salvando su rico botín, del que no perdió ni un carro.

Habiendo sabido Cabrera que el E. M. de la Capitanía general de Aragón indicaba la necesidad de que se fortificase Cantavieja, y teniendo él deseos de apoderarse de alguna plaza fuerte como Peñíscola, Tortosa o Morella, objeto de sus vehementes deseos, que no había logrado por delación de los comprometidos en ello, determinó adelantarse a los cristinos y fortificar Cantavieja.

Situada esta linda villa en terreno montañoso, pero con abundantes pastos, grandes pinares y hospitalarios caseríos en su territorio, estaba ceñida por viejas murallas, aislada por un lado por un profundo barranco y dominada por un antiguo castillo.

Concebida la idea de hacer de ella su base de operaciones, la guarneció con varias compañías, reparó las fortificaciones antiguas, construyó las nuevas, la abasteció de víveres, metiendo en sus almacenes el rico botín de Liria, y dividió sus fuerzas en tres parti-

das: una para Aragón, otra para La Cenia y la última para Beceite, a fin de atraer hacia ellas la persecución del enemigo y quedar él tranquilo en su misión de organizador, que realizaba en Cantavieja.

Cuando acabó de fortificar Cantavieja, creó hospitales, dispuso almacenes, restableció Academias militares, creó depósitos de reclutas, maestranza, fundiciones y fábricas de pólvora.

En este tiempo no dejaban de preguntarse en el campo cristino: ¿Dónde está Cabrera? ¿Qué hace? ¿Cuáles son sus propósitos?

Pues ya vemos lo que hacía. Entre tanto, sus partidas llamaban la atención del enemigo. Cabrera, podía decirse que se paseaba impunemente por el Maestrazgo; el Gobierno sintió la necesidad de enviar recursos a Aragón, para contener el incremento de las partidas, y se confió el mando de una columna al general Valdés (que conviene no confundir con don Jerónimo, pues éste era don Francisco). Tenía la misión de vigilar los ríos Jalón y Jiloca, y sabiendo que el cabecilla Quílez estaba en Bañón, en la cuenca de este último río, se decidió a sorprenderlo. Al efecto, el día 31 de mayo de 1836, con más de 1.000 hombres, entre los que llevaba 100 caballos, se presentó por Calamocha, frente al pueblo de Bañón, donde dormía tranquilamente la partida sin precaución de ningún género. Esperó a que amaneciese y entonces entró en el pueblo, pero cometió varias imprudencias: 1.°, no tener la precaución de cerrar las salidas; 2.°, consentir que empezaran a gritar los soldados "¡viva Isabel II!", con lo que despertaron a los carlistas, que empezaron a salir en camisa de sus alojamientos; y 3.°, tolerar que sus fuerzas se le desbandasen en busca de botín. Resultado de todo esto fué que los carlistas pudieron salir del pueblo y ocupar una altura inmediata, en la que se hicieron fuertes, y cuando quiso atacarlos Valdés, sólo

disponía de 200 hombres, pues el resto estaba desbandado; creyó que con la caballería podría deshacerlos, pero fué recibida con serenidad y rechazada con descargas, entrando el pánico de las tropas liberales, que resultaron derrotadas, quedando en poder de los carlistas 900 prisioneros, es decir, casi toda la columna, que vino a engrosar las filas de los carlistas para salvar la vida. Los pocos que se libraron se refugiaron en Daroca y Teruel, llenos de vergüenza. Tal fué el desastre de Bañón.

Nada digno de citarse ocurrió durante el verano de 1836, como no sea el combate de Ulldecona, del que nos vamos a ocupar.

Se encontraba Cabrera en Onda, es decir, cerca de Castellón de la Plana, cuando se enteró de la llegada a Tortosa de la brigada isabelina de Iriarte, compuesta de dos batallones, dos compañías de voluntarios, llamados "peseteros", un escuadrón de caballería y una pieza: en total, unos 1.800 hombres; estaba muy descuidada cobrando contribuciones cuando Cabrera, el 15 de junio de 1836, partió para Alcalá de Chisvert: allí supo que el día siguiente era esperado en Vinaroz, por lo que continuó a Calig, en donde se enteró de que Iriarte había salido a las dos para Ulldecona, situado al S. de Tortosa, en los límites de la provincia de Tarragona. Rodean al pueblo unas huertas y a tres cuartos de legua unos olivares, en donde pasó la noche Cabrera, corriéndose en la mañana del 18 de junio de 1836 a la derecha, pero dejando unos 200 hombres en las ruinas de un castillo en el camino de Vinaroz, pero cerca de Ulldecona. Ésta iba a ser la izquierda carlista, la derecha la mandaba el coronel Arévalo, y el centro quedó a las órdenes de Cabrera.

En esta disposición, salieron las tropas liberales y, llamada la atención por la izquierda, atacaron a los 200 hombres del castillo las dos compañías de "peseteros", que fueron cortadas y pasadas a cuchillo por el coronel Forcadell, que iba en el centro con Cabrera, el cual cayó sobre la retaguardia liberal, mientras Arévalo atacaba por la derecha, y no pudiendo Iriarte desenvolverse por lo encajonado del camino, ordenó la retirada, logrando salvar la pieza de artillería y los bagajes que puso a vanguardia en su desastrosa retirada a Amposta.

Cabrera fusiló a 50 prisioneros, en represalia: las pérdidas carlistas sólo fueron de 4 muertos y 14 heridos; las de los liberales, más de 300, sin contar las dos compañías de francos.

La jornada de Ulldecona levantó el prestigio de Cabrera a una altura inmensa. Carlos V recompensó el mérito de la acción concediendo al brigadier carlista la faja de mariscal de campo en 15 de agosto de 1936.

Ya lo tenemos, pues, de general a los 30 años de edad y antes de cumplir tres de campaña. Sus mismos enemigos observaban ya en sus ataques y defensas "toda la pericia de un viejo militar unida a la prontitud y osadía de un joven guerrero que, intrépido, se lanza a la lid con halagüeñas esperanzas de obtener la victoria".

Contaba ya dos señalados triunfos: el de Allora sobre Nogueras y éste de Ulldecona sobre Iriarte.

Llegado el mes de septiembre, Cabrera se unió a Gómez para acompañarle en la expedición que queda referida; en tanto, el plan de los liberales consistía en apoderarse de Cantavieja primeramente, y fortificar tanto esta plaza como la de Morella. Este proyecto siempre había sufrido dilaciones por unas u otras causas; pero, encargado del mando de Aragón el general San Miguel, se propuso desalojar a los carlistas de la primera plaza, que era el principal baluarte con que contaba.

A dicho efecto, salió de Zaragoza el 3 de octubre de 1836; pero, en vez de marchar directamente por Aliaga y Cañada, con lo que sólo tenía que recorrer 19 leguas, se dirigió por Teruel y Segorbe a Castellón para recoger artillería en Peñíscola. A costa de penosas marchas y embarazado con un convoy de 300 carros y numerosas recuas, llegó a Iglesuela, donde le esperaba ya Nogueras y Borso di Carminati, que habían venido de Teruel. El 27 de octubre de 1836 avanzaron todas las fuerzas hacia Cantavieja, a donde llegaron el 29 de dicho mes; pero el frío era tan intenso y las nevadas tan copiosas, que fué muy penoso realizar los trabajos de sitio para establecer las baterías, las cuales no pudieron terminarse hasta el 30 de octubre de 1836.

La plaza de Cantavieja, que era depósito de prisioneros y almacén de víveres y efectos, pues hasta fundición había mandado construir Cabrera, tenía un fuerte destacado, que era el de San Blas, defendido por dos cañones. El gobernador carlista, antes de que empezase el ataque comunicó al general San Miguel que por tener la plaza los prisioneros del N. estaba comprendida en el tratado estipulado en aquella región, por el cual los depósitos de prisioneros no debían ser hostilizados. San Miguel le contestó que se comprometía a dar paso franco a la escolta que condujese los prisioneros a otra plaza, pero que él estaba dispuesto a atacar a Cantavieja.

Cañoneado que fué el fuerte de San Blas, lo desalojaron los carlistas el 31 de octubre de 1836, ocupándolo Nogueras; la plaza no hubo necesidad de atacarla, pues la evacuaron los carlistas durante la noche sin intentar la defensa. Oficialmente no se encontró

nada en Cantavieja, ni víveres, ni efectos de valor; pero fué porque, según parece, los empleados que intervinieron en la cosa no procedieron con mucha limpieza y, en cambio, muchos se hicieron ricos y pusieron a la venta infinidad de efectos que se suponían de Cantavieja.

Morella estuvo por este tiempo a pique de caer en manos de los carlistas, pues lograron atraerse a algunos de los oficiales de la guarnición (entre los que se contaba un capitán de artillería), que se comprometieron a entregarle la plaza, pero, sabido por el gobernador lo que se tramaba, los cogió y los fusiló por traidores.

Habiendo perdido los carlistas Cantavieja y la esperanza de apoderarse de Morella, temieron que cayesen los almacenes y depósitos de Beceite en manos del enemigo, y no pudiendo defenderlos y para evitar que ocurriera aquello, determinaron destruirlos, y en efecto, les prendieron fuego, conservando, sin embargo, la plaza de Beceite.

Al tratar de la expedición de Gómez, vimos las causas por las que Cabrera se separó de la expedición y le dejamos camino del real de don Carlos, pero no dijimos allí que cuando intentó pasar el Ebro por Rincón de Soto en noviembre de 1836, no sólo no lo consiguió, sino que fué batido por completo, teniendo que retirarse con pérdida de la mayor parte de su gente. Cabrera cayó gravemente enfermo, pero fué asistido en Almazán por el párroco de este pueblo. Restablecido que estuvo, le mandaron una escolta del Maestrazgo, y el día 8 de enero de 1837 llegó a Rubielos, donde fué recibido por sus tropas con el mayor entusiasmo, pues le llegaron a creer muerto.

Capítulo XV

PRIMERA GUERRA CARLISTA

Cabrera. Expedición a Orihuela

(1837)

Desastre de las Cabrillas. — Fusilamiento y "Festín de Burjasot". — Expedición a Orihuela. —El coronel Forcadell. — El botín de Almansa. — Combate de Chulilla. — Cumplido elogio de Forcadell por su brillante operación.

Cabrera se dedicó, por el pronto, a la reorganización del país y, licenciando a los voluntarios, se internó con una pequeña escolta por La Cenia, pues no estaba completamente restablecido de su enfermedad. Sin embargo, por orden suya los cabecillas Llagostera y Forcadell, que estaba en Utiel, cayeron en 16 de febrero de 1837 sobre las fuerzas del coronel Crehuet, que estaba en Siete Aguas, es decir, en el desfiladero de las Cabrillas, con tres batallones y dos escuadrones. Rodeado que fué por los carlistas, se acogió esta fuerza a una eminencia, con el propósito de hacerse fuerte; pero, no conociendo el terreno, resultó que aquella eminencia tenía un abismo a la espalda, por el cual muchos se precipitaron para suicidarse cuando se vieron perdidos, y 400 quedaron prisioneros, siendo fusilados los oficiales, incluso el coronel Crehuet.

Los restos de esta columna se refugiaron en Játiva y Alcira, reuniéndose después en Liria; pero estando aquí, y llegado el 29 de marzo de 1837, recibieron orden de replegarse a Valencia, siendo conducidos por el coronel Cobos. Ahora bien; a mitad del camino, y en un llano conocido con el nombre de Pla de Pou, se le ocurrió en mal hora a este jefe dar un descanso, lo cual era una imprudencia, porque Cabrera estaba en Chiva y se dirigía en esta dirección. Entendiéndolo así los paisanos y nacionales que acompañaban a Cobos, le indicaron la conveniencia de apresurar la marcha; pero como le vieron dispuesto a continuar el largo descanso, continuaron ellos la marcha, dejando a Cobos, con unos 1.500 hombres, en el Pla de Pou.

A poco de esto, ocurrió lo que se temía; Cabrera se echó encima y, arrollando a la caballería liberal, introdujo el pánico en la

infantería, la cual se apiñó en confuso montón sin intentar la menor resistencia. Cobos, con algunos cuantos, logró refugiarse en Valencia, que estaba muy cerca; los demás quedaron prisioneros.

Y ahora viene lo que ha dado en llamarse el "Festín de Burjasot", que presentan los historiadores como un hecho real y del que cuentan lo siguiente:

A los dos días, Cabrera, queriendo festejar su triunfo, dispuso un festín en una pequeña eminencia del pueblo de Burjasot, desde donde se dominaba Valencia; a la mitad de la comida ordenó se presentasen todos los oficiales y sargentos prisioneros, sin excepción alguna, y en el momento de los brindis, cuando las músicas alegraban la fiesta, con un refinamiento de crueldad inaudito, ordenó el fusilamiento de aquellos infelices y una terrible descarga indicó que acababa de cumplirse la orden fatal.

Lo ocurrido fué, sin embargo, según Cabrera, que, por cierto, apenas probaba el vino estando bueno y ahora se lo habían prohibido a causa de sus heridas, que estando en su derecho de fusilar a todos sus prisioneros o, al menos, quintar a las clases de tropa y soldados, se resistió a derramar tanta sangre y sólo ordenó fusilar a oficiales y sargentos. Unos vecinos como curiosos y otros para felicitarle por la victoria, se agolparon en el campamento, en donde una música de aficionados estuvo tocando toda la tarde y a donde trajeron vinos y comestibles; y la casualidad de ocurrir esto mientras se realizaban los fusilamientos, dió origen al relato folletinesco, del que serios historiadores del campo liberal nada dicen, probando con ello lo infundado de la acusación. ¡Fusilamientos de prisioneros! ¡Crueldad inútil en la que se excedían los liberales, que no perdonaban a nadie. "¡Ni heridos ni prisioneros!" Mientras que Cabrera, a veces, condenaba a los que luchaban por libre voluntad y no a los que lo hacían por obligación, como les pasaba a los reclutas y soldados sin graduación.

"Yo fusilé — dijo Cabrera — estando en mi derecho, pero sin esa complacencia y demostración que se me ha atribuído." "¿Y mi madre? ¿Hubo piedad para mi inocente madre?"

La circunstancia de no existir en realidad el ejército del Centro, pues los jefes de columnas obraban cada uno por su cuenta, sin plan fijo ni unidad de acción, hacía que los esfuerzos hechos por las tropas liberales resultasen poco menos que estériles; en cambio, los carlistas campaban por sus respetos, no ya por el terreno montañoso de antes, sino por la vega de Valencia, a la que Cabrera le tenía mucha predilección por los grandes recursos que le proporcionaba. No se contentó con esto, sino que envió a Forcadell con

tres batallones y un escuadrón de caballería a que hiciera una expedición a la provincia de Murcia,

El coronel don Domingo Forcadell, amigo de Cabrera y nacido en Ulldecona de padres labradores, había sido teniente del ejército realista de Fernando VII, siendo uno de los primeros que se presentaron en Morella en 1833. Era tan adicto a Cabrera que éste decía que en él tenía "un hombre leal y excelente, y un bravo soldado".

Tres columnas enemigas persiguieron al coronel expedicionario, no consiguiendo ninguna paralizar la temeraria incursión por país desconocido y casi enemigo.

Por Alpera y Almansa, El Pinoso y Abanillas, llegó a las cercanías de Orihuela el 26 de marzo de 1837, siendo recibido en este pueblo al día siguiente entre vítores y aclamaciones. Allí estuvo hasta el 31 de marzo, después de formar batallones, armarlos y recoger botín.

Al comenzar la retirada, que pensaba hacer por el mismo camino, apareció el coronel Hidalgo con una columna para detenerle el paso en Abanillas, y aunque procuró esquivar el encuentro se decidió a presentar combate, que el otro no aceptó. Siguió imponiendo tributo por Elche, Monforte y Elda; continuó después por Villena y, sabiendo que por Almansa iba a pasar un gran convoy de paños, se dirigió a apresarlo y cargó más de 500 acémilas con tan riquísimo botín, continuando por Alpera el 3 de abril de 1837, cruzando el Júcar por Casas de Vas cuando le iban a cortar el puente, pues el coronel Hidalgo se había colocado en su vanguardia. Evitó el encuentro con éste y se dirigió a Utiel sin perder su bagaje, y al saber que las brigadas de Nogueras y Álvarez salían de Requena para arrebatarle el botín, contramarchó a los Pedroches, se puso sobre Siete Aguas, en donde apenas descansó dos horas porque se le venía encima Nogueras, y, a marchas forzadas, se encaminó el 4 de abril de 1837 a Chulilla, en donde le alcanzó la división Nogueras, que le ocasionó algunas bajas y le quitó pocas acémilas, reuniéndose con Cabrera en Lora del Arzobispo, en donde le esperaba después de su brillante expedición, retirándose juntos al interior para saborear el fruto de ella.

El cumplido elogio de Forcadell lo hizo Cabrera al decir al ministro: "La rapidez con que el jefe hizo el movimiento y lo acertado de sus marchas y contramarchas para no ser presa de las tres columnas que lo perseguían, acreditan sus movimientos y pericia, y hace honor a su vida militar."

Capítulo XVI

PRIMERA GUERRA CARLISTA

Cabrera. Mando de Oraá

(1837-1839)

El ejército del centro. — Ocupación de Cantavieja por los carlistas. — Templanza de Cabrera. — Los carlistas se apoderan de Morella. — Heroísmo de Gandesa rechazando a Cabrera. — Sitio de Morella. — El general Oraá es separado del mando. — Cabrera, teniente general. — Desastre de Maella. — Acción de Cheste. — Cabrera llega a su mayor poderío. — Las Canteras de Utrillas. — Heroísmo del coronel Serrano.

El Gobierno se preocupó seriamente con lo que ocurría y dispuso confiar el mando superior del ejército del Centro a un general de prestigio, como era Oraá; el propósito de éste era encerrar a los carlistas en sus montañas, pero se encontró con que sólo le quedaban 8.000 hombres para operar, fuerza insuficiente a todas luces, si se tiene en cuenta que la extensión de terreno confiada a su defensa era de 2.000 leguas cuadradas de superficie.

Dos nuevos reveses habían de señalar su entrada: la toma de Cantavieja y la rendición de San Mateo.

Para colmo de desgracia, el 25 de abril de 1837 fué sorprendida Cantavieja y ocupada por los carlistas, que hicieron 250 prisioneros, los cuales, más adelante, fueron fusilados por Cabrera. Las partidas de Cabañero y Aznar fueron las que se apoderaron de Cantavieja; pero, en cambio, Cabrera se apoderó el 1.º de mayo de 1837 de la importante plaza de San Mateo. Le había puesto sitio a tiempo que Serrador sitiaba a Benicarló. Oraá, que pensaba dirigirse a Cantavieja, tuvo que encaminarse a Benicarló, avisando a San Mateo que se resistiesen todo lo posible, pues pronto los socorrería.

La villa de San Mateo, antigua residencia de los Templarios, tenía un magnífico palacio maestral y un convento de dominicos, en donde juraron defenderse los milicianos y "peseteros".

Al poner sitio a la plaza, nada se adelantaba por falta de artillería, así que cuando Cabrera supo que Cantavieja había sido tomada por los carlistas, acudió a ella, cogió la artillería y la llevó a San Mateo, abriendo pronto brecha en la muralla, a tiempo que un alférez de 15 años se pasó con toda su compañía a los carlistas, y Cabrera se apoderó de la plaza, haciendo 78 prisioneros, que sacrificaron después a bayonetazos; en cambio, Benicarló se defendió con bizarría, y Oraá pudo socorrerla.

La represalia contra los prisioneros se debió a que cuando fué ocupada la plaza, alguna tropa de la guarnición logró penetrar en el convento de los dominicos, arrojando de él a los voluntarios, pero matando a bayonetazos a los que no pudieron salir y arrojando vivos a una hoguera a tres desgraciados.

El próximo arribo del general Oraá hizo levantar el campo a toda prisa para salvar la artillería, y llegados a La Cenia, cuando se acordó fusilar a los prisioneros, alguien dijo: "Es preciso que mueran ellos como mataron a nuestros voluntarios", y así murieron algunos; pero al enterarse Cabrera de lo que ocurría mandó suspender el suplicio y que los que quedaban vivos fueran fusilados.

No pudiendo Oraá hacer nada contra Cantavieja, se limitó a conducir un convoy a Morella, que había que tener abastecida; Cabrera no logró oponerse a esta operación, y no pudiendo permanecer tranquilo, dedicóse a poner sitio a Gandesa, por cuarta vez, el 29 de mayo de 1837, sin conseguir, a pesar de sus bravatas, apoderarse de la plaza, de la que se retiró abochornado, como siempre, pues los valientes defensores de Gandesa habían acreditado no tenerle miedo.

Después de esto, se ocupó Cabrera en facilitar el paso a la expedición real de don Carlos por el Ebro, operación que ya hemos relatado al describir ésta; pero lo que no dijimos es que, a semejanza de lo que le ocurrió a Cabrera al terminar la expedición de Gómez, fué también ahora batido por Oraá en Arcos de la Cantera, al regresar, teniendo que refugiarse a toda prisa en Cantavieja.

Vuelto Cabrera al Maestrazgo, propuso a Oraá regularizar las condiciones de la guerra, estableciendo el canje de prisioneros, como ocurría en el N., por el convenio de Elliot; pero, ¡mentira parece!, el general Oraá, si bien no se negó en absoluto, eludió el cumplimiento de lo que se le proponía; es decir, que Cabrera llegaba a dar más pruebas de sensatez que los liberales; en apoyo de lo que decimos, indicaremos lo que ocurrió entre el gobernador de Morella y Cabrera. Había la costumbre de remitirse mutuamente las familias de los partidarios, para que en los pueblos o plazas no

consumiesen raciones que hacían falta a las tropas; pues bien, el gobernador de Morella le envió a Cabrera algunas familias carlistas de la plaza, diciéndole en la comunicación que no le enviaba los parientes de los individuos que estaban a sus órdenes, porque esperaba que le sirviesen de alimento cuando no tuviera qué comer.

A esta provocativa comunicación contestó Cabrera, con gran templanza, que, aunque carecían de víveres, jamás comería carne humana, por no ser antropófago, como se gloriaba de serlo el gobernador de Morella.

Por cierto que en el año 1838 ocurrió que, en un canje de prisioneros del ejército isabelino por un número igual de carlistas, al llevarlo a la práctica se originó una curiosa y dolorosa discusión.

El duro cautiverio en las cárceles de Cantavieja y Morella, bien fuera por el desorden o descuido o por mala voluntad de los carceleros, había hecho que gran parte de los prisioneros isabelinos murieran de hambre o por falta de cuidado, quedando el resto en tal estado de desnutrición que parecían esqueletos.

Al comprobar los isabelinos el lastimoso estado en que se encontraban sus prisioneros protestaron indignados, diciendo: "Nosotros os devolvemos hombres válidos que mañana pueden empuñar el fusil y recibimos en cambio carne de hospital, hombres que muchos morirán en breve y los restantes tardarán en reponerse. No es justo que el canje se haga por hombre, sino al peso, por razones de equidad.

La propuesta, que se discutió agriamente y fué rechazada de plano por los carlistas, fué sostenida como perfecta expresión de la justicia, aunque sin resultado favorable.

El año 1838 se inauguró con un hecho de gran trascendencia, cual fué la caída de Morella en poder de los carlistas. Ya hemos dicho que esta plaza era la más fuerte y más importante de todo el Maestrazgo. Situada en la falda de una colina elevada, de bordes escarpados, está defendida por un castillo que corona la montaña, la cual tiene la figura de un tronco de cono y aparece poco menos que aislada. Pues bien, por medio de una sorpresa, y realizando una verdadera hazaña, se apoderaron los carlistas de ella el 26 de enero de 1838. Un joven cabecilla, llamado Alió, acompañado de unos cuantos, aprovechando un temporal y a favor de la noche, lograron después de mil trabajos escalar el fuerte, acometiendo a los centinelas que encontraron, los cuales, dando la voz de alarma, se acogieron al cuerpo de guardia; pero Alió y los suyos empezaron a dar voces simulando que eran fuerzas numerosas, cuando no pasaban de 75 hombres, y la guarnición del castillo se refugió en

la plaza. De poco sirvió que el gobernador de ésta acudiera al castillo para recuperarlo; los defensores los recibieron con nutrido fuego, y no sólo tuvo que desistir de su empeño, sino abandonar la plaza. Así cayó Morella en manos de los carlistas; Alió fué recompensado con el empleo inmediato y la cruz laureada de San Fernando, y al primer soldado carlista que dió el asalto le puso Cabrera las charreteras de capitán.

No hay para qué decir la consternación que produjo la pérdida de Morella en el campo liberal; el mismo Oraá se afectó profundamente, y motivos tenía para ello, porque la superioridad de Cabrera no era ya sólo moral, sino material; contaba con dos plazas como las de Morella y Cantavieja; un teatro de operaciones reducido y un ejército de 19 batallones y 800 caballos; en cambio, Oraá, con un teatro de operaciones mucho más dilatado, y teniendo que guarnecer infinidad de puntos, sólo disponía, para todo esto, de 12 batallones y unos 500 caballos; las circunstancias no podían ser más fatales; sin embargo, el entusiasmo de algunos pueblos no decayó y buena prueba de ello fué lo ocurrido en Gandesa.

Cabrera sentía mortificado su amor propio por haber sido rechazado cuatro veces de Gandesa, así que ahora dispuso sitiarla por quinta vez, y el 9 de febrero de 1838 se presentó delante de la plaza con 4.000 hombres y 5 piezas de grueso calibre para batirla. Los habitantes de Gandesa no sólo se cubrieron de gloria en esta ocasión, cosa que habían demostrado ser natural de ellos, sino que se inmortalizaron; baste saber que, mientras los hombres se batían en las brechas, las mujeres patrullaban las calles y los viejos y los niños se dedicaban a repartir víveres y municiones; y cuando, al cabo de 20 días de resistir el cañoneo, en ocasión en que la plaza estaba convertida en un montón de ruinas, creyeron que no había más remedio que entregarse a Cabrera, supieron que una fuerte columna, al mando del general don Santos San Miguel, venía por la parte de Caspe en su auxilio. A tiempo llegó de salvarlos, pero habiendo quedado completamente destruído el pueblo y arrasadas por Cabrera sus inmediaciones, decidieron los 2.000 vecinos que quedaban abandonar el pueblo y, al efecto, recogiendo cuanto pudieron salvar, dieron fuego a lo restante, rompieron las tinajas de aceite, que era la única riqueza que tenían, y el 2 de marzo de 1838 salieron con San Miguel en dirección a Caspe. Cabrera quiso detener la marcha de la expedición cerca de Batea, pero no lo consiguió, pues San Miguel había tomado sus precauciones.

Los inmortales gandesanos no volvieron a Gandesa hasta que a los tres años se internó Cabrera en Francia, y es fama que cuando celebraban la vuelta a sus hogares, se presentó, ¡aunque parezca mentira!, un comisionado de apremios a cobrarles las contribuciones atrasadas.

A tiempo que ocurría lo sucedido en Gandesa, el cabecilla Cabañero entraba por sorpresa en Zaragoza el 5 de marzo de 1838; pero apenas se dió cuenta la población de lo ocurrido, fué rechazado de la plaza.

Cabrera también quiso sorprender a Alcañiz, y el 1.° de mayo de 1838 circunvaló la plaza, en la que llegó a entrar; pero como la defensa continuó muy enérgica, tuvo que abandonarla el día 6.

Y llegamos a la operación de más importancia de este año: el sitio de Morella. Oraá tenía empeño en recuperar esta plaza y había pedido al Gobierno recursos para salir airoso de su empresa; recibió un refuerzo de 22 batallones y 15 escuadrones, y formadas tres divisiones con sus tropas, que disponían además de una brigada de reserva, empezó las operaciones preliminares, partiendo de Teruel, de Castellón y de Alcañiz las diversas fracciones el 16 de julio de 1838.

El plan de Cabrera para la defensa de Morella consistía en colocarse a espaldas del ejército sitiador para interceptarle los convoyes e impedirle realizar el sitio con tranquilidad, pues pensaba atacarle cuantas veces pudiese. Grandes temporales de agua detuvieron a Oraá más de lo que creía, así que el 27 de julio de 1838 estaba en Mosqueruela, y sólo el 1.° de agosto de 1838 llegó frente a Morella, estableciéndose en las alturas que la rodean.

Cabrera empezó a molestarle con combates, pero el día 2 de agosto de 1838 fué rechazado con grandes pérdidas, resultando muerto su caballo de un balazo y teniendo que dejar en el campo la boina y la capa blanca que usaba aquel día.

Cabrera, que podía entrar y salir de la plaza cuando quería, penetró en ella para dar disposiciones sobre la defensa, y el día 5 de agosto de 1838 regresó a sus líneas exteriores.

Empezados los trabajos de sitio, el día 14 de agosto de 1838 rompió el fuego Oraá contra las murallas para abrir brecha; la situación de este caudillo era poco halagüeña, pues los víveres le escaseaban, por la sencilla razón de que el Gobierno no los había colocado en los sitios designados de antemano; además, la circunstancia de estar Cabrera preparado para detener los convoyes, hacía que la posición suya delante de Morella fuese muy falsa y hubiera prisa por terminar cuanto antes la operación.

Influído, sin duda, por estas ideas, el cuerpo de ingenieros cargó, como dice un escritor, con "la gravísima responsabilidad de

declarar accesible (el día 15) una brecha tan recientemente abierta y que era perfectamente intransitable". "Delicado era consentir que la responsabilidad descansase sobre el solo parecer de un cuerpo facultativo, pero era todavía artículo de fe, en cuestiones de balística, que la opinión de los ingenieros fuese infalible, como en materias de fe la del Pontífice Romano."

No fué, pues, responsable Oraá de lo que ocurrió; en la noche del 15 de agosto de 1838 se lanzaron con el mayor arrojo tres columnas al asalto, pero no siendo transitable el camino de la brecha y habiendo encendido los carlistas enormes hogueras detrás de ésta para impedir el paso, fueron recibidas aquellas columnas por un terrible fuego de fusilería y un diluvio de granadas de mano, que les obligó a retroceder con grandes pérdidas. Intentóse repetir el asalto por distinto punto el 17 de agosto de 1838, pero tampoco tuvo éxito, pues en cosa de cinco minutos quedaron 300 hombres tendidos en el suelo; advirtiendo que en esta ocasión hubo competencia entre los cuerpos, pues todos querían ser los destinados al asalto y hubo que sortearlos.

A todo esto, la situación se había complicado, porque Cabrera había incendiado las mieses de las cercanías, y la ración había quedado reducida a granos de trigo machacado; siendo, pues, imposible continuar así, Oraá dispuso levantar el sitio, lo cual verificó el mismo día 17 de agosto de 1838, retirándose a Alcañiz, después de sostener varios combates con los carlistas, que le atacaron la retaguardia.

El veterano general Oraá, "el lobo cano", como le llamaban los carlistas, fué separado del mando, y la opinión le hizo responsable de lo ocurrido, cuando no tenía ninguna culpa; aquel entendido general, que se había distinguido en cien combates y tenía más de veintitantas cicatrices en su cuerpo, fué la víctima elegida por el vulgo, y aunque llegó a justificar plenamente su conducta, es lo cierto que se puso en duda su reputación militar, y el recuerdo de estos hechos amargó los últimos años de su existencia.

En cambio, a Cabrera se le recompensó con el empleo de teniente general y el título de conde de Morella. El joven seminarista que había empezado de guerrillero con quince hombres armados de palos y escopetas, se veía ya mandando un ejército creado por él mismo y haciendo en el mundo el ruido que él había soñado, por lo que el pretendiente nunca se sintió tan cerca del trono, ni aun en los instantes que estuvo a la vista de Madrid, como en estos de la conquista de Morella.

Conviene consignar que, en tales momentos, Cabrera llegó en efecto al pináculo de la gloria, a partir del cual irá descendiendo

paulatinamente para no despeñarse, como otros caudillos, y conquistando siempre glorias, aunque no tan excelentes como las indicadas.

Tenía por entonces 32 años, regular estatura, espeso pelo negro, cejas pobladas y casi juntas, labios gruesos, bigote pequeño, barba saliente y piel amarillenta que le daba tipo árabe. Su aspecto de severidad imponía cuando fruncía las cejas y miraba con sus brillantes e inquietos ojos negros, pero en la conversación particular se hacía jovial y hasta festivo. A caballo, cuando no se veía obligado a caminar con sus tropas, siempre marchaba a galope, porque no podía estarse quieto un momento.

Vestía levita o casaca azul y se tocaba con una especie de boina vascongada; pero lo característico en él eran: una zamarra, más o menos fina, en todo tiempo, y, algunas veces, capa blanca, aunque casi siempre era encarnada. La boina, después, era del color de la capa, con borla y galón de oro. En la mano un látigo o el célebre palo, en vez del sable, que pocas veces sacaba de la vaina.

Comía muy frugalmente, cenaba menos y sus costumbres no podían ser más ordenadas, pues aquellas orgías y bacanales que le atribuían eran inventadas por los enemigos políticos.

Pero no acabaron en esto los descalabros; el general Pardiñas, que mandaba una de las divisiones del ejército de Oraá, había quedado establecido después de la retirada en Alcañiz. Pardiñas era hombre de mucho arrojo y mucha ambición, era joven como él, entendido, discreto y valiente; estaba cubierto de gloria y acababa de ser ascendido a mariscal de campo; había soñado con vencer a Cabrera, y lo había dicho con sobrada ligereza; Cabrera, que lo supo, tuvo también deseo de encontrarse con él, y anunció que daría fin del jefe liberal; el encuentro tuvo lugar en Maella, no lejos de Alcañiz, el 1.° de octubre de 1838.

Había iniciado Pardiñas un movimiento hacia Tortosa, por lo que, temiendo Cabrera, que estaba en Morella, pudiese caer sobre el general carlista Llagostera, que ocupaba Mora de Ebro, montó a caballo en la mañana del 27 de septiembre de 1838 y a galope tomó el camino de Mora de Ebro, a donde llegó después de caminar sin cesar 28 horas. Allí supo que Pardiñas estaba en Calaceite y, sin descansar más de dos horas, marchó a Gandesa, donde pernoctó. Entre tanto, Pardiñas contramarchó a Maella y Cabrera se puso en Valdealgorfa, pernoctando aquí el 30 de septiembre de 1838 y diciendo a sus ayudantes que estaba dispuesto a sacar el sable en el combate, y resuelto a darle la batalla, salió a las cuatro de la mañana del día 1.° de octubre de 1838 con 4.000 hom-

bres, acampando a media hora de aquel pueblo al rayar el día.

Pardiñas, que contaba con análoga fuerza que el adversario, desplegó su división y empezó el combate, consiguiendo rechazar la izquierda carlista, a donde acudió Cabrera, que resultó herido; pero cuando Pardiñas creía segura la victoria, sucedió que su izquierda había avanzado tanto que, quedando completamente desligada de la línea de batalla, los carlistas no tuvieron que hacer más que un cambio de frente para cogerla por el flanco. La izquierda liberal, al verse atacada de este modo, no tuvo serenidad siquiera para defenderse el tiempo preciso para que llegase a su altura el resto de la línea, y se rindió vergonzosamente.

El resto de la división, al ver lo ocurrido, se desordenó, y Pardiñas, lleno de vergüenza y de ira por lo sucedido, comprendiendo que no podía sobrevivir a su derrota, se lanzó como un loco a los sitios de mayor peligro; perdió su caballo, cogió un fusil y, arrimado a un árbol, empezó a hacer fuego hasta que, de una lanzada, cayó muerto.

De cinco batallones que tenía aquella división llamada "el Ramillete", porque era la mejor del ejército liberal, sólo pudieron salvarse algunos pelotones, que, protegidos por la caballería, llegaron a Caspe; en seis horas de porfiada batalla habían quedado tendidos en el campo más de 1.000 cadáveres, y el resto, o sea más de 3.000 hombres, quedó prisionero: aquella brillante división había sido destruída por completo, desapareciendo totalmente. Esta victoria elevó a Cabrera al puesto más conspicuo, no sólo entre los carlistas, sino en tierras extrañas, en donde se le llegó a creer superior a Zumalacárregui.

Cabrera no quiso conceder cuartel a los prisioneros de caballería que había cogido, bien en represalias de haber acuchillado la caballería liberal a unos carlistas hechos prisioneros al principio de la acción, bien por haber dicho Pardiñas en la arenga a sus tropas "que no se diera cuartel a nadie": es lo cierto que Cabrera dió orden al capitán Espinosa de que diese muerte en el acto a 50 que tenía en su poder; pero este oficial carlista se negó, diciendo "que no tenía lanza, después de la acción", lo cual fué causa de que lo enviase a Chelva, donde vivió obscurecido. Sin embargo de esto, 161 prisioneros fueron acuchillados a sangre fría, en cumplimiento de la orden de Cabrera, el cual sacó del hospital de Maella 27 heridos y los fusiló. A los sargentos prisioneros, que eran cerca de 100, les invitó a entrar en las filas carlistas, pero se negaron y, sabedor Cabrera de que uno había dicho: "primero morir que tomar parte con ladrones", los mandó fusilar a todos.

Esta conducta y proceder inhumano fué debido a que Pardiñas alanceó a muchos voluntarios que se creyeron prisioneros al principio de la acción y fueron acuchillados a la vista de los carlistas, y en cuanto a los heridos, fué la pena del Talión, haciéndolo conocer al enemigo para que supiera que si no adoptaba otra conducta tampoco lo harían los carlistas.

Con este motivo se cruzaron las comunicaciones en las que la contestación de Cabrera se hace notar por lo sensata, lógica y prudente, tanto más cuanto que la liberal no podía ser ni más ofensiva ni más insultante.

Tales fueron las consecuencias del desastre de Maella, el inaugurarse una época más terrible de desolación y exterminio.

Después de esto, Cabrera, con su ejército de más de 17.000 hombres, perfectamente organizado y en brillante estado, como estaba el suyo, recorría impunemente toda la zona de su mando desde el Ebro hasta la huerta de Valencia, como señor absoluto de todo aquello.

Quería extender su dominación, tanto por la parte del Jalón como por la de Cuenca, y, a dicho efecto, iba fortificando las plazas que creía más convenientes; por el N. lo había hecho ya con Segura; en el Mijares, con Montán y Ayodar; por la parte de Cuenca, con Cañete y Beteta; por el S., con Alpuente; la idea era aproximarse a Madrid, para aislarla o incomunicarla, y amenazar sus comunicaciones con el reino de Valencia.

Por este tiempo regresaban los carlistas con 7 batallones, 5 escuadrones y un gran botín, de Valencia al Maestrazgo por Chelva, cuando el general Borso envió contra ellos al coronel Pezuela con 4 escuadrones. Éste los alcanzó cerca de Cheste el 2 de diciembre de 1838, y batiéndolos por completo, les hizo huir hacia Pedralba, causándoles bastantes bajas, haciéndoles 170 prisioneros y cogiéndoles 800 fusiles. El coronel Pezuela fué, por este hecho, ascendido a brigadier, y más tarde recibió el título de conde de Cheste.

Cabrera, sin embargo, no pudo realizar la campaña que se prometía este año de 1839, porque los faluchos guardacostas apresaron un cargamento de 8.000 fusiles, que esperaba para armar a sus voluntarios, lo cual fué una gran contrariedad.

Había reemplazado al desgraciado Oraá, en el mando del ejército del centro, el general Van-Halen, el cual, como operación de verdadera importancia, quiso apoderarse de la importante plaza de Segura.

Segura de Aragón, situada en el nacimiento del río Aguas, y al pie de la sierra de Cucalón, no lejos de Montalbán, era una

plaza que, por las importantes obras que había mandado construir Cabrera, iba adquiriendo una importancia parecida a la de Morella. Van-Halen, antes de que llegase a hacerse inexpugnable, trató de apoderarse de ella y, al efecto, marchó con 12 batallones, creyéndolo empresa relativamente fácil; pero no contaba con Cabrera, el cual puso fuego al pueblo, dejando limitada la defensa al castillo, y, tomando posiciones en las inmediaciones, esperó a Van-Halen. Entonces comprendió éste las dificultades de la empresa y, no atreviéndose a atacar al castillo, ni hacer frente, replegó sus tropas y se retiró.

Hay que advertir que recordando que el sitio de Morella se había levantado por falta de víveres, se había procurado ahora no sucediese lo mismo en Segura, por lo que se habían acarreado inmensos convoyes con gran cantidad de recursos. En estas circunstancias hay que comprender el efecto que causaría esta retirada en uno y otro bando.

Este fracaso fué causa de que Van-Halen dimitiera el mando, y se nombrase para substituirle al general Nogueras, que estaba enfermo en Zaragoza y no podía dedicarse a las operaciones.

Se asegura que cuando lo supo Cabrera, dijo: "¡Otra vez Nogueras! Corriente, nos veremos. El gobierno cristino me favorece demasiado sin sospecharlo."

Aprovechando estas favorables circunstancias, Cabrera continuó fortificando pueblos, manteniéndose en el límite de su esplendor y poderío.

Tenía ganas de apoderarse de Montalbán y acudió a ponerla sitio el 19 de mayo de 1839, pero cuando estaba más entretenido en la empresa, se presentó el general Ayerbe por la parte de Martín del Río, en auxilio de los sitiados. A mitad del camino entre este punto y la plaza, y en sitio conocido por Canteras de Utrillas, el 28 de mayo de 1839 se dió el combate de este nombre, pues los carlistas ocupaban unas alturas escarpadas, para impedir el paso a las tropas de socorro. El combate fué favorable a los liberales, y en él se distinguió el que más tarde había de ser duque de la Torre, el entonces coronel Serrano, de caballería. Parece ser que, en el ardor de la pelea, llegó a subir a un cerro fortificado, tras del cual descubrió numerosas fuerzas carlistas que, en cuanto le vieron, acudieron hacia él; trató de cargarlas, pero cuando volvió la vista atrás, se encontró con que se había adelantado tanto, que sólo tenía ocho hombres; no apurándose por eso, empezó a dar voces de mando como si tuviera numerosas fuerzas, y los carlistas, que le oyeron, no sólo se detuvieron, sino que se retiraron.

Se retiraron de Montalbán, pero el 26 de mayo de 1839 volvieron a presentarse, y tuvo que acudir de nuevo en auxilio de la plaza el general Ayerbe, el cual resolvió abandonar Montalbán después de volar los restos de fortificación que quedaban, lo que se realizó el 11 de junio de 1839. En la retirada volvió a distinguirse el coronel don Francisco Serrano, que llegó a dirigir hasta trece cargas.

Capítulo XVII

PRIMERA GUERRA CARLISTA

Cabrera. Mandos de O'Donnell y Espartero

(1839-1840)

O'Donnell. — Combate de Lucena. — Batalla de Onda. — Cabrera no se conforma con el convenio de Vergara. — Espartero. — Sitio de Segura. — Estratagema de Zurbano. — Sitio de Castellote. — Heroica defensa. — Rendición de Aliaga. — Conquista de Alpuente. — Se eclipsa la estrella de Cabrera. — Combate de Novaliches. — Espartero se apodera de Morella. — Cabrera pasa a Cataluña. — Juicio crítico de este caudillo.

La preponderancia que adquiría Cabrera hizo pensar serenamente al Gobierno en la necesidad de enviar al ejército del centro un general de prestigio, ya que el que lo mandaba, que era Nogueras, no podía ocuparse de los asuntos de la guerra a causa de sus enfermedades.

Echándose a buscar un general de condiciones, no encontraron otro que el mariscal de campo don Leopoldo O'Donnell, joven de 30 años que operaba en el ejército del N. Es fama que, cuando Cabrera se enteró de este nombramiento, dijo a sus amigos: "Ya tenemos otro toro en la plaza, y parece que es bravo, según noticias. ¿No observan ustedes que siempre envían contra mí generales de apellidos extranjeros? Borso di Carminati, Oraá, Van-Halen, O'Donnell. Qué cosa más singular; y a fe que no faltan generales de apellido español en la guía de forasteros." Si era bravo este toro, bien pronto lo habría de experimentar el mismo Cabrera, que, en su fuero interno, le temía.

En efecto, tomando O'Donnell posesión de su mando el 3 de julio de 1839, en Zaragoza, decidió acudir en socorro de la plaza de Lucena, sitiada por Cabrera y en la que había quedado encerrado el general Aznar, que había ido a socorrerla.

Con cinco batallones y cuatro escuadrones, y resuelto a batirse con los carlistas dondequiera que los encontrase, se dirigió rectamente a Teruel y, de aquí, a Segorbe, marchando a Castellón, en donde se le reunieron las fuerzas del centro.

El día 15 de julio de 1839 salió de Castellón; pero, en vez de seguir el camino directo de Lucena, que pasa por Alcora (el que habían seguido siempre las tropas y en el que le esperaba Cabrera, que ya había construído trincheras y cortaduras) se fué por Villafames y el desfiladero de las Useras, hacía Adzaneta, flanqueando por la derecha el camino por donde le esperaban. Los carlistas, viéndose burlados, se trasladaron, por la sierra de las Useras, a ocupar nuevas posiciones; pero, atacados a la bayoneta por O'Donnell, se replegaron a otras alturas, que defendieron con menos vigor, retirándose, por último, y dejando libre la plaza, en la que había unos 2.200 hombres que no pudieron hacer ninguna salida, ni concurrir a la operación, por no haber oído el fuego, enterándose de que estaban libres cuando vieron entrar a O'Donnell. Por este hecho, ocurrido el 17 de julio de 1839, fué ascendido O'Donnell a teniente general y, más tarde, recibió el título de conde de Lucena.

A poco, otro nuevo triunfo sobre Cabrera acreditó a este entendido general de tener talla más que suficiente para medirse con el temible caudillo carlista.

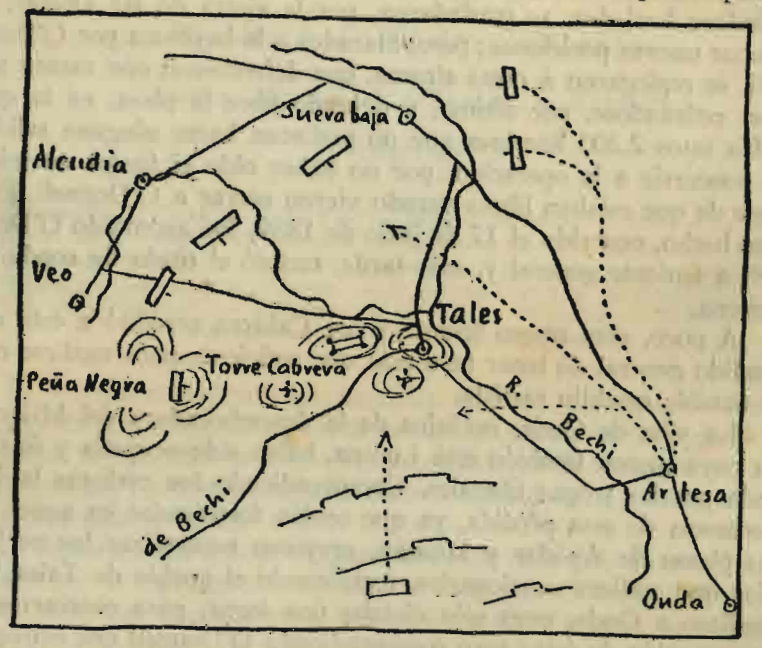
La villa de Onda, no lejos de la desembocadura del Mijares, en cuya cuenca también está Lucena, había sido ocupada y fortificada por las tropas liberales. Comprendiendo los carlistas la importancia de esta pérdida, ya que tenían fortificadas en aquel río las plazas de Ayódar y Montán, creyeron neutralizar los perjuicios que pudiera ocasionarles, fortificando el pueblo de Tales, inmediato a Onda, pues sólo distaba una legua, para contrarrestar la ocupación de ésta; pero comprendiendo O'Donnell que convenía arrojarlos de allí, hizo los preparativos suficientes en Sagunto o Murviedro, y el 31 de julio de 1839 llegó a Onda.

Hecho un reconocimiento personal de las posiciones del enemigo, determinó O'Donnell se estableciesen las baterías al S. de Tales, en el ángulo que forman el camino de Bechi y el río seco de este nombre.

Acudió Cabrera presuroso a impedir el sitio, y el 3 de agosto de 1839 atacó a las fuerzas liberales, sin resultado. El día 8 se empezó a cañonear los fuertes del enemigo, consiguiendo el 13 de agosto de 1839 apagar los fuegos de la plaza y destruir las defensas más visibles; no quedaba para el asalto otro obstáculo que la presencia de Cabrera, establecido en las alturas que hay al NO. de Tales, desde Suera baja, donde apoyaba la izquerda, a la Peña Negra y Torre de Cabrera, donde tenía la derecha.

El día 14 de agosto de 1839 determinó O'Donnell atacar a Ca-

brera y, al efecto, dispuso que, partiendo de Artesa, el general Azpiroz envolviese la izquierda enemiga, lo cual se realizó fácilmente por estar may apoyada, mientras otras tropas, por el centro, atacaban de frente. El combate fué muy reñido, pero Cabrera tuvo que replegar su izquierda hacia Alcudia, y su derecha a la Peña Negra, momento que aprovechó O'Donnell para ocupar el pueblo



y la Torre de Cabrera. Éste quiso recuperar las posiciones perdidas, pero fué en balde, teniendo que retirarse, para ver al día siguiente, desde las alturas, cómo se volaban las fortificaciones de Tales. O'Donnell, después de esto, volvió a Onda, muy ufano con su triunfo, y en una orden general decía a sus soldados. "Por segunda vez en menos de un mes habéis humillado el orgullo del rebelde Cabrera, batiéndolo bajo los muros del castillo de Tales, cuyos fuertes, perdida la batalla, se han rendido a discreción."

A poco de ocurrir esto, se firmaba, como sabemos, en el N. el convenio de Vergara de 30 de agosto de 1839. Cabrera, cuando lo supo, montó en cólera y, diciendo que aquella era una traición infame, rasgó el convenio que le enviaron los liberales, diciendo al correo que se quitase de su vista, porque si no lo fusilaría en el acto. Reunió a sus generales y les dijo que sus intenciones eran seguir peleando hasta conseguir el triunfo de la causa que con tanto ardor venía defendiendo, y que si alguno no estaba conforme lo podía decir y le daría pasaporte para el punto que eligiera; pero, eso sí, advertía a los que se quedasen que no admitiría traidores y, a la menor sospecha, fusilaría a los que aparentasen fidelidad para introducir la indisciplina en las filas, porque las circunstancias eran extraordinarias, y extraordinarios tenían que ser los medios de que se valiese para impedir la discordia en su ejército.

Concluída la campaña del N., Espartero fué nombrado general en jefe, no sólo del ejército del Centro, sino también del de Cataluña, a lo que respondió don Carlos, que estaba en Francia, añadiendo a Cabrera el territorio de Cataluña, que también quedó bajo su mando. Espartero, con la mayor parte de las fuerzas del ejército del N., bajó a Zaragoza, donde se le hizo un recibimiento triunfal; uniendo sus fuerzas con las del Centro, iba a disponer de 80.000 infantes y 6.000 caballos, o sea un total de 90.000 hombres, mientras que Cabrera, a todo tirar, sólo podía presentar 24.000 hombres; las condiciones eran bien desiguales, pero Cabrera no por eso se intimidó, antes al contrario: con una resolución inquebrantable y un heroico tesón, se dispuso a hacer frente a los formidables aprestos que contra él se preparaban, y procuró comunicar a sus tropas el ardiente entusiasmo que poseía.

La campaña que vamos a referir, que fué la última del Centro, puede decirse que se redujo a una campaña de sitios. Numerosos eran los puntos que tenían los carlistas fortificados, lo cual facilitaba en alto grado el movimiento de sus columnas; había, pues, que írselos quitando poco a poco, a fin de aconchar a Cabrera entre el Ebro y el mar.

A dicho efecto, lo primero que hizo Espartero fué establecer una línea de puestos que, cubriendo el territorio de Aragón, se extendía desde Alcañiz por toda la cuenca del Guadalope, pasando por Calanda, Alcoriza, La Mata, Gargallo, Estorcuell y Cabra; línea que le puso en comunicación con O'Donnell, que estaba en Camarillas; es decir, a la otra parte de la sierra de Gúdar, dentro de la cuenca del Guadalope. La otra línea la formaban las fuerzas del general Azpiroz, que estaban en Segorbe, Murviedro o Sagunto y Castellón, las cuales habían de apoderarse de la línea del Turia, para cerrar por este punto la salida a los carlistas. Es decir, que el terreno ocupado por los carlistas afectaba la forma de un rectángulo, dos de cuyos lados fueran el Ebro y la costa, y los otros dos, la línea que ocupaba Espartero y la del Turia. Teruel era el vértice que formaban estas dos líneas, y lo ocupaba O'Donnell.

Azpiroz se apoderó de Chelva, Torres de Castro y Chulilla, en la orilla izquierda del Turia, y estas ventajas proporcionaron la de que los liberales comprometidos de estos pueblos, volvieron a ellos, pidiendo con ansia armas, para organizar milicias y defenderlos de los carlistas.

El primer sitio que emprendió Espartero por su línea fué el de Segura, plaza que cayó en poder de los liberales gracias a una estratagema de que se valió Zurbano. Escribió éste una carta dirigida al gobernador de la plaza, en la que aparecía como si estuviera en inteligencia con los liberales; Zurbano arrojó la carta por la muralla, y en cuanto los defensores se enteraron de que el gobernador pretendía, según la carta, entregar la plaza, empezaron a tiros, mataron al gobernador, que era inocente, y aunque eligieron otro, es lo cierto que decayó pronto el espíritu de la guarnición, y el 28 de febero de 1840, precisamente el día de Espartero, que se llamaba Baldomero, capituló la plaza.

Habrá extrañado no ver a Cabrera figurar en estas operaciones; pero, debido al ímprobo trabajo que pesaba sobre él, cayó enfermo de tal gravedad, que el 24 de diciembre de 1839 tuvieron que administrarle los últimos sacramentos. Conducido a Morella, tuvo que guardar cama por largo tiempo, precisamente en ocasión en que era más necesaria su presencia.

Y vamos al sitio de Castellote. Espartero llegó frente a esta plaza, que se iba a inmortalizar con la defensa tan gallarda que iba a hacer, el 23 de marzo de 1840. Mandaba en ella Llagostera, el segundo jefe de Cabrera, el cual, por lo pronto, incendió todos los caseríos de los alrededores. Cañoneado el pueblo y lanzadas dos columnas de asalto, los carlistas lo abandonaron refugiándose en el fuerte o castillo. Al día siguiente, después de un violento fuego, propuso Espartero la capitulación, pero los carlistas contestaron con el toque de ataque. Para apoderarse del castillo era preciso destruirlo por completo; pero la torre principal era muy maciza y no podía caer a cañonazos, por lo que se hizo uso de las minas; los carlistas, para oponerse a estos trabajos, que se realizaban al pie del muro, derribaron una garita de piedra que había en lo alto de la torre, con ánimo de aplastar a los zapadores; pero la mina quedó terminada, y Espartero volvió a proponerles la capitulación. Los carlistas recibieron a tiros al parlamentario y emplearon la noche del 25 de marzo de 1840 en tapar las brechas con sacos de arroz y de víveres, que de nada les iban a servir, ya que contaban próxima la muerte. La mina estaba cargada con dos quintales de pólvora, pero Espartero no quiso que se le diese fuego, y trató de ver si, por asalto, podía apoderarse de la torre.

El 26 de marzo de 1840, vencidas todas las dificultades, consiguieron las tropas apoderarse de aquel montón de ruinas, donde 500 héroes habían hecho frente a 30 batallones. Los carlistas se entregaron, siendo felicitados calurosamente por Espartero, que no pudo menos de elogiar tan heroica defensa.

Espartero ordenó a O'Donnell, que estaba en Teruel, pusiera sitio a Aliaga, a donde llegó el 12 de abril de 1840, y después de una resistencia, que por lo enérgica se pareció a la de Castellote, se rindió la plaza el 15 de abril de 1840.

De allí pasó O'Donnell a Alcalá de la Selva, que se defendió con bizarría, pero se rindió el 30 de abril de 1840.

Por la parte del Turia, Espartero ordenó al general Azpiroz se apoderase de Alpuente, plaza que resistió con igual energía que las anteriores; pero, como aquéllas, se rindió el 2 de mayo de 1840, valiéndole la conquista al general Azpiroz el título de conde de Alpuente.

La serie de descalabros que estaban sufriendo los carlistas era continua, como vemos; la estrella de Cabrera se eclipsaba; bien es verdad que éste difícilmente podía dirigir las operaciones, pues, como hemos dicho, estaba en cama. Sólo cuando se encontró mejor de su enfermedad lo sacaron de Morella y lo condujeron a Mora de Ebro; pero el general don Diego de León, en su avance por la izquierda de la línea de Espartero, llegó a atacar este punto, y entonces lo sacaron de allí para llevarlo a La Cenia. En cuanto estuvo convaleciente y pudo montar a caballo, se dirigió a Morella, para dar sus disposiciones relativas a la defensa, y como estaba amenazada Cantavieja, ordenó que abandonasen esta plaza, retirándose otra vez a La Cenia.

Esta serie de descalabros hizo perder a los carlistas su confianza en Cabrera, a quien se le mostraba adversa la fortuna. Las tropas liberales iban ocupándolo todo; por la parte de Segorbe, el brigadier don Manuel Pavía, comandante de la línea Sarrión a Segorbe, conducía a la primera plaza un convoy cuando se enteró de que los carlistas estaban en la aldea de Novaliches con tres batallones y 200 caballos. Sin pérdida de tiempo se encaminó a este pueblo con 2 batallones y un escuadrón, y el día 22 de marzo de 1840 los acometió, batiéndolos por completo y haciéndoles 60 muertos y 72 prisioneros.

Más tarde recibió por este hecho el título de marqués de Novaliches. El mismo O'Donnell avanzó por Castellón y atacó a Cabrera en La Cenia, que tuvo que abandonar.

Se aproximaba a pasos agigantados el término de la lucha, que había de decidirse, como puede comprenderse, frente a los muros de Morella, de aquella plaza que era el baluarte del Maestrazgo y que en este territorio tenía muchísima más importancia que Estella en el N. La plaza, como es natural, la tenía preparada Cabrera para resistir el sitio que suponía tendría que sufrir.

Espartero, en efecto, el 19 de mayo de 1840 se movió desde la Pobleta de Morella sobre la citada plaza; pero los temporales y, sobre todo, las intensas nevadas y el excesivo frío, le detuvieron en su marcha. Llegó, sin embargo, la división que mandaba el general don Diego de León a San Marcos, donde la estableció Espartero; otra división la colocó en Chiva de Morella, y otra en el Forcall; es decir, que extendió el ejército en todo el frente N. de Morella; a retaguardia de él quedaban en la carretera la caballería y los bagajes hasta Monroyo.

El día 23 de mayo de 1840 se rompió el fuego desde el cerro de la Pedrera contra el cerro de Mas del Pou y ermita de San Pedro Mártir, donde había un fuerte del que se apoderaron las tropas el 25 de mayo de 1840. Avanzó el ejército liberal, ocupando el balcón de Morella, y, establecidas las baterías en la Querola, se rompió un fuego horroroso contra la plaza, que produjo la voladura del depósito de municiones de los carlistas, los que si bien hasta este momento se habían mostrado muy animosos, celebrando con bromas y algazara la caída de las bombas, desde entonces empezaron a desalentarse, y decidieron abandonar la plaza. A dicho efecto, en la noche del 29 de mayo de 1840 salió la guarnición, acompañada de una multitud que también quería ponerse en salvo, temiendo la venganza de los liberales; pero al llegar a Hostal Nou, fueron descubiertos por un batallón que rompió el fuego sobre ellos, rechazándolos a la plaza.

En ésta habían quedado dos compañías para capitular, las cuales, al ver acercarse a la guarnición la tomaron por enemigos y rompieron el fuego sobre ella; fuego que secundó el castillo, que empezó a cañonazos también. En mal hora se les ocurrió a éstos

acogerse al puente levadizo del castillo, porque no pudiendo resistir el peso de aquella multitud que se apretaba, se hundió, ocasionando infinidad de víctimas, no sólo entre los que estaban en el puente, sino entre los que venían a refugiarse allí, pues, empujados por las de atrás, caían precipitados al foso, que se llenó de cadáveres y heridos en espantosa confusión.

Al día siguiente de esta catástrofe capituló Morella sin condiciones, pues así lo exigió Espartero, entregándose más de 2.500 hombres que había en la plaza; en el foso se encontraron 242 cadáveres.

Por este hecho de armas, que terminaba la guerra en el Centro, Espartero recibió el toisón de oro y el título de duque de Morella. Así terminó la campaña del Centro. Cabrera tuvo que pasar a Cataluña, y como ya nos hemos de ocupar muy poco de él, justo es que le dediquemos el juicio que merece como capitán.

Ya hemos dicho que, por su actuación, se le había creído tan grande como Zumalacárregui, el primer capitán español del siglo XIX; nosotros podemos asegurar no sólo que le igualó, sino que le superó en otro aspecto distinto de la guerra, pues en el Norte, Zumalacárregui la hacía visible moviendo masas organizadas y con arreglo a los principios del arte, mientras que Cabrera, en el Maestrazgo, no es que no la hiciera con arreglo a ellos, sino que se apoyaba principalmente en el terreno, permaneciendo con gran astucia casi en la invisibilidad para, al punto de mostrarse en una parte, aparecer por arte de magia en la más opuesta y distante, cayendo con suma rapidez y fino instinto, sobre el enemigo desprevenido, como el más consumado guerrillero.

Así, pues, la diferencia entre estas dos excelentes figuras militares del bando carlista era que el uno constituía el tipo del militar español clásico antiguo, que tantas glorias había conquistado a España en los campos de Italia y Flandes, y el otro, el del guerrillero, que tan famoso se hizo con nuestra guerra de la Independencia y cuyo nombre se adoptó en el extranjero como una de las modalidades de la guerra de montaña.

Pero no se crea que el último sólo se distinguió en esto, pues como organizador superó a los más notables.

Basta fijarse en que, lanzándose al campo sin preparación guerrera y sólo con una veintena de hombres, armados unos con escopetas y otros de palos, arma esta última que él manejaba con predilección al sable, llegó a mandar un ejército disciplinado de más de 30.000 hombres creados por él solo, haciendo del Maes-

trazgo, sin ayuda de nadie, un baluarte formidable, con almacenes, hospitales, plazas fortificadas, Academias militares, centros de reclutamiento, talleres de sastrería, fábricas de pólvora y balas, imponiendo la obediencia y la disciplina, bases fundamentales del ejército, y organizando y pagando espléndidamente el servicio de confidencias que constituyó, lo que se llamó el "telégrafo de Cabrera", formado de hombres leales, amigos generosos y soldados inútiles, que cubrían el vasto territorio del bajo Aragón sujeto a Cabrera, entre los que corrían los pliegos de mano en mano a través de montes y ríos, pueblos y ciudades, hasta llegar a su destino, y le permitía evitar encuentros, realizar sorpresas y deslizarse impunemente por entre las numerosas divisiones del enemigo. Para comunicar sus órdenes estableció una imprenta en el sitio más recóndito de los Puertos de Beceite, de donde salían los impresos.

Así, pues, si se distinguió en los ramos de administración y disciplina, no hay para qué decir que lo más notable fué que supiera organizar una base central de operaciones y operara maravillosamente por líneas interiores, como no había hecho nadie en caso parecido ni antes ni después de él.

"Dueño de lo más fragoso del Maestrazgo desde Segura a Morella — dice un escritor, — sin poseer una sola plaza de mediana importancia, sin recursos fabriles y de producción, casi sin artillería y totalmente desprovisto de ella en los primeros años, dominó los nacimientos del Tajo, Júcar, Guadalaviar, Mijares, Guadalope y demás afluentes de la derecha del Ebro; el litoral de Tortosa y Castellón, las vegas de Valencia y el Júcar, las provincias de Cuenca y Guadalajara, y hasta la misma Zaragoza. Así se comprende que, cediendo y desapareciendo ante masas más numerosas que las que él podía reunir, cayera como un rayo contra las fuerzas menos importantes, ora se presentaran por el N., por el E., por el S. o por el O.; apareciera donde menos pudiera sospecharse y se replegara como si se lo tragara la tierra. Y cuando se quiso batirle en su misma base, eran tantos los obstáculos del terreno y los aprovechaba tan bien subdividiendo sus fuerzas y obligando al adversario a continuas acciones de desgaste, que la empresa acababa por fracasar y se abandonaba."

La diferencia que había entre los antiguos guerrilleros y Cabrera era que aquéllos casi siempre fueron locales, o sea que maniobraban sobre objetivos pequeños, mientras que él lo hizo en grande sobre objetivos de relieve, aplicando con pureza verdaderamente admirable los mejores principios del arte de la guerra.

Cabrera poseyó talentos militares de primer orden, y de haber

intervenido en una guerra contra invasores de la Patria como la de la Independencia, en que habría encontrado el apoyo, la protección y los recursos de todo el país, no en una lucha fratricida como la carlista, su nombre se habría inmortalizado y nadie se hubiera podido comparar con él, porque nadie le superó en sus dotes de organizador, y nadie, desde Viriato y Sertorio en los tiempos antiguos, supo crear un método de guerra como el empleado por él.

Capítulo XVIII

PRIMERA GUERRA CARLISTA

Cataluña

(1836-1840)

Descripción geográfica de la zona de operaciones. — Mina se apodera del santuario del Hort. — Tristany. — Asalto de la ciudadela en Barcelona. — Sorpresa de Pelotillo. — Maroto se encarga del mando en Cataluña. — Muerte de Mina. — Triunfo de Tristany en Panadella. — Emboscada cerca de Guisona. — Sitio de Solsona. — Capitulación de Berga y Ripoll. — Asesinato del conde de España. — Combate de Peracamps. — Llega Cabrera a Cataluña y tiene que retirarse a Francia. — Fin de la primera guerra carlista.

Difícil es seguir la guerra carlista en Cataluña, ya que en este territorio, montañoso y quebrado en su mayor parte, los carlistas no llegaron a estar organizados, y cada partida obraba por su cuenta y con independencia de las otras, asemejándose más a partidas de bandoleros y malhechores que a grupos de un ejército que defendiese un ideal político.

El territorio catalán, al menos el que nos ocupa, puede asemejarse a un gran triángulo rectángulo cuya hipotenusa fuera la costa del Mediterráneo, y los otros dos lados estuvieran constituídos por grandes cadenas de montañas. La correspondiente al lado menor sería la cumbre del Pirineo; la del lado mayor sería el gran ramal que se desprende de esta cordillera en el Puigmal y, con los nombres de sierra de Cadí, de Pinós y de Prades, va a morir al Ebro; mejor dicho, a enlazarse allí con las montañas del Maestrazgo. Este vasto triángulo constituye un terreno esencialmente montañoso, porque los ramales que se desprenden del Pirineo y de las sierras de Cadí y Prades, más que numerosos, son muy gruesos y se enlazan unos a otros sin dejar apenas terreno llano, como no sea en las inmediaciones de la costa.

El río más importante de toda la región es el Llobregat, que, teniendo su nacimiento en el ángulo recto del triángulo, corre casi de N. a S. para desaguar cerca de Barcelona. La cuenca de este río está limitada al N. por la sierra de Cadí, al O. por la de Pinos

y Prades, y al E. por una sierra paralela a éstas, que se llama la sierra de Montgroni. Ahora bien, la parte superior de esta cuenca es completamente cerrada por dos ramales que de las sierras citadas vienen a enlazarse en el río por la parte de Montserrat, siendo el terreno que queda comprendido en estas dos montañas muy estrecho y quebrado. El río que sigue en importancia es el Ter, que forma un ángulo recto en cuyo vértice está Vich, y en el lado mayor Gerona, y al N. de éste y paralelo a él, está el Fluviá, con la plaza de Olot en su cuenca.

Sabido esto, recordaremos que cuando la expedición de Guergué el año 1835, le fué difícil organizar las partidas de Cataluña por el estado de independencia en que vivían, y tuvo que regresar a las provincias sin haber conseguido el objeto que se proponía, que era regularizar la guerra en el territorio.

Vamos, pues, a empezar por el año 1836, en ocasión en que se confió a Mina la Capitanía general de Cataluña. La primera operación de importancia que realizó, fué la ocupación del santuario de Hort, que habían convertido los carlistas en fortaleza inexpugnable y depósito de municiones. Se encuentra este santuario inmediato a San Lorenzo de Morunys, o *dels Pitéus;* es decir, en las faldas de la sierra de Cadí y sobre una enorme peña, que lo hace poco menos que inabordable. Mina quiso quitar a los carlistas aquel refugio y, saliendo de Cardona el 21 de diciembre de 1835, llegó a San Lorenzo el 23, apoderándose del pueblo el mismo día. Con 2.000 hombres y tres piezas bloqueó el santuario, rompiendo el fuego el 25 de diciembre de 1835 e intentando el asalto el 2 de enero de 1836, aunque sin resultado.

El cabecilla Tristany, que era, o había sido, canónigo de Solsona, para distraer a Mina hizo una correría con 500 hombres por Villanueva y Geltrú, pero sin dejarse engañar Mina, permaneció quieto, estrechando cada vez más el sitio. Los sitiados le hicieron saber entonces que por cada cañonazo que disparasen fusilarían un prisionero y, al efecto, fusilaron a cinco de los que tenían, cuyos cadáveres arrojaron por el fuerte; la cosa se exageró, pues hasta el mismo Mina creyó que los fusilados eran 33 y así lo hizo saber al segundo cabo en Barcelona. Aquella noticia produjo en esta capital un efecto terrible, pues, indignado el pueblo, se levantó en armas el 4 de enero de 1836, entró en la ciudadela y asesinó a todos los prisioneros carlistas, así como los que había en Atarazanas y otras prisiones.

En tanto, Mina continuaba el sitio, que defendía el cabecilla Miralles; Tristany, viendo que nada lograba con su expedición,

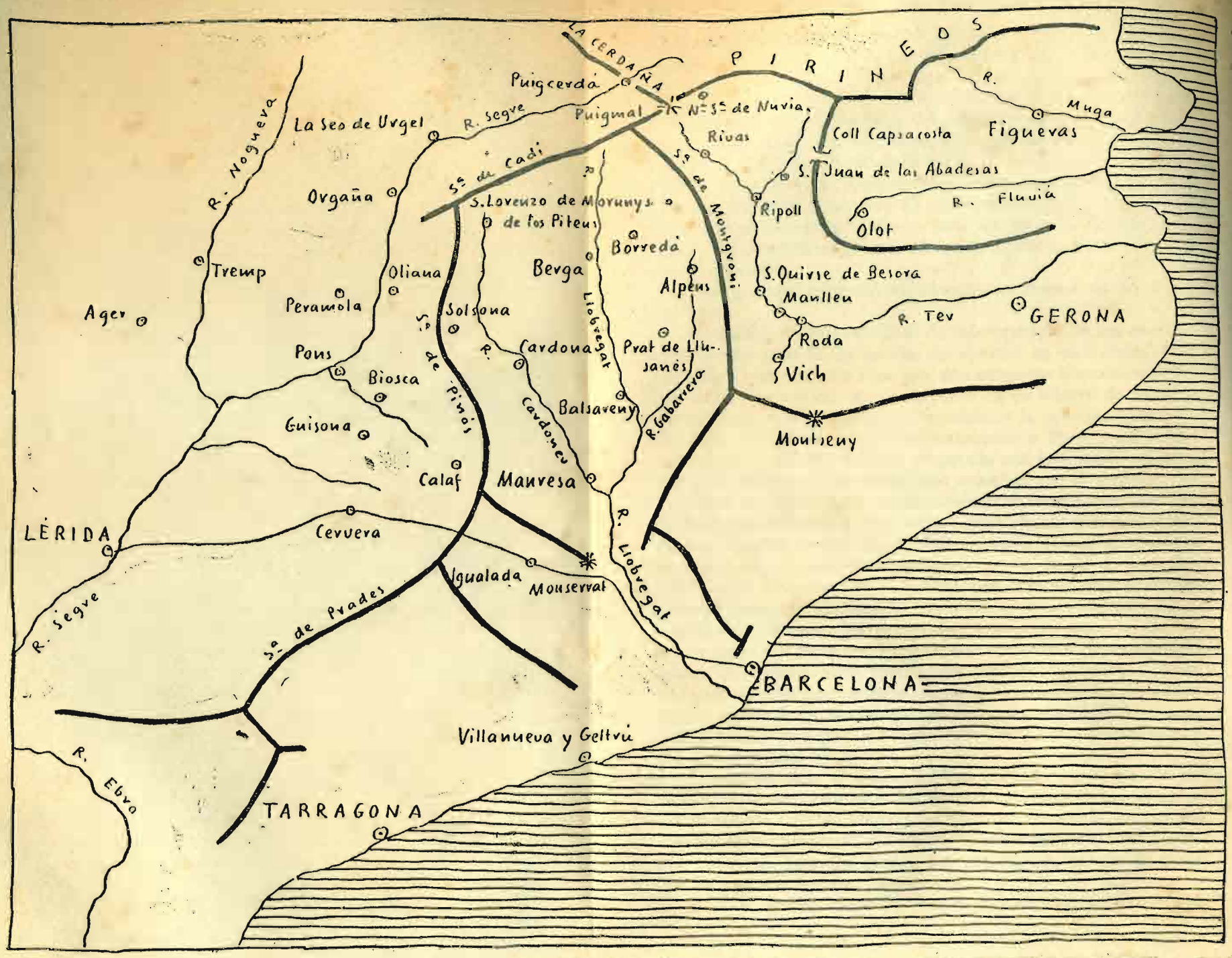
acudió rápidamente en auxilio del santuario y atacó a los sitiadores el 20 de enero de 1836, pero sin resultado, por no haberle acudido todas sus fuerzas; tuvo que retirarse después de haber perdido 300 hombres. Los sitiados entonces, perdidas las esperanzas de salvación, trataron de conseguirlas descolgándose por los barrancos; pero, acudiendo las tropas de Mina, se desbandaron muchos de ellos, que al día siguiente, 24 de enero de 1836, fueron acuchillados; en cambio, unos 100 que permanecieron unidos consiguieron abrirse paso a la bayoneta y salvarse. El cabecilla Miralles, que era de los últimos, trató de volver al fuerte para recoger a su familia; pero, cogido, fué fusilado en el acto. El fuerte quedó en poder de Mina, que lo destruyó.

A poco, experimentaron los liberales un fracaso en las orillas del Segre.

El cabecilla Torres, quizá el de más prestigio de los de Cataluña, porque procedía de las filas del ejército, se encontraba por la parte de Tremp cuando supo que dos columnas liberales marchaban en su persecución; y, en efecto, el 27 de febrero de 1836, el coronel Azpiroz pernoctaba en Peramola, y la columna Sebastián, en Oliana. Torres se dirigió inmediatamente a Pons, y en la mañana del día siguiente ya tenía preparada una emboscada en el camino de Oliana a Pons, en el sitio conocido por el Pelotillo. En este punto va la carretera por una especie de desfiladero, pues por un lado está el Segre, y por el otro, unas alturas que dominan el camino. Cuando la columna Sebastián venía tranquilamente por el camino, se vió acometida de pronto por el frente y, poco después, por el flanco izquierdo; lo cual introdujo un gran desorden; trataron de buscar la salvación por el río, pero la orilla opuesta estaba también ocupada por el enemigo. Envueltas, pues, las fuerzas se entregaron prisioneras, excepto dos compañías de retaguardia que se defendieron como buenas; pero, concluídas las municiones, tuvieron también que rendirse. Azpiroz, que estaba en Peramola, cuando oyó el fuego acudió con presteza, pero llegó tarde, y aunque se puso a perseguir a Torres, éste rehuyó el combate, satisfecho con el triunfo anterior.

La circunstancia de hallarse Mina enfermo y achacoso le impidió dirigir personalmente las operaciones, por lo que éstas se resintieron de falta de unidad; los carlistas saqueaban los pueblos impunemente, dividiendo sus fuerzas; Mina también dividió las suyas, y aquello, más que guerra, era una cacería, pero es lo cierto que los carlistas llevaban la ventaja.

A pesar de ello, como les faltaba organización y, sobre todo,


LA CERDAÑA
PIRINEOS
Puigcerdá
Puigmal
Nª Sª de Nuria
R. Segre
La Seo de Urgel
R. Noguera
Rivas
Coll Capsacosta
Figueras
R. Muga
Sª de Cadi
Sª de Montgrony
S. Juan de las Abadesas
Ripoll
R. Fluvia
Olot
Orgaña
S. Lorenzo de Morunys
de los Piteus
Borredá
Berga
Tremp
Oliana
Alpens
S. Quirze de Besora
Manlleu
Ager
Peramola
Solsona
Llobregat
R. Tev
GERONA
Pons
R.
Cardona
Prat de Llu-
sanés
Roda
Vich
Biosca
Sª de Pinós
Balsareny
R. Gabarrera
Guisona
Cardoner
Montseny
Calaf
Manresa
R. Llobregat
LÉRIDA
Cervera
Igualada
Monserrat
R. Segre
Sª de Prades
BARCELONA
Villanueva y Geltrú
R. Ebro
TARRAGONA

disciplina, pensó don Carlos confiar el mando de Cataluña a Maroto; pero se cree que los enemigos de éste fueron los que intervinieron para que se le diera la jefatura con el propósito de desprestigiarlo. Llegó, en efecto, Maroto con muchas penalidades a la frontera, en donde le esperaban las cabecillas carlistas. Entró por el santuario de Nuestra Señora de Nuria, y de allí bajó a Rivas, desde donde, habiéndosele unido algunas fuerzas, pasó a la cuenca del Llobregat a sitiar a Prats de Llusanés, donde los nacionales hicieron una defensa que, por lo visto, no esperaba Maroto. Sabiendo éste que se acercaba el brigadier Ayerbe con 3.000 hombres, buscó posiciones donde poder esperarlo; pero, en el encuentro que sostuvieron, llevó la peor parte, pues sus tropas fueron dispersadas. El prestigio del general carlista había sufrido rudo golpe; retiróse, pues, a Alpens y, de allí, a Borredá; el mes de agosto de 1836 lo dedicó a correrías infructuosas, marchando por San Lorenzo de Morunys y la Cerdaña; pero, al llegar cerca de Puigcerdá, le salió al encuentro la guarnición mientras Gurrea se le venía encima, y tuvo que salir huyendo, acompañado sólo de sus ayudantes.

Volvió, pues, a Alpens, donde sólo había un batallón; y, tratando de reunirse con su segundo jefe, que estaba en San Quirse de Besora, le dió orden de que se le incorporase, pues él le saldría al encuentro; pero, antes de romper aquél la marcha, fué alcanzado por el brigadier Ayerbe, que lo destrozó en San Quirse, enterándose Maroto de lo ocurrido por los fugitivos que se le incorporaron en el camino.

En vista de tanto fracaso y, más que nada, en la convicción de que no había de recibir los auxilios prometidos, determinó Maroto dejar el mando que en tan deplorables condiciones le habían entregado, y el día 5 de octubre de 1836 pasó la frontera, dando cuenta a don Carlos de lo que hacía, el cual lo desterró a Burdeos, mandando que le formaran sumaria.

A fines del año 1836 ocurrió en Barcelona el fallecimiento de Mina. Llegado el año 1837, la guerra no variaba de aspecto, pues los carlistas siempre eludían la persecución de las columnas.

Tristany, en el mes de febrero de 1837, consiguió un señalado triunfo. Marchaba el coronel Oliver con una columna por la carretera de Cervera a Igualada, conduciendo un convoy de municiones y prisioneros, cuando al llegar a Panadella le salió al encuentro Tristany con fuerzas superiores. Desordenada la columna por lo brusco del ataque, Oliver echó pie a tierra y ordenó una carga a la bayoneta, pero perdió la vida sin ser secundado por los suyos, que, en número de 300, quedaron prisioneros bajo la promesa de que

se les salvase la vida. Tristany rescató a 600 prisioneros carlistas que iban en el convoy, cogió cerca de 900 fusiles y muchas municiones, y respecto de los prisioneros liberales los hizo fusilar en grupos de 15, arrojándolos después a enormes hogueras, en las que muchos perecieron abrasados porque aún no estaban rematados. Esta hecatombre fué realizada por Tristany, que como sabemos era sacerdote; sólo un soldado pudo salvarse, llegando a Calaf hambriento y desnudo.

Calaf era uno de los pueblos que más deseaba Tristany poseer, así que lo atacó y, a pesar de que se defendió valerosamente, consiguió prender fuego al pueblo; pero acudió a tiempo el brigadier Azpiroz, y uno de sus ayudantes, el comandante de caballería don Francisco Serrano, que después fué duque de la Torre, dió una brillante carga, obligando a Tristany a refugiarse en la sierra de Pinós.

Otra de las ambiciones de Tristany era apoderarse de Solsona, donde por traición consiguió entrar; sin embargo, la guarnición se defendió valerosamente en un convento. Era el 21 de abril de 1837; por este tiempo se encargó del mando en Cataluña el barón de Meer, que lo primero que hizo fué acudir en socorro de Solsona, pero sufrió muchas contrariedades en la marcha. Una de ellas fué el destrozo que sufrió la columna del coronel Niubó, que tenía que incorporarse con el barón, la cual, traicionada por el jefe de Estado Mayor, que se iba a pasar a los carlistas, cayó en una emboscada cerca de Guisona, en la casa del Estany de Lloverolas, perdiendo, de 2.000 hombres que llevaba, 300, que quedaron muertos, y 1.400 prisioneros, salvándose únicamente 300. La emboscada había sido preparada por el cabecilla Castells, auxiliado por Tristany, que acudió desde Solsona. Este desastre ocurrió el 30 de abril de 1837.

El barón de Meer, a pesar de las contrariedades, llegó a Solsona y se apoderó de la plaza el 2 de mayo de 1837; los defensores habían llegado al extremo de tener que beber, en vez de agua, sus propios orines, a los que un boticario les quitaba la parte salitrosa para que fueran más digestibles, y aun este líquido se repartía en copitas.

En el mes de junio de 1837 entró la expedición de don Carlos en Cataluña, y ya dijimos todo lo relativo a ella; pero, antes de abandonar el territorio, don Carlos encargó del mando de aquellas tropas a Urbiztondo, que tenía el empleo de mariscal de campo. El proyecto de éste era formar su base de operaciones paralela al Pirineo, para regularizar sus comunicaciones con Francia.

Al efecto, se apoderó de Berga, plaza que iba a ser en Cataluña lo que Estella en el N. y Morella en el Centro. Capituló la plaza el 11 de junio de 1837; después ocupó Gironella, apoderándose de muchas municiones, y, por fin, puso sitio a Prats de Llusanés; pero acudió en su auxilio el barón de Meer, y la plaza se salvó, no ocurriendo lo propio con Ripoll, que cayó en manos de los carlistas, los cuales sitiaron a San Juan de las Abadesas; el barón de Meer acudió desde Olot, y aunque Urbiztondo mandó tres batallones para detenerle en el Coll de Capsacosta, fueron derrotados y la plaza se salvó.

Los continuados éxitos alcanzados por Urbiztondo le atrajeron la envidia de los cortesanos, que convencieron a don Carlos para que le retirase su protección; debido a esto se enviaron unos comisionados para inspeccionar su conducta, pues Urbiztondo decía que los carlistas de Cataluña no eran más que una partida de bandidos.

En presencia de estos comisionados, puso por segunda vez sitio a San Juan de las Abadesas en agosto de 1837; pero, acudiendo el barón de Meer desde Igualada, lo batió y tuvo que retirarse a Ripoll. Tristany y los demás cabecillas también fueron vencidos en Manlleu, cerca de Vich.

Resultado de todo esto fué que, desengañado Urbiztondo al ver que le negaban la obediencia los cabecillas, y el rey le retiraba su protección, dimitió su cargo, retirándose a Tolosa, que fué el lugar que le destinó don Carlos.

Algún tiempo después vino a substituirle don Carlos España, el feroz conde de España, que el año 1827, siendo capitán general de Cataluña, castigó con mano tan dura a los carlistas cuando el levantamiento de aquel año; ahora militaba en las filas de don Carlos y se distinguía por la energía de su carácter y, más que nada, por su ferocidad.

A fines del año 1832, la reina María Cristina, que por enfermedad de Fernando VII gobernaba en España, relevó de la Capitanía general de Cataluña al conde de España, que emigró a Francia, e influído, según se dice, por algunos soberanos europeos, se puso al frente de los carlistas catalanes, dirigiéndose al Principado, pero, cogido en la frontera, fué encerrado en la ciudadela de Lila, en la que estuvo preso tres años, consiguiendo evadirse en junio de 1838 y haciendo al mes siguiente su entrada en Berga, en medio de una ovación indescriptible.

Lo primero que hizo fué anular la junta carlista y meter en cintura a todas aquellas gavillas de bandoleros que no hacían más

que comprometer la causa, organizando el ejército carlista de Cataluña, que en poco tiempo se halló convertido en modelo de disciplina y de subordinación, con castigos ejemplares y premios acertadamente distribuídos. Las tropas recibieron uniformes y víveres. Las de infantería ascendían a 21 batallones, con escasa artillería, y 200 caballos; con ellos organizó tres cuerpos de operaciones y una división de reserva. Bajo su acertado mando, el carlismo llegó a su apogeo en Cataluña, pues como organizador, aseguraban sus adeptos que podía rivalizar muy bien con el gran Zumalacárregui.

Muy orgulloso con la posición de Solsona, en la que entraron los carlistas desde que la abandonara el barón de Meer, quiso éste desalojarle y acudió el 19 de julio de 1838 desde Biosca, empezando el fuego el día 22. Se defendieron con mucha tenacidad los carlistas; el conde de España acudió a salvar la plaza, pero fué derrotado y, por fin, el 27 de julio de 1838 se entregó la guarnición, habiéndose distinguido en esta ocasión un capitán de infantería llamado don Juan Prim, joven por entonces de 24 años, que había de ser, con el tiempo, general de alto renombre.

El barón de Meer volvió a poco a Solsona conduciendo un convoy, operación que realizó el 4 de agosto de 1838 desde Guisona, sin que lo pudiera impedir el conde de España, que se disponía a estorbarlo.

Comprendiendo Meer que lo indispensable era apoderarse de Berga, preparó la expedición, sabido lo cual por el de España, acudió allí y arrasó todas las inmediaciones, lo que le enajenó las simpatías de los carlistas perjudicados. Sin embargo, Meer no pudo ir contra Berga porque ocurrió una sublevación en Viella, en el nacimiento del Garona en el valle de Arán, y el conde de España ordenó que, aprovechando aquella circunstancia, se apoderasen los carlistas del pueblo; pero ocurrió que parte de la guarnición, la que continuaba fiel, se defendió en el fuerte, y los carlistas no llegaron a ocuparlo. El conde de España acudió en auxilio de los suyos, y Meer hizo lo propio; pero la ventaja quedó por el último, que obligó a los carlistas a retirarse por Esterrí, hasta que el de España pudo atravesar el Segre y descansar en Oliana.

Desvanecido el prestigio del conde de España con tan continuos descalabros, a los que tenía que contribuir la íntima convicción de que la causa carlista hallábase ya herida de muerte desde el convenio de Vergara, sin recursos los carlistas, hubo un momento en que su causa estuvo perdida, pero no lo supo aprovechar Meer, y la guerra continuó.

Llegado el año 1839, el barón de Meer quiso arrojar a los carlistas que al mando de Castells habían ocupado la villa de Ager, y, al efecto, acudió el 8 de febrero de 1839 y dió el asalto por tres veces, sin resultado; los carlistas no esperaron al día siguiente y, por la noche, se retiraron. En estos asaltos se distinguió notablemente el capitán Prim, que ascendió a comandante en el mismo campo de batalla.

El conde de España, para distraer a Meer, había puesto sitio a Balsareny, sobre el Llobregat, no lejos de Manresa; a pesar de llevar unos 4.000 hombres y no contar el pueblo más que con 100 voluntarios, la defensa que realizó el 11 de febrero de 1839 fué tan heroica, que el de España tuvo que levantar el sitio al saber que desde Vich acudía el general Carbó en auxilio de la plaza. Es fama que cuando el conde de España vió acercarse las tropas de Carbó, las señaló a sus soldados diciéndoles: "Aprended de vuestros enemigos, ved cómo marchan."

Después de estos desastres consiguió el de España algunas ventajas, pues en el mes de marzo de 1839 se apoderó de Pons, sobre el Segre, y el 28 de abril, de Manlleu, que está en el ángulo que forma el Ter en su curso. Para auxiliar a esta plaza acudió el general Carbó desde Olot, mas el 1.° de mayo de 1839, que es cuando dieron vista a los carlistas, sufrieron las tropas liberales un completo desastre, teniendo que retirarse a Roda.

Animado con estos éxitos, puso el conde de España sitio a Ripoll el 22 de mayo de 1839, pero se defendió con tal heroísmo la guarnición, que cuando se rindió el 26 de mayo de 1839, el conde de España arrasó el pueblo, dejando un letrero que decía: "Aquí fué Ripoll." La suerte de este pueblo llenó de consternación a las filas liberales, pero así como Meer no había sabido aprovechar el abatimiento de los carlistas después de Viella, ahora tampoco el conde de España supo aprovechar la ocasión y se retiró tranquilamente a sus cuarteles de Berga.

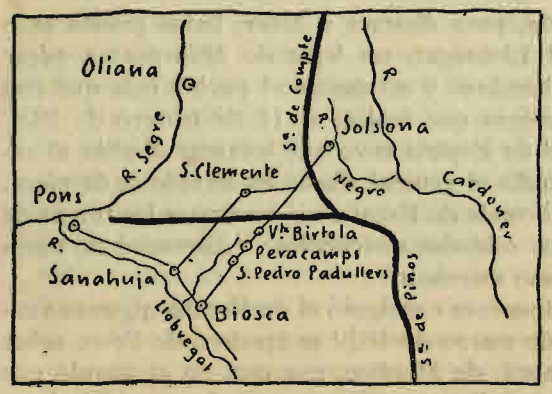
La conducta seguida por el de España y, más que nada, su proverbial ferocidad y la rigidez de su carácter, le enemistaron con los carlistas, los cuales consiguieron de don Carlos le quitase el mando; no era empresa fácil comunicarle esa noticia, así que, por sorpresa y amenazándole con un puñal, pudieron hacerse los de la junta dueños de su persona, en ocasión que presidía una sesión de aquélla.

Preso el conde de España, fué conducido a Orgaña, sobre el Segre; mas al continuar al día siguiente la marcha, y en ocasión de pasar un puente, lo asesinaron y arrojaron su cadáver al citado río.

El barón de Meer también desapareció de Cataluña, pues, can-

sado de tanto batallar, presentó la dimisión, siendo substituído por el general Valdés.

La primera operación de importancia que realizó éste, fué el abastecimiento de Solsona, que dió lugar a los combates de Peracamps. Los carlistas, que al mando de Brujó, querían impedirlo aprovechando el terreno montuoso formado por la unión de las sierras de Compte y Pinós que lanzan un ramal a Pons, se apostaron con 14 batallones en el camino entre San Pedro de Padullers y el pueblo de Peracamps, ocultando seis escuadrones cerca de la Birlota. Valdés avanzó desde Biosca aprovechando una niebla que ocultó la marcha, mas al llegar la vanguardia a tropezar con los carlistas, los desalojó fácilmente de las posiciones; pero un batallón carlista procedente de Oliana se mostró más bizarro y acometió a los liberales, que bien pronto, cediendo al número, tuvieron que abandonar las posiciones; al mismo tiempo, la retaguardia de Valdés fué atacada por la caballería carlista y desordenada, y suerte fué que con el ansia de botín se distrajeron, siendo acuchillados, a su vez, y perdiendo los prisioneros que habían hecho. Aquella noche, Valdés vivaqueó en Peracamps, y los carlistas, en San Clemente. Al día siguiente, 15 de noviembre de 1893, entró en Solsona; mas, al regreso, en cuanto hubo pasado de San Pedro de Padullers, se le vinieron encima los carlistas y tuvo que sostener un combate, después del cual fué a pernoctar a Biosca, mientras los carlistas lo hacían en Sanahuja.



El general Valdés, en vista de que los carlistas que se habían internado en Francia y no estaban conformes con el convenio de Vergara venían a Cataluña a aumentar las huestes de la región, pidió refuerzos a Espartero, el cual se los mandó.

En el mes de enero de 1840 volvieron a repetirse los combates en Peracamps con ocasión de conducir el general Buerens otro convoy a Solsona. El enemigo le esperaba en Peracamps y el combate fué muy rudo; tanto, que si bien el convoy entró en Solsona, las

tropas entraron a bandadas y en la mayor confusión. A la vuelta, el 3 de febrero de 1840, se peleó también con encarnizamiento, distinguiéndose notablemente el entonces coronel Prim, de 26 años de edad.

Por este tiempo se encargó del mando en Cataluña el general Van-Halen, el que volvió a combatir en Peracamps en el mes de abril de 1840 para llevar un convoy a Solsona. Los carlistas habían atrincherado las alturas de Peracamps, y el ocupar estas posiciones costó a Van-Halen unas 2.000 bajas el día 24; bien es verdad que casi todos los carlistas de Cataluña estaban allí en número de 11.000 infantes, 700 caballos y 14 piezas. Al día siguiente envió Van-Halen los heridos a Biosca y continuó a San Pedro de Padullers, y el 26 de abril de 1840 entraba en Solsona con las 900 acémilas que componían el convoy; pero, al regreso, se tuvo que abrir paso entre diez batallones carlistas que querían impedirle la marcha, lo cual verificó a costa de 500 bajas, contándose entre ellas el mismo Van-Halen, que resultó herido. Se distinguió en esta ocasión el brigadier don Francisco Serrano. Por estas operaciones fué agraciado Van-Halen con el título de conde de Peracamps.

Acercábase, sin embargo, la conclusión de la guerra; la decadencia de la causa era ya palpable, y Segarra, que era el jefe carlista del territorio de Cataluña, entró en tratos con Van-Halen, y habiéndose descubierto algo, tuvo que escaparse y presentarse en Vich a las autoridades liberales, prestando sumisión a Isabel II.

En esto llegó Cabrera, fugitivo del Maestrazgo, y se presentó en Berga, donde los mismos carlistas le negaron la entrada porque temían fuera a vengar la muerte del conde de España; sin embargo, consiguió que le abriesen las puertas y se aprestó a la defensa del último baluarte del carlismo.

Cabrera había llegado el 11 de junio de 1840 a Berga, y el 4 de julio ya iba delante de aquella plaza el general Espartero, al frente de un numeroso ejército. El combate que se sostuvo fué muy encarnizado, y la palma se la llevó el bravo León, que obligó a Cabrera a retirarse hacia Puigcerdá.

Antes de pisar el territorio extranjero dijo Cabrera a los suyos que si había alguno que creyese se podía continuar la lucha, estaba dispuesto a ponerse a sus órdenes para seguir combatiendo; pero que él consideraba perdida la campaña y por eso se retiraba.

El día 6 de julio de 1840, Cabrera pisaba el suelo francés, terminándose con esto la primera guerra carlista, que costó la vida a cerca de 70.000 hombres del campo liberal.

Capítulo XIX

ESPAÑA DE 1834-1845

Situación política

(1834-1845)

Partido liberal. — Matanza de frailes. — Mendizábal. — Abdicación de María Cristina. — Espartero, regente del reino. — Fusilamiento de León. — Bombardeo de Barcelona. — Narváez. — Su sistema de terror.

Al ocuparnos de la primera guerra carlista dijimos que la reina Cristina no había tenido más remedio que echarse en brazos del partido liberal, el único que podía salvar el trono de su hija, comprometido por los carlistas.

Este partido liberal estaba formado por los liberales templados, que se llamaban "moderados", y por los exaltados, que se llamaron "progresistas"; todos habían sufrido una tremenda persecución desde la reacción de 1823, en un espacio de diez años que llamaron "década ominosa", por lo que, especialmente los exaltados, no pensaban en otra cosa que en ajustar cuentas atrasadas y vengarse de los partidarios del régimen absolutista.

Ahora bien, el partido liberal, que representaba la revolución, no iba a estar en amigable consorcio con el trono, porque, celoso éste de sus prerrogativas, las iba a defender palmo a palmo, mientras que palmo a palmo iba a conquistar la revolución lo que creía sus derechos, sosteniendo con este motivo una titánica lucha que había de ensangrentar el reinado de Isabel II, haciendo de él uno de los más turbulentos de la historia.

Procuraremos dar una ligera idea de esta revolución política.

Empezó la reina Cristina por llamar en 1834 a Martínez de la Rosa, que era el más moderado entre todos los liberales. Cea Bermúdez no había satisfecho a nadie, y con su templanza se había malquistado con todos, pues los absolutistas lo tenían por demasiado liberal, y los liberales, por reaccionario.

Martínez de la Rosa era uno de los más famosos constitucionales de Cádiz, por lo que, como es natural, no dejó satisfechos a los exaltados, que empezaron a promover disturbios, como consecuencia de los cuales ocurrió el 17 de julio de 1834 la célebre matanza de frailes.

Las comunidades religiosas, por diversos medios, y entre ellos por multitud de donaciones recibidas, habían llegado a ser dueñas de gran parte del suelo español, como asimismo de su riqueza.

A la muerte de Fernando VII, hay quien cree que el temor de perder estos bienes y la preponderancia de que gozaban fué lo que les obligó a lanzar al campo las huestes que aclamaban a Carlos V. El pueblo, por otra parte, creía que sus males provenían de la preponderancia del clero en los negocios públicos; sabía que en algunos conventos se guardaban armas, se reclutaban facciosos, y que otros servían de cuartel general... y el deseo de venganza y, sobre todo, la mucha ignorancia, hizo lo demás. Al pueblo de Madrid le hicieron creer algunos malvados que el cólera que tantas víctimas hacía era consecuencia de que los jesuítas envenenaban las fuentes, y en la tarde del 17 de junio de 1834 la muchedumbre irritada, al saber que don Carlos había entrado en España y avanzaba hacia el Ebro, hizo, como decimos, una matanza general de frailes al grito de "¡Abajo los frailes! ¡A matarlos!", que dió al traste con el Gobierno, pues el populacho invadió los conventos y durante dos días saqueó, incendió, violó y asesinó a placer, sin que fueran detenidos ni buscados los culpables. Eligió la reina otro Gobierno moderado presidido por Toreno, el cual, movido por el deseo de contener a los exaltados, expulsó a los jesuítas y suprimió conventos, medidas que no bastaron a satisfacer a aquéllos, que continuaron sus desórdenes y desmanes; cayó también este Gobierno y entonces la reina comprendió que no había más remedio que contener la revolución, cada vez más amenazadora, por lo que, creyendo congraciarse con los elementos radicales, llamó a los progresistas.

Subieron al poder en 1835 con el gran Mendizábal al frente, el único hombre que encarnaba la revolución, y el único que podía conjurar la tormenta que se presentaba, pues no había ni dinero, ni hombres para la guerra. Juan Álvarez Méndez, que se cambió su apellido materno por el de Mendizábal, con el que se le conoce en la historia, había nacido en Cádiz en 1790; tenía, pues, 45 años y su robustez y talla gigantesca le habían merecido el calificativo, entre sus paisanos, de "Juan y medio". De gran aptitud para los negocios, ambicioso de gloria y de fortuna, estaba por entonces en Inglaterra, con sus cabellos rizados, patillas a la inglesa y calzado

coquetón por tener un pie casi femenino, organizando una expedición portuguesa que le valió una fortuna de veinticinco millones.

Descendiente de judíos y metido en la masonería, comprendía desde un principio que el dinero no podía proporcionárselo con impuestos o con empréstitos, por lo que, para agenciárselo, suprimió las órdenes monásticas y vendió todos los bienes de la Iglesia, saltando por todas las leyes y procediendo, no radical sino revolucionariamente; para procurarse los hombres, decretó una quinta de 100.000 individuos; llegó a prometer que acabaría con la guerra carlista en un plazo de seis meses, y, como no lo cumplió, perdió el crédito de que gozaba y cayó como los anteriores.

La desamortización de los bienes del clero, que es lo que dió fama a Mendizábal, fué un desastre nacional, pues ninguno de los fabulosos rendimientos que el ministro había prometido llegó a realizarse, y la Hacienda quedó más exhausta que nunca.

La reina Cristina encontró oportunidad en 1836 para inclinarse de nuevo a los moderados, y llamó a Istúriz, comerciante de Cádiz y masón como Mendizábal; pero los exaltados promovieron entonces el motín de la Granja, en donde los sargentos de la guarnición, el 12 de agosto de 1836, pidieron a la reina el restablecimiento de la Constitución, que creían olvidada o en peligro. En este extraño suceso, que no tiene ejemplar en la historia y en el que figuró el sargento García como protagonista, ocurrió lo siguiente:

La sargentada de la Granja había sido preparada cuidadosamente por Mendizábal, que ofreció dos onzas de oro a cada uno de los dieciocho que la formaban. Éstos contaban con que los oficiales del Regimiento se irían a Madrid con pretexto de asistir a un estreno, y cuando ocurrió el hecho estaba en palacio, escondido, Muñoz, el marido morganático de María Cristina, la cual, en cuanto se dió cuenta de la insurrección, procuró que escapara, temiendo sufriera la suerte de Godoy.

El sargento García y sus compañeros no habían contado con el sargento segundo de la Guardia Real, Juan Lucas, por su carácter brusco; pero cuando aquéllos estaban reunidos en la plaza de Palacio sin atreverse a ejecutar lo proyectado por el riesgo que se corría, acertó a pasar por allí Lucas, al que le brindaron el ofrecimiento de llevar a la firma de la reina el decreto en cuestión.

Lucas cogió el documento y, sin más explicación, subió a palacio, solicitó audiencia y, concedida que le fué, dijo a la reina gobernadora:

— Señora, en comisión por varios patriotas, vengo a presentar a V. M. el decreto para la reunión de las Cortes Constituyentes.

— Está bien, déjalo aquí para consultarlo — respondió la reina.

— Es que no puedo salir de esta cámara sin que se haya firmado el decreto. Así lo he prometido y he jurado cumplirlo.

Entonces la reina lo firmó, y encontrando Lucas en la escalera a García, le entregó el documento y no volvió a ocuparse más del asunto.

Sobre García, que figuró como protagonista sin haber realizado el hecho, llovieron después los honores, por lo que resentido Lucas por el desaire, se pasó a los carlistas el año 1837, siendo ascendido a subteniente.

Se cuenta que cuando la reina, niña de 6 años, oyó los gritos hostiles aquella noche, le dijo a su madre, que estaba pálida y nerviosa: "Dime, mamá, ¿por qué no haces disparar el cañón?"

La reina llamó, en efecto, a un Gobierno progresista; pero éste se convenció bien pronto de que la Constitución del año 1812 era impracticable; no hubo más remedio que reformar la del año 1837, que salió del parto la menos mala de todas, quedando admitida por todos y siguiendo los progresistas con mayoría en el Congreso hasta 1840, en que, concluída la guerra, volvieron los moderados; la reina, pasado el peligro de los carlistas, se inclinaba al citado partido por las tendencias absolutistas que representaba.

Ocurrió, que el año 1840 fué aprobada una ley de ayuntamientos por la cual el Gobierno se reservaba el derecho de nombrar los alcaldes de R. O. La reina Cristina, que estaba en mayo en Barcelona con pretexto de que tomase la joven Isabel las aguas de Caldas para una enfermedad de la piel que había de sufrir toda la vida, pero con el único objeto de que la hija que acababa de dar a luz en el mes de abril fuese a juntarse en Francia, por Barcelona y Marsella, con sus otros cuatro hermanos y hermanas habidos con Muñoz, la sancionó, y, disgustado, el pueblo se amotinó, teniendo la reina que trasladarse a Valencia. Allí supo que también Madrid se había pronunciado el 1.º de septiembre de 1840, así como otras ciudades, y, en tan grave apuro, recurrió al único hombre que podía salvarla: a Espartero.

Espartero, al terminar la guerra carlista era el hombre del día y gozaba de una reputación inmensa; la misma reina Cristina decía: "Creo en Dios y adoro en Espartero"; estaba, pues, en condiciones de presentarse como mediador entre los partidos que se sucedían en el poder, permaneciendo neutral en sus contiendas y reservando su victoriosa espada para defender el trono; en una palabra, su misión no era otra que la que más tarde desempeñó Martínez Campos colocado en situación análoga; pero Espartero no lo

entendió así y se inclinó a los progresistas; es más, los motines que se habían iniciado eran obra suya, así que cuando la reina Cristina le llamó para que sometiese a Madrid, se encontró con la sorpresa de que se negaba a sofocarlos y, faltando el único hombre en quien confiaba, se vió en el caso de abdicar la regencia el 11 de octubre de 1840, embarcándose a los seis días para el extranjero.

Dicho se está que el partido progresista volvió al poder con la gran figura de Espartero al frente; a poco se suscitó la cuestión de la regencia, habiendo partidarios de una regencia única, y otros de una regencia compuesta de tres individuos, y abiertas que fueron las Cortes, prevaleció el primer criterio, siendo, como es natural, elegido Espartero regente del reino.

Al ver a Espartero jefe de los progresistas pudiera creerse que el ejército o la mayoría de los jefes se inclinaron por ese partido, no siendo así; los progresistas contaban con Espartero; los moderados, con Narváez. "La vida civil — como dice un escritor — estaba en manos de esa pareja de generales. Cada uno de los dos grupos principales contaba con una protección exterior: los progresistas, con la de Inglaterra; los moderados, con la de Francia. Así se presentaban las cosas cuando Espartero subió a gobernar." El partido moderado tenía una nutrida y escogida representación en el ejército, como tendremos ocasión de ver, siendo Narváez el general que aparecía como jefe de ellos; es más, los mismos progresistas, en cuanto notaron la política personal que empezaba a hacer Espartero, se separaron de él, uniéndose a los moderados para combatirle; quedaba, pues, unida a Espartero una fracción muy pequeña, la puramente personal, los que habían pertenecido al ejército del Perú, a los que se conocía con el nombre de "Ayacuchos".

La reina Cristina, en cuanto se vió en tierra extranjera, lanzó un manifiesto contra la nueva situación, y los generales moderados, así como los progresistas descontentos, se coligaron y prepararon un movimiento para derribar a Espartero. Se había visto que si era bueno como militar, como político era rematadamente malo. Envanecido con su flamante título de Alteza y su omnipotencia, olvidó a sus partidarios civiles, creyendo que con sus propias fuerzas podría regir el país, y como no pudo disciplinar a sus propios partidarios, disgustó a todos.

En octubre de 1841, Narváez, de acuerdo con la ex regente, que estaba en París, y varios generales, urdió el movimiento. O'Donnell, que con el tiempo iba a ser un competidor temible de Espartero y de Narváez, tenía que dar el golpe en Pamplona, Narváez en Andalucía, y Concha y León en Madrid, donde pretendían apoderarse nada menos que de la persona de la reina Isabel II, a la sazón de 11 años de edad.

En la noche del 7 de octubre de 1841 se verificó el movimiento de Madrid. En la noche del 5 de octubre de 1841, don Diego de León, para ponerse a salvo del Gobierno y que no se malograse la jornada, pidió refugio a un célebre periodista, el cual logró dárselo en tres casas distintas, estando situada la última en la calle de Valverde. Cuando, llegado el momento, el día 7 de octubre de 1841 montó a caballo para encaminarse con Pezuela al Alcázar, puso en manos de quien le amparaba un paquete de cartas con encargo de guardarlas bien, pero entre ellas, desgraciadamente, no iba una dirigida al duque de la Victoria, que fué al cabo, como veremos, la terrible acusación para que se dictase su sentencia de muerte. Concha se adelantó al movimiento y, sacando algunas tropas de las comprometidas, se dirigió a Palacio, encontrando una resistencia que no esperaba; el zaguanete de alabarderos que estaba de servicio hizo una defensa tan enérgica en la escalera principal, que no siendo más de dieciocho hombres lograron tener a raya a los revolucionarios. Se cuenta que a una ingeniosa estratagema del coronel don Domingo Dulce, que los mandaba, se debió el que no se tomase la escalera, cual fué la de derramar en los pulimentados escalones dos sacos de garbanzos, de modo que cuando se ponían los pies encima se resbalaba y no había medio de subirla.

En tanto, León y Pezuela, en cuanto supieron lo comprometido que estaba Concha en Palacio, acudieron a este punto, y comprendiendo que todo estaba a punto de perderse, trataron de parlamentar con los defensores, pero éstos se negaron a entrar en negociaciones y, fracasado el movimiento, los jefes no tuvieron más remedio que buscar su salvación en la huída. Concha logró esconderse en Madrid.

El general León y el brigadier Pezuela tomaron el camino de Castilla, sosteniendo en las cercanías del Pardo una escaramuza con un piquete del Regimiento de Caballería de Lusitania y saliendo el segundo herido y con el caballo muerto. Pudo, sin embargo, esconderse debajo de un puente próximo sobre el Manzanares, lavarse la herida y huir al Escorial, donde se ocultó en la morada del bibliotecario entonces y más tarde obispo de Osma P. López, escapando más tarde a Salamanca disfrazado de escopetero de una diligencia y ganando a poco la frontera de Portugal.

León tomó el camino de Valladolid. Descansando en una choza, lejos de la capital, unos campesinos trataron de esconderle, pero

como de esta conversación que tuvieron en su presencia no se enterase León, por ser algo sordo, atribuyeron a desatención de éste su silencio y le dejaron partir al día siguiente, sin insistir en el proyecto de salvación. Cerca de Colmenar Viejo fué hallado don Diego por un piquete de caballería, precisamente del mismo regimiento de Húsares que había mandado, y venía a las órdenes del comandante Laviña. Éste se brindó a hacerle escapar, ofreciéndose con su gente a internarse en Portugal; pero se negó rotundamente, pues había tomado la inquebrantable resolución de presentarse en Madrid, creyendo que el enojo del duque de la Victoria, que era amigo suyo y militaba en el mismo campo político, no llegaría al extremo de quitar la vida al que calificaba de "Murat español" y los carlistas le denominaban "el León de la guerra". Había cometido la imprudencia de no destruir la carta dirigida a Espartero, en la que aparecía como jefe de la conspiración, y al encontrarla en el bolsillo de su capote, le comprometió lo suficiente para que el Consejo de guerra lo condenase a muerte.

El tribunal, sin embargo, había empatado, y el voto del general Capaz, que era el presidente, es el que lo sentenció a muerte, no sin que uno de los generales que habían votado en contra, dijera: "Si León ha de morir por haberse sublevado, ¿qué hacemos nosotros que no nos ahorcamos con nuestras fajas?"

Espartero no quiso alterar con la gracia de indulto, que todos esperaban, la modificación de la sentencia. La reina quiso acceder a los deseos de los que la solicitaban, pero no la permitieron dirigirse a Espartero con este ruego, bajo pretextos triviales.

La escena ocurrida en el Palacio Real de Madrid en esta ocasión, alguien la ha descrito en la siguiente forma: "Estaban presentes en la regia estancia la condesa de Altamira, la marquesa de Bélgida, el conde de Puñonrostro, el coronel Dulce, jefe de alabarderos, y todos impetraron, llorando, el perdón de León a la soberana. La reina solicitó papel para unir, ante Espartero, su voluntad a la de todo el clamoreo levantado en la corte en pro de León."

"Estaba presente una alma tan insensible, que se gozaba en los tormentos que todos padecían. Esta persona era la condesa de Mina, que no consintió a S. M. escribir porque no se hallaba delante el tutor, que era el famoso don Agustín Argüelles, sin cuyo consentimiento no podía permitir que la ilustre huérfana — por entonces de 11 años — ejerciese este acto de clemencia."

"Esta mujer de empedernido corazón" fué la que impidió que los generosos sentimientos de la soberana pudieran contribuir a salvar la vida de León. Hay que advertir que todos estaban convencidos de que León iba a ser jefe y cabeza del próximo movimiento, aunque realmente en la sedición de Madrid no pudo jugar papel alguno, pero, según aseguran, León hacía sombra a ciertos hombres y era preciso a toda costa deshacerse de él.

La sentencia fué cumplida el 15 de octubre de 1841, yendo vestido León con un elegante uniforme de Húsares. Tenía el general 31 años; su padre, llamado también don Diego, había ascendido a general en la batalla de Bailén.

León y Espartero, amigos, y en un mismo campo político, representaban, sin embargo, ideas distintas: el primero, de inquebrantable fidelidad a las dos reinas, por lo que mejor hubiera militado en el campo carlista que en el liberal; el segundo, el medro personal dentro de una ambición sin límites. También a Maroto, más que en el campo carlista, le correspondía, por sus ideas, un puesto entre los liberales.

La sentencia se ejecutó, no sólo en la persona de León, el caudillo legendario de la caballería, sino en otros generales y jefes que se cogieron. No hay para qué decir que, como consecuencia del abortado movimiento, O'Donnell, Narváez, Concha y otros generales que pudieron salvarse, tuvieron que emigrar.

Espartero perdió mucha popularidad con el fusilamiento de León; es fama que cada año, mientras vivió el duque de la Victoria, o sea 38 años, pues murió en 1879, dondequiera que se hallase, recibía el día de san Baldomero la tarjeta de León, felicitación de ultratumba que los familiares de éste se encargaron de realizar como evocación de aquel tremendo error político.

Acabó Espartero por perder toda su popularidad con los sucesos de Barcelona del año 1842. Habíase formado aquí una junta progresista que hizo demoler las fortificaciones de la ciudadela, resistiéndose a disolverse, aunque tuvo por último que hacerlo a la fuerza. Espartero se negaba, como es natural, al derribo de las murallas de Barcelona; resentidos con esto los catalanes, y creyendo amenazada su industria por la adhesión que se suponía en el regente a los intereses de Inglaterra, con la que acababa de firmarse un tratado relativo al comercio de algodones, se insurreccionó la capital, arrojando no sólo a la guarnición, sino al capitán general. Esta insurrección era la primera que tenía carácter republicano, y, para sofocarla, tuvo que acudir Espartero con fuerzas, sitiar a Barcelona y, por último, bombardearla el 3 de septiembre de 1842, sin contemplación de que era la segunda capital de la monarquía.

Como puede comprenderse, este sistema del terror no era el más a propósito para que siguieran los progresistas en el poder;

cayeron, pues, siendo substituídos por un Gobierno moderado, el cual, como quisiera separar a dos generales que eran uña y carne de Espartero, y se negase éste como regente a firmar los decretos, tuvo que presentar la dimisión, dando ocasión a que Olózaga, en un discurso enérgico que pronunció en el Parlamento, concluyese con el célebre: "¡Dios salve al país! ¡Dios salve a la reina!"

El ministerio que se formó fué mal recibido por la opinión, ocasionándose con este motivo disturbios en casi toda la Península; el coronel Prim, que era progresista, se sublevó en Reus; Concha, en Málaga, y Narváez, que acababa de desembarcar en Valencia, en este punto.

Espartero, reuniendo una respetable división y encomendando la seguridad de la reina a la milicia nacional, salió de Madrid con dirección a Valencia; pero perdió lastimosamente el tiempo en Albacete, y viendo el mal estado de Andalucía se dirigió a Sevilla, que estaba ya sitiando el general Van-Hale, dejando libre el camino a Narváez, que se dirigió a Madrid. El 22 de julio de 1843, el general Seoane, que había regresado de Cataluña a donde había ido a sofocar la insurrección y de donde había vuelto sin disparar un tiro, salió de Madrid y quiso detener a Narváez en Torrejón de Ardoz; pero se encontró con la sorpresa de que casi todas sus fuerzas se pasaron a Narváez, el cual, como es natural, entró en Madrid sin que nadie se opusiese.

No se conoce un ejemplo tan manifiesto de lo veleidosa que es la fortuna como el ocurrido a Espartero. Hacía tres años, el prestigio que le habían dado sus campañas era extraordinario; ahora hasta los mismos soldados le abandonaban, pues desertaron de sus banderas de un modo alarmante; a tal punto que, viendo el regente su causa perdida, levantó el sitio a Sevilla y se dirigió a Cádiz, en donde apenas tuvo tiempo para embarcarse casi solo, el 30 de julio de 1843, y emigrar al extranjero.

Espartero caía a impulso de uno de los pronunciamientos más unánimes y populares de España; parecía como que todo el odio de la nación se cebaba en él, que, después de todo, no había cometido más falta que la de no saber gobernar; había derribado a la reina Cristina porque hacía política personal, y por las mismas causas caía al cabo de tres años empujado por una coalición en donde, como hemos dicho, entraban moderados y progresistas para arrojar a los "Ayacuchos".

Por cierto que a Espartero le ocurrió en Inglaterra lo siguiente:

Las Cámaras inglesas votaron un mensaje felicitando al duque de la Victoria por su feliz llegada a las playas de Inglaterra el mes de septiembre de 1843, y el lord Corregidor de Londres le ofreció un suntuoso banquete por considerarlo el "Pacificador de España".

Pero uno de los miembros de Corregimiento y otro de la Cámara de los Lores hicieron saber que el general Nogueras, el que había fusilado a la madre de Cabrera, formaba parte del acompañamiento, y que si se sentaba a la mesa del Lord Maire, abandonarían su puesto, creyendo les agradecerían la noticia para evitarles el desagrado de la presencia de aquél en la mesa hospitalaria del primer magistrado de Londres.

Excusado es decir que Nogueras, en efecto, no asistió al banquete.

Tarde se convencieron los progresistas del papel que acababan de desempeñar ayudando a los moderados; cierto que el Gobierno que se nombró era de progresistas, entre los que se contaba el general Serrano; pero no es menos cierto que obraban bajo el dominio de Narváez, que quedó de capitán general en Madrid; muchos de aquéllos comprendieron que la caída de Espartero llevaba consigo la de ellos, y entonces se arrepintieron de lo hecho.

En tanto Narváez, obrando como un profundo político, declaró mayor de edad a Isabel II el 8 de agosto de 1843, para evitar tener que nombrar otra segunda regencia y poderse negar a la formación de la Junta Central que querían los catalanes. Esta Junta Central se había comprometido el general Serrano con los catalanes a reunirla, pues, como era natural, la Junta Suprema de Barcelona deseaba unir los esfuerzos de todas las Juntas de las provincias en una sola que se llamase central. Los catalanes, una vez derribado Espartero, reclamaron cumpliesen los moderados lo prometido, pero entonces se les contestó que ya no tenía razón de ser la Junta Central. Viéndose engañados los progresistas, se levantaron al grito de Junta Central, pero fueron ametrallados, siendo nuevamente bombardeada Barcelona el 7 de septiembre de 1843, por aquellos que tanto se lo habían censurado a Espartero.

Por fin, llegado el mes de mayo de 1844, Narváez formó ministerio, y entonces empezó aquel sistema del terror que tanta fama le había de dejar en la historia por su carácter enérgico e inflexible.

Era Narváez liberal por convicción, capaz e inteligente para dirigir el partido que acaudillaba; pero, sobre todo, un carácter férreo e indomable, que le hizo aparecer como un dictador que gobernaba con despotismo, que no se compaginaba con el liberalismo de que hacía gala.

Narváez se propuso reprimir y poner un dique a la reacción liberal, y hay que convenir en que lo consiguió; hacía falta resta-

blecer la paz y tranquilidad para poder realizar las reformas que se traía el partido liberal, y esta paz la consiguió Narváez con sus ejemplares y rápidos castigos.

El partido progresista, que había tenido que ceder el puesto a los moderados, se había organizado para conspirar no sólo fuera de España, sino dentro de ella; por todas las provincias tenía sus Juntas, y los agentes procuraban sublevar al ejército. Narváez no dejaba de vigilar, y al menor desmán ya estaba el castigo encima, rápido e inflexible; en un año fusiló por delitos políticos más de 220 personas, pero los progresistas no cejaban por ello, y excitaron al general Zurbano a que se echase al campo, lo cual realizó éste el 11 de noviembre de 1844, más para dar gusto a los amigos políticos que porque tuviera probabilidades de éxito. Sucedió lo que es fácil de imaginar; el país, que miraba ya con indiferencia estos levantamientos, no le secundó y, cogido Zurbano, fué fusilado en Logroño el 21 de enero de 1845, en compañía de dos hijos suyos. El general Prim también estuvo expuesto a que lo fusilara Narváez, pues había vuelto con los progresistas y empezó a conspirar, siendo condenado a muerte, aunque el Consejo lo mandó a un castillo por seis años. Su madre solicitó de Narváez clemencia para su hijo, y éste fué puesto en libertad, pues Narváez, a pesar de su reconocido rigor, tenía rasgos de este temple.

Pero no era sólo al partido progresista al que tenía que hacer frente Narváez; tenía que habérselas también con los carlistas o absolutistas, que no dejaban de conspirar para derribar el trono; con el partido republicano, que empezaba a asomar la cabeza, y hasta con el socialista, que también se presentaba en escena por primera vez. Parecía como que la sociedad política se desquiciaba, y había que contener aquel desorden con medidas enérgicas, y nadie como Narváez para ello; sin embargo, hay que reconocer que a veces fué demasiado severo y se extralimitó, y esto es lo que se censura en Narváez; tenía dada la orden, por ejemplo, de que si desembarcaba Espartero no esperasen para fusilarle más que el tiempo preciso para confesarlo. Tal era Narváez.

Poco antes de entrar en el poder, había regresado la reina María Cristina, que intervino en algunos acontecimientos políticos de interés.

A principios de 1846 cayó el ministerio Narváez, siendo substituído por otro moderado que duró poco, pues caprichos palaciegos le hicieron dejar el poder. Volvió Narváez, pero resentida María Cristina por el asunto que indicaremos, se indispuso con él, y el 4 de abril de 1846 cayó por segunda vez, siendo enviado a Nápoles

a título de embajador, aunque más con el carácter de destierro.

"Así pagaban al hombre probo y gobernante capaz — dice un escritor — su capacidad y sus eminentes servicios."

Era Narváez la cabeza política mejor organizada de la época. No tenía las dotes personales indispensables para deslumbrar a las masas y conquistar su irreflexiva adoración, como las tenía Espartero; pero poseía, en cambio, un sentido realista y un instinto de las relatividades en grado suficiente para gobernar y, además, el temple de carácter necesario para mantenerse firme en el Poder, una vez obtenido. Apretado entre los desmanes de abajo y las intrigas de arriba, dedicó noblemente todas sus fuerzas a sofocar y reprimir, de una parte, los estallidos demagógicos y populacheros, y de otra, a mantener a raya las continuas veleidades y extravagancias del poder real. En una palabra, "imponer el orden en la anarquía española y hacer viable la vida cotidiana".

Ya que no suprimir la Constitución de 1837, como deseaba, la reformó en 1845 haciéndola más parlamentaria, reforzando la autoridad real y consagrando la unión secular de la Iglesia católica con el Estado. Todos estos cambios de Gobierno, a los ojos del público, eran injustificados, y obedecían a caprichos de la reina María Cristina y a influencias extranjeras, como decía el pueblo, que no veía con buenos ojos a la napolitana. Ésta ya había dado a conocer su casamiento secreto con Muñoz, duque de Rianzares, del que tenía cinco hijos. A los tres meses de la muerte de Fernando VII, María Cristina, enamorada de un guapo mozo llamado Fernando Muñoz, que era Guardia de Corps, como Godoy, pero de humilde origen, pues era hijo de la estanquera de Tarancón, se casó clandestinamente con él, no sin darle antes el título de duque de Riansares.

Al unirse ambos tenía que mantenerse secreto el casamiento, so pena de renunciar ella a la Regencia; no siendo así, prefirió soportar la calumnia de que se creyese que tenía un amante. Éste, a diferencia de tantos privados, se manifestó siempre como humilde siervo, pues no renegó de su origen más que como esposo; pero el drama íntimo de María Cristina, que tuvo siete hijos de él, fué el disimular los embarazos en los actos de corte, faltando tantas veces públicamente a los deberes de la realeza.

Sucedió que, durante el segundo ministerio Narváez, se pensó en dar un golpe en Méjico a fin de establecer una monarquía española, eligiendo para monarca un príncipe español; la cosa se llevaba con gran misterio, pero María Cristina se enteró de que no se pensaba para nada en ninguno de sus hijos del segundo matri-

monio, y ofendida por esto con Narváez lo hizo caer del ministerio, separándole de la corte, como hemos dicho.

Todos estos cambios y el descontento que producían, los aprovechó el partido progresista, que consiguió sublevar algunos batallones en Galicia, en abril de 1846, a los gritos de "¡Viva la reina libre! ¡Fuera extranjeros!", refiriéndose a María Cristina. Esta sublevación fué sofocada por el general Concha y fusilados los principales jefes.

Capítulo XX

ESPAÑA DE 1845-1849

Segunda guerra carlista

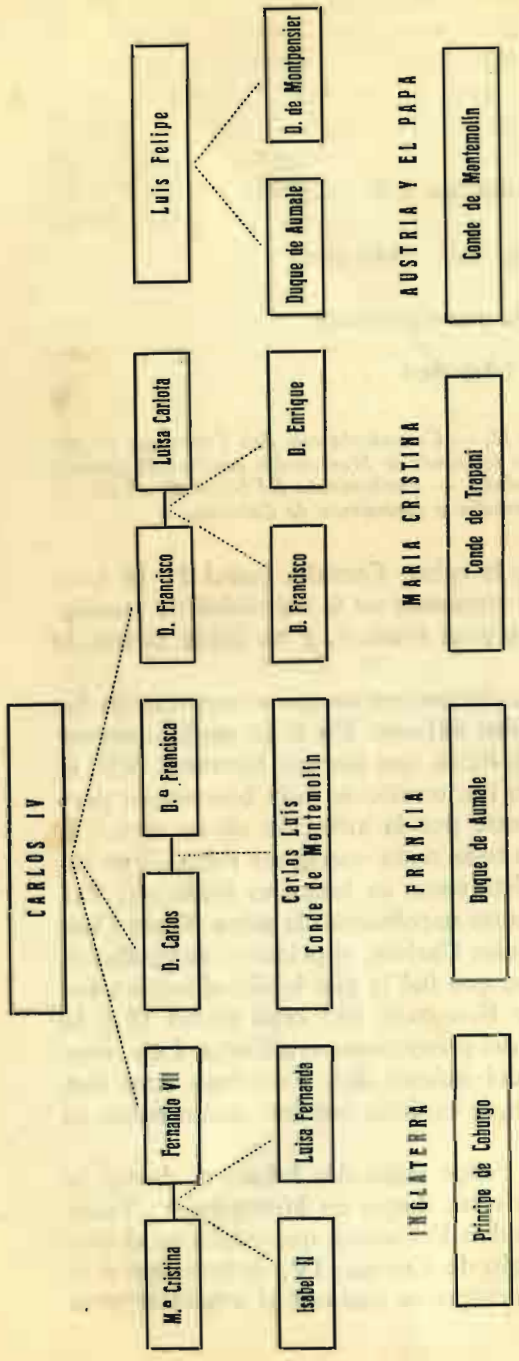
(1845-1849)

Pretendientes a la mano de Isabel II. — Casamiento con don Francisco. — Abdicación de Carlos V. — El desaire del conde de Montemolín ocasiona la segunda guerra carlista. — Cabrera en Cataluña. — Fusilamiento del barón de Abella. — Abdicación de Montemolín y casamiento de Cabrera.

Y llegó el casamiento de la reina. Contaba Isabel II 15 años de edad y ya se venía pensando en la necesidad de casarla. Ahora bien, los pretendientes eran muchos, y no había forma de contentar a todos.

Para darnos cuenta de las circunstancias que concurrían en éstos, hay que fijarse en el cuadro adjunto. En él se puede observar que el rey Carlos IV tuvo tres hijos, que fueron: Fernando VII, el infante don Carlos M.ª Isidro (de condición muy bondadosa, pero que se convirtió en pretendiente por la ambición de su mujer la infanta doña Francisca, que a toda costa quería ser reina), y el infante don Francisco. Tanto éste como su hermano Fernando VII estaban casados con dos hermanas napolitanas: la reina María Cristina, el último, y la infanta Luisa Carlota, el primero, de condición ésta tan arrebatada e irascible, que fué la que le dió el célebre bofetón a Calomarde. Hijas de Fernando VII eran Isabel II y la infanta Luisa Fernanda; hijo del pretendiente era Carlos Luis, conde de Montemolín, e hijos del infante don Francisco eran don Francisco y don Enrique, éste de carácter tan turbulento como su madre Luisa Carlota.

En Francia, el rey Luis Felipe tenía dos hijos: el duque de Aumale y Antonio M.ª de Orleáns, duque de Montpensier. Tanto éste como los hijos del infante don Francisco, que estaba en el destierro, se educaron en el colegio de Enrique IV, dedicándose a la carrera de las armas y conservando su amistad al separarse para



prestar servicio: don Francisco, en Caballería; don Enrique, en la Marina, y el duque de Montpensier, en Artillería.

Ahora bien, Inglaterra presentaba como candidato a un Coburgo; Francia, al duque de Aumale; la reina madre, a un italiano, el conde de Trapani; pero ni Inglaterra consentía la boda con un francés, ni Francia con el inglés, ni Austria ni el Papa con el italiano; así que, para no disgustar a nadie, hubo que pensar en príncipes españoles. Eran éstos los dos hijos del infante don Francisco, o sea el infante don Enrique y su hermano el infante don Francisco y el hijo del pretendiente don Carlos M.ª Isidro, el cual, encontrándose bastante viejo, renunció sus derechos en su hijo Carlos Luis, que tomó el título de conde de Montemolín, aspirando a la mano de la reina.

Hay quien asegura que lo más acertado hubiera sido casar a la reina con este Montemolín, que era el Carlos VI de los carlistas, y así estaba dispuesta a hacerlo la reina Isabel, para de ese

modo solucionar de una vez y para siempre, en bien de España, el problema de la legitimidad de la realeza española; pero renunció a otorgarle su mano cuando, contemplando por primera vez su retrato, observó que era bizco; y como Narváez se opusiera también a ello, no quedaron para elegir más que don Enrique y don Francisco, pero el primero de éstos se había significado mucho como progresista, escribiendo en periódicos en favor de este partido, y dicho se está que Narváez, aun estando en Nápoles, no había de consentir que se casase con la reina.

Mientras esto ocurría, doña Luisa Carlota llevaba al límite sus intrigas, en juego desde hacía bastantes años, para lograr casar a la reina con su hijo don Francisco de Asís, y siendo ahora también éste el candidato del rey de Francia, a consecuencia del veto puesto a su hijo el duque de Aumale, y para hacer más visible el matrimonio de su otro hijo, el duque de Montpensier, con la infanta Luisa Fernanda, hermana de Isabel II (desechado, como hemos dicho, el de Coburgo por la antipatía que despertó el saber que su familia tenía la especialidad de proporcionar esposos a todas las reinas de Europa), consiguió realizar sus aspiraciones, pues se acordó el casamiento de Isabel II con su primo el infante don Francisco, y el casamiento de la infanta Luisa Fernanda, hermana de la reina, con el duque de Montpensier, hijo menor del rey de Francia, Luis Felipe. Inglaterra se molestó mucho por la preferencia que se daba a Francia, pero el casamiento se celebró el 10 de octubre de 1846, día en que Isabel II cumplía 16 años.

Casóse, pues, la reina, bastante contra su voluntad, con su primo, para facilitar el casamiento de su hermana la infanta heredera con el príncipe de la casa de Orleáns, y corrimos todos los azares de una desavenencia con Inglaterra y de un enlace que, como dice un escritor, más bien recibió el país con frialdad y alejamiento que con júbilo y entusiasmo.

Los manejos de Luis Felipe y de María Cristina fueron los que trajeron tan funesta boda, porque, a poco, la familia de Orleáns era arrojada de Francia y, años más tarde, salía de incógnito María Cristina para contemplar desde el extranjero el destronamiento de su hija.

Ofendidos los carlistas con el desaire recibido, se prepararon a reproducir la guerra civil. El conde de Montemolín lanzó un manifiesto y desapareció de Bourges el 14 de septiembre de 1846, apareciendo en Londres. A Cabrera, que seguía en Lyón, no le había parecido bien la abdicación de Carlos en su hijo primogénito; pero, leal y caballero, se felicitó de poder ofrecer su espada al jo-

ven príncipe y se dispuso a servirle con entereza. Cataluña fué elegida para comenzar las operaciones. Cabrera y demás jefes pasaron de Francia a Inglaterra, en donde fueron recibidos: el primero, con honores reales, y los demás, con gran cariño, pues Inglaterra, resentida con España, les facilitaba recursos para la guerra.

Cataluña fué elegida para comenzar las operaciones.

En septiembre de 1846 ya habían aparecido pequeñas partidas en Cataluña con dos jefes de prestigio, cuales eran Ros de Eroles y el brigadier Tristany, o sea el célebre cura mosén Benet (Benito) Tristany, de la primera guerra, y otros cabecillas. Escasamente llegarían a 400 los carlistas en armas, pero, a pesar de su corto número, entraban en los pueblos que querían, sin que el capitán general de Cataluña, Pavía, marqués de Novaliches, que había substituído al general Bretón, que había sido depuesto, pudiera impedirlo con los 22.000 hombres que tenía a sus órdenes, pues existían 57 partidas en Cataluña.

Ya en el año 1847 ocurrió la intervención de Portugal, que aumentó el peligro de las armas españolas.

En aquella nación ocurrían luchas políticas análogas a las de España; estaba en el trono doña María de la Gloria, pero había un gran partido acaudillado por Vasconcellos, con centro en Oporto, que le negaba la obediencia. El Gobierno portugués, encontrándose sin fuerza para sofocar la insurrección, acudió a Inglaterra, Francia y España para que se lo prestasen, y se decidió que las dos primeras se lo facilitarían por mar, y la tercera por tierra. Organizóse un ejército de 12.000 hombres que se confirió al general don Manuel de la Concha, pero antes de entrar éste en Portugal sufrieron los sublevados un serio percance. Habían dispuesto embarcar 2.000 hombres con el conde Das Antas para caer sobre Lisboa y apoderarse de la capital, pero apenas salieron al mar fueron detenidos por los barcos ingleses, que los hicieron prisioneros. El cónsul inglés en Oporto quiso arreglarlo todo para llevarse la gloria de haber sometido a los sublevados, pero éstos no le hicieron caso, y no hubo más remedio que ordenar a Concha penetrase en Portugal, lo cual verificó el 21 de mayo de 1847 por el ángulo NE. de la frontera, es decir, por la parte de Braganza; aquí dirigió a los portugueses una alocución para ver de reducirlos pacíficamente, y con rapidez se dirigió sobre Oporto, a donde llegó sin disparar un tiro, estableciendo las líneas de bloqueo contra la plaza. Los insurrectos empezaron a tratar con Concha, el cual procedió con gran tacto y habilidad, consiguiendo por la conversación de Gramido que le rindieran la plaza y que se sometiesen.

Agradecida la reina María de la Gloria, llamó a Concha a Lisboa para conocerle y condecorarle, y el Gobierno español, en recompensa, le hizo grande de España y le concedió el título de marqués del Duero.

Terminados los asuntos de Portugal, pasó con su brillante ejército a Cataluña, donde ya habían sido fusilados Tristany, que había sido sorprendido en Las Vilas de Llanera (Solsona), el 17 de mayo de 1847 y algunos otros cabecillas. Ros de Eroles había muerto en combate. El general Concha, que substituyó a Novaliches, llegó a reunir más de 40.000 hombres que distribuyó en multitud de columnas para perseguir los 1.600 hombres con que, a lo sumo, contaban los carlistas; pero no alcanzando grandes resultados, fué substituído de nuevo en noviembre de 1847 por el marqués de Novaliches, que continuando el mismo sistema y levantando somatenes llegó a batir de tal modo a los carlistas que se creyó terminada la guerra.

A todo esto seguían en el poder los moderados templados, llamados conservadores; pero apareció un partido, el puritano, del que formaba parte el general Serrano, que gozaba en palacio de tal favor, que se le llamaba el general bonito por considerársele como favorito de la reina, a la sazón disgustada con su marido, y la maledicencia encontró motivo para pensar así viendo lo que ocurría.

En efecto, habiendo dispuesto el Gobierno mandar al general Serrano a Navarra, éste se negó a cumplimentar la orden, y aunque las Cortes y el Senado dieron la razón al Gobierno, Serrano no salió de Madrid, apoyado, como estaba, por la reina, que llamó al poder a los puritanos, acaudillados por Serrano y por el banquero Salamanca. Este Gobierno quiso aparecer muy liberal, concedió una amplia amnistía, pero es lo cierto que los puritanos no contentaron a nadie, pues los progresistas no se conformaban con menos que con que Serrano formase Gobierno con un gabinete progresista, los conservadores, mejor dicho, los moderados, no deseaban otra cosa que un gabinete Narváez. El embajador inglés Bulwer, aprovechando la ocasión para mezclarse en todo y meter cizaña, en venganza del desaire que creía Inglaterra se le había hecho en la cuestión del matrimonio, apoyaba a los progresistas, cuyo caudillo, Espartero, a la sazón de 54 años, había regresado a España aprovechando la amnistía, aunque dispuesto a establecerse en Logroño, retirado por completo de la vida política, de la que estaba desengañado.

Tantas intrigas hicieron pensar seriamente en la vuelta de Nar-

váez, el cual había dicho que para ser primer ministro otra vez, le habían de dar poder para fusilar al general Serrano y echar de España a Bulwer, así como carta blanca para pegar de firme, pues decía que en España sólo se podía gobernar a palos.

Los conservadores aconsejaron la vuelta de Narváez por temor de que Serrano pudiera formar un gabinete progresista, y Serrano aconsejó lo mismo, porque si se veía obligado a formar el gabinete progresista que temían, no se le escapaba que la primera figura sería Espartero, su enemigo, y no quería eso.

Volvió, pues, Narváez y, en vez de fusilar a Serrano, lo que hizo fué adularle y ganarse su amistad.

A fines de 1847 formó Narváez ministerio, encargándose al pronto de la cartera de Guerra. Como por este tiempo se creyó terminada la guerra carlista, lo anunció así el general Narváez, pero a mediados del año se encontró con la sorpresa de que el 23 de junio de 1848 entró Cabrera en Cataluña, y empezaron a tomar incremento otra vez los carlistas.

Lo primero que hizo Cabrera al llegar a Osseja, por donde pasó el Pirineo, fué formar dos columnas, una compuesta de catalanes que debía moverse con él en Cataluña, y otra con gente de Aragón y Valencia en número de 200 hombres, que, destinada a mover la guerra en aquellas provincias, estaba mandada por Forcadell.

Éste ejecutó una marcha admirable a través del Principado de Cataluña, sembrado de partidas isabelinas; pasando por las inmediaciones de Berga, atravesando, sin intimidarse por la persecución que sufría, los distritos de Solsona y Cardona, y cruzando por los confines de Tarragona, llegó al Ebro por cerca de Cherta, entrando por fin en la provincia de Aragón y Valencia, o sea en el corazón del Maestrazgo, sin el menor fracaso y realizando una audaz y afortunada marcha.

Por lo que hace a Cabrera, el 26 de junio de 1847, después de una marcha admirable llegó a seis leguas de la capital, o sea a siete horas de Barcelona, en San Feliu del Pino, donde se le reunieron las partidas, llegando a disponer de unos mil hombres.

Con esta marcha quería demostrar su prestigio, por hacerla a través de un país ocupado militarmente y esquivando los encuentros. Era una prueba de su poderío; pero una columna que salió de Barcelona sostuvo con los carlistas, cuando se retiraba Cabrera a Vich, un encuentro entre La Garriga y Aiguafreda, siendo batido éste; y como le saliese al encuentro otra columna en Hostalrich, se vió obligado a tomar precipitadamente otro camino y, perseguido por las tropas de Vich, de Olot y de Ripoll, tuvo que acercarse otra vez a la frontera repartiendo sus fuerzas en tres columnas para que pudieran fácilmente separarse y escapar. Cabrera corrió gran riesgo, pues estuvo a punto de caer en manos del enemigo.

Hay que advertir que había recibido un desengaño al comprobar que no acudían en Francia en tanto número como se esperaba. Ya le había dicho a Montemolín que en Cataluña sólo se podría sostener una guerra de guerrillas para entretener, pero que de esto a equilibrar las fuerzas con el enemigo había una distancia inmensa.

En agosto de 1848 insistió en su propósito de llegar al Maestrazgo, pero cuando alcanzó el Ebro y vió el escaso número de los que le seguían y el poco entusiasmo que despertaba su presencia, comprendió que no había ninguna posibilidad de triunfo y volvió hacia Cataluña a seguir su táctica de guerrillas protegido por las fragosidades del terreno.

En Estany le alcanzó el coronel Manzano y, sin el heroísmo del coronel Gómez, que le protegió en la retirada a Olot, hubiera caído prisionero.

La defección continua de los pocos hombres que le seguían, entre ellos los más valientes jefes de partida, que se acogían a indulto, le hacían lamentarse en esta forma: "Todos los jefes de Cataluña son unos renegados y unos ladrones. Todos son unos miserables, y nosotros exponemos nuestras vidas para llenar sus bolsillos. ¡Merecían ser fusilados!"

En efecto, eran muchos los que no querían someterse a ningún jefe y sólo buscaban su medro personal procurando entrar en negociaciones ventajosas de grados reconocidos y dinero.

De Londres no les mandaban una peseta. Cabrera se daba cuenta de que, a pesar de los pequeños triunfos que se conseguían, la guerra de Cataluña no conduciría al triunfo final. "Esta guerra empezó mal — decía, — va mal y terminará mal. Es inútil cuanto hagamos." Y el príncipe, en Londres, después de haberlos empujado a la aventura, sin poder enviarles la menor ayuda, pues una vez que les anunciaba el envío de 6.000 fusiles cayó la carta en poder del enemigo y los fusiles no llegaron.

Narváez nombró capitán general de Cataluña al general Córdova, el cual vió con sentimiento que los carlistas se corrían al Maestrazgo, llegando a reunir más de 5.000 hombres. Presentó, pues, la dimisión y volvió a encargarse del mando del ejército el

marqués del Duero, el cual levantó el espíritu de los habitantes, que le ayudaron en la empresa de defender el territorio.

Era el general isabelino más activo, pues avanzaba, retrocedía, mandaba y ejecutaba como el mismo Cabrera.

Éste había hecho de Amer, a orillas del Ter, la Cantavieja de Cataluña. El día 26 de enero de 1849 había salido de Santa Coloma una columna isabelina para destruir el puente sobre el Ter, que no consiguió porque Cabrera envió dos compañías que la rechazaron; pero al día siguiente volvieron a la carga los liberales con una gruesa columna del general Nouvilas, y en el sitio abrupto llamado el Pasteral, en las cercanías de Amer, se sostuvo el combate, en el que, a causa de haber sido herido en un muslo Cabrera y de la superioridad de las fuerzas liberales, los carlistas abandonaron el campo, más por dicha herida que por otra cosa, pues que sufrieron iguales pérdidas y comprobaron que era posible el triunfo con fuerzas menores y peor armadas.

A poco de esto y cuando Cabrera, malhumorado por las defecciones, se disponía a salir a campaña, cometió el acto de más injustificada crueldad de toda su vida: el fusilamiento de un hombre de bien, cual era el bondadoso barón de Abella, vecino de Cardona, que con dos amigos se acercó a Tristany para convencerle de la necesidad de terminar con una guerra sin esperanzas de éxito. A mediados de febrero de 1849, en San Lorenzo de Morunys y después de tenderles una celada, cogió al barón de Abella y a los señores Casados y Serra, que habían ido con tanto afán de concordia y paz, y los fusiló.

Este fusilamiento, que le restó muchas simpatías, fué mucho más cruel que el de las infelices mujeres de Valderrobles, entre las que se encontraba la graciosa y simpática Cinta Fox, que parecía destinada a ser su esposa por el afecto que la llegó a profesar. Ahora no había el menor motivo que justificara tamaña crueldad.

Castigo providencial pareció el que en 1.° de marzo de 1849 se viera sorprendido en San Lorenzo de Morunys por el antiguo cabecilla Pep del Oli, que ahora era brigadier isabelino y que por milagro no lo cogió, pues salió huyendo a uña de caballo.

En abril de 1849, Marsal, el más notable cabecilla después de Cabrera, cayó prisionero en Bañolas y, condenado a muerte, se le perdonó por haber ofrecido sus servicios a la reina.

Cabrera, viendo cerrado el horizonte por todos lados, escribió a Montemolín diciéndole que su presencia en Cataluña se hacía precisa, y aunque éste dudó al principio, se resolvió a hacerlo; pero al

encontrarse en la frontera fué detenido por los franceses e internado en la fortaleza de Perpiñán.

Los carlistas llegaron a reunir 10.000 hombres que mandaba Cabrera, pero cuando el conde de Montemolín fué cogido preso en la frontera e internado en Francia, se introdujo el desaliento en las filas carlistas, hasta el extremo de que Cabrera se vió obligado a internarse en Francia el 23 de abril de 1849, quedando pacificada Cataluña y terminada la segunda guerra carlista.

El marqués del Duero fué recompensado con el empleo de capitán general de ejército.

Cabrera llegó a fines de mayo de 1849 a Londres, en donde se encontraba el conde de Montemolín, pues el Gobierno de Luis Felipe en Francia había sido lo suficiente complaciente para dejarlo marchar a Inglaterra.

Pero ocurrió que allí, en Londres, iban a caer uno y otro en las redes del amor. El conde de Montemolín se había enamorado, al parecer locamente, de una dama inglesa de diferente religión y con la que llegó a pensar en hacer un casamiento desigual. Cabrera fué uno de los que le aconsejaron meditase bien su resolución, pero el joven príncipe, que sólo contaba 28 años, se decidió a realizar su propósito y, al efecto, en 30 de mayo de 1849 firmó la abdicación en favor de su hermano el infante don Juan.

Con este motivo invitó un día a Cabrera a que por sus mismos ojos viese si la dueña de sus pensamientos era digna del sacrificio que por ella hacía, y con él fué a visitarla.

Sólo la acompañaba a ella una dama inglesa no mal parecida y de casa ilustre, llamada miss Mariana Catalina Richard. Pues bien, mientras los enamorados platicaban calurosamente, Cabrera y la dama citada sostenían una conversación cortés y fría, dentro de las más correctas fórmulas sociales entre un hombre de 43 años y una jovencita de bastante menos edad.

Corriendo el tiempo, aunque no mucho, sucedió que el infante don Juan no quiso aceptar la renuncia de su hermano, el cual, influído por sus partidarios, recobró el cetro que había abandonado; pero, en cambio, no sólo abandonó Londres, sino también los amores que allí le retenían, y pasó como pretendiente político a Trieste.

En cambio, Cabrera siguió visitando a la inglesita, cayó prendado en sus redes amorosas y, al cabo de un año, o sea el 27 de mayo de 1850, se casó con ella, convirtiéndose en un opulento hacendado que se instaló a poco en su residencia de Wentworh, del condado de Surrey.

Hay que advertir que a su enlace asistió el infante don Juan y que en la canastilla de boda puso el conde de Montemolín el título de marqués del Ter y el empleo de capitán general de ejército.

Allí le dejaremos, haciendo la vida de gran señor, reposada y dulce, aumentando su dicha la primera hija, que fué duquesa de Gandolfi, y, más tarde, un hijo varón, en 1855, que aún vivía, con 81 años, en 1936.

ÍNDICE

Capítulo — Página

I. *Antecedentes de la guerra carlista,* Fernando VII (1814-1833) 7

El partido liberal se atribuye la salvación del trono en la guerra de la Independencia. — La Constitución de 1812. — Fernando el Deseado. — Ingratitud de éste. — Los liberales entran en la masonería. — Sublevación de Riego. — El rey jura la Constitución de 1812. — Liberales exaltados. — El 7 de julio de 1822. — Los 100.000 hijos de San Luis. — Reacción absolutista. — Muerte de Riego. — El Infante don Carlos. — Levantamientos en Cataluña. — María Cristina. — Leyes de sucesión a la corona. — Intentonas carlistas. — Amnistía. — Portugal. — Isabel II. — Sublevación carlista.

II. *Primera guerra carlista,* Zumalacárregui (1833) . . 25

El resentimiento le llevó a las filas carlistas. — Cualidades sobresalientes de organizador. — Teatro de la guerra. — Su descripción. — El valle de las Améscoas. — El cura Merino llega a El Escorial. — Sarsfield. — Bate a los carlistas en Peñacerrada. — Entra en Vitoria. — Entra en Bilbao. — Los carlistas se apoderan de Oñate. — Lorenzo los desaloja. — Desaliento de los carlistas. — Zumalacárregui es nombrado General en jefe.

III. *Primera guerra carlista,* Zumalacárregui. Mandos de Valdés y Quesada (1833-1834) 31

Valdés penetra en la Burunda. — Entra en Bilbao. — Combate del puente de Arquijas. — Zumalacárregui se apodera de Orbaiceta. — Combate de Güesa. — Zumalacárregui eclipsa a los generales de la reina. — Sorpresa de Zubiri. — Espartero entra en Guernica. — Combate de Portugalete. — Quesada. — Zumalacárregui se le escapa. — Combate de Muro. — Sorpresa de Muez. —Combate de Dallo. — Relevo de Quesada.

IV. *Primera guerra carlista,* Zumalacárregui. Mando de Rodil (1834). 43

Cuádruple alianza. — Rodil organiza el ejército. — Entra don Carlos en España. — Plan de ocupación. — Rodil pe-

Capítulo Página

netra en el valle de la Burunda. — Infructuosa persecución de don Carlos. — Sorpresa de las Peñas de San Fausto. — Desastre de Viana. — Trata de pasar el Ebro Zumalacárregui y tiene que repasarlo. — Defensa heroica de Cenicero. — Desastrosas jornadas de Alegría y Arrieta.

V. *Primera guerra carlista,* Zumalacárregui. Mando de Mina (1835). 52

Reputación de Mina. — Organiza el ejército. — Heroicas defensas de Peralta y Villafranca. — Combate de la Peña de Onzué o del Carrascal. — Victoria de Mendaza. — Combate de Arquijas. — Situación comprometida de Oraá. — Equivocación de Córdova. — Plan de campaña de Mina. — Sitio de Elizondo y operaciones del Baztán. — Los Arcos. — Situación comprometida de Mina en Elizondo. — Zumalacárregui se apodera de la Burunda. — Combate de Arróniz. — Córdova regresa a Vitoria después de destruir el campo atrincherado de Orbiso. — Mina presenta la dimisión.

VI. *Primera guerra carlista,* Zumalacárregui. Segundo mando de Valdés (1835) 64

Valdés se mete con el ejército en la sierra de Urbasa. — Zumalacárregui le espera en el puerto de Artaza. — Espantoso desastre con que terminó la expedición de las Améscoas. — Desastre de Guernica. — Desastre de Larrainzar. — Desastre del alto de la Descarga. — Zumalacárregui llega a la cúspide de su gloria. — Envidias e ingratitud de la corte carlista. — Propone el sitio de Vitoria. — Don Carlos se obstina en que sitien a Bilbao. — Heroica defensa de esta plaza. — Zumalacárregui muere a consecuencia de una herida que recibió frente a Bilbao. — Brillantes dotes militares de este caudillo.

VII. *Primera guerra carlista,* el general Córdova. Mendigorría (1835) 76

Descrédito de Valdés. — Le substituye el general Córdova. — Su personalidad. — Substituye a Zumalacárregui el general González Moreno. — Levanta el sitio de Bilbao. — Córdova se sitúa en Miranda de Ebro. — González Moreno sitia a Puente la Reina. — Batalla de Mendigorría. — Líneas del general Córdova. — Inconvenientes del plan de este general. — Combate de Espartero en Arrigorriaga. — Defensa del puente de Bolueta. — Córdova acude en socorro de Ezpeleta.

VIII. *Primera guerra carlista,* el general Córdova. Arlabán (1835-1836) 85

Eguía se encarga del ejército carlista. — Ocupa el puesto de Arlabán. — Córdova se apodera del castillo de Guevara. —

Capítulo Página

Se apodera igualmente de Estella. — Combate de Monte Jurra. — Sitio y Bombardeo de San Sebastián. — Líneas de Arlabán. — Córdoba se dispone a atacar estas líneas. — Espartero, con los húsares, alcanza la victoria de Orduña. — Últimas operaciones de Córdova. — Ocupa todas las obras de las célebres líneas de Arlabán. — Córdova entrega el mando y se retira a Francia. — Muere, a poco, en Lisboa.

IX. *Primera guerra carlista,* expedición de Guergué y Gómez (1835-1836) 94

Sale Guergué, con una expedición, para Cataluña. — Llega a Tremp. — Determina volver a Navarra. — Repasa el Segre. — Gómez sale con una expedición para Asturias y Galicia. — Avanza a Castilla. — Atraviesa Somosierra. — Rinde a don Narciso López cerca de Sigüenza. — Entra en el reino de Valencia. — Combate de Villarrobledo. — Entra en Andalucía. — Llega a Algeciras. — Regresa sin percance notable.

X. *Primera guerra carlista,* expediciones de don Carlos y Zaratiegui (1837) 107

Causas que motivaron la expedición. — Se dirige a Cataluña. — Combate de Huesca. — Batalla de Barbastro. — Batalla de Graa. — Don Carlos pasa el Ebro por Tortosa. — Penetra en Valencia. — Batalla de Chiva. — Don Carlos insiste en dirigirse a Madrid. — Llega a Arganda. — Zaratiegui avanza con otra expedición a Castilla. — Llega, por Segovia, a las Rozas y el Espinar. — Se retira a Valladolid. — Combate de Aranda.

XI. *Primera guerra carlista,* Espartero (1836-1837) . . . 123

Espartero, caudillo del campo liberal. — Tercer sitio de Bilbao. — Batalla del puente de Luchana. — Espartero entra en Bilbao. — Trata de levantar el sitio de San Sebastián. — Batalla de Oriamendi. — Combate de Zornoza. — Combate de Andoain. — Desastre de O'Donnell en Andoain. — Triunfo de León en Belascoain. — Bandos del campo carlista. — Combate de Peñacerrada. — Maroto substituye a Guergué en el mando de los carlistas. — Desastre en la sierra del Perdón.

XII. *Primera guerra carlista,* Maroto (1839) 135

Caída del partido clerical o intransigente. — Maroto fusila a varios jefes del partido apostólico. — Don Carlos lo declara traidor. — El ejército carlista apoya a Maroto. — Este da un golpe de Estado y se hace dueño de la situación. — Combates de Ramales y Guardamino. — Combate de Belascoain. — Acción de Arróniz. — El ejército carlista, contra Maroto. — Proposiciones de paz. — Célebre convenio de Vergara. — Don Carlos se refugia en Francia.

Capítulo Página

XIII. *Primera guerra carlista,* Cabrera. Antecedentes (1833-1835) 143

Cabrera. — Su vida. — Motivos que le inclinaron al bando carlista. — "El Tigre del Maestrazgo". — Descripción geográfica del Maestrazgo. — Primeros ascensos. — Audacias de Cabrera. — Sorpresa de Abejuela. — Ascenso de Cabrera a coronel.

XIV. *Primera guerra carlista,* Cabrera. Fusilamiento de su madre (1835-1836) 156

Cabrera, jefe en el Maestrazgo. — Combate de Allora. — Don Carlos le quita el mando. — Combate de Yeza. — Defensa de Albocácer. — Los prisioneros de Rubielos. — Antecedentes y fusilamiento de la madre de Cabrera. — Cinta Foz. — Desastre de Bañón. — El "vencedor de Chiva". — Pérdida de Cantavieja.

XV. *Primera guerra carlista,* Cabrera. Expedición a Orihuela (1837). 170

Desastre de las Cabrillas. — Fusilamiento y "Festín de Burjasot". — Expedición a Orihuela. — El coronel Forcadell. — El botín de Almansa. — Combate de Chulilla. — Cumplido elogio de Forcadell por su brillante operación.

XVI. *Primera guerra carlista,* Cabrera. Mando de Oraá (1837-1839) 173

El ejército del centro. — Ocupación de Cantavieja por los carlistas. — Templanza de Cabrera. — Los carlistas se apoderan de Morella. — Heroísmo de Gandesa rechazando a Cabrera. — Sitio de Morella. — El general Oraá es separado del mando. — Cabrera, teniente general. — Desastre de Maella. — Acción de Cheste. — Cabrera llega a su mayor poderío. — Las Canteras de Utrillas. — Heroísmo del coronel Serrano.

XVII. *Primera guerra carlista,* Cabrera. Mandos de O'Donnell y Espartero (1839-1840) 184

O'Donnell. — Combate de Lucena. — Batalla de Onda. — Cabrera no se conforma con el convenio de Vergara. — Espartero. — Sitio de Segura. — Estratagema de Zurbano. — Sitio de Castellote. — Heroica defensa. — Rendición de Aliaga. — Conquista de Alpuente. — Se eclipsa la estrella de Cabrera. — Combate de Novaliches. — Espartero se apodera de Morella. — Cabrera pasa a Cataluña. — Juicio crítico de este caudillo.

Capítulo Página

XVIII. *Primera guerra carlista,* Cataluña (1836-1840) . . . 194

Descripción geográfica de la zona de operaciones. — Mina se apodera del santuario del Hort. — Tristany. — Asalto de la ciudadela en Barcelona. — Sorpresa de Pelotillo. — Maroto se encarga del mando en Cataluña. — Muerte de Mina. — Triunfo de Tristany en Panadella. — Emboscada cerca de Guisona. — Sitio de Solsona. — Capitulación de Berga y Ripoll. — Asesinato del conde de España. — Combate de Peracamps. — Llega Cabrera a Cataluña y tiene que retirarse a Francia. — Fin de la primera guerra carlista.

XIX. *España de 1834-1845,* situación política (1834-1845). 204

Partido liberal. — Matanza de frailes. — Mendizábal. — Abdicación de María Cristina. — Espartero, regente del reino. — Fusilamiento de León. — Bombardeo de Barcelona. — Narváez. — Su sistema de terror.

XX. *España de 1845-1849,* segunda guerra carlista (1845-1849) 217

Pretendientes a la mano de Isabel II. — Casamiento con don Francisco. — Abdicación de Carlos V. — El desaire del conde de Montemolín ocasiona la segunda guerra carlista. — Cabrera en Cataluña. — Fusilamiento del barón de Abella. — Abdicación de Montemolín y casamiento de Cabrera.

Plan General de la Obra

La Guerra en la Historia

Tomo

PRIMERA SERIE

I. **Imperios asiáticos.** — Grecia, hasta la caída de Atenas.
II. **Epaminondas y Alejandro Magno.**
III. **República Romana.** — Aníbal.
IV. **Guerras de Macedonia y civiles.** — Pompeyo.
V. **César y el Imperio.**
VI. **Del siglo VI al XV.** — Carlomagno.
VII. **Los Reyes Católicos.** — **Guerras de It[illegible].** — El Gran Capitán.
VIII. **Imperio de Carlos V.** — El duque de [illegible]a.
IX. **Felipe II.** — **Guerras de Flandes.** — Alejandro Farnesio.
X. **Guerras de los 30 años y de Luis XIV.** — Gustavo Adolfo. — Turena y Condé. — **Conquistadores asiáticos.**
XI. **Guerra de Sucesión.** — El Mariscal de Sajonia.
XII. **Prusia y los E. U.** — Federico II. — Wáshington.

SEGUNDA SERIE

I. **Revolución francesa.** — Carnot.
II. **Guerras de la Revolución.** — Bonaparte.
III. **Guerras del Imperio.** — Napoleón.
IV. **Guerras del Imperio.** — Napoleón.
V. **Guerra de la Independencia.** — Wellington.
VI. **Independencia de América.** — Bolívar.
VII. **Primeras guerras carlistas.** — Zumalacárregui.
VIII. **Independencia de Italia.** — Argelia y Crimea.
IX. **Secesión de los E. U.** — Lee.
X. **Los ingleses en la India.** — Guerras de África, Méjico y Alemania.
XI. **Guerra franco-alemana.** — Moltke.
XII. **3.ª guerra carlista.** — El marqués del Duero.

TERCERA SERIE

I. **Guerra turco-rusa.** — Afghanistán, Egipto y Tonkin.
II. **Campañas del Sudán y Abisinia.** — Guerra chino-japonesa.
III. **Guerra del Transvaal.** — Lord Roberts.
IV. **Guerra ruso-japonesa.** — Los primeros combates.
V. **Guerra ruso-japonesa.** — Las grandes batallas.
VI. **Guerras Balkánicas.**
VII. **Guerras Balkánicas.**
VIII. **Gran Guerra Europea.** — El Marne. — Joffre.
IX. **Gran Guerra Europea.** — Frente oriental. — Hindenburg.
X. **Gran Guerra Europea.** — Verdun. — Pétain.
XI. **Gran Guerra Europea.** — Frente occidental. — Ludendorf.
XII. **Gran Guerra Europea.** — El mando único. — Foch.